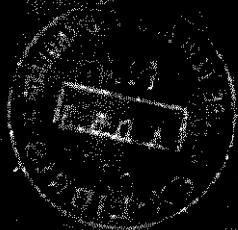






ANT
XIX
62





LA BUENA VENTURA.

1. The first part of the document is a list of names and titles, including "The Hon. Mr. Justice" and "The Hon. Mr. Justice".

13 vol.
R.43.522
LA BUENA

VENTURA



NOVELA ESCRITA EN FRANCES,

POR

Eugenio Sue,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

por

J. A.

— TOMO 1. —

SEVILLA.—1854.

**Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle de
la Muela núm. 7.**

1934

W. H. R. W.

W. H. R. W.

1934

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

W. H. R. W.

Prólogo.

I.

Hace algunos años existia en una de las casas mas viejas y sombrías de la calle de Saint-Avoye una adivina llamada Mad. Grosmanche.

Esta muger hacia una vida estraña: no salia de la pequeña habitacion que ocupaba en el quinto piso, vivia sola absolutamente, y á veces permanecia cerrada su puerta no solo para la portera de la casa, encargada de llevarla diariamente su mezquino alimento, sino tambien para los numerosos clientes atraídos por su fama.

La primera vez que Mad. Grosmanche

se encastilló de aquel modo en su cuarto, alarmada la portera de no recibir respuesta alguna, después de dar fuertes y repetidos golpes á su puerta, creyó que hubiese ocurrido alguna desgracia, y corrió á prestar su declaración ante el comisario; llegó este, y después de varios llamamientos inútiles, mandó forzar la puerta de la nigromántica.

Encontróse á Mad. Grosmanche sumergida en una especie de sueño letárgico profundo, mandóse llamar al punto á un joven médico de la vecindad, hombre algo estrafalario, pero de mucho saber, el doctor Bonaquet: logró, no sin trabajo, sacar á la nigromántica de su «estado comatoso», como él decia; pero esta, luego que volvió en sí, se encolerizó fuertemente, y llenó de denuestos á su portera y al médico, diciendo que era libre de encerrarse en su cuarto todo el tiempo que quisiese, y de tener cerrada su puerta para todo el mundo; que no queria que la turbasen en sus meditaciones, y que de una vez para siempre hacia entender que se estaria si así le conviniese, dos, cuatro, veinte dias, un mes, sin dar señales de

— 7 —
existencia, notificando á la portera que dejaría la casa si se permitían otra vez violar su domicilio.

Desde aquella época se notó que el doctor Bonaquet iba de vez en cuando á visitar á la nigromántica.

¿Era como médico, como amigo, ¿ó como cliente? Eso no se sabía.

A pesar de todo, las intimaciones de madama Grosmanche, respecto de la inviolabilidad de su domicilio, fueron infringidas en dos ocasiones: la primera vez su habitación habia permanecido cerrada diez dias, sin que la inquilina recibiese de fuera ningún alimento: la portera se habia puesto repetidas veces á escuchar á la puerta de la adivina; pero por dentro reinaba el mayor silencio. Por último, fuese inquietud verdadera ó invencible curiosidad, la muger se empeñó en que forzasen de nuevo aquella misma habitación: entraron en ella; pero no se encontró á nadie.

La portera juró por Dios y por todos los santos que era increíble que Mad. Grosmanche hubiese salido sin ser notada, y se hicieron en la habitación las pesquisas

mas escrupulosas. Todas fueron en vano, y nada hizo presumir que hubiera una doble salida. Acabábase apenas de cerrar la puerta de aquella misteriosa morada, á presencia de los pesquisadores atónitos y desconcertados, cuando de repente se entreabrió aquella, y se oyó la voz de la adivina, que encargaba á la portera dejase á la mañana siguiente, como de costumbre, en el poyo de la ventana que daba á la meseta, una taza de leche y un pedazo de pan, alimento ordinario de Mad. Grosmanche.

Otra vez fué violada todavía la «boardilla de la hechicera», pero en circunstancias mas graves que la primera. Hacia varios dias que madama Grosmanche no daba señales de vida. Era de noche, y de repente se esparció un fuerte olor á quemado por la escalera; evidentemente aquel olor provenia del cuarto de la adivina: acudióse al punto y la puerta fué forzada: encontróse la primera pieza llena de un humo bastante denso, y enmedio del suelo se vieron los restos ennegrecidos de una porcion de papeles recién quemados: acostada mediata estaba Mad. Grosmanche acostada

vestida sobre su cama, con el rostro cada-
vérico los ojos fijos y opacos, la boca en-
treabierta y sin respiracion, y los miembros
rígidos. Al pronto se la creyó muerta. Pe-
ro pronto se vió entrar al doctor Bonaquet,
que llegó allí sin duda por casualidad muy
á tiempo: nadie le habia hecho avisar. Des-
pidió de allí á las vecinas y comadres, no
sin gran disgusto de ellas, y dijo que él se
encargaba de todo; se encerró por toda la
noche con la supuesta difunta, y al bajar á
la mañana siguiente rogó á la portera que
subiese al cuarto de Mad. Grosmanche.

La adivina parecia gozar de cabal salud:
se mostró muy irritada de que la moles-
táran continuamente en su habitacion, y
como la portera la hiciese observar que
el fuerte olor á quemado que salia de su
cuarto habia exigido, como medida de pru-
dencia, entrar en él, respondió Mad. Gros-
manche que no sabia qué significaba aque-
llo, que hacia bastantes dias que no se ha-
bia movido de su lecho ni encendido lum-
bre. La portera le enseñó entonces sobre
el suelo ennegrecido las cenizas de los pa-
peles quemados el dia anterior. Madama
Grosmanche se mostró al pronto atónita

de aquel incidente, pero despues de un momento de reflexion repuso que estaba bien, y que ya sabia lo que era.

Todas estas singularidades repetidas y exageradas por los ecos de aquel populoso barrio habian llegado hasta las regiones habitadas, como decirse suele, por la gente de tono; de modo que la fama de la adivina, notablemente estendida y acrecentada, atraia á su casa una enorme afluencia de clientes ó curiosos de toda especie; pero con no poca frecuencia clientes y curiosos subian en vano los cuatro pisos de Mad. Grosmanche: en efecto, esta no contestaba á sus «consultas» sino despues de sus retiradas ó desapariciones misteriosas, y luego permanecia de nuevo por algun tiempo sin recibir á nadie: era ademas conocido su desinterés, porque nunca ponia precio, sino que aceptaba lo que la daban, y aun así y todo cuando lo percibido ascendia á una suma no muy grande, cuando su bucha de barro donde se depositaban las ofrendas, llegaba á llenarse, Mad. Grosmanche no pedia nada á los clientes que se presentaban.

Preciso es decirlo por una debilidad pue

ril, y con una esperanza insensata, acudian á casa de la adivina multitud de personas movidas por la curiosidad de ver levantar una punta del velo que encubria su porvenir. Pero á esa debilidad pueril y á esa insensata esperanza, ¿cuántos espíritus fuertes, cuántos caractéres enérgicos no han sucumbido tambien? ¿Quién no sabe, entre otras las estrañas y misteriosas relaciones del emperador Alejandro y de Mad. de Krudener? ¿Quién ignora las increíbles predicciones hechas á la emperatriz Josefina, predicciones mas increíblemente realizadas todavia? ¿Quién no sabe, en fin, de qué manera ha sido juzgada la nigromancia por Benjamin Constant, uno de los talentos mas profundos, mas lógicos y mas vigorosos de este siglo? Y luego, ¿quién no sabe que los sentimientos tiernos, apasionados, tienen, especialmente en las mujeres, cualquiera que sea la clase á que pertenezcan, una tendencia notable á la supersticion ó al fatalismo?

¿Me amarán fielmente?

¿Seré amada por mucho tiempo?

Tales son casi siempre las preguntas sobre lo futuro que las mujeres de todas condiciones, ignorantes ó ilustradas, necias ó de

talento, feas ó bonitas, vienen á hacer á la nigromancia. Pocas de ellas consultan el porvenir por esperanzas codiciosas ó miras de ambicion.

Ahora que las predicciones mas estraordinarias se han visto realizadas, nadie lo duda. Tampoco duda nadie que otras predicciones y en número mucho mayor, han sido vanas y groseras intrigas. Pero cuando las adivinas han predicho con esactitud, ¿ha sido esto casualidad ó charlatanismo? No se sabe. ¿Ciertos fenómenos de segunda vista no han adquirido tal grado de certeza que parece tanta locura quererlos negar como esPLICARLOS?

A mediados del año 184... madama Grosmanche, despues de haber permanecido invisible por bastante tiempo, habia vuelto á abrir su puerta á sus clientes antiguos y modernos: ella solo daba audiencia por la noche y el motivo era el siguiente: su cuarto se componia de un recibimiento, una segunda pieza que formaba el salon, y por último, su dormitorio, en donde daba sus audiencias: las tres piezas eran de paso. Ahora bien: las personas que van á que las digan la buena ventura desean conservar el incógnito, cose

muy fácil en medio de la profunda oscuridad que reinaba en las dos piezas que precedían á la alcoba de la adivina. Entraban en ella los clientes conducidos por la portera, que subiendo con cada uno de ellos, les abría la primera puerta: de aquel modo, los concurrentes, invisibles unos para otros, aguardaban en medio de las tinieblas: terminada una audiencia, la adivina tomaba á su cliente de la mano, le hacía atravesar los dos cuartos oscuros, le conducía hasta la puerta de la escalera, y luego, al volver, llamaba por el número correspondiente (dado por la portera á cada cliente), á la persona que habia de reemplazar á la que acababa de salir.

Las escenas siguientes tuvieron lugar á principios del mes de junio.

Madama Grosmanche acababa de cerrar su puerta, despues de haber despedido á una persona; atravesó el recibimiento, y entró en la sala, que, como hemos dicho, estaba enteramente á oscuras.

—¿Cuántos números quedan aun?—preguntó madama Grosmanche con voz dulce y vibrante.—Tengan Vds. la bondad de decirme lo.

—¿Cómo es eso, señora adivina,—dijo una voz de mujer con acento burlon;—Vd. que todo lo sabe, pregunta cuántos somos?

—Tengan Vds. la bondad de decírmelo,—volvió á repetir la adivina, sin hacer caso de aquel sarcasmo.

—Está bien: yo tengo el número uno,—dijo la voz que acababa de poner en duda la ciencia de la nigromántica.

—Yo el número dos,—dijo otra voz de mujer.

—Y yo el número tres,—dijo otra.

La adivina, en vez de hacer pasar adelante á una de las tres personas, como acostumbra á hacerlo, permaneció inmóvil en medio de ellas, como si la hubiese sucedido algo.

Reinaba en aquella estancia tanta oscuridad como silencio. Silencio tan profundo, que se podía percibir la respiración anhelosa de la hechicera que se hallaba agitada por una violenta emoción.

Pero la escéptica número uno alzó de nuevo su voz, y dijo:

—Ola, mi querida hechicera, ¿vamos á estar mucho tiempo en medio de las tinieblas?... Yo tengo el derecho de entrar la

primera, y tengo mucha prisa de que me diga Vd. la buena ventura.

Mad. Grosmanche permaneció silenciosa é inmóvil, aunque de cuando en cuando murmuraba:

—¡Es cosa estraña!.... ¡Tres mugeres! ¡Qué coincidencia!

En fin, despues de algunos momentos de meditacion, la adivina dijo entreabriendo su puerta:

—Que entre el número dos.

—Un momento; yo tengo el número uno,—dijo vivamente la voz de la escéptica,—y quiero conservar mi puesto.

—Es verdad, —respondió Mad. Grosmanche con un acento singular, y acentuando de una manera muy significativa sus palabras:—«Vd. aprecia mucho su puesto,» sí, señora.

El número uno quedó sorprendido y tan desconcertado con la [respuesta de Mad. Grosmanche, que no contestó una palabra y dejó al número dos seguir á la maga á la habitacion, cuya puerta se cerró tras ella.

II.

El dormitorio de la nigromántica brillaba por la esmerada limpieza y por su sencillez. Una lámpara cubierta con una pantalla, la iluminaba débilmente; una cama de hierro, una mesa, cuatro sillas, un gran armario y una cómoda de nogal componían todo su ajuar; las paredes, cubiertas de papel verde, no tenían adorno alguno y no se veía allí ninguno de esos emblemas cabalísticos tales como los buhos, los cocodrilos ó las serpientes disecadas y destinadas á impresionar al vulgo.

El solo utensilio mágico que poseía la hechicera era un gran vaso de cristal de la figura de un cono invertido, lleno de una agua cristalina, y colocado sobre la mesa al lado de una porción de barajas y de una caja que contenía muchas medallitas de oro, de plata y de hierro del tamaño de una moneda de cinco sueldos, y sobre las cuales se veían grabadas ciertas figuras cabalísticas.

¿Mad. Grosmanche era joven ó vieja, fea ó bonita; bien ó mal formada? Sus clientes lo ignoraban, pues ella no daba sus audiencias

sino cubierta con un ancho dominó negro, con esclavina y capucha, y por dos aberturas se divisaban únicamente sus ojos, que parecían hermosos y brillantes.

El número dos, que era una jóven y linda muchacha, parecía muy turbada, á pesar de su fisonomía resuelta y desembarazada. Bajaba sus grandes ojos negros, y se ruborizó hasta mas no poder al ver á la adivina ecsaminarla en silencio.

Al cabo de algunos momentos malama Crosmanche dijo á su cliente con una voz dulce y casi afectuosa:

—Ruego á Vd. que me dé su mano derecha.

Despues, mientras que la jóven se quitaba su fino guante, la nigromántica tuvo un momento de recogimiento, y añadió:

—¿No conoce Vd. á las dos personas que estaban con Vd. en la sala?

—No, señora; en medio de la oscuridad no podia reconocer su rostro; pero hemos cambiado algunas palabras, y creo no conocer á esas señoras, pues no recuerdo haber oido nunca su voz. Yo he venido con una de mis amigas que me espera á la puerta en un coche de alquiler, y desearia úni-

camente saber si....

—¡Es extraño! repitió la adivina hablando consigo misma é interrumpiendo al número dos. ¡Qué coincidencia!

—¿Cuál, señora?

—Perdóneme Vd.,—dijo Mad. Grosmanche, sin contestar á la pregunta que le hacian.—Deme Vd. su mazo.

El número dos entregó su mano á la nigromántica: esta levantando su ancha manga, dejó ver unos dedos sonrosados y finos, terminados en unas uñas lindisimas, y cogiendo la mano de su cliente entre las suyas empezó á ecsaminar detenidamente las líneas que marcan las palmas de las manos.

Al mismo tiempo que se entregaba á aquel minucioso ecsámen, la adivina, dirigiendo su vista de las manos á la cara de la jóven, parecia establecer comparaciones entre los pronósticos que la suministraban las líneas de la mano, con algunos indicios sacados de la fisionomía, y dejaba escapar algunas palabras que revelaban sus pensamientos.

—¡Buen corazon!—decia á media voz Mad. Grosmanche, con una espresion de íntima satisfaccion.—¡Escelente corazon, delicadeza extraordinaria!

—¡Señora!—esclamó modestamente el número dos, ruborizándose de aquel merecido elogio.

—¡Natural encantador!—prosигuió la adivina cada vez mas absorta.—¡Alma justa, espíritu recto, pero poco cultivado!

—¡Oh! En cuanto á eso es cierto, señora,—repuso el número dos, que se habia tranquilizado con aquella crítica de su talento.—¡Oh! Cuando una se halla dedicada al comercio por menor, no hay tiempo ni medios para ser muy instruida.

—¡Carácter igual y de una alegría que raya en locura!—prosигuió la adivina.—¡Oh, es muy dichosa!

—¡Oh! ¡es Vd. una hábil adivina!—esclamó el número dos.—Es cierto que tengo un genio muy alegre, ¡y que soy tan feliz!... Asi es que venia á preguntar á Vd...

—Esposa, amante y tierna,—añadió la adivina.

—¡Oh! ¿Sabe que mi buen José es el mejor de los hombres?

—Y tierna madre,—prosигuió la maga:—sí, tierna madre.

—¡Pardiez! en cuanto á eso, todas las madres lo son;—dijo sencillamente la jóven.—

No es muy difícil adivinar eso.

De repente la adivina se estremeció: dejó caer la mano de su cliente sobre sus rodillas, levantó la cabeza hacia el techo como para pensar, y después, examinando de nuevo la mano,—dijo con una voz, en que se notaba alguna alteración:

—¿Vd. ha nacido el año 1821?

—Sí, señora.

—¿Se casó Vd. el día?...

—El día veinte y uno de noviembre,—respondió la joven, cada vez mas sorprendida de la ciencia de la maga y del acento conmovido de su voz.—Siempre he notado que la fecha del veinte y uno se hallaba en muchas épocas de mi vida. Es una cosa singular, ¿no es cierto?

Mad. Grosmauche nada contestó, y apoyó sus manos trémulas sobre su frente, como abrumada por el dolor. Algunos estremecimientos de sus hombros daban á entender que lloraba y que procuraba inútilmente] contener sus sollozos.

Sorprendida de aquel enternecimiento la cliente, de Mad. Grosmanche, se quedó inmóvil y muda; sin embargo, al cabo de un rato, la dijo tímidamente:

—¡Dios mío! Cualquiera diría que estaba Vd. llorando.

—Sí, lloro,—respondió la maga llevándose el pañuelo á los ojos;—lloro por Vd.

—¡Por mí!—esclamó el número dos.—¿Y por qué? Vd. no me conoce.

—Nunca habia visto á Vd.,—respondió la nigromántica con abatimiento;—no sé quien es Vd.

—¿Pues entonces cuál es la causa de su dolor de Vd.?

—¡Oh! Una cosa bien siniestra que entreveo muy siniestra! Sin embargo aun no, estoy muy segura de mis temores.

—¿Reespecto á mí?

—Respecto á Vd.

—Vamos, mi querida señora,—repuso el número dos sonriendo, y tranquilizada por un momento de reflexión;—seguramente se ha equivocado Vd., porque yo puedo probarla, como dos y dos son cuatro, que he sido y que seré dichosa toda mi vida. Eso no lo pongo en duda, y así es que únicamente deseaba preguntar á Vd. si....

—Continuemos la sesión,—dijo la maga haciendo un esfuerzo sobre sí misma. ¿Quiere Vd?

—Ya se vé que sí, pues ya ve Vd. que nada tengo de miedosa, y ademas nada malo espero, ¿qué puede sucederme? Si me responde V. que sí á la pregunta que voy á hacerla, me quedaré contenta; si responde Vd. que no, también. No tendrá V. muchos parroquinos como yo.

Mad. Grosmanche suspiró, y dijo á la jóven:

—Tome Vd. de esa caja siete medallas de hierro, siete de plata y siete de oro.

—¡Calla, otra vez el número veinte y uno!

—Sí.... Ahora guarde vd. en su mano siquiera cuatro medallas de oro, dos de plata y una medalla de hierro.

—Ya están.

—Déjelas vd. caer á un tiempo dentro de ese vaso de cristal.

—¡Oh, qué divertido es esto!—dijo el número dos, con la curiosidad de un niño, y obedeciendo la orden de la adivina.

Cuando la ebullicion pasagera del agua permitió ver el orden con que se habian sobrepuesto las medallas en el fondo del vaso, la adivina observó que la pieza de hierro se hallaba en el fondo, encima tres de oro, despues dos de plata y luego la otra

medalla de oro.

—Ahora,—dijo la nigromántica,—meta vd. en esta caja cuatro medallas de plata, dos de oro y una de hierro.

La jóven obedeció.

—Cierre vd. bien la caja, agítela vd. para que se mezclen las monedas, y ábrala vd. despues.

Abierta la caja, Mad. Grosmanche observó que una de las medallas de oro estaba colocada encima de las demas, y dijo al número dos, que parecia muy entretenido con todas aquellas evoluciones cabalísticas:

—Tome vd. en su mano las siete medallas que quedan, cinco de hierro, una de plata y otra de oro.

—Bien, ya están.

—Cierre la mano.

—Ya está cerrada.

—Ahora, entreabra vd. un poco los dedos para dejar caer sobre la mesa una de las siete medallas.

La adivina parecia esperar con profunda ansiedad el resultado de esta última prueba.

La única medalla de oro que la jóven tenia en la mano cayó sobre la mesa.

Despues de haber calculado, sin duda, la

relacion de los diferentes signos grabados en las medallas, la adivina pareció muy contenta de un pronóstico que contrastaba con los siniestros presentimientos que antes habia manifestado, y exclamó:

—Sucedá lo que quiera, él amará á usted hasta morir.

—¿Y qué? Eso es muy natural, señora, —respondió sencillamente la jóven, sin admirarse de aquella prediccion.—¿Y ha sido á Vd. preciso ecsaminar mi mano y hacerme manosear todas esas medallas para saber que José y yo nos amaremos siempre? Pues estamos adelantados. Sin ser tan sabia como Vd., habia yo adivinado eso hace mucho tiempo. Lo que yo venia á preguntar á Vd. es si moriré yo antes que mi buen José. Ahora vea Vd. lo que tiene que hacer para saberlo y no tema Vd. causarme ningun pesar, pues, segun me diga Vd. así obraré yo. ¡Oh! ¡Eso es muy sencillol Si José muere antes que yo, no tendrá al menos el dolor de verme morir, lo que seria muy triste para él. ¡Oh! Le conozco muy bien. Si, por el contrario, soy yo quien debe morir primero, me ahorraré el dolor de ver espirar á quien tanto he amado. Hay en esto al-

go de egoismo, pero tambien mucha franqueza.

—Créame Vd., —dijo la adivina conmovida;—conténtese Vd. con la feliz prediccion que la he anunciado, y no me pregunte mas.

—Pero, ¡por Dios! —dijo la jóven con impaciencia;—¿qué es lo que podrá Vd. decirme que me entristezca; puesto que yo respondo de que José y yo nos amaremos siempre, y que me es igual morir antes ó despues?

—Entonces, ¿para qué preguntarme?

—¡Toma! ¡Para saber! —repuso el número dos haciendo un gracioso gesto:—además, sus palabras de Vd. me hacen rabiar de curiosidad.

—Suplico á V., —repuso Mad. Grosmanche con violencia, —no me haga mas preguntas, pues responderia á ellas, á pesar mio tal vez.

—Veamos, mi buena señora: supongamos que haya Vd. leído en mi mano que moriré jóven. Pues bien, yo creo, Dios me perdone, que, sin que lo desee en manera alguna, aun hallaria medios para conformarme. ¿Sabe Vd. cómo? Diciéndome que si moria jóven, al menos mi buen José conservaria de mi un

recuerdo agradable y... En esto hay algo de orgullo; pero ya he dicho á Vd. que yo soy muy franca.

—¡Morir jóven!—esclamó involuntariamente madama Grosmanche con una especie de dolorosa impaciencia.—¡Oh! ¡Si solo se tratase de morir jóven!

—¡Cómo que si solo se tratase de eso! ¡Pues me parece que ya es una cosa razonable! Lo que acaba vd. de decir me pone fuera de mí de curiosidad, y no saldré de aquí sin que me lo haya vd. explicado.

Despues de algunos momentos de silencio, la nigromántica dijo con voz alterada:

—Por última vez digo á vd. que tenga cuidado; esto no es un juego; guárdese vd. de interrogarme sobre su muerte. Hace un momento he llorado por vd., y he cerrado los ojos delante de lo que vi por un instante. ¡Oh, no me obligue vd. á volverlos á abrir; no me obligue vd. á completar una predicción tal vez espantosa! Se lo he dicho á vd. ya, esto no es cosa de juego.

—Sin duda me juzga vd. muy miedosa, señora,—esclamó la jóven conmovida á pesar suyo, por el acento de sinceridad de las palabras de la hechicera. Despues levan-

tando su cabeza, en que se leia una resolucion enérgica, la jóven prosiguió:

—Tranquilicese vd. señora; y si es preciso, yo sabré tener tanto valor como la que mas.

—Ya lo sé,—repuso madama Grosmanche con una profunda melancolia.—¡Oh! si, su naturaleza de vd. es fuerte; asi es que me causa vd. compasion. No insista vd. pues sin duda ignora la tentacion terrible á que me espone... La verdad oprime mi corazon. ¡Nunca los signos que á veces me iluminan han estado mas visibles y mas claros para mi! ¡Pero ay! si algunas revelaciones me permiten á veces prever grandes desgracias, soy impotente para conjurarlas. Si el efecto se presenta á mis ojos, casi siempre se oculta la causa; asi suplico á vd. que renuncie á esa curiosidad estéril y funesta.

—No, no,—respondió con impaciencia la jóven, dominada á pesar de la alegria habitual de su carácter, por aquella estraña y misteriosa situacion,—yo quiero saberlo todo, todo.

En vista de la contestacion tan resuelta de la jóven, la nigromántica desterrando todo escrúpulo, le indicó con un ademan varios

montones de cartas colocados sobre una mesa, y le dijo con voz cortada, y como si cediese á un impulso cada vez mayor!

—Ahí tiene vd. cuatro montones de cartas; tome vd. al acaso uno de ellos, grande, pequeño ó mediano: lo mismo dá.

El número dos tomó un monton mediano.

—Cuenta Vd. el número de cartas del monton sin volverlas,— dijo la nigromántica con ansiedad.

La jóven lo hizo así.

—Hay *veintiuna*,—dijo, no sin asombro.

—Siempre ese número,— repuso Mad. Grosmanche:—¡es fatal!

—Lo confieso,— dijo la jóven:—es una singular casualidad.

—¿Casualidad? ..—dijo la adivina encojiéndose de hombros.

En seguida añadió:

—Sepa Vd. ante todo la significacion atribuida á estas cartas: el *basto* ó *trebol* indica la muerte: la capillas sepulcrales reciben la luz por hojas de trébol talladas en la piedra...

—Ya lo he dicho, señora,—interrumpió osadamente la jóven:—la muerte no me asusta; continúe usted.

—El *basto*, unido al *oro*, al corazon encar-

nado, es la *muerte violenta*, pero no mas que la muerte violenta.

—¿No mas que la muerte violenta? ¿Y qué quiere Vd. decir con eso?

—Escuche Vd., escuche Vd., —repuso la adivina con una agitacion cada vez mayor: — el *basto* unido á las *copas* encorbadas como dos triángulos juntos y teñidos de sangre.. indica...

Y la adivina, interrumpiéndose, se pasó su mano trémula por su capuchon, como si tuviese bañada en sudor la frente.

—¿Qué indica?—repitió el número dos, que parecia ceder á pesar suyo á la atraccion vertiginosa del abismo.—Acabe vd.... acabe vd.... ¿esas cartas significan?

—La muerte.

—¿Y qué mas?

—Sí, —murmuró la adivina con aparato: la muerte sobre el cadalso.

—¡Ah!—esclamó la jóven retrocediendo y levantándose con viveza:—eso si me dá miedo.

Y hubo un momento de lúgubre y profundo silencio.

Al terror involuntario, causado por las siniestras palabras de la adivina, sucedió en el número dos una reflexion que la tranquili-

zó mucho: sintiéndose enteramente incapaz de abrigar el menor pensamiento homicida, le parccia aun mas insensato que aterrador el que le dijese que las cartas iban tal vez á pronosticarle que moriria en el cadalso, ó en otros términos, que algun dia debiera cometer un asesinato, á menos que fuese víctima de algun terrible error judicial.

Recobrándose, pues, el número dos de su primer terror involuntario, repuso jovial y deliberadamente:

—Como en mi vida he podido ver siquiera retorcer el cuello á una gallina, querida señora, por mas que sus cartas de vd. digan que he de torcer el cuello á alguien, lejos de asustarme, me rio. De consiguiente, continúe vd. echando sus cartas... contémoslas, y veremos si hay entre ellas de esas famosas copas que tan fea significacion tienen.

—Contemos las cartas: contémoslas... ¡Ay! Lo conozco en el tenblor que me agita... Mi primera vista nome habia engañado,—repuso Mad. Grosmanche con voz cada vez mas alterada: no olvide V. que basto y copa significan cadalso.

Y con movimientos bruscos y cortados, que casi parecian convulsivos, principió á ir vol-

viendo las cartas, tomadas al acaso por la jóven, y á enumerar su color.

¡Cosa extraña! Las diez y ocho primeras cartas se componian solo de bastos, señal de muerte; pero ningun oro, señal de muerte violenta, ni ninguna copa, señal de cadalso, habia aparecido hasta entonces.

Ya la jóven, aunque nada supersticiosa, y sin conceder al resultado de aquella operacion mas que una curiosidad sin interés, empezaba, no obstante, á sentir casi una satisfaccion. El siniestro pronóstico no se presentaba; pero de repente cambió el color, y madama Grosmanche terminó así la enumeracion de las tres cartas restantes:

— ¡Siete de copas!

— ¡Ah!—dijo la jóven,—sin poder contener un ligero movimiento de sorpresa.

— Siete de copas.

— ¿Otra vez?

— Y siete de copas,—añadió Mad. Grosmanche,—arrojando la última carta sobre la mesa.

— Ya ve vd., ya ve vd.; esos tres sietes de copas forman tambien veinte y uno; el número fatal, si, fatal, porque ha vivido vd. tres veces siete años. Todavía vivirá vd.

otros siete... pero el sétimo morirá vd. en el cadalso.

—¡No deja de ser dura la cosa!—dijo la jóven encogiéndose de hombros, aunque sin poder recobrar su alegría natural;—estoy segura de que se equivoca usted; pero en el primer momento no puede decirse que guste oír eso.

—Otra cosa hay que no comprendo,—continuó la adivina con voz cada vez mas débil, y como si una ligera incoherencia de espíritu sucediese á la poderosa sobrescitacion, bajo cuyo imperio habia hablado primero:—¡esas dos mugeres que están aguardando allá en el cuarto inmediato!... ¡Oh, Dios mio!... ¡Ese cadalso!... Veo á su lado... ¡Si, tema Vd. el 21 de febrero; témale Vd.

La uigromántica no acabó su frase, se dejó caer sobre su asiento como anonadada y permaneció muda, inmóvil, abrumada, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos colgando, de suerte que, á no ser por algunos estremecimientos convulsivos, se la hubiese creído enteramente privada de sentido.

Despues de algunos instantes se estremeció como si hubiera despertado sobresaltada, y dijo á la jóven con voz débil y apagada:

—Tenga vd. la bondad de darme un frasco que hay en el cajon de esa mesa: estoy trastornada y se me vá la cabeza.

El número dos abrió el cajon, y presentó el frasco á Mad. Grosmanche. Esta lo tomó con mano desfallecida y aspiró sales que contenia, introduciéndolo por debajo de su camay: al cabo de algunos momentos recobró sus sentidos, y dijo á su cliente con voz mas segura:

—Perdone vd., señora: el ejercicio de ciertas facultades tienen á veces sobre los que las poseen una reaccion dolorosa, abrumadora; ahora me parece que despierto de un sueño penoso.

—Asi es;—replicó la jóven,—y eso lo explica todo; mejor quiero esa explicacion. Indudablemente soñaba vd. despierta, mi pobre señora, cuando me anunciaba vd. esa terrible predicción, que en rigor podia hacerme herizar los cabellos.

—Una predicción terrible? ¿Capaz de erizar los cabellos?—repuso Mad. Grosmanche consultando penosamente su memoria; puede que haya sido asi; pero solo tengo de ello una idea muy vaga.

—Pues entonces, señora, dígame vd.

{ La buena ventura.—Tom. I. 3

—¡Oh! Ni una palabra mas, interrumpió la adivina con una especie de impaciencia febril: he debido decir á vd. todo cuanto podia, y, aunque me matase vd. no sacaria de mí una palabra mas.

—Sin embargo, señora...

—¡Oh, déjeme vd!-dijo la adivina levantándose con una viveza nerviosa. ¡Déjeme ad.! Se vá haciendo tarde y tengo que dar tun dos audiencias, á lo que creo. Quizá no tenga fuerzas para ello: venga vd., que voy á conducir á vd. á la puerta.

—Señora, ha hablado vd. de la fecha. del 21 de febrero, y desearia me dijese vd. una palabra sobre el particular.

—¡Ni una sola!-esclamó Mad. Grosmanche hiriendo el suelo de cólera con el pié.
-No sé nada; no digo nada!

Y se dirigió apresuradamente hácia la puerta, que entreabrió.

La jóven renunciando á prolongar la conferencia, repuso, sacando un bolsillo con dinero:

—Señora, ¿cuánto debo á vd.?

—Eche vd. lo que guste en esa hucha, y salga vd.

—Pero, señora,- replicó la jóven, despues

de haber tratado en vano de hacer pasar una moneda por la abertura de la brecha,—no puedo introducir dinero alguno porque está llena la alcancia.

—Entonces guárdese vd. su dinero, ó de-lo vd. por mí al primer pobre que encuentre,—dijo la adivina abriendo la puerta de su cuarto.

Tomó en seguida de la mano á su cliente, y guiándola á través de las dos piezas vecinas, en donde reinaban como hemos dicho, profundas tinieblas, la condujo hasta la puerta de la escalera, que cerró así que salió.

III.

Luego que Mad. Grosmanche volvió al salón, donde le aguardaban sus otras dos clientes, dijo:

—Ya puede entrar el número uno.

—¡Ya era tiempo!—esclamó la voz burlesca del número uno, á quien la adivina habia dicho media hora antes, en tono significativo, cuando reclamó en virtud del derecho de prioridad que le daba su número: «Verdad es, se

ñora, en mucho tiene vd. su puesto.»

El número uno siguió, pues, á la nigromántica, y muy luego quedó encerrada con ella en su cuarto.

El número uno parecia, por sus vestidos al menos, pertenecer á la clase de las doncellas de labor de la clase media, porque en vez de llevar sombrero como sus compañeras, de las que se llaman de buenas casas, cubria su cabeza una graciosa papalina, y llevaba un delantal blanco que ceñia su cintura, á la vez elegante, fina y esbelta. Por lo demas, su aire distinguido, su fisonomía altiva, y su modo orgulloso de llevar la cabeza parecian estar en completo desacuerdo con la modestia de su porte. Hasta su afectacion en dar á sus palabras y á su acento un aire vulgar hubiera llamado la atencion de toda persona dotada de alguna penetracion. Asi fué que Mad. Grosmanche la dijo encogiéndose de hombros:

—¿A qué viene ese disfraz, señora?

—¿Guál?-repitió el número uno, sonrojándose un poco:—¿Qué disfraz? ¿Qué quiere vd. decir, señora hechicera?

—Enhorabuena, no perdamos el tiempo en vanas palabrras, respondió la adivina con voz cortada. Y añadió:

—¿Qué desea vd. saber, señora?

—¡Párdiez!—replicó con amaneramiento el número uno; recobrando su aplomo:—quiero que me diga vd. la buenaventura. ¿Viene acaso uno aquí para otra cosa?

—Su mano de vd...

—Aquí está señora hechicera.

Y la supuesta criada presentó una mano encantadora, verdadera mano de una elevada amante.

Apenas inspeccionó la adivina la mano de su nueva cliente, se estremeció y no pudo menos de decir á media voz:

—¡Siempre esa relacion misteriosa!.....
¡Siempre!

—¿De qué relacion misteriosa habla vd., querida?

—Es una refleccion que hago yo.—respondió madama Grosmanche con aire pensativo.

—Eso no es muy claro para mí, señora hechicera, y....

—Basta de chanzas,—repuso imperiosamente madama Grosmanche;—viene vd. aquí por no tener que hacer, por aburrimiento; se burla vd. de todo y no cree vd. en nada. Es bueno para el vulgo creer en algo. Me dá vd. compasion, como no sea que dentro de

poco me inspire vd. un sentimiento mas penoso.

—Señora,—esclamó el número uno, con una espresion de altivez y orgullo indecible, y olvidando ia humildad de su papel:—¿Sabe vd. á quién se atreve á hablar así?

—Si lo ignorase,—repitió con dureza Mad. Grosmanche,—ese orgullo indomable que leo en sus facciones de vd. me diria quién es vd.; pero se lo repito á vd., no cree vd. en nada: su único móvil, su solo freno es un sentimiento que pudiera tener sulado generoso y elevado, pero que se hace malo y estéril por la aplicacion que de él hace vd. Por lo demas, preciso es decirlo, así se habrá vd. librado de las vergonzosas debilidades á que debian entregar á vd. su desprecio de toda creencia y el ardor de su sangre.

—Aunque no comprenda una palabra de cuanto me dice vd., señora hechicera,—repuso el número uno despues de algunos momentos de silencio, disimulando su profunda sorpresa y el violento despecho que sentia,—deseo, siquiera por la rareza del caso, que me diga vd. si me verá libre en el porvenir de toda debilidad vergonzosa, puesto que en cuanto á lo pasado ya sé lo que hay.

La nigromántica guardó silencio por un momento y respondió:

—No puedo predecir á vd. nada sin comparar antes su mano con la de la persona que está aguardando en el cuarto inmediato.

—¿Y qué tengo yo que ver con esa mujer,—dijo el número uno con altivez.—¿Sé yo acaso quién es? Y ademas, á ella le importará que la vean tanto como á mí

—No la verá vd. á ella, ni ella tampoco á vd.

—Por medio de algun juego de cubiletes probablemente, señora hechicera, respondió el número uno que no se desconcertaba fácilmente.

Mad. Grosmanche se levantó, y tomando de encima de su cama una charpa azul y una manteleta de seda negra.

—Cúbrase vd. el rostro con esta manteleta,—dijo al número uno,—y la persona que está ahí al lado ocultará bajo esta charpa sus facciones, que no tengo deseo ninguno de ver: solo quiero comparar su mano con la de vd. Consienta vd. en lo que la propongo, ó de lo contrario queda terminada la conferencia.

—No por cierto, seria una lástima, señora hechicera,—dijo el número uno esfuerzán

ñose por reir con toda su alma.—Esto es ya demasiado curioso para que rebuse tan buena ocasion de divertirme. Haré cuánto vd. guste.

La adivina se levantó, tomó la echarpa, entró en la pieza inmediata, y despues de permanecer en ella por espacio de breves instantes, volvió con el número tres. Las facciones de esta jóven, vestida de rigoroso luto, desaparecian enteramente bajo la charpa de gasa azul que formaba una especie de velo largo.

El número uno, por su parte, habia ocultado su rostro bajo la manteleta de seda negra en que se habia envuelto la cabeza y los hombros, como hacen las españolas de Cádiz en su mantilla, no dejando mas que una pequeña avertura longitudinal á la altura de los ojos.

Asi principiò la conferencia cabalística entre aquellas tres personas; la nigromántica, grave siempre y pansativa; el número uno afectando indiferencia y hasta burla, y el número tres temblando en silencio.

Despues de unos cuantos minutos de reflexion, durante los cuales se fijaron las miradas de Mad. Grosmanche en el semblante velado del número tres, se acercó á él y

le dijo á media voz en tono de profunda compasion;

—¡Ah! ¿Porqué mi ciencia no me habia de dar poder para hacer salir de la tumba á un ser tan profundamente llorado!

—¡Dios mio! Señora,—esclamó el número tres con voz conmovida:—¿sabe vd. mis pesares? ¿Sabe vd. la esperanza insensata que aquí me trae? A pesar mio, lo confieso: pero en la situacion de ánimo en que me hallo, se apela muchas veces á los recursos mas extremos, se pide una última esperanza á arbitrios que nuestra razon rechaza. Perdone V., señora, que hable á vd. así.

—Ese lenguaje es el que conviene á vd.,—repuso dulcemente la adivina.—Educada en principios piadosos y austeros, este paso aflige á vd. y le parece, y debe parecer censurable, sin embargo, se resigna á darlo por un sentimiento que respeto. Tenga vd. la bondad de darme su mano.

En seguida dirigiéndose al número uno:

—Y vd. la suya, señora,—dijo.

Las dos mugeres presentaron sus manos á la adivina, quién las ecsaminó largo tiempo con una profunda atencion: luego, como en la conferencia anterior, pareció ir sin-

tiendo interiormente una fuerte agitacion. Su respiracion fué haciéndose sonora y precipitada; su seno parecia violentamente agitado: de vez en cuando sofocaba un suspiro convulsivo. Por ultimo, llegó á hacerse mas y mas visible su agitacion nerviosa, y entonces, soltando las manos de las dos mugeres, y apartándose de ellas casi con espanto:

—¡No. no!-esclamó.-¡Serian demasiadas desgracias en un dia!

Y apoyó su frente entre sus dos manos como para coordinar sus ideas.

—Decididamente, señora hechicera,—repuso el numero uno rompiendo primero el silencio,—no es esto de lo mas divertido. Confieso que habia venido con objeto de pasar el rato, y no lo ha adivinado vd. que todo lo sabe; pero con la mejor voluntad del mundo, no hallo la menor palabra que haga reir es sus evocaciones de vd. y encantamientos, hasta ahora bien, una vez que tan bien adivina vd. los descos secretos de sus parroquianos, deberá vd. al menos despacharlos á su gusto, y en cuanto á mi declaro....

La adivina tomó con mano convulsiva los montones de cartas que habias obre la mesa,

interrumpiendo al número uno, le dijo:

—Tome vd. ahí trece cartas sin verlas.

—Enhorabuena, señora hechicera: esto principia ya á delinearse algun tanto. Principiamos con el número trece, número fatídico é infalible,—dijo la supuesta criada pronunciando enteramente á su afectacion de vulgaridad en el lenguaje.

Y acto continuo tomó á la aventura trece cartas de encima de la mesa.

—Y vd., señora,—dijo la adivina al número tres,—tomo tambien trece cartas.., Bien: ahora,—añadió dirigiéndose á las dos mugeres,—elijan vds cada una en esta caja nueve medallas de oro, ó de plala ó de hierro, pero todas del mismo metal sin consultar para la eleccion mas que su idea de vd. del momento.

—A fé mia,—replicó alegremente el número uno,—yo elijo sin vacilar el oro, se le considera tan generalmente como emblema de la felicidad, que en asuntos de brujeria no puede menos de ser un pronóstico dichoso. Y ahora, ¿qué debo hacer con estas medallitas de oro?

Colocadlas en forma de triángulo sobre esta mesa al lado de las cartas que ha tomado vd.

—Muy bien,—dijo el número uno, haciendo lo que le decían:—solo debo advertir á vd. en interés suyo, señora hechicera, que debería vd. acompañar sus ejercicios nigrománticos con algunas palabras cabalísticas y formidables, tales como «Abracadabra,» y otras lindezas por el estilo.

La adivina, absorta en la contemplación de las medallas que el número uno acababa de colocar en forma de triángulo sobre la mesa, nada respondió.

El número tres parecía tomar la cosa por lo serio. Por varias veces su mano trémula tocó apenas las medallas, pero vaciló mucho, figurándosele que cada una de aquellas pequeñas piezas de metal era, por decirlo así, una de las letras que debían componer la predicción que había ido á pedir.

Notando el número uno su indecisión, dijo:

—Siga vd. mi consejo querida cómplice en brujería, imíteme vd., y decídase por el oro; es amarillo y brillante como la buena estrella de un hermoso destino.

El número tres sacudió melancólicamente la cabeza, y después de titubear nuevamente, tomó nueve medallas de hierro, como si esperase porne de su parte á la suerte

con la humildad de su eleccion.

Entonces Mad. Grosmanche colocò en un órden particular las nueve medallas y las trece cartas correspondientes á cada una de sus clientes, y se entregó de nuevo á misteriosos cálculos, que el número uno contemplaba con curiosidad burlona, mientras que el número tres, conmovida, meditabunda, y con las manos juntas, daba evidentemente grande importancia á la decision de la suerte.

—Vamos, señora hechicera;—repuso el número uno;—mucho tiempo tarda vd. en adivinar el total de todas las milagrosas felicidades cuya seguridad nos vá vd. á dar. Vamos, vamos, no mire vd. tan de cerca, y sea vd. espléndida. Pronostíquenos vd. tesoros, amores y juventud sin fin. No le costará á vd. mas, ni á nosotros tampoco.

—¡No, no,—replicò la adivina con un profundo abatimiento;—no, no me engañaba!

Y murmuró en voz baja y entrecortada:

—¡Este es horrible! ¿Qué fatalidad pesa sobre estos tres destinos? ¿Por qué otra vez esa fecha del 21 de febrero? ¿Cuál es la causa? No sé. Mas allá se estiende un velo sobre mi espíritu: no hay mas que tinieblas.

—¡Diantre! ¿Poco tranquilizadora es pa-

ra nosotras esa oscuridad! exclamó el número uno:—reflecsione vd. que venimos á ilustrarnos con sus luces, señora hechicera.

—¡Escuchen vds., escuchen vds!-esclamó la adivina-aprovéchense vds. de los últimos resplandores que me iluminan; ¿Han querido vds. conocer el porvenir?..... ¡Queda: pues, satisfecha su fatal curiosidad ¡Oh! No es esta la hora de las contemplaciones. La verdad me asedia, me oprime, me mata, y tengo que decírla.

—¡Perfectamente! hace una hora que no pedimos otra cosa,—replicó irónicamente el número uno:—y ya es tiempo de que nos deje vd. satisfechas, señora hechicera.

Pero Mad. Grosmanche exclamó llevándose súbitamente sus dos manos al corazón:

—¡Ay, cuánto sufro! La crisis se aproxima y necesito hablar antes que las tinieblas bajen sobre mi espíritu. ¡Escuchenme vds! ¡La muger que hace poco estaba aquí y vds. dos están todas tres condenadas á una suerte espantosa!

La joven] de luto, llena de estupor, pareció próxima á desmayarse, y apoyó una mano sobre el respaldo de la silla, junto á la cual se hallaba, mientras que el indoma-

ble número uno decía:

—Pero al menos, señora hechicera, díganos vd. quién es nuestra compañera en esta espantosa suerte futura. Siempre agrada saber con quién se encuentra una en ocasiones semejantes.

—Poco me importa la suerte que dice vd. me está reservada, señora,—murmuró la joven de luto haciendo un esfuerzo,—¿pero y mi padre? ¿tendré que renunciar á una última esperanza?

—No me interrumpa vd.,—esclamó la adivina:—repito que todo se oscurece en torno mio.... Apenas me siento con fuerzas para concluir....

Luego, cediendo á una especie de transporte profético, y ecsaltándose como se exaltaba la antigua Sibila sobre su trípode, se levantó la nigromántica, y sin hacer alto, al parecer, en la presencia de las dos mugeres, exclamó;

—¡Oh, sí! los destinos de estas tres desventuradas se enlazarán entre sí por una mancomunidad de terribles desastres. Sí, sí: ¿no me lo ha dicho la voz poderosa? ¡El 21 de febrero es una fecha funesta! ¡La primera de esas mugeres subirá al cadalso, y su en-

cantadora cabeza caerá en el cesto del verdugo!

—¿Y quién es la primera?-esclamó el núro uno con mas indignacion que temor.—Vamos, querida, ¡esas chanzas son estúpidas y atroces! ¡Cállese vd., y al momento!

—Esta,-repuso la nigromántica sin responder, porque su espíritu estaba en otra parte,-esta perecerá por una de esas muertes horribles que pueblan el sitio donde se esponen los cadáveres. Morirá entre dolores terribles.... ¡el veneno, el veneno! ¡Oh! ¡El 21 de febrero es fecha fatal!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Qué es lo que dice? ¡Un sueño terrible! ¡Ay! ¿Para qué habré venido aquí? ¡Madre mia! ¡Pobre madre mia! ¡Tú lo has querido!

—No se alarme vd. por eso,-dijo la jóven compañera:-¿no vé vd. que está loca y se burla de la gente?

—Por último,-continuó la adivina trémula y desfallecida,-la tercera... ¡oh! la tercera... ¡su suerte es mas horrible aun! La muerte es un momento: pero la infamia... beber el cáliz de la deshonra hasta las heces... ¡Haber sido siempre respetada, adorada y verse arrojada en las galeras con las mugeres

perdidas!... ¡Verse condenada á trabajos perpétuos para toda su vida!... ¡Oh! ¡El 21 de febrero es una fecha fatal!

— ¡Callará vd. por fin, miserable loca! — exclamó la supuesta criada, cogiendo con violencia el brazo de la nigromántica. — ¿Quiere vd. callar de una vez? La repito que basta ya de chanzas tan atroces, de las que me reiría si estuviese sola; pero está vd. asustando á esta pobre criatura que apenas puede sostenerse, — añadió el número uno, designando con su mirada á la otra cliente, que apoyada en el respaldo de la silla, parecía próxima á desmayarse. — Repito que basta ya de necias predicciones que pueden fascinar á los espíritus débiles, pero de las que se burlan los caractères fuertes como de sus cartas de vd. y de sus medallas.

De repente, la adivina que hacia algunos instantes se hallaba acometida de un temblor convulsivo, lanzó un grito y cayó como aniquilada en el suelo, derribando en su caída la única luz que alumbraba débilmente aquel cuarto, en el que reinó al punto la mas completa oscuridad.

La jóven de luto, desfallecida ya, perdió enteramente el conocimiento, y la supuesta

criada, cuya valerosa sangre fría no se había desmentido, tuvo fuerzas para llevar á tientas á la desventurada á la cama de la adivina, dejando á esta tendida en el suelo sin la menor compasion; en seguida, saliendo de la mansion cabalística, bajó precipitadamente la escalera, dijo á la portera que la hechicera y una de sus clientes se hallaban indispuestas, y desapareció.

IV.

Habian trascurrido unos diez y ocho meses desde las escenas de nigromancia que hemos referido, valiéndonos del magico poder, unido á la muleta del diablo cojuelo, haremos asistir al lector á tres acciones casi simultáneas.

La primera tenia lugar en un pequeño cuarto, situado en un piso tercero, y que daba al malecon de la isla de S. Luis en el Marais, barrio solitario y de una tranquilidad proverbial. Todo en aquella habitacion anunciaba una vida tranquila, feliz y retirada.

Una señora mayor, de apariencia algo acha-

cosa, pero de dulce y risueña fisonomía, sentada en un ancho sillón, se ocupaba en hacer tapicería. La leña que chispeaba en la chimenea presagiaba una helada de las fuertes, pues corría á la sazón el mes de febrero.

Al otro lado de la chimenea de aquella sala, bastante bien puesta, se hallaba bordan-do una joven rubia, de unos diez y ocho años de edad, vestida con tanto gusto como sencillez y cuyas facciones encantadoras recordaban la casta suavidad de una imájen de la Virgen.

Un piano abierto, sobre el que habia abierta tambien una partitura, adornaban aquella sala. Las paredes casi desaparecian bajo una porcion de hermosimos dibujos al pastel, recientemente ejecutados, como se adivinaba por la frescura de sus coloridos. En frente del piano se veia en un estante, á mas de los autores clásicos franceses, á los clásicos ingleses é italianos en su lenguaje original. Al rededor de aquel estante habia colgadas una porcion de coronas de hojas de encina artificiales, adornadas con ramitos de plata. Finalmente, encima del piano se veia el retrato de un hombre en la madurez de su vida, de rostro noble y marcial: vestia uni-

forme de coronel de artillería.

Al dar las tres el reloj de la sala, la jóven interrumpió su labor, fué á tomar de una rinconera un frasquito y una cuchara de plata, y volviendo al lado de la señora mayor, la dijo, presentándola una cucharada del líquido contenido en el frasco:

—Querida madre, son las tres.

—¡Oh! ¿No me has de perdonar ni un minuto? replicó sonriéndose Mad. Duval (que así se llamaba aquella señora). Ya vuelves otra vez con esa horrible toma de quinina.

—Vamos, mamá, ponte en razón, dijo la jóven con acento de dulce reconvencion, y acercando la cuchara á los lábios de su madre; ya ves que desde que tomas esto, has recobrado el apetito, vamos bebe.

—¡Es tan amargo!...

—Mira, ni siquiera he llenado la cuchara... ¡vamos, ánimo, querida madre!

—¡Uf! ¡Qué malo es esto! exclamó Mad. Duval cerrando los ojos despues de tomar la bebida. Vas á abrazarme, Clementa, para hacerme olvidar esta amargura.

La jóven se arrodilló graciosamente sobre el taburete en que su madre descansaba los pies y le presentó la frente. Mad. Duval

apartó con sus dos manos los largos rizos de blondos cabellos que medio encubrían aquel rostro angelical; dió muchos besos á Clementa y la dijo jovialmente:

—No hay cosa para hacer una buena boca como besar ese lindo y fresco semblante.

—No me digas eso, querida madre, repuso riendo Clementa, pues me harías aumentar el número de dosis para obtener mas besos. Pero formalmente, confiesa que desde que tomas esa bebida te sientes mejor y con mas fuerzas.

—¡Yo lo creo!... Mas que un gañan.

—Porque tú lo digas: dos pájaros muy hambrientos te harían quedar muy atrás.

—De todos modos, para mí es mucho comer: seguramente, mi salud vá mejor de dia en dia, y eso lo debo á tus curaciones continuos: dicho sea sin calumniar al querido doctor Bonaquet, que tiene un nombre tan grotesco y un rostro tan estrafalario... —La verdad es, replicó Clementa, sin poder contener una sonrisa, que esas cabezas de madera, llamadas cazcanueces de Alemania, tienen cierto aire de parentesco con ese pobre doctor. ¡Pero tambien cuánta ciencia! ¡Qué espíritu tan superior! ¡Qué corazon tan

noble y generoso!

—¡Oh! en cuanto á corazón, no sé que te diga, repuso Mad. Duval meneando la cabeza: en mi vida he visto un hombre mas huraño ni mas brusco. Y cuando se chancea, no hay quien le gane.

—Verdad es, mamá ¿pero sobre quién recaen sus sarcasmos, que á veces son crueles en efecto? sobre las bajezas y picardías del mundo. Asi es que á pesar de su áspera corteza, le creo de corazón bueno y enérgico. Qué quieres, quizá sea algo parcial; pero ha tenido contigo cuídados tan delicados y asiduos durante tu enfermedad!... ¡y luego te ha salvado!

—¡Pobre hombre! Asi es la verdad, y estoy lejos de ser ingrata; Pero repito que si no hubiese tenido un auxiliar como tú para ejecutar sus órdenes con tanto celo y puntualidad, su cura no hubiera sido tan pronto ni tan segura.

—Vaya, queridamadre, dijo Clementa sonriéndose, siempre serás incredula en medicina.

—En cambio tengo fé en tu ternura, sí, por mas que pongas ese gesto de mal humor, querria saber donde estaria yo á estes ho-

ras si no hubieras salido del colegio para cuidarme.

— ¡No vayas ahora á alabarme por eso! Vamos, querida madre, cuando hace 18 meses viniste á establecerte en Paris, á fin de seguir los consejos de médicos afamados, y podia dejarte yo sola y á merced de manos extrañas!

— No, hija, no; y sin embargo, siento que no hayas acabado el último año de estudios en tu colegio: hubieras alcanzado tambien todos los premios mayores: música, dibujo, lenguas extranjeras... ¿qué se yo?... Así era que cuando oía: «primer premio, la señorita Clementa Duval» estaba yo orgullosa, radiante de alegría. Me sucedia como cuando en otro tiempo leía, despues de pasadas mis primeras inquietudes, el nombre de tu pobre padre, citado en la órden del día del ejército de Africa.

— ¡Ay! dijo Clementa con un suspiro melancólico, volviendo sus ojos hacia el retrato del coronel: su intrepidez le costó la vida: murió como un héroe... ¡Ay! mamá, la gloria cuesta cara á las familias.

Mad. Duval, volviéndose tambien á contemplar el retrato de su marido, exclamó con

un acento de tristeza dulce y resignada.

—¡Pobre Julian! ¡Este era realmente su noble y leal semblante! ¡Valiente como un leon... y con todo eso tan bueno y tan cariñoso con nosotros dos, á quienes adoraba!

—¡Qué buen padre! ¡Me mimaba tanto!.. dijo Clementa medio sonriéndose. ¿Te acuerdas cuando venia contigo despues de concluida su guarnicion para verme en Paris, y la tristeza que sentia si yo me hallaba retenida en el colejo? ¡Verse obligado á volver sin mí en vez de llevarme consigo!

—¡A quién vas á contar eso! Cuando le veia volver solo, ya estaba bien segura de lo que iba á suceder. A los cinco minutos gruesas lágrimas corrian por sus bigotes, y esclamaba:

—«No, esa directora del colegio no tiene entrañas. Sabe que no estamos en Paris sino por espacio de un mes, y tiene la crueldad de rehusarme á mi hija. ¿Y por qué? Porque su composicion de inglés ó de italiano no haya salido bien. ¡Cómo si alguna vez no hayan de salir mal las cosas! ¡Es tan severa con Clementa, cuando es un ángel en su conducta, y ha alcanzado casi todos los premios de su colegio! De todos modos soy un necio, añadia:

esa directora se burla de todo el mundo; mi hija es mia, quiero que salga y saldrá.»

Y corria en derechura al colegio.

—Si, repuso Clementa, mi pobre padre volvía, y pedía resueltamente que me dejasen salir.

—«Señor coronel, replicaba la directora, es vd. libre de llevarse á Clementa, á pesar del castigo que se le ha impuesto; pero nuestros reglamentos son tales, que si me obliga vd. á infringirlos, no podría, por grande que fuese mi pesar, conservar aquí á su hija de vd., á quien profeso un ardiente cariño».

—Entonces, querida madre, había que ver y oír á quel pobre padre, rogar, suplicar, adular, y emplear todos sus recursos para obtener mi perdón. Todavía me parece que le oigo decir á nuestra insufrible y glacial directora.

—«Vamos, señora, que somos cólegas en cierto modo, porque vd. dirige su colegio con tanta severidad como yo mi regimiento, y tiene vd. razón: sin embargo, cuando pongo arrestado á uno de mis oficiales, ó envío á uno de mis artilleros al cuarto de corrección, juro á vd., que no siempre soy incesorable.»

—Pero á todas estas razones de mi buen padre, contestaba siempre la directora:

—«No es posible, señor coronel. El domingo prócsimo saldrá Clementa, sino se ha hecho acreedora á castigo.»

—Entonces, cansado de insistir inútilmente, mi pobre padre permanecía conmigo todo el tiempo destinado al recreo, y me decia por lo bajo:

—«Seguramente, siempre te inculcaré que respetes á su directora, porque te ha educado perfectamente; pero es bien seguro que no hay un coronel en el ejército tan severo como ese diablo de muger en su consigna.»

Aquellos recuerdos, medio tristes y medio risueños, enternecieron y conmovieron á Mad. Duval y á su hija; pero su tristeza estaba cesa de amargura. Habitadas á hablar todos los dias del que habian perdido hacia cerca de dos años, hallaban en esa conversacion un encanto melancólico.

—Despues de un grande silencio, durante el cual permaneció Mad. Duval pensativa, dijo esta á media voz y como si hablára consigo:

—¡No... no... es una locura! ¿Qué dices, mamá?

—Nada... porque me regañarias.

—Vamos, querida madre, espílicate.

—Pues bien, por insensata que sea la esperanza que sabes, no puedo decidirme á renunciarla ella.

—¡Ay mamá! yo también quisiera entregarme como tú á esa loca esperanza... pero si la combato es por temor de dejarse una ilusión, cuya pérdida sería para ti una pesadumbre mas.

—Tienes razón, hija mía, no obro cuerda-mente. Sin embargo, no puedo menos de pensar que si las probabilidades, las circunstancias y los hechos parecen probar que tu padre ha muerto como héroe en un combate reñidísimo, no se tiene al menos la prueba material de que haya perecido.

—¡Ay mamá! ¿Cómo no había de perecer? Encerrado en aquel bloqueo con cincuenta soldados que le quedaban; sitiados por muros de árabes, no teniendo víveres ni municiones, mi padre, de acuerdo con sus valientes soldados, prefirió hacer volar el edificio y perecer en él á rendirse para sufrir una muerte afrentosa. Los dos únicos franceses que se escaparon en aquella terrible catástrofe dijeron que habían visto al coronel Duval poner

fuego á la mina. Dos años han pasado de esta desgracia: ¿cómo esperar, que mi padre?...

La jóven no pudo continuar, y llevó su pañuelo á los ojos para ocultar sus lágrimas.

—¡Querida hija mia!—dijo madama Duval llorando tambien, y levantándose para ir á abrazar,—perdóname, soy una loca. Sé que por espacio de un año se han hecho en Africa todas las pesquisas posibles, porque tu padre era uno de esos gefes que inspiran tanto respeto como cariño. Su muerte era tan gran pérdida para el ejército, que, á pesar de la seguridad que habia de su heroico fin, han procurado ponerla en duda todo el tiempo posible. ¡Dios mio! ¡Conozco que hago mal en abrigar una esperanza insensata, y que así avivo nuestros dolores! Porque, cuando ya me resigno á aceptar esa desgracia como irremediable, nuestros recuerdos son menos crueles: hablemos de él como de un amigo ausente, al que algun dia nos reuniremos en la eternidad; pero, ¿qué quieres, hija mia? Bien lo sabes; un cruel temor viene á hacer sombría esta vida, que tu ternura y tu carácter angelical hacen tan dichosa.

—Vamos, mamá, ¡todavía esos tristes

pensamientos!—dijo Clementa con las lágrimas en los ojos;—siempre estás buscando medios de atormentarte.

—No, no, querida hija mia; yo no quiero exagerar nada; pero en fin, yo no tengo muy buena salud; la muerte de tu padre ha sido un golpe cruel para mí; voy bien, gracias á tus cuidados, pero si tuviese que dejarte en el mundo sin verte casada, establecida, ¿seria muy cruel para mí! Hé aquí la razon por que no puedo conformarme con la pérdida de tu padre. Al menos, si yo te faltára, tendrías una persona que te protegiese y que cuidase de tu porvenir, querida hija mia, —añadió Mad. Duval cubriendo de besos y de lágrimas á su hija.

Despues de pasado aquel arretrato de ternura, dijo la jóven á su madre, procurando sonreír para tranquilizarla:

—Deberia ahora reñirte, mamá, porque te alarmabas sin motivo ninguno, pues antes de ayer mismo Mr. Bonaquet, á quien me quejaba por ir disminuyendo sus visitas, me respondió con su aspereza habitual que debíamos darnos por muy satisfechas de que aun viniese á veraos, pues las tenia como verdaderas visitas de lujo, hallándose com-

pletamente restablecida, y que ya no habia nada que hacer mas que tener un poco de régimen, é ir haciendo algun ejercicio. Asi, pues, te vas á ir preparando para que demos nuestro paseo acostumbrado al jardin de plantas. En fin, monsieur Bonaquet asegura que á fines de la primavera estarás ágil y fuerte como cuando tenias quince años.

—Y no puedo menos de confesar, hija mia, que me siento cada dia mejor, mis fuerzas se reaniman, el ejercicio no me fatiga, duermo perfectamente, y si...

—Si tuvieras un poco de juicio y no te estuvieses atormentando sin motivo, tu salud se restableceria mas pronto.

—Ya lo sé, hija mia, ya lo sé. Muchas veces te entristezco, á pesar mio, pues al cabo nuestra posicion seria envidiada de muchos. Nosotros vivimos la una por la otra. Gracias á tí, el tiempo se me pasa como por encanto: mi pension de viuda de un coronel á la hipoteca de un centenar de miles de francos, que constituyen tu dote, nos aseguran un buen pasar. Asi es, que si pensaras en casarte...

—Querida mamá,—repuso Clementa sonriendo,—nunca llegaremos á estar de acuer-

do sobre este punto. Te lo he dicho muchas veces: la posicion y el porvenir de una solterona no me causan miedo. Las bellas artes y la lectura me ofrecerán siempre mas distracciones de las que puedo desear. Además, por ahora mi corazon está todo ocupado por ti, y no hay en él espacio para ningun otro cariño.

—Eso se dice siempre á tu edad, y luego mas tarde...

—¿Mas tarde? no, no; créeme, mamá. Yo no comprendo que haya en el mundo una criatura mas feliz que yo (cuando tú no te atormentas sin motivo); y tan cierto como te amo y te respeto, que es el único juramento que puedo hacer, no formo deseo, ni proyecto alguno que no tienda á otra cosa que á concentrar mas aun nuestra vida.

—Querida mia, te creo, no hay en el mundo un corazon mejor ni mas sincero que el tuyo.

—Bien, mamá; á los corazones buenos y sinceros reserva Dios la felicidad; asi es que nuestro porvenir no me inquieta en manera alguna. Y no puedo menos de confesar,—añadió sonriendo Clementa,—que necesito para afirmarme en esta creencia una

gran fé, pues si hubiese de creer á los que pretenden saber leer en el libro del destino....

—¿Qué dices?

—¿No te acuerdas?...

—¿De qué? hija mia.

—Hace cerca de diez y ocho meses, cuando estabas tan mala, aquella adivina que quisiste que fuese á consultar, pobre madre mia, para que te dijese la suerte de nuestro padre...

—Calla, Clementa, no me hables nunca de eso, pues me haces avergonzar. Era una locura, y fué precisa toda tu obediencia á los caprichos de una pobre enferma para que vencieses tu justa repugnancia de ir á consultar á una loca. ¡Dios mío! ¡Cuando pienso en ello! haberte espuesto á oír sus predicciones, absurdas, es cierto, pero que pudieran haber hecho una cruel impresion en una alma menos fuerte que la tuya.

—¡Oh! mamá, no me creas mas animosa de lo que he sido: al principio te confieso que tuve un miedo espantoso; y tal vez no fueron sus predicciones vagas y siniestras las que mas me asustaron, sino la especie de convulsion que la acometió despues de decirme aquellas lindezas á mí y á otra curiosa, una

doncella, á lo que se me figuró; poro esta aparentaba al menos serenidad, y se reia con toda su alma. Tal vez la habria yo imitado si no me hubiese hallado entonces tan inquieta por tu salud, y sin el grave motivo que me conducia allí, pues se trataba de consultar sobre la suerte de mi padre.

La conversacion de Mad. Duval y de su hija fué interrumpida por una criada que traia un paquete bastante voluminoso envuelto en un hule.

—¿Qué es eso? Clarita, dijo la viuda del coronel.

—Yo no sé, señora: me lo acaba de entregar un caballero. Preguntó si se hallaba en casa la señora, y le respondí que no, pues la señora no recibe á nadie. Entonces el caballero me entregó este paquete con su targeta.

Mad. Duval tomó la targeta, en la que se leia: «Anatalio Ducormier.» Y debajo escrito con lápiz: «De parte de la señorita Emma Levasseur.»

—¡Ah! ¡ya comprendo!—dijo Clementa;—son los regalos de año nuevo que Emma me envia todos los años, desde que está en Inglaterra.

—Eso será seguramente,—dijo Mad. Duval,—y habrá aprovechado alguna ocasión para que llegue á tus manos.

—Pronto, pronto, ¡Clarita!—dijo Clementa con una vivacidad infantil,—¡abre ese paquete! sin duda dentro de él vendrá también una carta de Emma.

La criada desenvolvió el paquete. en el que Clementa encontró, con efecto, una carta que acompañaba á dos magníficos libros de aguinaldo, de esos que los libreros de Londres publican todos los años.

—¡Oh! ¡qué bonitos libros!—dijo Mad. Duval ecsaminándolos, mientras que su hija rompía el sello de la carta.

—¡Qué alegría!—dijo la jóven:—hay ocho páginas escritas de la letra menuda de Emma. Voy á ver únicamente las últimas líneas para saber si está buena. Sí, escucha como concluye: «Mis recuerdos á tu querida y escelente mamá, y asegúrala mi respetuoso cariño. Te abraza con todo su corazón, Emma.»

—Pero hija mia, ¿por qué no lees esa carta?

—¿Por qué? ¿pues y nuestro paseo? Debíamos ya haber salido hace media hora.

Vamos, Clarita; el manguito de mamá, pues hace mucho frío.

Mientras que la criada iba por el manguito, madama Duval dijo á su hija:

—¡Con tal que esté bien en casa de lord VVilmot! La posicion de una instructora es siempre tan delicada, ¡sobre todo en ciertas casas!....

—Oh mamá, á Dios gracias, lord y lady VVilmot, lo mismo que sus hijas, son excelentes con Emma. Ella no tiene palabras con que alabar su comportamiento, y si no fuese por el disgusto de vivir en un pais extraño, Emma sería enteramente feliz.

Habiendo vuelto la criada con el manguito, Clementa, despues de tomar las mas escrupulosas precauciones contra el frio que podria ser perjudicial á su madre la dió el brazo, y ambas se dirigieron al jardin de las plantas para dar su paseo acostumbrado.

.....
Aquí el «Diablo Cojuelo» dió un golpe con su muleta; y nos trasportó á un barrio diametralmente opuesto, al barrio de Saint-Germain.

En la época de nuestra historia existía

hacia muchos años en la calle de Bac, un almacén de sedas, guantes y perfumes intitulado «Gana poco,» esplotado por Mr. José Faveau y su muger, sucesores de Ducormier, como lo indicaba al público la muestra de la tienda.

A la misma hora poco mas ó menos en que la viuda del coronel Duval tenía con su hija la conversacion que hemos referido, ocurrían en el almacén de «Gana poco» las escenas que vamos á describir.

Mad. Faveau, la perfumista, joven de 22 años, se hallaba sentada al mostrador. Difícil sería figurarse una morena mas graciosa y atractiva, unos cabellos negros mas lustrosos, unos ojos mas brillantes y vivarachos, unas mejillas mas bellas y sonrosadas y un cuerpo mas elegante y esbelto.

Maria Faveau sabía que era linda, estrechamente linda, y que desde la calle de Bac hasta lo último de la de Grepelle era conocida por su fama, pero fama de buen género, porque cualquiera podía ir, á pretexto de tomar guantes, tirantes, jabón ó esencias, á admirar aquella hermosura seductora, si bien luego tenía que volver no mas que con su admiracion. Jamás había la

maledicencia hincado el diente en la reputacion de Maria Faveau. Afable, risueña y siempre de buen humor, desesperaba á los galanes, acogiendo sus declaraciones con una jovialidad burlona y tanto mas terrible, cuanto que así que despachaba á los galanes, la linda perfumista lo celebraba grandemente con su marido, á quien adoraba, y con razon á decir verdad, porque José Faveau, mozo gallardo y de fisonomía simpática, era además la bondad y la franqueza personificadas.

Digamos para concluir, que Maria, dotada de mucho despejo natural, habia recibido una educacion bastante descuidada, viviendo siempre entre la clase media, honrada y laboriosa, pero de la mas vulgar. Asi es que la jóven no poseia esa reserva de palabras, esa distincion de modales que con otra educacion y otro trato hubiera adquirido indudablemente, y mostraba á veces la charla viva y resuelta de una modista refinada por algunos principios de educacion.

Aquel dia se hallaba, pues, madama Faveau al mostrador, ocupándose unas veces en sus libros de comercio, y despa-

chando otras á su numerosa clientela.

El último parroquiano que acababa de entrar en la tienda era un hombre de cerca de cincuenta años, vestido con cierto esmero, con cabellos cenicientos, fisonomía astuta, mirada fina y penetrante y modales elegantes.

—¿Qué se ofrece, caballero?— preguntó María Faveau, dejando la pluma en el tintero.

—Una pastilla de jabon, señora.

—¿De rosa ó de almendras?

—De lo que vd. quiera, señora.

—¡Diantre, caballero! vd. es el que ha de usar el jabon y á vd. toca la eleccion.

—Es que me pareceerá mejor elegido por usted.

—Esa es mucha galanteria, caballero,— repuso sonriéndose la linda perfumista.— Entonces tome vd. este jabon de almendras amargas, que es de mayor duracion que el otro.

—En ese caso deme vd. del otro á fin de tener mas pronto ocasion de volver aqui.

—Pues gástelo vd. cuanto antes, y vuelva vd. con la posible frecuencia,—replicó alegremente madama Faveau.—A Dios gracias, no nos faltan pastillas de jabon. Aqui

tiene vd. una, caballero; su precio es quince sueldos.

El hombre de los cabellos cenicientos sacó de su bolsillo una cartera, la puso sobre el mostrador, la abrió, sacó de ella un número considerable de billetes de banco, que se puso á hojear con afeccion, y dijo como si hablara consigo mismo:

—Crecia tener un billete de quinientos francos; pero no: todos son de mil.

—Y qué, caballero, ¿va vd. á cambiar un billete de mil francos para una pastilla de jabon de quince sueldos?—dijo Mad. Faveau. —no haga vd. tal. En primer lugar, que quizá no tenga vuelta, y luego siempre fiamos á los parroquianos... respetables.

La palabra respetables dirigida al viejo pisaverde la acompañó Maria con una maliciosa sonrisa.

—Ahora que recuerdo,—repuso el hombre de los cabellos grises procurando adivinar con una mirada socarrona si la jóven se mostraba deslumbrada con la suma considerable que acababa de ofrecer á su vista; ahora que recuerdo, traigo oro.

Y sacó un largo bolsillo de seda verde, en el que habia unos doscientos luises, gran parte

de los cuales por calculada torpeza cayeron con sonoro ruido sobre la cartera que estaba aun en el mostrador. El hombre de los cabellos grises, observando siempre socarronamente á Maria Faveau, hizo sonar de nuevo el oro al meterlo en el bolsillo, dejando un solo luis, que empujó con la punta del dedo, diciendo:

—Tenga vd. la bondad de darme la vuelta, señora.

La linda perfumista, conteniendo con bastante dificultad las ganas de reir que le causaba la afectacion de aquel hombre en hacer ostentacion de sus billetes y de su oro, le dió la vuelta con la mayor seriedad.

El hombre de los cabellos grises, en vez de tomarla, pareció mudar de idea, y dijo con el aire mas natural del mundo:

—Señora, ¿tendrá vd. la bondad de hacerme un favor?

—Con mucho gusto, caballero; diga vd.

—Voy ahora al museo, y entre la muchedumbre suele á veces haber gente aficionada á palpar lo que los demás llevan en los bolsillos: tenga vd. la bondad de guardarme esos billetes y ese oro con la pastilla de jabón, que á la vuelta, que será dentro de una hora, lo

recogeré todo.

Aunque la proposicion era bastante estraña, pues no estaba abierto aun el museo (circunstancia que ignoraba Maria), esta, no obstante su sorpresa, y no suponiendo segunda intencion en aquel hombre respetable, respondió ingénuamente:

—No veo inconveniente en hacer lo que vd. pide, caballero; y una vez que lo desea vd., guardaré ese dinero por una hora. Supongo que sabrá vd. lo que hay en el bolsillo y en la cartera, ¿no es cierto?

—Si, señora; hay catorce mil francos en billetes y doscientos luises en oro.

—Total diez y ocho mil francos, que voy á guardar en mi cajon hasta que vd. vuelva.

Y la jóven puso en efecto el oro y los billetes en su cajon, igualmente que la pastilla de jabon.

—Mil gracias, señora,—dijo el hombre de los cabellos grises, saludando con la mayor urbanidad, y dirigiéndose á la puerta.

—Servidora de vd., caballero,—respondió Maria volviendo á su libro de cuentas.

El hombre de los cabellos grises habia abierto á medias la puerta para marcharse, cuando volviéndola á cerrar, fué á colocarse

delante del mostrador, junto al cual se sentó en una silla, y dijo:

—Señora.... una palabra, si tiene vd. la bondad de escucharme.

—¡Calla!—esclamó Maria, mirándole sorprendida;—¿no va vd. ya al museo, caballero?

—Si, señora, voy allá al momento; pero antes quisiera hacer á vd. una pregunta.

—Vd. dirá, caballero.

—¿Recuerda vd., hará cosa de seis semanas, haber vendido un par de guantes á un caballero de aspecto jóven aun y elegante, aunque de edad ya madura?

—¿Un par de guantes?... ¿Hace seis semanas?—dijo Maria bastante sorprendida y haciendo por recordar aquellas particularidades.—No, á fé mia, caballero, no recuerdo ¿no quedó acaso contento aquel caballero con los guantes?

—Tan contento quedó, que al dia siguiente vino á comprar otro par.

—¡Enhorabuena! Ese es todo un buen parroquiano; pero ni remotamente me acuerdo de ese caballero.

—Vamos á ver: haga vd. memoria, amable señora: un caballero delgado, de rostro

agradable todavía, y que llevaba al pecho una porción de condecoraciones, porque es un distinguido señor, un príncipe, el cual todos los días, al dirigirse á la cámara de los pares, pues también es par de Francia, pasa espresamente por esta calle, aun cuando no es camino suyo.

—Pues si no es este su camino, ¿por qué ese buen señor pasa por la calle de Bac?

—Por detenerse delante de su tienda de vd., amable señora; por tener la dicha de contemplar á vd. un momento: vamos, francamente, ya lo habrá vd. debido notar.

—¿Como si no tuviera yo otra cosa que hacer que mirar á los que pasan por la calle!

—Muy desgraciado es entonces el príncipe, amable señora, porque esperaba que le conociera vd. al menos de vista.

—¿Y de qué le hubiera servido á ese señor que yo le conociera de vista.

El hombre de los cabellos grises—repuso á media voz y en tono misterioso é insinuante:

—Si el príncipe hubiese tenido la dicha de ser notado por Vd., señora, tal vez pareciera á vd. menos brusca la proposición que ... tengo que hacer á vd..... de su parte.... porque á la verdad, hablando in-

genuamente, no ha nacido vd. para estar al frente de una tienda.

—¡Yo, señor!... pues tendria gusto en saber qué me falta para ello.

—Al contrario, amable señora, lejos de faltar á vd. la sobra mucho.

—¿A mí?

—Sí, señora; tiene vd. demasiados atractivos, demasiada belleza, demasiadas gracias para que yazcan sepultadas en una miserable tienda. A la verdad, señora, ¡eso es una lástima! Su verdadero sitio.... ¿sabe vd. cuál es? Una linda casita con carruaje, palco en los teatros, diamantes y trages de duquesa; con todo lo que es digno en fin de una muger encantadora como vd. Pues bien, amable señora, esa vida deliciosa puede vd. tenerla cuando quiera.

—¡Bah!

—Cuando vd. quiera no tiene vd. para ello mas que decir una palabra.

—¿De veras, caballero?..... ¿Será posible?

—Solo depende de vd., de que diga vd. sí, ó no.

—¿Con que nada mas que yo diga sí ó no..... ¡Nada mas?-dijo Maria haciendo un

gesto de sorpresa el mas gracioso del mundo. ¿Sabe vd., caballero, que lo que me propone merece reflexionarse?

—¡Yo lo creo!

—Y lo que me promete vd., mi digno señor, es cosa segura?

—Tendrá Vd., amable señora, todas las garantías apetecibles.

—Enhorabuena, porque sería una infamia burlarse de unas pobres gentes. De consiguiente, quedamos en que, diciendo si, dependerá de mi tener casa, carruages, diamantes, palco en los teatros, vestidos de duquesa... ¿y qué mas? por que no me acuerdo.

—Tendrá Vd. naturalmente su casa con criados y bien amueblada, ropa blanca, servicios de plata, etc. etc.: mil escudos mensuales para sus gastos, y veinte y cinco mil francos para el ajuar.

—¿Sabe Vd. que eso es magnifico, mi respetable señor? Figúrese Vd. que mi marido y yo no tenemos mas habitacion que dos piezas en el entresuelo, solo tomamos un simon en los dias que repican recio, y vamos á lo mas una vez al mes al teatro, y eso á galeria.

—¡Eso no es decente, amable señora! ¡Una

jòven tan encantadora como vos en galeria!

—Si, señor y de segunda fila.

—¡De segunda fila, santos cielos!

—¡Y diamantes, mi respetable señor, diamantes! ¡Yo, que tengo por todo adorno una aguja y un par de pendientes de amatista!

—¡Pobre jòven: alhajas de amistad! ¡Eso es indigno!

—¡Y mil escudos mensuales, cuando para mi marido, mi niña, mi niñera y yo gastamos á lo mas mil y quinientos francos al año!

—Justamente el salario que dará Vd. á su doncella, amable señora.

—¿Conque tambien tendré doncella?

—¡Una al menos, pardiez! Y además lacayo, cochero, cocinero.

—¡Un cocinero! Yo, que me quemo con tanta frecuencia los dedos asando las chuletas cuando no está la niñera!

—¡Ay, señora! dijo el hombre de los cabellos grises con acento de compasion irritada. —¡Esas manos encantadoras andan con chuletas!.... ¡Qué indigno ultrage á la hermosura!.... ¡Eso pide venganza!

—Lo cierto es, que me gusta mas hacer chocolate. En eso soy primorosa, y al

menos no me quemo los dedos. Pero dígame vd., mi venerable señor, una vez que tendré cocinero, supongo que sabrá hacer bien las tortillas con jamon.

—¡Vaya!

—Pregunto á Vd. eso porque á José le gustan con pasion.

—¿A qué José?—preguntó desconcertado el hombre de los cabellos grises:—¿A qué José?

—¡Toma! al mio; al José querido de su muger.

—¡Al José... querido!

—Si por cierto, á mi marido.

—¿Su marido de vd. señora; su marido de usted?

—Si tal.

—¿Y me dice vd. eso con seriedad?

—Entendámonos: ¿Me pregunta vd. si digo seriamente que á José le gustan las tortillas con jamon?

—No, no... Pregunto á vd. si cree que su marido consentirá en compartir la existencia que estoy encargado de proponer á vd.

—¿Si consentirá en tener casa, carruage, cocinero, doncella, servicio de plata, etc. etc., porque hay muchos etcéteras en sus pro-

mesas de vd.?,... ¡Preciso es que fuera muy descontentadizo mi querido José para rehusar tan brillantes ofrecimientos!

—Mirándolo bien,—dijo entre sí el hombre de los cabellos grises con una sonrisa desdeñosa y sardónica,—maridos se han visto como ese. Y luego añadió en voz alta:

—Sin embargo, mi querida señora, un marido sería siempre una cosa algo incómoda, á pesar de toda la condescendencia que pudiera tener ese excelente Mr. Faveau. Ya me entenderá vd., querida señora, porque vd. es muger de talento. Ahora bien: respecto de la incomodidad que no puede menos de causar un marido, por buena voluntad que tenga, habia pensado el principe en una combinacion excelente: como tiene gran crédito con los ministros, se ha provisto de una plaza de visitador de caballeria en los derechos reunidos en Tarbes.

—¿En Tarbes, mi venerable señor?

—Si, en Tarbes, Altos-Pirineos, á doscientas leguas de aqui. Al propio tiempo, el titular de la plaza en cuestion tomaria en cambio su tienda de vd. Asi quedaba todo arreglado, pues ya se hallaria medio de hacer que el buen Faveau aceptase. Ademas ya se

lo explicará á vd. todo el mismo principe en el baile de la Opera si consiente vd. en ir allá.

—¿Yo al baile de la ópera?-dijo alegremente la jóven;-¿conque eso mas hay?

—Escúcheme vd. atentamente, querida señora; su marido de vd. está hoy de guardia.

—¡Cómo!-dijo María sorprendida en extremo y casi alarmada de ver á aquel hombre tan bien informado: ¿sabe Vd.?

—Todo lo sabemos: su marido de vd. no volverá aquí hasta mañana por la mañana; de consiguiente, tiene vd. toda la noche por suya: vd. habita sola en el entresuelo aquí encima, y su niñera de vd. duerme en el quinto piso.

—¡Ah! ¿conque sabe vd. tambien que mi niñera?....

—Todo lo sabemos. Tenemos, pues, la noche por nuestra; por lo tanto, á la una de la madrugada nada le será mas fácil que bajar á su tienda, y ya estará yo á la puerta con un coche y un dominó dispuesto, se lo pone vd. y nos vamos al baile de la ópera, donde el principe tiene ya tomado un palco; allí verá vd. á ese digno y amable

Señor, y hablará y explicará á vd. todos sus Proyectos; todo lo ha previsto, hasta el caso en que no hubiese medio de hacer aceptar á su marido de vd. la plaza de visitador, y se empeñase en conservar su tienda en Paris, el principe á vd. propondría entonces otra cosa. En fin, ya le oirá Vd. y verá vd. que es el mejor y mas galante principe del mundo: verdad es que ha pasado ya su primera juventud.....

—Y la segunda, y la tercera quizá; ¿no es cierto, no, respetable señor?

—No quiero engañar á vd.; tiene ya sus cincuenta años cumplidos; ¡pero está tan bien conservado, tan rejuvenecido!... En fin, ya le verá vd. Además tiene, señora Favéau, bastante juicio para no comprender que el cariño de un señor de edad madura es mucho mas sólido, y sobre todo mas fructífero que el amor de esos mozalvetes, bueno solo para perder á las mugeres. En una palabra, cuanto puedo aseguraros es que jamás he visto desmentirse la generosidad del principe en veinte y cinco años que hace estoy á su servicio como hombre de confianza.

—¡Ah!—dijo María interrumpiendo al de los cabellos grises; ¿conque hace veinte y cinco

años, mi digno señor, que tiene vd. el honor de.... de?.... Os doy por ello mi enhorabuena.

El hombre de los cabellos grises, aunque sorprendido por la espresion de la fisonomía de la jóven al dirigirle estas últimas palabras, continuó:

—¿Cónque estamos acordes? nó es cierto, querida señora? A la una de la madrugada estaré á la puerta del almacén con un coche y un dominó. Ya ve vd. la reserva que guarda el príncipe, pues hubiera podido pedir á vd. una entrevista en su casita particular, pues tiene una deliciósísima, como los grandes señores de otro tiempo. Ya la verá vd. Pero para tranquilizar á vd. ha preferido elegir un terreno neutral: la ópera, donde podrá convenir en todo con él. En cuanto á los diez y ocho mil francos que tiene vd. ahí, se los guarda vd.; esa será una de las garantías que probarán á vd., á lo que espero, que debe vd. tener plena confianza en las promesas que la he hecho en nombre del príncipe.

Maria, despues de escuchar en silencio al «amigo del príncipe,» sacó de su cajon

el oro y los billetes de banco, los puso sobre el mostrador, y dijo con frío desden mirando de frente al hombre de los cabellos grises:

—Mire vd., mi respetable y digno señor: aunque desempeña vd. para su edad un oficio tan torpe como infame, no quisiera, por respeto á esa misma edad, ver á mi querido José aplicarle la mas linda paliza que quizá haya vd. llevado en los veinte y cinco años que tiene vd. el honor de ser corredor de su príncipe en los honrosos negocios que le confia.

Estupefacto el hombre de los cabellos grises al oír aquella salida, se levantó bruscamente y exclamó:

—¡Pero, señora!

—Lo dicho, mi digno señor. Si volviese mi marido tendria mucho placer en contarle el caso en su presencia de vd., y ya concebirá vd. qué andanada le esperaria, porque el José querido de su muger es fuerte como un turco, y se lo haria conocer á vd. por esperiencia, si es que lo ignoraba vd. que todo, todo lo sabe. Verdad es que está de guardia; pero debe venir á comer al almacén, y no tardará mucho,

porque son ya las tres y media. Ahora vea vd. si quiere aguardarle, mi venerable señor.

—Créame vd., querida señora,-replicó imperturbable el hombre de los cabellos grises,-y no ceda vd. á un primer impulso, porque quizá luego se arrepienta vd. Siga vd. mi consejo; reflexione vd. y entretanto conserve vd. ese dinero; mas adelante me lo devolverá vd. Hasta la vista, y de todos modos estaré esta noche á la una á la puerta de su tienda.

Y el amigo del príncipe se levantó.

—Caballero,-dijo con viveza Maria,-al menos llévase vd. ese dinero.

—Siempre será tiempo para recogerlo.

Y el hombre de los cabellos grises puso la mano en el picaporte de la puerta.

—Caballero,-dijo con viveza la jóven alarmada, porque por nada del mundo queria conservar aquel vengonzoso depósito:-escúcheme vd. al menos.

—¿Qué desea vd., querida señora?

—Puesto que quiere vd. absolutamente que guarde ese dinero, consiento en ello. Solo pido á vd. que haga el favor de envolver Vd. mismo la bolsa y la cartera en

este papel, y atar el paquete con esta cinta.

—¿Y para qué es eso? dijo con aire de sospecha el hombre de los cabellos grises.

—¡Hola!—dijo Maria con una amable sonrisa:—¿conque ya se acabó su condescendencia de vd., á pesar de los montes de oro que me ofrecia? ¡Y todavia quiere vd. que lo crea!

—Ya me figuraba yo,—pensó el amigo del principe,—que mudaria de parecer.

Y no viendo motivo para negar lo que se le pedia, envolvió el oro y los billetes, mientras que la jóven, sin ser vista, tiraba de un cordón de campanilla colocado en un rincón de la tienda, y que comunicaba al entresuelo.

En el momento en que el amigo del principe acababa de atar la cinta que envolvía el paquete, entró una criada.

—Luisa.—le dijo Maria:—¿sabes donde está la iglesia de las misiones extranjeras?

—Si, señora; aquí cerca.

—Pues toma este paquete.

Y lo tomó de manos del hombre de los cabellos grises que la miraba atónito.

—¿Ya sabes que cerca de la puerta hay un cajón para recibir limosnas para los po-

bres?

—Si, señora.

—Pues bien, Luisa; echa en él este paquete. Son unas cuantas limosnas que este digno caballero quiere hacer á los pobres del barrio, y....

—¡Diantre! Un momento, —dijo vivamente el hombre de los cabellos grises, tomando el paquete de manos de la criada:—¡no va tan lejos la caridad!...

—Entonces, mi digno señor, —repuso Maria sonriéndose, haga vd. sus comisiones por sí mismo; quizá sea mejor.

Dos parroquianos que entraron en la tienda á la sazón, obligaron al hombre de los cabellos grises á alejarse con su dinero, lo cual hizo, aunque no sin decir por lo bajo á Maria:

—Ya lo reflexionará vd.: á la una de la madrugada estaré á su puerta.

—Caballero, caballero, dijo alegremente y en voz alta la jóven, despachando á los nuevos parroquianos, —aquí tiene vd. su pastilla de jabón que se deja vd. olvidada: si necesita vd. alguna otra cosa, cepillos para los dientes, polvos para la barba, esencias, acuérdesse vd. de nosotros, caballero; siempre tendremos mi marido y yo una gran satisfaccio

en servir á vd. á conciencia, y con lo mejor que tengamos.

El amigo del príncipe salió bastante desconcertado, pero no desesperado. Hay jentes enteramente ciegas en punto al desinterés y al honor, que no creen ecsista en ninguna parte.

Despachados los nuevos parroquianos dejaron pronto sola á la jóven, la cual volvió á tomar su libro de cuentas, diciendo entre si mientras escribia:

—¿Deberé contar á José lo que ha pasado y reirnos del lance como de otras tantas necias declaraciones? Buenas ganas se me pasan de hacerlo; pero por otra parte hay de por medio una oferta de dinero que es indigna, y podria apesadumbrarse al pensar solo que habian tenido valor para hacérmela. ¿Qué haré?... Vaya, mañana se lo contaré todo á mamá, que es una escelente cabeza: ella me aconsejará lo que he de hacer, y si debo decir ó no á José lo que ha pasado.

En seguida la jóven volviendo de nuevo á su libro de cuentas, se puso á tararear, sin dejar de escribir, las palabras siguientes con un aire y un ritmo imposibles de describir:

«No basta amor á mi José querido,

tran lan lá larán lan lá.

Tener en él confianza y no ocultarle nada,
tran lan lá, larán lan lá.

Hay que cuidar de no apesadumbrarle,
tran lan lá.

Ni aun con la mejor intencion,
larán lan lá.»

En aquel momento, una voz alegre y sonora, que por su parte tarareaba tambien un aria, se hizo oír detras de las vidrieras del almacén. Abriéronse estas, y entró Mr. José Faveau, mozo gallardo, de cinco pies y siete pulgadas, vestido con su uniforme de guardia nacional, sobre el que brillaba su correa-ge estremadamente blanco. Haciendo entonces el saludo militar, llevándose el dorso de la mano á la gorra de pelo, menos negra que sus pobladas patillas, se detuvo en el umbral de la puerta diciendo:

—¡Salud y honor á mi linda esposa!

V.

Tal era Maria Faveau, la jòven vulgar: vulgaridad sencilla y encantadora, que dejaba libre vuelo á los mas nobles impulsos del corazon, á las mas vivas espansiones del ánimo; vulgaridad preferibla mil veces á la reserva, á la distincion de modales, cuando, por ese refinamiento de una educacion ociosa la distincion se convierte en sequedad y rigidez, y la reserva en disimulo ó falsedad.

—Salud y honor á mi linda esposa, habia dicho José al entrar en el almacén.

La jòven, al ver á su marido, dió alegremente una palmada, y levantándose ligera y suelta como una corza, saltó desde su sillón al mostrador y desde el mostrador al suelo, dejando ver, al dar el brinco, el nacimiento de una bien formada pierna, calzada con un borceguí negro, exhibicion involuntaria que arrancó esta exclamacion á José Faveau:

—¡Caramba!!!

No tuvo tiempo para decir mas, porque los dos lindos brazos de Maria enlazaron al punto su cuello.

—¿Estás loca, Maria? dijo José despues de haber correspondido á las caricias de su muger; ¡saltar asi por encima del mostrador con peligro de caerte!

—Era muy largo dar la vuelta, querido, repuso Maria riendo como una loca, y tenia prisa de llegar. Vamos, quítate primero la gorra de pelo.

Y poniéndose Maria de puntillas, quitó la gorra á José, y se la puso ella misma, de suerte que su lindo rostro desapareció casi enteramente, no dejando ver mas que unos dientes blanquísimos que brillaban como esmalte.

El perfumista, con su franca alegría, rió tambien como su muger, y calmado este acceso de hilaridad, le dijo Maria:

—Vaya, despójate de tus armas, guerrero famosa, y descansa. He tomado á pecho acabar mis cuentas antes de comer. Y á propósito de cuentas, he visto que eres todo un buen muchacho.

—¿Por qué?

— Un excelente banquero.

— ¿Por qué dices eso?

— ¡Vaya! me das en tu libro doscientos sesenta y siete francos por nuestro gasto de los dos meses pasados, y me has dado esos doscientos sesenta y siete francos hace quince días.

— ¡No hay tal!

— Si hay tal.

— ¡Te digo que no!

— Ven acá, testarudo; replicó Maria, dando con el pie en el suelo: la prueba de que me has dado esos doscientos sesenta y siete francos para el gasto de casa, es que están apuntados en mi libro. ¿Qué tienes que responder á eso? ¿Eh?

— Pues, señora testaruda, la prueba de que te engañas es que he hallado en mi gabela doscientos sesenta y siete francos de sobra en mi cuenta.

— ¡Bah! pues será que tus piezas de cien sueldos se habrán multiplicado. Lo que puedo asegurarte es que no me debes nada.

— Y yo estoy seguro de que, como siempre, te equivocas en perjuicio tuyo... ¡Ah! ahora que me acuerdo, dijo José Faveau reflexionando: creo que tienes razon... Hace

seis meses presté trescientos francos á Bonaquet, y cuando me los devolvió no lo apunté en mi libro: en eso consiste la diferencia.

—Es un buen hombre tu horrible amigo el doctor Bonaquet. Digo horrible en sentido figurado, porque es un buen hombre, que haría bajar á los pájaros de los árboles para oírle hablar. Pero ya hace dos meses que no le hemos visto.

—¡Está tan ocupado y trabaja tanto!.. Y luego le han nombrado médico de la ópera...

—¡Calla! ¿Pues está mala la ópera?

—Anda, burlona! Pero no hay duda que el dinero que me devolvió Bonaquet es lo que causó mi equivocación: tenías razón....

—Con eso conocerá vd. que no tiene cabeza, señor Faveau, dijo Maria, dando á su marido un capirotazo en la nariz con sus sonrosados dedos.

Pero José cogió al vuelo la mano de su esposa, y para vengarse, la mordió suavemente la punta de los dedos.

—¡Vamos, acaba! dijo con viveza la joven, retirando su mano. —Si entrara alguien!

—¿Qué? Vería á un marido feliz besando linda mano de su mujer, y nada mas.

—¿Feliz?



—Si que lo soy, replicó José, mirando amorosamente á Maria: y mas aun teniendo una esposa como tu.

—Bah! ¿Pues qué hay de maravilloso en mí!

—En primer lugar eres intrépida para el trabajo como un leon, y llevas nuestros libros de comercio mejor que lo haria un dependiente con mil ochocientos francos.

—Vaya una gran cosa! dijo alegremente Maria; ¿pues crees que me han criado para estar cruzada de brazos? ¿No llevaba yo acaso los libros de mi padre? ¿Qué quieres que haga todo el santo dia de Dios á ese mostrador? Me aburriria como un muerto, puesto que nuestra Josefina no vuelve del colegio hasta las cinco.

—Vamos, bien, dijo José conmovido; pues será una muger como otras tantas. ¿No es cierto? Y en la grave enfermedad de tu hija á quien salvó Bonaquet, ¿no te has portado con heroicidad? ¡Treinta y siete noches sin acostarte!

—¡Ah! ¿Te parece que hubiera debido buscar una asistencia para cuidar á mi hija! ¿Eh? ¡Vaya una ocurrencia! ¿Qué has comido hoy en el cuerpo de guardia que te

hace hablar así?—replicó Maria riendo;—¿qué tienes?... vamos, dílo de una vez.

—Tengo.... lo que tengo desde que nos casamos, querida esposa mía; un amor y un reconocimiento que son mayores, si cabe, cada día.

—En cuanto á amor, me alegro infinito, señor Faveau,—repuso Maria en tono de cómica gravedad;—pero en cuanto á reconocimiento es una farsa, y no quiero que digas farsas, querido, á menos que nos pongamos francamente á decir tontunas, en cuyo caso ya sabes que nunca me quedo atrás.

—Pues mira, Maria, eso es otra cosa que advierto en ti.

—¿El qué, señor Faveau?

—Tienes el carácter mas igual y alegre que hay en el mundo, y sin embargo, tu vida está reducida á vestir y cuidar á Josefina, y estarte en la tienda desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche; esa es tu vida de todos los días, si se exceptúan los domingos y días de fiesta, en que nos distraemos un rato en paseo ó en el teatro.

—Vamos, ¡por fuerza estás loco! ¿No estoy acaso acostumbrada á eso? ¿No son to-

das las mugeres como yo?

—¿Todas?.... No, y aquí te aguardaba yo. No; las demás mugeres no son todas como tú, porque lo que me admira no es la vida que llevas, sino el cómo la soportas. ¡Qué diantre! Yo bien sé, sin ir mas lejos, como son ciertas vecinas nuestras, que no hacen mas que gruñir y quejarse desde el primero de enero hasta el 31 de diciembre. Recuerda si no á tu misma madre, que sin embargo de ser una excelente muger, á quien quiero en extremo, de seis dias pasaba los cinco gruñendo como un dogo, cuando tenia su tienda de comestibles.

—Pues yo voy á gruñir tambien como un perro rabioso, señor José, sino acabas con tus admiraciones en cosas que son las mas sencillas del mundo?

—Si por cierto, -dijo la jóven con viveza:-Unos nacen con carácter alegres y otros con un carácter tétrico, y de eso proviene todo: unos están clamando siempre contra su suerte, y otros, por el contrario, dicen: «¿Ha de ser así? Pues así.» Unos buscan todos los medios posibles para hacer todavia mas penosa para ellos y los que e rodean una ecsistencia que no es muy placen-

tera: otros, por el contrario, procuran hacer agradable lo que no lo es. Y luego, mi buen José, hablemos en razon, -añadió la jóven con una tierna emocion:—¿qué extraño es que yo esté contenta cuando nada me falta para estarlo? Mis padres me adoran, tú y yo nos amamos con todo nuestro corazon; nuestra querida Josefina es un tesoro de gracias: nosotros á la verdad, no somos comerciantes en grande, pero vivimos con bastante holgura, tenemos una muger que nos sirva, y me mimas de tal suerte, que, cuando salimos á paseo los domingos, voy tan bien puesta como la muger de un banquero.

Nuestro comercio y el cuidado de la casa no me dejan un momento de fastidio. Todo eso me agrada y me interesa, ¿y quieres que halle tiempo para aburrirme ó estar triste? ¡Y hablas de admiracion! ¿Pues no podria yo admirarme á mi vez de que no te separes tú de mí sino lo preciso que exigen tus asuntos? ¿De que no pongas los pies en ningun café? ¿De que pases todas las noches conmigo? Pues bien, yo gozo de mi dicha como de una cosa natural, sin preguntarme á cada momento porqué soy dichosa, ¿y puede haber acaso, una felicidad

mas extraordinaria que la mia?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por María en un tono tan jovial, y remedó la jóven á su marido con tal gracia, levantando los ojos y las manos al cielo á cada exclamacion, que José, á pesar de lo enternecido que estaba, no pudo menos de reirse de las chanzas de su muger. Pasada aquella hilaridad:

—Vaya,—dijo siempre serás la misma. No hay medio de hablar sèriamente contigo diez minutos de seguido, porque te ries de todo. ¿Qué mas? Cuando recuerdo que hace diez y ocho meses esa vieja loca de Mad. Bardon te metió en la cabeza la idea de que fueses á consultar la buenaventura respecto á nosotros dos, ¡te reiste de una prediccion que hubiera hecho erizar los cabellos á cualquiera otra!.... Y no es eso solo, sino que me la referiste tan grotescamente, que ni aun yo mismo pude contener la risa. ¿Te acuerdas?

—¡Bah! ¿Aquella necia muger á quien fui para que me dijese la buenaventura, y tuvo la galanteria de pronosticarme que me cortarian la cabeza? ¡Valiente estrafalaria!

—Tienes razon: mas vale reir que en-

tristecerse por semejantes sandeces.

—¡Vaya!

—Yo, María, sin ser adivino, podría decirte una buenaventura excelente.

—Pues dímelas.

—Que nuestros negocios vayan bien solo por diez años, querida María, y serás recompensada como mereces. Yo desde aquí nos miro retirados del comercio con nuestra hija, lejos de este ruidoso París en una linda casa de campo, con un jardín cuidado por mí. ¿Qué te parece mi buenaventura?

—¡Y tendremos un corral en donde criaré yo gallinas!—dijo María dando palmadas de alegría.

—¡Y tendré una vaca!

—Que haré traer de mi país.

—¿Y palomas?

—Y palomas.

—¿Y conejos?

—Y conejos. Parece que eso te gusta ¿eh?

—¡Oh! sí, te lo confieso, mi buen José; porque vivir en el campo contigo, con nuestra hija y con mis padres (que vendrán con nosotros) es mi sueño dorado.

—De consiguiente el mío también. Eso es lo que me dá tanto valor. Muchas veces

me digo: mi Maria no es tan feliz como yo quisiera que fuese; pero paciencia aguardemos diez años, y yo le formaré un pequeño paraíso sobre la tierra.

—¡Qué bueno eres, José!-dijo Maria con serenidad, brotando una lágrima de enternecimiento en sus hermosos ojos negros, tan vivos siempre y picarescos.

El ruido de la puerta de la tienda, que abrían desde fuera, interrumpió la conversacion de José y de su muger.

Entró un cartero, saludó, puso una carta sobre el mostrador, y dijo:

—Tres sueldos, señora; una carta para Mr. Faveau.

Mientras que el perfumista sacaba del bolsillo el dinero necesario para pagar al cartero, que se marchó en seguida, la jóven examinaba con curiosidad la carta que acababan de traer en seguida, acercándola á su linda nariz, y aspirando fuertemente, dijo con jovialidad.

—¡Diantre, amigo Faveau! ¡Qué correspondencia tienes tan perfumada! Un sello con adornos en lacre, y un sobre de papel azulado como no le he visto en mi vida. Además, la letra del sobre es en extremo pu-

lida..... ¿Qué cosa es esa, señor Faveau?

—No lo sé, á fé mia. Miralo tú.

—Si que lo haré; no quiero dejarte que leas solo cartas como esta.

Y abriendo María la carta leyó lo siguiente:

—«Mi querido José» ... ¡Ah! ¡Tunante! —esclamó interrumpiéndose:—«mi querido José».... no es mal principio.... Pero veamos la firma de esta mimosa dama.

Y la jóven leyó al pié de la carta: «Anatalio Ducormier.»

—/Anatalio!.... ¡Conque Anatalio está en París!—esclamó José:—¡qué fortunat

¿El hijo de Ducormier, á quien tomaste la tienda?—preguntó la jóven:—¿ese jóven tan sabio de quien me has hablado tanto? ¿Que ganaba todos los premios en el colegio?

—¡Vaya! obtuvo el premio de honor. Siempre se disputaban los primeros puestos él y Bonaquet: los tres éramos inseparables, ¡Oh! ¡Qué gozo me causa la vuelta de Anatalio!.... Pero lee pronto, María; lee su carta.

Y la jóven leyó lo que sigue:

“Mi querido José: hace dos dias que es-
.,toy en París: llego de Inglaterra, y va á
.,hacer seis años que no nos hemos visto.

„Tengo los mayores deseos de darte un
„abrazo, por lo que iré á comer hoy á tu
„casa, y pasaremos un buen rato en con-
„versacion, como en otro tiempo.

Tuyo, Anatalio.,,

—¡Bien!-esclamó José Faveau, restregán-
dose las manos.-¡Bien; una verdadera fiesta!
¡Viva!-repitió la jóven remedando á su ma-
rido.-No será la comida la verdadera fies-
ta, pues no tenemos mas que el pechero,
un trozo de ternera en la cazuela y una
ensalada.

—¿Y acaso no es bastante? ¡Crees tu que
Anatalio, hijo de mercader como nosotros,
aunque habituado á las mesas de grandes
señores y embajadores, desprecie una sen-
cilla comida de la amistad? ¡Pobre mucha-
chot ¡No le conoces! No hay quien mejor
se avenga á todo.... Y luego, que nunca
bebe vino ni licores.... es enteramente una
dama.

—Entonces', puesto que es una dama,
-dijo gravemente María, le prepararé de
esas cremas de chocolate que tanto os gus-
tan, señor Faveau. Son las tres y media
y voy á enviar á Luisa por leche: todavia
habrá tiempo.

— ¡Qué amable eres! ¡Anda!

— ¿Lo dices por las cremas de chocolate? Pero mira: es preciso que entretanto cuides de la tienda.

— ¡Toma!.... Escucha, María, si de paso encargaras à Luisa un vol-o-van con cocretas en la pastelería..... ¿Qué te parece?

— Muy mal, señor gloton: se come muy bien con el puchero, un plato de ternera, ensalada y crema de chocolate, cuando esta la hago yo.

— Vamos, María: ¡me gustan tanto las cocretas!,... Y luego recuerdo que Anatalio es muy aficionado á ellas.

— ¿De verás? ¿Le gustan á Anatalio las cocretas.

— ¡Palabra de honor!

— ¡Ay, señor Faveau, que poco razonable sois en tocando al pico!-dijo María dejando el mostrador, y amenazando á su marido con la mano:-en fin voy á decir á María que se pase por la pastelería..... pero con una condicion.....

— ¿Cuál?

— ¿Esta noche estás de guardia?

— Mira, no me hables de eso, porque me pone de mal humor. ¡Dormir con el frio

que hace en el cuerpo de guardia en un jergon de campaña al lado de cazadores y granaderos! ¡Tiritar allí toda una noche!

—¡Diantre! repuso María en tono malicioso, -puesto que quieres pasar la noche tiritando en un jergon de campaña con amables cazadores y encantadores granaderos, ¿qué quieres que haga yo aquí?

—Bien: no, no me gusta eso, y en prueba de ello no volveré al cuerpo de guardia.

—Bien, querido; eso es cuanto deseaba. Esa era mi condicion.

—No me importa el consejo de disciplina.... diré que he tenido.... un asiento.

—Con tanto mas motivo cuanto que habrás comido cocretas.... Eso es, quédate, y podrás pasar la noche con tu amigo.

—¡A fe mia! exclamó José, lo que puedo decir es que me encuentro dichoso de estar en el mundo.

—Perfectamente, -pensaba María: -ese indigno viejo estará aguardando entretanto á la puerta en su coche. Siento ya no haberle dicho que tragese tambien á su imbecil principe; el chasco hubiera sido mas

completo.

Luego, dirigiéndose á su marido con aire solemne, le dijo:

—Estamos de acuerdo, caballero. Puesto que me haceis el sacrificio de pasar esta noche aquí, en vez de pasarla en el cuerpo de guardia..... tendreis cocretas.

—Aguarda querida: ¡es preciso que yo te coma mientras llega el vol-o-van! exclamó José cogiendo á su muger por su esbelta cintura, en el momento en que entraba en la trastienda.

—Vamos, acaba, dijo María volviéndose á medias para dar á su marido el beso de despedida, acaba, que viene gente.

En efecto, un parroquiano abria á la sazón la puerta. El perfumista se acercó para despacharle, y Maria entró en la trastienda.

Ahora, merced tambien á la mágica muleta del «Diablo Cojuelo,» conduciremos al lector, no á otro barrio, sino á una calle tan aristocrática como comercial, como la calle de Bac.

VI.

La casa de Morsenne (perteneciente al príncipe de Morsenne) era una de las mas magnificas del arrabal de Saint-Germain.

Casi en el mismo momento en que pasaban las escenas anteriores en casa de la viuda del coronel Duval y en la de la linda perfumista madama Faveau, la duquesa de Beaupertuis, hija del príncipe de Morsenne, se hallaba entregada á sus reflexiones, medio estendida en un sillón colocado al lado de la chimenea de un vasto salón amueblado con un esplendor verdaderamente régio.

Mad. de Beaupertuis, de edad de unos veinte y cuatro años, representaba el tipo completo de lo que Saint-Simon llamaba una gran señora de las maneras mas nobles y distinguidas. Su cuerpo esbelto y gracioso; su frente por lo regular levantada con altivez; su nariz aguileña y cierto aire de desden y orgullo en el corte de su labio inferior, algo prominente, daban á sus facciones finas y regulares una espresion notable de altanería aristocrática. Asi

era que, cuando Diana de Beaupertuis entraba en algun salon vestida con un traje de raso escotado sembrado de pedrería, irguiendo su linda cabeza rodeada de ondulantes rizos de color castaño claro, colocados á la «Seigné», y miraba en torno suyo con alivéz, cerrando á medias sus ojos pardos (pues era bastante corta de vista) parecia que se desprendia magestuosamente de su mano uno de los retratos mas altivos de Mignard.

Aquel dia las facciones de Mad. de Beaupertuis espresaban un aburrimiento mortal. Recostada indolentemente en su butaca de damasco punzón, de madera dorada, paseaba su errante mirada por el espacio; puesto el codo en uno de los brazos, tenia colgando una de sus blancas manos que transparentaba el azul de sus venas, mientras que con la otra acariciaba con distraccion á una perrita microscópica de la raza mas pura de los «King-charles,» echada junto á ella.

Un estremecimiento nervioso y prolongado contrajo por algunos momentos el lindo rostro de Mad. de Beaupertuis, y esta murmuró con acento de irrecusable serenidad:

— ¡Dios mío, qué aburrimiento!... ¡Qué vida la mía!

Y en seguida dirigiéndose á la perrita, cuyas lanas negras y perfumadas ensortijaba maquinalmente con sus finos dedos, añadió:

— Feliz tu, Preciosa, que no conoces el fastidio. En teniendo todos los días tu bizcocho desmigajado en la crema, y dando tu paseo, acurrucada en mi manguito ó echada en los almohadones de mi carruaje, tu vida está satisfecha, y por la noche te duermes tranquilamente en tu camita de edredon. ¡Feliz feliz Preciosa! Tu no sabes lo que es reunir en una todas las condiciones posibles de ventura, distincion, fortuna, belleza, juventud, independencian, y arrastrar en la opulencia una vida triste llena de hastio, no por efecto del carácter, sino porque nada nos agrada en torno nuestro, y el orgullo de nuestra condicion social, la delicadeza de nuestra naturaleza, nuestras únicas virtudes quiza, se sublevaran de desprecio á la sola idea de buscar lo desconocido en un mundo tan inferior al nuestro. Pero ¿qué digo? ni aun tu eres feliz, pobre “Preciosa,” porque, por efecto de la pureza de tu noble sangre, que remonta á los tiempos del buen rey Carlos, te hallas conde-

nada á formar tu sociedad de animalitos de tu especie, que, con algunas diferencias en sus lindos hocicos, son todos tan semejantes que, oyendo ladrar á uno, ó viéndole dar la manita, se ve y se oye á todos. ¡Qué fastidiosa monotonía también en todo lo que te rodea, y cómo apruebo tu gusto por la soledad! ¿Qué sería de ti si fueses á aventurar tus graciosas patitas en el fango de las calles? ¡Vaya! Mas vale vivir en medio del aburrimiento.

Vegeta, pues, “Preciosa,” que así será elogiada tu altiva austeridad, y algún día, al colocarte bajo una mata de campanillas blancas, flores de tristeza, te consagraré este epitafio:

“Aquí yace la incomparable “Preciosa,” modelo de todas las cualidades que puede uno tener á pesar suyo.”

A menos, pobre animalito, —añadió Mad. de Beaupertuis con una sonrisa irónica y burlesca, —que como tu ama te halles condenada por la fatalidad del destino á morir de muerte violenta, como me predijo, hará unos diez y ocho meses aquella ridícula hechicera á quien no engañó mi disfraz: verdad es que no se esplicó positivamente, dejándonos la elec-

ción á otra curiosa y á mi entre un fin trágico y una condena á galeras pépetuas... ¡Y cuando piensa una que el fastidio puede llevarnos á escuchar semejantes necesidades!

El soliloquio filosófico de la duquesa de Beaupertuis fue interrumpido por la voz de un ayuda de camara, que, levantando la cortina, anunció:

— El caballero de Saint-Merry.

Este personaje era un hombre como de unos cincuenta años, de un aire distinguido, y todavía ágil y juvenil: llevaba teñidos el pelo, las cejas y las patillas: verdadero tipo del antiguo petimetre, sus facciones, bastantes ajadas espresaban por lo comun una gravedad altanera, templado no obstante por el trato escogido de gentes.

Los maldicientes decian que Mr. de Saint-Merry habia sido todo un buen mozo en su juventud, y en apoyo de su aserto pretendian que, aparte de las diferencias que existen entre la belleza del hombre y la de la muger, Mad. de Beaupertuis se asemejaba prodigiosamente á Mr. de Saint-Merry en su juventud.

Como quiera que fuese, el caballero, merced á su doble privilegio de padrino y de ami-

go muy antiguo de la familia, besó familiarmente (por no decir paternalmente) en la frente á Diana de Beaupertuis, que por deferencia se habia medio levantado al acercarse el caballero: en seguida este, sentándose al lado de la jóven duquesa, la dijo con un aire tan irritado como consternado:

—¡Sin duda, hermosa ahijada (esta era su espresion acostumbrada), ignora Vd. la noticia?

—¿Qué noticia?

—¡Una indignidad!... Semejantes monstruosidades solo se ven en nuestros dias!... Hé ahí los efectos de la abominable revolucion de 89! ¡Qué tiempos alcanzamos, Dios mio; qué tiempos!

—Pero acabe Vd.

—Por lo demás, repuso Mr de Saint-Merry la noticia no puede ser mas fresca, pues el hecho me lo ha asegurado, hace dos horas, la madre politica de la marquesa. La pobre mujer está tan escandalizada é irritada, que por huir del oprobio que cae sobre su familia, sale esta tarde para sus tierras á pesar del frio y de la nieve.

—Querido padrino, no comprendo una palabra de lo que está Vd. diciendo. ¿De qué

marquesa habla usted?

—De la marquesa de Blainville.

—¿Mi prima?... Presumo que no será ella la que haya cometido indignidad ninguna, pues ni antes ni despues de su viudez ha dado jamás nada que decir.

—Será así; pero nada habria perdido por aguardar.

—¿Mad. de Blainville cometer una indignidad? dijo la duquesa moviendo la cabeza con aire de duda, no lo creo: será maledicencia, error ó calumnia, mi prima es quizá la única muger de quien yo responderia.

—¿De veras? Pues bien...

—¿Qué?

—Ayer... se ha casado con su médico.

Mad. de Beaupertuis dió tal carcajada, que Mr. de Saint Merry la miró atónito, mientras que ella decia con accesos de risa cada vez mayores, interrumpidos por sus palabras:

—La marquesa de Blainville, una de las damas mas distinguidas y mas graves de Francia... casarse... ja... ja... con una especie, con un señor de negro que toma el pulso y hace sacar la lengua... en verdad que el caso es para reirse sobretodo quien conoce á la marquesa, y ha visto su aire altivo y severo.

Vamos, querido padrino, se pinta vd. solo para figuraciones semejantes. De todos modos, doy á vd. las gracias por lo que me ha hecho reir. Mucho tiempo hacia que no reia de tan buena gana.

—Seguro estaba yo de que no creeria vd. una atrocidad como esa, querida duquesa, pero...

—Lo que mas me ha gustado es su formalidad, su sangre fria de vd. al referirme tan burlesca historia. Por eso ha sido mayor el efecto. ¿Pero supongo que al menos habrá vd. inventado algun buen nombre para ese médico?

—Nada he tenido que inventar: ese médico, que acompañó á la marquesa en su viage á Alemania, se llama Bonaquet.

—¿Cómo?... repuso Mad. de Beaupertuis, conteniendo apenas una nueva esplosion de hilaridad... Cómo dice vd. que se llama?...

—Ya lo he dicho, respondió impaciente el caballero al doctor Bonaquet, que tal es su apellido, si eso puede llamarse apellido.

Mr. de Saint-Merry creyó que á Mad. de Beaupertuis le iba á dar algun accidente, segun la violencia con que reia.

—¡Ja, ja, ja! exclamó esta, echándose
La Buena Ventura.—Tom I. 8

hácia atrás en la butaca, me figuro á la marquesa, que ha llevado siempre, tanto por su casa como por la de su marido, unos de los nombres mas ilustres de Francia, haciéndose anunciar la señora doctora... ja, ja, ja... ¡la señora doctora Bonaquet!

Y la duquesa prorumpió en nuevas carcajadas.

La llegada de una tercera persona vino á interrumpir el acceso de loca alegría de madama Beaupertuis.

El ayuda de cámara anunció:

—La señora princesa.

VII.

La princesa de Morsenne era una muger de mediana estatura, un poco gruesa, de edad de cerca de cincuenta años, pero como suele decirse, bien conservada. En otro tiempo debió haber sido hermosa.

Así que la princesa entró en la habitación de madama Beaupertuis, su hija, alargó cordialmente la mano á Mr. de Saint-Merry, el cual se levantó y besó con galante cortesania aquella mano todavía fresca y mórbida.

En seguida la princesa, dejándose caer en un sillón, exclamó con un acento de indignación reconcentrada:

— ¡Qué vergüenza, Dios mio! ¡qué vergüenza!

— Perdon que no haya salido á recibirle, madre mia, dijola duquesa á Mad. Mor-senne, pero merced á una chusca invencion de mi padrino, no tenia fuerzas de tanto reir.

— Pues bien, querida, ya te se pasará esa gana de reir, cuando sepas que, en el momento en que te hablo la familia de tu padre está deshonorada.

— ¿Deshonorada? respondió estupefacta Mad. de Beaupertuis:— ¿qué significa eso?

— Significa que nuestra prima de Blainville...

— ¡Cómo! interrumpió la duquesa tentada casi á reir de nuevo;— ¿tú tambien, madre mia?... Sin duda se han puesto vds. de acuerdo con Mr. de Saint-Merry, para este duo bufo del género de Il matrimonio secreto,

— ¿Qué duo bufo? dijo impaciente la princesa; ¿te has vuelto loca, Diana?

— Acabo de noticiar á mi hermosa abijada, querida princesa, la degradacion de la mar-

quesa de Blainville, que no creia supiese vd. todavia,—dijo Mr. de Saint-Merry;—pero por mas que he hecho presente á esta niña, que hablaba con seriedad, no ha querido creerme y se ha echado á reir de todas veras, pensando que yo habia fraguado, por chancearme, esa atrocidad.

—¿Una chanza? exclamó Mad. de Morsenne con amargura.—¿Crees á Mr. de Saint-Merry capaz de chancearse con la verguenza de nuestra familia?

Mad. de Beaupertuis comprendió al fin que su madre y su padrino decian verdad. Primeramente, su alegria hizo lugar á una especie de estupor, y como si no pudiese dar crédito á lo que acababa de oir, dijo á Mad. de Morsenne:

—¡No, no, eso no es posible! ¡Mad. de Blainville no ha podido degradarse hasta ese punto!... Quizá haya tomado ese rumor alguna consistencia... pero...

—Te digo que es cosa hecha, replicó con impaciencia la princesa: no hay que dudar.

—Lo he sabido por la madre política de la marquesa, añadió Mr. de Saint-Merry.

Diana de Beaupertuis sintió entonces una indignacion profunda: púsose encarnada como

el carmin; dilatose su nariz: la ira y su orgullo herido brillaron en sus hermosos ojos resplandecientes, y gritó con voz ligeramente alterada:

—¡Oh, es una vergüenza... para nosotros y para esa muger! ¡Qué ignominia! ¡Qué oprobio!

Y en seguida añadió:

—Por fuerza ha perdido el juicio. ¡No, semejante matrimonio no es válido!

—¿Qué piensa vd. de eso, caballero? añadió la princesa con tanta ingenuidad como su hija. Sin duda sabrá vd. si ese monstruoso consorcio (porque no es matrimonio) es válido. ¿Qué opina vd. que por sus pleitos ha hablado vd. tantas veces con procuradores?

—¡Ay señora! replicó el caballero encogiéndose de hombros: ¡por desgracia ese matrimonio es muy válido!

—¡Es posible que haya habido un cura tan desvergonzado que se haya atrevido á consagrar semejante torpeza en nombre de la religion! —esclamó Mad. de Morsenne. Y luego añadió con una especie de espanto:

—¡Pero, Dios mío! ¿En dónde estamos? ¿A dónde caminamos?

—¡Ay, querida princesa! Ignoro á don-

de vamos, pero de seguro nos arrastramos á un abismo... al caos. Todas estas monstruosidades, que se suceden desde la revolución de 89, son otros tantos pronósticos aterradoros. ¿No hemos tenido este verano otro terrible escándalo? ¿Esa infortunada marquesa de Sarval no concluyó por hacerse robar, (y sin haber por qué, porque hacia ya años que Sarval se conducía como un caballero)? ¿Y por quién? ¿Por un artista! Un hombre que pinta cuadros para vivir!

—Y sabido es,—añadió la primera,—que hasta entonces se la había tratado en el mundo con miramiento. A pesar de sus extraños compromisos, y de cambiar de amantes como de vestidos, todos cerraban los ojos, porque al menos todo se hacía entre personas de igual clase. Pero sin duda para terminar dignamente esa hermosa vida, quiso hacerse robar... ¿por quién? Por una especie del otro mundo, é irse á vivir maridamente con ese caballero en no sé qué punto de provincia. A la verdad que no sé si eso es menos horrible que la conducta de esa descarada marquesa.

—A fé mia,—repuso amargamente Diana de Beaupertuis,—que tan indigna es una co-

sa como otra: conservar su nombre y su título para arrastrarlos en el cieno de semejante consorcio, ó tener la bajeza de abdicar su posición y su clase para tomar el nombre de otra persona que va á visitar enfermos por dinero: tanta vergüenza es lo uno como lo otro.

Nuevos personajes vinieron á tomar parte en aquella escena.

El ayuda de cámara anunció sucesivamente:

—La señora baronesa de Robersac.

Y luego:

—El príncipe.

Mad. de Robersac era una señora de cerca de cuarenta y cinco años, morena, muy delgada, de mirada penetrante, de melosa sonrisa y de fisonomía llena de finura y de encanto: por lo demás, una mujer superior y notable bajo cierto punto de vista. Ya nos ocuparemos de ella, y con extensión, porque Mad. de Robersac era uno de los tipos contemporáneos.

El príncipe de Morsenne, padre de Mad. de Beaupertuis, en cuanto que era al menos marido de Mad. de Morsenne, y de edad de cincuenta y tantos años, había de.

semeñado varias embajadas importantes. Era hombre que reunia, si no todos los merecimientos, al menos todas las exterioridades del diplomático hombre de Estado, todas las gracias incidiosas de un gran señor, en toda la estension de la palabra: fisonomia encantadora, verbosidad brillante, dignidad afable, amabilidad esquisita, cortesania coqueta á veces pero nunca trivial, porque media perfectamente su comportamiento con la persona á quien dirigia, teniendo veinte modos de dar la mano, de volver un saludo ó de dar los buenos dias; de una devocion, si no arraigada, al menos de grandes apariencias (y esto de pocos años atrás); no perdonaba ocasion de ostentar en la tribuna de la cámara de los pares una rigidez inflexible de principios en lo tocante á la moral, á la religion y á la familia, bases inmutables de toda sociedad.

Cuando Mr. de Morsenne entró en la habitacion de su hija, traia en la mano una carta abierta.

Mad. de Robersac, encaminándose derecha á madama de Morsenne que estaba sentada al lado de la jóven duquesa, le dijo afectuosamente; despues de hacer un

saludo amistoso al caballero de Saint Merry, y estrechar la mano de Diana de Beaupertuis.

He sabido arriba por la instructora de Berta, que estaba vd. aquí, querida princesa: al bajar, he encontrado á Mr. de Morsenne que me ha ofrecido su brazo, y venimos á tomar parte en la desgracia que aflige á la familia.

—¿Conque tambien sabe V. esa deplorable historia, querida? dijo Mad. de Morsenne á Mad. de Robersac.

Esta respondió con sentido acento:

—El príncipe acaba de referirmelo todo, y estoy trémula todavía de estupor y de indignacion. ¡Quién podia esperar una cosa semejante! ¡Dios mio! Una muger á quien todos creian de carácter tan elevado, de solidez tan probada de vida, tan irreprehensible, de piedad tan ejemplar!..... ¡A la verdad, eso ha sido algun vértigo!

—¡Eso mismo he pensado yo, replicó la jóven duquesa: indudablemente debe haber en ese matrimonio, ó mas bien como dice mi madre, en ese monstruoso consorcio, un motivo suficiente para que sea declarado nulo.

— ¡Oh! sí, en otro tiempo así hubiera sido, dijo el caballero de Saint-Merry, porque entonces se tenía alguna consideración al honor y á la dignidad de las familias; pero desde esa abominable revolucion.... (y encogiéndose de hombros, añadió con un gemido dirigiéndose al príncipe:) ¡Ay, mi pobre Hector!..... ¡en qué tiempos vivimos!

— Bien sabes, querido Adhemar, repuso Mr. de Morsenne, que no hace mucho tiempo lo dije en la Cámara de los pares: ¡La revolucion no está solo en la política: la revolucion se ha infiltrado en las costumbres, en la familia, y hace estremecer á la sociedad hasta en sus cimientos! Cada dia trae una nueva bajeza, y esas bajezas, que tanto nos escandalizan, se cometen ahora con una sangre fria espantosa. Es el cálculo en la desmoralización. Así es que esa indigna marquesa ha hecho la cosa tan de caso pensado, añadió Mr. de Morsenne con una ira reconcentrada, que al entrar en casa me he encontrado con esto.

— ¿El qué, papá? preguntó Diana de Beaupertuir.

— Una esquila dándome parte, respondió el príncipe cruzándose de brazos, y diri-

giendo circularmente su mirada á los actores de aquella escena, como para tomarlos por testigos de aquella nueva osadía.

Y en seguida añadió:

—Si, una esquila dándome parte de ese vergonzoso casamiento!

—¡Qué imprudencia! dijo la princesa.

—¡Qué audacia! añadió Mad. de Robersac.

—Y no es eso todo, continuó Mr. de Morsenne. Aun hay mas.

—¡Mas todavía! dijo Mr. de Saint-Merry.

—Si, continuó el príncipe, pudiendo apenas contenerse. Esta esquila no está impresa, sino escrita de mano de la marquesa, como se acostumbra á hacer entre nosotros con los parientes, y eso es declarar positiva y descaradamente que quiere continuar en las mismas relaciones de parentesco; es amenazarnos á Mad. de Morsenne, á mí, á mi hija y al duque mi yerno con la insolente visita de los señores Bonaquet.

—¡Eso es ya demasiado! exclamó Mad. de Morsenne. Parece imposible que esa mujer se haya vuelto loca hasta ese punto.

—Te digo, querida, replicó el príncipe, ha querido avisarnos oficialmente de que un

dia ú otro traerá aquí á su médico.

—Y yo, exclamó la princesa, te declaro que desde hoy, desde ahora mismo cerraré mi puerta á tu prima. ¡Vaya un ejemplo que seria para mi hija Berta, una niña de quince años! ¡Estar á cada momento en peligro de encontrarse con una muger perdida!

—Si tuviera osadia para presentarse en mi casa,—añadió la jóven duquesa,—la mandaría decir por mis criados que estoy en casa para todo el mundo, escepto para ella.

—Por fortuna,—repuso Mad de Robersac,—se levantará en la sociedad una reprobacion general contra ese deplorable escándalo: esa marquesa, sin corazon y sin vergüenza, encontrará todas las puertas cerradas.

—¡Por amor del cielo, no la llame vd. marquesa, querida!-- exclamó la princesa; —gracias á Dios, ya no es tal marquesa.

—Mira, mamá,—replicó la jóven duquesa levantándose con viveza,—yo me encargo de enviar tambien á todo el mundo cartas dando parte; pero escritas en nombre de nuestra casa.

—¿Cartas dando parte?—preguntaron todos á una voz á Diaua Beaupertuis,—¿y de qué?

—Sí, cartas concebidas en estos términos:

«Tenemos el honor de participar á vd. la pérdida sensible y degradante que ha sufrido nuestra familia por efecto del matrimonio de la señora marquesa de Blainville (de la casa de Morsenne), con una persona indigna de pertenecer á nuestra casa.»

—Y yo firmo la primera,—añadió resueltamente Diana de Beaupertuis,—que estoy segura de que ninguno de nuestros parientes dejará de imitarme.

—¡Esceleste idea!—esclamó el caballero de Saint-Merry.—Por mi parte estoy pronto á firmar como el amigo mas antiguo de la familia.

—¡No hay otra como Diana para ideas felices!—dijo Mad. de Robersac con admiracion.

Y añadió con una imperceptible espresion de ironía mirando á la madre de la jóven duquesa como por casualidad:

—¡Toda la sangre noble de los Morsennes hierva en sus venas! ¡Qué digna es de tener por abuela á aquella noble y orgullosa Diana, señora de Morsenne, que en el siglo XIV tuvo el terrible valor de matar con sus propias manos á su hija que, segun dicen, habia mancillado su honor.

La princesa se ruborizó ligeramente, y el caballero de Saint-Merry se apresuró á decir:

— Mi querida ahijada tiene razon: su idea es excelente. Eso es lo que debia hacerse con frecuencia para que las gentes mirasen mas por la dignidad de su nombre.

— ¿Cómo se debia hacer?— dijo con viveza la princesa. -- Yo espero que se hará.

Y dirijiéndose á su marido añadió como interrogándole:

— ¿No eres de mi parecer?

— Si, por cierto, — respondió el príncipe con acento solemne, — y como jefe de mi casa, me encargo de escribir yo mismo esas cartas de mi puño y letra.

El ayuda de cámara que entró de nuevo, interrumpió la conversacion.

VIII.

Habiéndose acercado el ayuda de cámara al príncipe, le presentó una tarjeta en una bandeja de plata y le dijo:

— Príncipe, esta tarjeta es de una persona que desea hablar á vd.

— ¿No ha vuelto Loiseau? — dijo Mr. de Morsenne á media voz tomando la tarjeta.

—No, príncipe, no he visto volver á Mr. Loiseau,—respondió el ayuda de cámaras, mientras que su amo, acercándose á una ventana leía, con el auxilio de un lente, el nombre escrito en la tarjeta.

Este nombre era el de Anatolio Ducormier.

—Quién es ese caballero?—esclamó el príncipe, interrogando al ayuda de cámara; —no conozco ese nombre.

—Príncipe, ese caballero dice que viene á negocios urgentísimos...

—¿A negocios? .. Entonces que se vea con mi intendente: no sé quién es ese Ducormior.

Luego, en el momento en que el ayuda de cámara iba á alejarse, le dijo el príncipe á media voz.

—Que me avisen en cuanto vuelva Loiseau.

—Está bien, príncipe.

Y el ayuda de cámara salió.

Entonces Mr. de Morsenne se acercó al grupo, del que se habia separado por un momento.

—Papá,—dijo la duquesa de Beaupertuis,—quedamos en que esta misma tarde se escribirán las cartas... así daremos

una leccion á las mujeres que en lo sucesivo piensen contraer enlaces indignos.

Esta misma tarde las escribiré,—dijo Mr. de Morsenne.

—Venga vd. á mi casa algo mas temprano de lo que tiene de costumbre, querido principe,—dijo madama de Robersac, dirigiéndose á Mr. Morsenne,—y tráigase vd. á Diana: con eso ayudaremos á vd. á escribir esas cartas: despues de ese noble trabajo, y como por via de recompensa, tendremos los tres nuestro poquito de jarana.

—¿De qué especie, señora?—preguntó el principe mirando con sorpresa á madama de Robersac.

—Todos dicen que este año los bailes de la Opera están muy bien, y son frecuentados por la buena sociedad,—repuso madama de Robersac mirando fijamente á Mr. de Morsenne, que por un momento pareció sorprendido y turbado. Tengo muchos deseos de ir, y como estoy segura de que Diana tendrá un placer en acompañarme, he determinado que vd. nos lleve, querido principe.

—¿Al baile de la Opera? Es una idea excelente,—dijo madama de Beaupertuis:—ver-

dad es que el año pasado me aburri allí mortalmente pero no importa; si mi padre quiere llevarnos, soy de los vuestros, querida baronesa.

—Bien, Hector: el baile de la Opera nos rejuvenece en veinte años por lo menos. Yo iré tambien,—dijo riendo Mr. de Saint-Merry, y dirigiéndose al principe.

Este, á pesar de su natural disimulo, no pudo ocultar del todo su turbacion, aumentada aun mas por la mirada fija y penetrante de Mad. de Robersac, y respondió á Saint-Merry:

—¿Pero estás loco, querido Adhemar?

—¿Porqué?

—¡Yo al baile de la Opera!

—¿Pues no hemos ido juntos cien veces?

—Si, en otro tiempo; pero francamente no es aquel nuestro sitio. Ten en cuenta nuestra edad... y luego cuando goza uno de cierta posicion politica...

—¡Vaya, Hector! ¿Pues no vi allí el año pasado al duque de Mirecourt, el antiguo presidente del consejo?... Y sin embargo; es de nuestra edad. Y el marqués de Juvisy, vicepresidente de la Cámara de los pares, tambien de nuestra edad, ¿no es á caso uno de los mas

intrépidos aficionados al baile de la Opera?

—Si, pero ..

—Vaya, querido; ¿vacilas aun?—dijo Mad. de Morsenne á su marido:—te aseguro que si yo no temiese que el calor y la careta me excitasen una jaqueca horrible, seria de la partida, pues van ya tres ó cuatro años que no he estado en el baile de la Opera.

—Siempre tendré un placer,—replicó el príncipe recobrando su serenidad, en ponerme á las órdenes de Mad. de Rober sac y de mi hija; pero á la verdad, por las razones que he indicado, y sobre todo, despues de la desgracia que acabamos de experimentar, ¿no seria muy mal visto que me presentara esta noche en el baile de la Opera, donde no he puesto los pies hace diez años?

—Y yo creo, por el contrario, querido príncipe,—replicó Mad. de Rober sac,—que seria de muy buen efecto manifestar con su presencia de vd. en el baile que no tiene por qué avergonzarse de una infamia, de que en manera ninguna es Vd. responsable.

—Con todo, querida hermosa,—repuso el príncipe,—me permitirá vd. la haga observar...

—Diré mas,—interrumpió mad. de Robersac;—como en el baile de la Opera se hallarán, segun costumbre, muchas personas de nuestra sociedad, y su presencia de vd. allí causará cierta sensacion, me parecia muy bien aprovechar esa ocasion para declarar alli públicamente que habia vd. escrito, respecto de ese vergonzoso enlace, las cartas que hemos convenido.

— ¡Es evidente!—dijo Mr. de Saint-Merry;—asi lo sabrá ya mañana todo Paris.

—Mad. de Robersac tiene mucha razon, querido,—añadió Mad. de Morsenne dirigiéndose á su marido;— su consejo me parece excelente.

—Tambien soy de su opinion, papá,—repuso á su vez la jóven duquesa;—y esto no lo digo por obligarme á ir al baile de la Opera, porque de todos modos podriamos ir Mad. de Robersac y yo con Mr. de Saint-Merry, que no nos rehusará su brazo, á lo que creo.

—¿Puede Vd. dudarlo, hermosa ahijada?—dijo monsieur de Saint Merry;—pero estoy seguro de que Hector,—añadió mirando al principe,—cederá á todas las buenas razones que se le acaban de manifestar.

—Si no.... añadió Mad. de Robersac riendo, pero acentuando las palabras siguientes de una manera que pareció muy significativa á Mr. de Morsenne;—se podría creer; nuestro querido principe, que tenia vd. verdaderamente alguna razon... de estado por su puesto... para negarse...

—Vamos,—replicó Mr. de Morsenne sonriendo de la manera mas graciosa; no me siento con valor para resistir por mas tiempo á tales instancias. Ya se ve, ¡es tan dulce hacerse rogar de un modo semejante!

—¡Ay! ¡Dios mio! dijo la jóven duquesa, como si le asaltara un recuerdo: ¡ahora hago memoria de una cosa!

—¿De qué, querida?—la preguntó su madre.

—Que el abate Jourdan predica mañana por la mañana en Santo Tomás de Aquino,—replicó Diana de Beaupertuis.—Dicen que está admirable en su indignacion y cólera cuando se enseña contra nuestra época, y que hasta dice cosas muy atrevidas sobre el desfreno de las costumbres. Tendria placer en oirle. Lo malo es que si vuelvo del baile de la Opera á las cuatro ó las cinco...

—Habrá que renunciar á oir al abate

Jourdan.

—Pierde cuidado, querida, dijo la princesa á su hija; que yo me encargo de despertarte. Yo pienso tambien no faltar al sermón, aunque no llevaré á tu hermana Berta, porque esos sermones no los creo los mas á propósito para niñas... Pero ítemos las dos.

—Y allí nos veremos querida princesa, dijo madama de Robersac, porque sé todos los sermones del abate Jourdan. Dicen que el partido de San Sulpicio es el que le escita y le pone al frente para derribar al pobre abate Marotin.

—Así, es, replicó el caballero de Saint-Merry, que parecia estar muy al corriente de aquellas enemistades de sacristía: como el abate Marotin es el todo del arzobispado, los sulpicianos, que están á matar con él, se esfuerzan por hundir al abate Marotin y enalzar al abate Jourdan. Los diarios religiosos cambian todas las mañanas [injurias atroces, sosteniendo unos á uno y otros á otro, de suerte que tenemos ahora furiosos á los jourdanistas y marotinistas. Yo, lo confieso, soy jourdanista; es un hombre que no tiene precio. El domingo último estuvo aterrador en su pintura

de las penas eternas, é irresistible en su lógica, cuando probó que el hombre habia nacido para pasar trabajos y miserias.... Esas demostraciones son las que deben presentarse á los ojos del pueblo.

—El hecho es que el domingo estuvo tan admirable el abate Jourdan, replicó el principe, que, al salir de la iglesia, fui á ver á monseñor el obispo de Ratópolis, que protege al abate Jourdan, á fin de preguntarle dónde vivia el joven eclesiástico, á cuya casa fui inmediatamente y le dejé una tarjeta mia con unas cuantas palabras lisonjeras, porque es indispensable, en estos tiempos de desenfreno y de impiedad en que vivimos, estimular con todas nuestras fuerzas, y por todos los medios posibles, á los eclesiásticos que hacen oír su voz enérgica y elocuente en defensa del orden social amenazado.

A estas últimas palabras, pronunciadas con sentido acento por Mr. de Morsenne, no pudo su hija disimular una ligera sonrisa ironica, que solo echó de ver madama de Robersac. Esta se levantó entonces para despedirse de la joven duquesa, y la dijo:

—Conque hasta la noche, querida Diana: escuso preguntar si el duque será de los nuestros.

—Si he de decir la verdad, querida baronesa, respondió la jóven, hace tres dias que no veo á monsieur de Beaupertuis.

—¿Pues cómo es eso?

—Ha recibido de Argel tres nuevos escarabajos vivos, de una especie curiosísima, según dice, y sin duda debe haber pasado ese tiempo, con escepcion de algunas horas para dormir, en anotar, con su anteojo en la mano, sus observaciones sobre las costumbres de esos escarabajos.

—¡Qué aficion á la historia natural! exclamó sonriéndose madama de Robersac. Confieso que no debe hablarse de lo que no se entiende; pero á la verdad no sé qué placer pueda sacar el duque de vivir tan solitario y en tanta intimidad con sus escarabajos.

—Creo, replicó riéndose la jóven duquesa, que Mr. de Beaupertuis se consagra principalmente al estudio de las costumbres de esos animalitos, á fin de presentar una memoria á la academia de ciencias sobre su modo de vivir. ¿Creeria vd. que me de-

cia últimamente que en presencia de los prodigios de que es testigo todos los días por medio de su microscopio, siente tanta admiración hacia los escarabajos, como profundo desden hacia nuestra pobre humanidad? Hasta en apoyo de ese lindo descubrimiento me trajo la otra mañana una cartulina toda picada por él con un alfiler, á modo de «memorandum,» y se empeñó en quererme demostrar la razón de aquellos alfilerazos; pero yo le supliqué que me dejara en paz, y él se marchó de mal humor, echándome en cara mi indiferencia.

Y la joven duquesa se echó á reír de nuevo.

—Calle vd., loquita, dijo madama de Robersac, y añadió dirigiéndose á madama de Morsenne:

—¿Oye vd., querida princesa, las locuras que Diana me cuenta?

Mientras que madama de Beaupertuis hablaba de las singulares y científicas ocupaciones de su esposo, entró de nuevo el ayuda de cámara, y acercándose á monsieur de Morsenne le dijo á media voz:

—Príncipe, acaba de llegar monsieur Loí-

seau.

—Pues dile que me espere en mi cuarto, repuso monsieur de Morsenne, sin poder ocultar su impaciencia y su ansiedad. Viendo entonces que madama de Robersac se disponía á salir, se acercó á ella.

—Hasta la noche, querido príncipe, le dijo la baronesa estrechando la mano de la jóven duquesa para despedirse; ya haremos cabal justicia á esa indigna marquesa.

—Permítame vd. señora que la ofrezca mi brazo hasta el carruage, dijo Mr. de Morsenne á madama de Robersac, la cual aceptó. En seguida volviéndose á su hija añadió:

—Diana, estáte dispuesta para las nueve.

—Bien, papá, respondió la jóven.

—Vendrás á decirme á Dios antes de marcharte, ¿es verdad, querida? dijo la princesa á su hija, marchándose tambien.

—Bien, mamá.

Y madama de Morsenne, acompañada del caballero de Saint-Merry, subió á su cuarto (pues habitaba el piso principal de la casa en cuyo piso bajo vivia su hija,) mientras que el príncipe de Morsenne conducía á madama de Robersac hasta la esca-

linata, al pié de la cual debía esperarla su carruaje.

Para llegar al recibimiento que daba á la escalinata, habia que atravesar, al salir del salon de madama de Beaupertuis, una galeria, una pieza de billar, una sala de recibo y una antecámara.

Durante esta travesía bastante larga, interrumpida además por una pausa de algunos momentos en la pieza del billar, donde no habia nadie, el principe de Morienne y madama de Robersac tuvieron la conversacion siguiente:

—Hector, dijo al principe madama de Robersac con acento comprimido: me está vd. engañando.

—Olimpa..... ¿qué significa?

—He algun tiempo á esta parte, ya he dicho á vd. que le veo á mi lado distraido, preocupado: ayer mismo ha mandado vd. tomar un palco para el baile de la ópera de esta noche.

—Aseguro á vd., querida amiga,...

—No mienta Vd., Hector: lo sé.

—Digo á vd. que está en un error.

—Tan cierta estoy de lo que digo, que hace poco era evidente su turbacion de

vd., cuando con toda intencion propuse que fuésemos al baile, lo cual sin duda va á contrariar ciertos proyectos.

—A la verdad, querida Olimpa, replicó príncipe en tono insinuante y tierno, no me habia vd. acostumbrado á tanta suspicacia y desconfianza: despues de diez años que paso mi vida en casa de vd., ¿será cosa de que haya ahora entre amigos tan antiguos celos insensatos?

Y sonriéndose con aire gracioso y fino, añadió:

—Me reducirá vd. á la humillacion de recordarla mis años para ponerme á cubierto de sus sospechas.... que á la verdad son harto lisongeras?

—Deseo sobre todo su confianza de vd., Hector; pero la necesito entera, y á ese precio me hallará vd. siempre indulgente... mas que indulgente.

—¿Mi confianza?..... ¿Pues qué, Olimpa, no la tiene vd.? ¿No recibo acaso todas las noches en su salon de vd., y no en el de mi muger, á mi amigos políticos? ¿No tengo, en fin, en su casa mi corte, como vd. dice, aunque equivocadamente, porque es mas bien la de vd.? añadió el

príncipe con mayor coquetería- ¿No es vd. la divinidad ante cuyas aras me considero feliz en ofrecer el primero mis adoraciones?

—Caballero, repitió con sequedad madama de Robersac, conozco á vd. demasiado y desde mucho tiempo para dejarme alucinar por sus bellas frases. Escúcheme vd : temo por vd. el ridículo y el escándalo, lo cual seria una doble pesadumbre para mí, y estoy resuelta, por nuestro interés comun, á evitar á Vd. ese ridículo y.....

Varios criados que traian luces para iluminar las habitaciones, porque la noche se iba echando encima, interrumpieron la conversacion de Mr. de Morseenne y de madama de Robersac; pronto llegaron á la antecámara donde se hallaban varios lacayos, de los cuales se levantaron unos respetuosamente, mientras que otros dos abrian las hojas de la puerta vidriera que daba á la escalinata, al pié de la cual aguardaba el carruage de madama de Robersac.

Esta, al bajar los escalones, halló medio de decir por lo bajo al principe, que la acompañaba:

—Aguardo áVd. á las nueve: si nová usted, yo iré de todos modos al baile de la Opera, y cuidado....

Estas palabras fueron dichas en voz baja con acento despechado y amenazador, á punto que ambos interlocutores llegaron junto al lacayo de la baronesa, que tenia abierta la portezuela de la berlina.

Mad. de Robersarc, cambiando entonces de acento y de fisonomia, dijo en voz alta y con el aire mas afable del mundo á Mr. de Morsenne, que le ayudaba á subir:

—Mil gracias por el favor, y hasta luego, querido principe.

Mr. de Morsenne saludó respetuosamente, y no volvió á su cuarto hasta que el carruage llegó á la puerta principal.

Mientras que el principe acompañaba á madama de Robersac, el caballero de Saint-Merry conducia á su habitacion á la princesa, á la cual dijo, deteniéndose un momento en medio de la escalera grande:

—¿Sabes, Armanda, que me ha costado mucho contener mi orgullo para no arrojarme al cuello de «nuestra» querida Diana, por su feliz idea de las cartas dando parte?

—Sí; ¿y no has oido á esa vibora de ojos.

dulces, á Mad. de Robersac, ponderar irónicamente el orgullo de la sangre de los Morsenne que hervia en ella?

—¡Bah! Ya sabes, Armanda, que esa vibora silva mas que muere, y ademas...

—Calla, Adhemar, viene ahí Berta, —dijo con viveza Mad. de Morsenne, subiendo la escalera apoyada en el brazo de Mr. de Saint-Merry.

En efecto, en el momento en que la princesa interrumpió al caballero, acababa de ver á su segunda hija, Berta de Morsenne (hermana de Mad. Beaupertuis,) que bajaba la escalera acompañada de su haya ó instructora.

La señorita Berta de Morsenne, era una niña de quince años apenas, alta, delgada y descolorida, de fria mirada, de fisonomía adusta y ya altanera, á pesar de sus pocos años: acompañábala su aya, jóven inglesa, de semblante dulce, grave, y un poco melancólico.

La señorita de Morsenne, que venia en sentido contrario de su madre y de Mr. de Saint-Merry, no tardó en reunirse con estos.

—¿A donde vas, Berta? —le preguntó la princesa.

—Voy abajo á ver á mi hermana, mamá.

—Espero que miss Nanny seguirá contenta de los progresos de la señorita Berta que no es ya una niña,—dijo Mr. de Sainst-Merry con la familiaridad de un antiguo amigo de la casa.

—Mucho habria que hacer para contentar siempre á mi aya,—contestó Berta en tono seco y cortado.

—Pues tener contenta á miss Nanny debe ser tu único deseo, querida Berta,—respondió solemnemente Mad. de Morsenne besando á su hija en la frente. Luego añadió dirigiéndose á la aya:

—No se olvide Vd., miss Nanny, de preguntar á los criados de Mad. de Beaupertuis si está sola; y si no lo está vuélvase Vd. á subir con Berta.

—Bien, señora princesa, respondió la aya, siguiendo á la señorita de Morsenne; mientras que la madre de esta subia á su habitacion.

Mientras que en la escalera ocurrían estas escenas, entró Mr. de Morsenne precipitadamente en su gabinete, en donde le aguardaba Mr. Loiscan, su hombre de confianza.

IX.

Mr. Loiseau era el hombre de cabellos grises á quien el lector ha visto en la tienda de Mad. Maria Faveau, la linda perfumista hacia veinte y cinco años que aquel hombre servia en clase de criado de confianza de Mr. de Morsenne, en razon de los servicios de toda especie de familiaridad entre él y el principe: por lo demas, Mr. Loiseau; dotado de cierta sacundia, se preciaba de algo literato y como hombre que sabia su oficio, profesaba grande admiracion á los escritores del siglo XVII. Especialmente Moliere y Recnard eran sus idolos, y pretendian, no sin razon, que los Crispines, los Scapins, los Mascarilles y los Sganarelles, eran los personajes de mas chispas de sus comedias. De ahí resultaba muchas veces que, con grande impaciencia de su amo, Mr. Loiseau, empapado en sus clásicos, recordaba en su language el de sus modelos, y no faltaba entonces á Mr. Loiseau, mas que los guantes, la capa y la tizona de Crispin para hacer su papel al vivo.

—Y bien, Loiseau, dijo con viveza al entrar monsieur de Morsenne: ¿qué noticias traes?

—¡Malas, señor!

—¡Torpe! exclamó el principe dando una patada: ¡habrás hecho alguna necesidad!

—Si se digna vd. escucharme, verá.

—Vamos, habla.

—Creo que ya ha reconocido vd. en mi cierto golpe de vista, cierta experiencia ..

—El momento es oportuno para elogiarte, Loiseau.

—Permitame vd. acabar y luego juzgará.

Y el digno servidor prosiguió con aire presumido:

—Mad. Faveau no pertenece, por desgracia, á la categoria de las virtudes salvages, adustas, pero descontentas de su suerte, con las cuales nada hay que al fin no pueda lograrse. Mad. Faveau es, por el contrario, una de esas virtudes alegres, burlonas vivarachas: contentas siempre de su condicion. Asi es que nada desea ni ambiciona, y como he dicho á Vd. ya otras veces, en vista de informes seguros está locamente enamorada de su marido especie de animal enfadoso de cinco pies y siete pulgadas. Tan cierto es es-

to, que despues de mas de tres años de matrimonio todavia escandalizan en la casa con ta petulencia de su amor. Contra eso, señor nada se puede, porque al fin...

—¿Es uua apuesta el venirme á contar esas impertinencias? exclamó M. de Morsenne interrumpiendo á su fiel servidor.

—Siento incomodar á vd, señor. .

—Pero, ¿y esas ofertas? ¿Y ese dinero?

—Madama Faveau ha sido tan diestra para obligarme á recoger el dinero, como hábil habia yo sido en hacer que lo guardase en su cajon, segun habiamos convenido; en cuanto á lo de casa, diamantes y carruaje, se ha burlado de esas ofertas, y con mucha gracia, lo confieso, porque tiene un genio muy alegre. De modo, señor, que no es una de esas locas alondras que pueden cogerse con los vislumbres de un espejuelo. En cuanto á su fisico, es la hermosura, el donaire, la frescura y la malicia en persona.

—¿Y te parece bien venirme á estas horas con elogios de esa picara mujer?

—Señor, creo que debo decir, á Vd siempre la verdad, por desagradable que sea, á fin de no aventuraré vd. en cosas im-

posibles; y en mi opinion, juzgaria que debia vd. renunciar...

—¿Quieres que te repita, desventurado, que por no sé qué estraña fatalidad me siento arrastrado hácia esa muchacha, á quien no he visto mas de dos veces, y solo por cinco minutos? Esto será inesplicable, absurdo insensato, pero un empeño tenaz y violento como todo capricho en un hombre de edad. ¿No tengo acaso la debilidad de pasar todos los dias por delante de su tienda, como un estudiante, solo por lograr ver aquella cara tan liada como picaresca, que no puedo ni quiero apartar de mi imaginacion, porque al pensar en ella seme figura que me quito veinte años de encima.

En efecto, Mr. de Morsenne, en aquella conversacion que le recordaba sus bellos tiempos de conquistas amorosas, se complacia en alentar una petulancia juvenil que se asemejaba mucho á la de Damis reconviniendo á Prontin por su torpeza en ganar á Cadalisá.

—Pero, señor!.... replicó Mr. de Loiseau.

—Pero, señor.... replicó el principe en

tono de amarga reconvencion: lo que veo es que Mr. Loiseau se hace perezoso y descuidado, que no sabe hallar recurso ó por mejor decir, que se cree sin duda demasiado señor para tomarse el trabajo... que se tomaba en otro tiempo.

—Es que en otro tiempo... replicó el servidor con aire medio amostazado y medio adulator...

—¿Qué?

—Me ahorraba vd. las tres cuartas partes de trabajo, pues no tenía vd. mas que presentarse.

—No me engaña vd. con sus derrotas, señor Loiseau ¡Sedesalienta á la primera negativa, como si no hubiese que volver á la carga diez veces!

—¿Y el medio, señor?

—Vaya, decididamente se está vd. burlando, ¿Pues no hay acaso mil medios para volver á esa tienda, asediar á esa cruel criatura, y duplicar y triplicar las ofertas, sabiendo que estoy resuelto á todo?

—¿Y el marido, señor?

—¿Que hay con el marido?

—Piensa vd. que para poder hablar hoy libremente á Mad. Faveau, he tenido que

aguardar á que su marido estuviese de guardia, circunstancia que he sabido por su sarjento mayor, uno de nuestros proveedores. ¿Y no ha observado vd. mismo, cuando acecha la tienda, que el gran tuno está allí siempre como si fuera su sombra? Luego, el hombre es brutal y fuerte como un caballo: su diablilla de mujer seria muy capaz de descubrirselo todo, y entonces lo pasarían mal mis costillas.

—No se rompen costillas con tanta facilidad.

—Eso no seria lo peor, replicó heróicamente Mr. Loiseau, pues por vd. me sacrificaría con gusto. Pero, ¿y el ruido y el escandalo en el harrio? Si me reconocen por su criado de vd. de confianza, ya puede vd. suponer lo demás... ¡Un gran señor! ¡Un par de Francia! ¡Un antiguo embajador tratando de sobornar á la muger de un tendero! ¡Que mejor plato de gusto para El Charivani y esas serpientes de periodiquillos!...

Y Mr. Loiseau, encogiéndose de hombros, añadió con el mayor aplomo:

—¿Que se há de hacer? Porque, como os he oido decir muchas veces con seme-

jante desenfreno de la prensa, no hay gobierno posible.

— ¡Perfectamente! replicó el príncipe con un despecho concentrado: una vez que monsieur Loiseau se ha vuelto tan filósofo y timorato, echaré mano de otro agente de mas recursos, y de mas voluntad y celo.

— ¡Oh, señor! exclamó el servidor consternado y juntando sus manos: ¡oh, señor!

— Al fin, los hombres se gastan.

— ¡Oh, señor!

— No hablaremos mas de eso: en lo sucesivo sabré colocar mejor mi confianza.

— ¡Hacerme esa injuria, señor, á mí que he envejecido en su servicio!

— ¡Basta! ¡Basta!

— Deshonrar mis canas encargando á otro.... ¡Oh! no, tendria valor para hacerlo, pues eso seria la muerte del pobre Loiseau: sí, señor, añadió aquel digno hombre en tono trágico, ¡seria mi muerte!

— ¡Vaya! Estás loco, y ahora que recuerdo, todavia tengo que hacerte graves reconvenciones: has sido un hablador en este asunto.

— ¿Yo, señor, cuando soy una tumba en cuanto á silencio?

—¿Pues cómo ha sabido madama Rober-sad que he hecho tomar un palco para el baile de la Opera esta noche?

—¿La señora baronesa sabe que vd?...

—Si que lo sabe: sin duda lo habrás charlado con sus criados....

—En primer lugar sabe vd. que no me rozo con libreas, respondió el ayuda de cá-mara con marcada gravedad, y puedo ju-rar á vd. que no he despegado mis labios sobre el particular. Pero..... ahora que re-cuerdo, continuó monsieur de Loiseau dán-dose una palmada en la frente: sí, eso es.....

—¿El qué?

—A lo menos, señor, ya verá vd. si es culpa mia. ¡Es tan perspicaz tambien la se-ñora baronesa!

—Acabarás al fin?

—A eso de la una fui al despacho de billetes de la Opera, cuando al salir, mien-tras guardaba en mi cartera el billete en-carnado que me acaban de dar, me encon-tré frente á frente con la señora barone-sa, que venía á pié, seguida de un cria-do. Yo me apresuré á saludarla con el mayor respeto, pero ella hizo como que no

me veía, lo cual extrañé. Ahora me explico bien que una persona tan perspicaz como la señora baronesa, al verme salir del despacho de billetes guardando un billete de palco en mi cartera, haya adivinado que vd... ..

—En cuanto á eso es muy posible,—replicó Mr. de Morseune reflexionando.—No era menester mas para hacer caer en la cuenta á Mad. de Robersac, y ese descubrimiento me habria perjudicado mucho, si mi proyecto se hubiese logrado; pero no ha sido asi, gracias á tu torpeza.

—¿No se ha logrado, dice Vd?—Jijo súbitamente Loiseau con aire de triunfo, despues de reflexionar por algunos momentos:—puede que no, pero....

—¿Qué dices?

—Por viejo y gastado que uno esté, señor,—continuó el honrado corredor con amargura,—todavía puedo á veces ser útil para algo.

—Mucho lo dudo, pero al fin... veamos....

—Mire Vd. señor; en mucho tiempo no encontraremos una ocasion como esta, porque ese belitre de marido no se aparta de su mujer... Pero hoy está de guardia, y de consiguiente Mad. Faveau estará sola toda la no-

che.

—Bien ¿y qué?

—Aguarde Vd.... Aunque seguro de que ella rehusaba sinceramente nuestras ofertas, quise no obstante, por si pegaba, dejarle el medio de volverse atrás en su resolucíon, y la dije que de todos modos la esperaria con el coche y el dominó á su puerta, á la una de la madrugada.

—¿Y qué mas?

—Es preciso, señor, que venga Vd. conmigo en ese coche.

—¿Y despues?

—Lamaré á la una de la madrugada á la puerta de la tienda. La hermosa duerme sola en el entresuelo, y á pesar de su negativa, es seguro que nuestras ofertas han hecho alguna mella en su ánimo, aunque no sea mas que por el necio orgullo de haber resistido nuestras tentaciones. No estará, pues, dormida, y si por casualidad lo estuviese, llamaré mas fuerte, á fin de despertarla. La muchacha conocerá que soy yo, y entonces, sea por temor del escándalo (pues llamaré cada vez mas fuerte, si tarda en responder,) sea por confianza en sí propia, ó por impaciencia ó por có-

lera, es probable que se decida á abrir. En este caso, señor, toma vd. mi puesto, fuerza vd. un poco la puerta, y defiende vd. su causa mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Espero que entonces convencida por sus palabras de vd., encantada de ver á sus pies á un señor tan poderoso, y deslumbrada por las promesas, se allanará á escuchar á vd.

—Tienes razón. Es preciso al menos intentar ese medio, y aprovechar la ocasion de estar sola esa muchacha.

—¿Dirá vd. todavía que el viejo Loiseau?

—Pero no, no, dijo Mr. de Morsenne interrumpiendo á su Scapin, y dando con impaciencia una patada en el suelo; no podemos pensar en eso.

—¿Y por qué, señor?

—No puedo escusarme de acompañar á Mad. de Robersac y á mi hija al baile de la Opera, pues seria confirmar las sospechas de la baronesa, que es preciso desvanecer á toda costa: si esta llega á desconfiar, debo temerlo todo de su penetracion, y por mil razones tengo que guardar las mayores consideraciones á Mad. de Robersac ¡En qué tan ma-

la hora le han sugerido sus celos la maldita idea de ir esta noche al baile!

—Es verdad, señor, replicó Loiseau ro-
yéndose las uñas con aire pensativo; esa es
la dificultad... No ir esta noche al baile de la
Opera...

—Es imposible: sería aumentar la des-
confianza de Mad. de Robersac.

—El triunfo sería pasear del brazo con
la señora baronesa, en tanto que esta es-
tuviera en el baile de la Opera, y estar
al mismo tiempo en la calle de Bac; á la
puerta de la hermosa perfumista, ¿no es cier-
to, señor?

—Sin duda se chancea vd., señor Loi-
seau, dijo Mr. de Morsenne con altivez.

—El pobre Loiseau habla seriamente, se-
ñor, y tal vez haya algun medio...

Dos golpes dados discretamente á la puer-
ta de M. de Morsenne interrumpieron la con-
versacion.

—Entre vd., dijo el príncipe, contrariado
de que viniesen á incomodarle.

Al ver Mr. de Dorsenne á su secreta-
rio, que le saludó profundamente, sus fac-
ciones recobraron su espresion habitual de
fria dignidad, porque Loiseau era el único

criado ante quien el principe podia quitarse la máscara.

—¿Qué quiere vd., señor Morisson? dijo á su secretario.

—Principe, desearia decir á vd. dos palabras respecto de un asunto que considero muy importante... y secreto, añadió designando con la mirada á Loiseau.

—Vete á disponer mi trage, dijo monsieur de Morsenne á su ayuda de cámara de confianza, va á ser pronto hora de comer.

El servidor salió.

—Vamos, ¿y de qué se trata? dijo el principe á su secretario.

—Se ha presentado hace poco en esta casa una persona que deseaba hablar á vd., y la ha enviado vd. á su intendente.

—¡Ah! sí, un hombre que decia venir á negocios: un tal....

—Mr. Anatalio Ducormier.

—En efecto, ¿y qué quiere ese caballero?

—Preguntó si tenia vd. secretario, mediante á que el objeto de la comunicacion que estaba encargado de hacer á vd. era mas propia para ser confiada á su secretario que á

un intendente: y entonces le dirigieron á mi.

—¿Y qué comunicacion es esa?

—Debe hacerla á vd. personalmente y de parte del conde Morval, embajador de Francia en Inglaterra, de donde ha venido Mr. Ducormier hace pocos dias.

—Sin duda es la persona deque me hablaba Dorv en su última carta, dijo entre sí Mr. de Morsenne porque hay cosas que se transmiten verbalmente y no se dicen por escrito.

Luego añadió en voz alta:

—¿Y qué ha dicho ese caballero?

—Añadió que sentia mucho no poder ver á Vd., y me suplicó dijera á Vd. que tuviera la bondad de recibirle mañana por la mañana: me ha dejado sus señas.

—Si que le recibiré, dijo con viveza el principe escribale vd. inmediatamente que venga mañana entre diez y once.

—Está bien, señor.

—A propósito, señor Morisson: ¿ha puesto vd. en limpio mi carta dando las gracias á monseñor Bonini, el nuncio de su Santidad?

—Sí, señor.

—No olvide vd. dármela á firmar mañana por la mañana.

—Bien está, señor.

.....
A las nueve, de la noche, Mr. Morsenne, despues de una nueva confereneia con su fiel Loiseau, se dirigió con Mad. de Beapertuis y su hija, á casa de Mad. de Robersac, segun estaba convenido. Escribiéronse las cartas relativas al vergonzoso matrimonio de la marquesa de Blaimbille y el doctor Bonaquet, y á las doce de la noche subió Mr. de Morsenne á su carruaje con su hija y Mad. de Robersac, disfrazados todos tres con dominós negros, y se encaminaron al baile de la Opera.

X.

Mr. de Morsenne, de acuerdo en esto con su sagaz y fiel Loiseau, solo habia consentido en acompañar á su hija y á madama de Robersac á la Opera, á condicion de llevar él mismo un dominó, pres-tando de nuevo la gravedad de su edad y de su posicion. Como era de estatura mediana, delgado, y de aire todavia juvenil, su ancho y largo dominó le daba mas bien la apariencia de una muger alta que de un hombre. Para el caso de separacion forzosa, causada por algun movi-

miento de la muchedumbre, había colocado el príncipe una cinta encarnada y blanca en la esclavina de su dominó, á fin de ser reconocido por su hija y madama de Robersac, que llevaban la misma señal, bien que la baronesa estaba decidida á no dejar el brazo de Mr. Morsenne en toda la noche.

Cuando estos tres dominós entraban en el pórtico de la Opera, reinaba cierta agitación entre la gente que se apiña ordinariamente á ver bajar las máscaras de los carruages. En los grupos se oían las palabras siguientes:

—Dicen que ha muerto.

—¿Quién?

—Esa muger de dominó negro á quien acaba de dar un accidente.

—¡Dios mio! ¿Y dónde está?

—La han trasportado á la oficina del comisario de policía.

—Pues yo he oído decir que no estaba muerta, pero que le falta poco.

—Debieran haber ido á buscar un médico.

—Eso han hecho, y se envió á buscar inmediatamente al médico del teatro.

—¿No es el célebre doctor Bonaquet?

—El mismo.

—¡Oh! Entonces se ha salvado la pobre, porque la enfermedad no puede con el doctor Bonaquet.

Mr. de Morsenne y las dos señoras que le acompañaban se detuvieron un momento por curiosidad, y oyeron las anteriores palabras.

—Es extraño, en verdad, dijo Mr. de Morsenne con acento indignado, que el nombre de ese médico vergüenza de mi familia; venga á perseguirme hasta aquí:

—Esto tiene al menos una ventaja, replicó la duquesa de Beupertuis en tono sarcónico. Si á mi vez me siento mal, seré tratada y cuidada como pariente por nuestro primo Bonaquet.

Mientras que Md. de Beupertuis hablaba así, había Mr. de Morsenne cambiado súbitamente, sin que lo advirtiese madama de Robersac, una seña con un gran dominó negro que daba el brazo á una muger de mediana estatura. Ambos á dos acababan de bajar de un coche de alquiler que había seguido al carruaje del principe. Este, igualmente que las dos mugeres, llegó

muy pronto á lo alto de la escalera que conduce á la galeria de los palcos bajos; una vez alli, dijo Mad. de Beaupertuis por lo bajo á Mad. de Robersac.

—Querida señora, os dejo; pues voy á ver si me divierto un poco. De todos modos nos veremos dentro de una hora enfrente del reloj del salon de descanso.

Y la jóven, siguiendo la corriente de los que paseaban, se perdió bien pronto entre la multitud.

Mad. de Beaupertuis habia ido al baile de la Opera sin mas objeto que buscar en él alguna distraccion á su fastidio. Pero aunque vió pasar á su lado ó sentado en la banqueta que habia junto á la puerta del salon de descanso á muchos de su sociedad habitual, no se sintió con el menor deseo de embromarlos, á causa de no poderles decir ni oir de ellos mas que trivialidades. Bajo entonces los pocos escalones que conducen al salon principal, donde las máscaras se entregaban á la sazón á los bailes mas escèntricos y peligrosos.

Viendo Mad. de Beaupertuis que estaba desocupado un asiento de los de balcon, fué á sentarse en él. Al pronto contem-

pló aquel extraño espectáculo con una mezcla de curiosidad, desprecio y disgusto. Luego, á pesar suyo, vino á mezclarse á aquellos sentimientos cierta dosis de envidia, aunque su dignidad se revelara al envidiar á las *especies* que se entregaban á aquellas groseras saturnales. Pero aquellas gentes se divertían con tal franqueza, había tan lindas muchachas y tan graciosos mancebos, tanto placer, amor y juventud en aquella deslumbradora bacanal, que Diana de Beaupertuis decia entre sí con amargura:

— Toda esa reunion es plebeya, vulgar, grosera, y sin embargo, es donde debe reinar la felicidad. Aquella muchacha de diez y seis años, porejemplo, y su amante de diez y ocho, con un poco de dinero en el bolsillo, pasarán una noche deliciosa, y de seguro no les ocurrirá envidiar á los mas dichosos de este mundo.

Mad. de Beaupertuis, siguiendo maquinalmente con la vista á aquella pareja, que terminado el rigodon, se dirigió hácia una de las puertas de la galeria, volvió bruscamente sus miradas, y se quedó atónita al ver á un desconocido que estaba de pie en el umbral de la puerta del balcón, junto al asiento que ocu-

paba la joven duquesa.

No he visto en mi vida mayor belleza en un hombre, dijo entre sí Diana de Beaupertuis, contemplando á aquel desconocido. ¡Qué fisonomía tan noble y encandora! ¡Qué ojo! ¡Qué sonrisa tan amable! ¡Cuánta gracia y distincion en su aire! ¡Qué buen gusto en el vestir! ¡Y qué manos y qué pies tan lindos! Indudablemente pertenece á nuestra clase, pues en ninguna otra parte se encuentra esa traza y ese porte. ¿Cómo será que no le haya visto hasta ahora en ninguno de los diez ó doce salones en donde se reune la flor de nuestra aristocracia? Quizá habrá estado viajando, ó será algun extranjero, algun ruso... ¡Oh! hay rusos que saben hacerse equivocar con un francés á las mil maravillas. Pero este desconocido tiene ojos azules y cabellos negros y en mi vida he visto ojos como esos: verdaderamente es encantador, y si yo tuviese la suerte de ser una de esas descaradas muchachuelas que brincaban ahí hace poco, de buena gana haria que me invitase á cenar. Me agrada contemplarle, pues me hace reconciliar con nuestra sociedad, por lo regular tan pobre en tipos perfectos.

Este, al menos, representa dignamente al hombre de elevada estirpe... ¡Pero ahora que pienso en ello!... ¿Y si fuera un necio! ¡Hay fisonomias tan engañosas!.... No, no puede ser, esa sonrisa espresiva y ligeramente burlona poco ha en sus lábios, cuando miraba no sé qué en el salón... Sin embargo cuántas veces he visto á la seductora condesa de Marcy escuchar á sus adoradores, con una espresion tan graciosa y picaresca que cualquiera la creeria discreta y de gran talento, y con todo nunca respondia mas que insulsas sandeces! A fé mia, tengo ya mi distraccion para esta noche: he de ver si el talento corresponde en ese hombre á su fisico. Pero ante todo, procuremos saber quién es: esto podrá hacer menos trivial nuestra conversacion.

Con estos pensamientos se levantó Diana de Beaupertuis, y usando del privilegio de la careta, pasó junto al desconocido que le pareció mejor todavia de cerca que de lejos, y salió por la puerta contra cuyo quicio estaba aquel recostado. En aquel momento columbró madama, de Beaupertuis á un hombre de su sociedad que pasaba por el corredor.

—Caballero Gernande, le dijo la duquesa

deteniéndose; una palabra.

—Mas bien dos que una, gracioso dominó: ¿me conoce vd. según eso?

—¿Y quién no conoce á Vd.? Se halla vd. en todas partes.

—Así es, gracioso dominó; pero...

—¿Quiére vd. mostrarse amable?

—Ciertamente que lo haré por agradar á vd.

—Pues bien, añadió madama de Beupertuis, bajando la voz por temor de que la oyese el desconocido de quien estaba á corta distancia: ¿ve vd. á ese jóven delgado, de frac azul, que está de espaldas junto al quicio de esa puerta?

—Sí que lo veo.

—He apostado que pertenece á nuestra sociedad, y que sin duda ha estado ausente de París por mucho tiempo. Desearia...

—Perdone vd. si la interrumpo, gracioso dominó. Ha dicho vd. de *nuestra sociedad*, y eso me hace creer que vd. y yo pertenecemos á una sociedad misma: ¿es así?

—Probablemente, puesto que ayer vi á vd. en casa de la embajadora de Cerdeña, y después en casa de madama de Bressac, donde

habia concierto; y añadiré por mas señas, que se ocupó vd. mucho, muchísimo de Mad. de Desterval.

—¿Mucho, gracioso dominó y? ¿Y por qué?.

—Se lo diré á vd. mas tarde y en interés suyo si me ayuda vd. á ganar la apuesta.

—¿Qué apuesta gracioso dominó?

—Ya he dicho á vd. que he apostado que ese jóven de frac azul pertenece á nuestra sociedad. vd. que conoce á todo Paris puede informarme sobre el particular, ó por vd. mismo, ó por medio de sus amigos.

—Pero, gracioso dominó, ¿por qué ha apostado vd. que ese caballero?....

—Es vd. muy curioso, caballero Germande, ó por mejor decir, no lo es vd. bastante; porque, en cambio de las noticias que le pido, podria decir á vd. cosas muy interesantes acerca de madama de Esterval y del efecto de los obsequios que la tributa vd.

—Pica vd. mi curiosidad hasta un punto que.... Digame vd. por favor, si.....

—Nada diré hasta que me haya vd. ave-

riguado si he perdido ó no mi apuesta.

—En hora buena, gracioso dominó, porque si yo y Juvisy, á quien veo llegar en este momento, no conocemos á ese caballero, puedo declarar á vd. desde luego y sin temor de equivocarme, que no es de nuestra sociedad.

—Voy á esperar á vd. á lo último del corredor, caballero Gernande, replicó alejándose madama de Beaupertuis, mientras que monsieur de Gernande se acercaba sin afectacion al desconocido, á fin de ecsaminar sus facciones. Luego, no habiéndole sin duda satisfecho aquel ecsámen, se dirigió al salon de descauso.

Al cabo de algunos minutos, viendo volver madama de Beaupertuis á monsieur de Gernande, le dijo con viveza:

—¿Qué hay?

—Que ha perdido vd. la apuesta, gracioso dominó. En mi vida he visto á ese caballero, ni en las sociedades ni en mi club: Juvisy tampoco lo ha visto en el suyo: ni Saint-Marcel ni Orteuil en los suyos. Ahora bien un francés ó un estrangero que no está admitido ni en el club de la Union, ni en el agrícola, ni en el Jockey—

club, no es hombre de tono en la verdadera acepción de esta palabra. ¡En cuanto á las suposiciones de lo que pueda ser ese caballero....

—¿Qué se dice?

—Saint-Marcel pretende que debe ser un ortopedista danés; pero Juvisy sostiene que mas bien tiene traza de ser un dentista napolitano. En cuanto á mí, supongo que..... Pero, amable dominó, ¿á dónde va vd? Permitame vd ... Recuerde vd que me ha prometido.... ¡Diantre! ¿Quién vá á seguirla? añadió monsieur de Gernande. Se ha escabullido como una culebra á través de ese gentío. Evidentemente es una dama de nuestra sociedad.... ¿Pero qué tendria que decirme de madama de Esterval?..... Me ha puesto en curiosidad, y es preciso que la hable. Afortunadamente podré reconocerla por la cinta encarnada y blanca que lleva en la esclavina.

Y monsieur de Gernande se fué en busca de su dominó.

Mad. de Beaupertuis habia dejado repentinamente al hombre de los informes, porque habia visto de lejos al desconocido alejarse de la puerta que daba paso al

balcon, y atravesar al corredor. Temerosa la duquesa de que abandonara aquel el baile, é impulsada por una curiosidad cada vez mayor, queria al menos dirigir al desconocido algunas palabras, y deseando no ser reconocida ni perseguida por monsieur de Gernande, se quitó de la esclavina la cinta encarnada y blanca que podia servir de señal. El desconocido subia lentamente la escalera que conducia á los palcos segundos, cuando se le acercó madama de Beaupertuis, despues de haber atravesado el salon como una culebra, segun habia dicho monsieur de Gernande. Entonces la jóven, prevaleiéndose del privilegio de la careta y de la libertad del baile de la Opera, subió ligera los pocos escalones que la separaban del desconocido, y pasó su brazo por debajo del suyo sin hablarle una palabra. El desconocido se detuvo, midió con la vista al dominó que acababa de reunirse, y le dijo cortesmente:

—Estoy á sus órdenes de vd., señora...
¿Desea vd. que subamos, ó que bajemos?

—Subamos: arriba hay menos gente, respondió la jóven.

Y no tardaron ambos en llegar á la ga-

leria de los palcos segundos, en donde habia en efecto poca gente. Entonces madama de Beaupertuis, soltando el brazo del jóven, le dijo resueltamente con su aplomo de dama de distincion, y una mezcla de osadia y gracia:

—Es vd. un buen mozo; pero querria saber si es vd. tambien discreto.

—¿Y quién ha de ser mi juez, señora? preguntó el desconocido, sonriéndose en tono chancero: ¿Quién á de decir si tengo ó no talento?

—Me parece que yo, caballero.

—¡Ah! de veras! exclamó el desconocido con una afectada sorpresa que picó á madama de Beaupertuis.

—¿No me cree vd. quizá, replicó esta, capaz siquiera de distinguir un necio de un hombre de talento?

—Permitame vd., señora, que la diga que nuestros papeles están trocados. Ahora es vd. la que me pregunta si la encuentro discreta ó no.

—Es que en efecto, caballero, nuestros papeles están trocados, respondió sonriéndose madama de Beaupertuis: ha tomado vd. el mio..... y quizá le cuadre mejor

que á mí.

—De cualquier modo que vd. juzgue, señora, mereceré siempre su indulgencia, porque si me encuentra vd. necio será porque la luz de esos hermosos ojos que veo brillar á través de la careta me habrá turbado: si por fortuna le parezco discreto, será porque me haya vd. comunicado su talento.

Poco á poco fué llenándose de gente el corredor de los palcos segundos, hasta el punto de que á cada paso madama de Beaupertuis y el desconocido se veían empujados y molestados por los que pasaban.

—Si fuera yo bastante dichoso para que pudiese usted sacrificarme algunos instantes, señora, dijo el desconocido á la jóven quizá estaríamos mejor para conversar en uno de esos palcos que en este corredor.

—Soy de la misma opinion, caballero: deme vd. su brazo y busquemos un palco.

Al poco tiempo la duquesa y el desconocido estaban sentados en uno de los palcos segundos.

El jóven, con una delicadeza que no se le escapó á madama de Beaupertuis, de-

jó entrecabierta la puerta, para que no se creyese que hacia alarde de estar, como decirse sueie, de buena fortuna.

XI.

Luego que el desconocido se sentó al lado de madama de Beaupertuis, dijo á esta sonriéndose, y mostrándole con el dedo el pañuelo que tenia la jóven en la mano, marcado en una punta con las letras M. B. (Mersenne de Beupertuis,) sobre las cuales se unia una corona ducal:

—Aunque no es muy digno, lo conozco, adivinar sin reserva un incógnito que desea ser guardado, no puedo menos de decir á vd., señora duquesa, que este es un encuentro bien inesperado para un hombre del pueblo como yo.

—¡Vd. caballero!—esclamó Mad. de Beaupertuis con una especie de estupor y sin poder contenerse;

—¡Vd.!

—La sorpresa de Vd., todavia mas lisonjera que inofensiva, no me admira, señora, y diré la razon, replicó jovialmente el descono-

cido. Hace poco, cuando me hallaba recostado contra el quicio [de la puerta que da entrada al balcon, oí á Vd., (perdone Vd. esta involuntaria indiscrecion), pretestar una apuesta á fin de averiguar si era yo persona de la alta sociedad. No tengo ese honor, señora duquesa, y presumo que mi padre habrá vendido hilo y agujas á las señoras de casa, si, como es probable, vivis en el barrio de Saint-Germain, donde se halla establecida hace mucho tiempo la modesta lonja de sedas que tenia mi padre.

—¿Y es en esa tienda, caballero, dijo Mad. de Beaupertuis, no pudiendo aun resignarse á confesar su error, donde ha adquirido Vd. ciertas maneras que han podido engañarme por un momento?

—En la tienda precisamente, no. Al salir del colegio entré de secretario particular en casa del conde de Monval, entonces como ahora embajador de Francia en Inglaterra: he estado allí muchos años, y el trato con personas elevadas me ha dado ese ligero barniz de buen tono que ha ocasionado su error de Vd.

—Pero, estimado caballero, dijo Mad. de Beaupertuis, recobrando su aplomo y su altiva ironia; quizá á Vd. como á mi le haya en-

gañado tambien las apariencias: no basta una corona bordada en un pañuelo para ser duquesa, como no bastan algunas esterioridades para ser hombre de alta clase, segun ha observado vd. con mucha oportunidad. ¡Quién dice á vd. que yo no lleve un pañuelo de mi ama! ¡Por qué no he de ser una de las criadas que se surtian de hilo y agujas en la tienda de su padre de Vd.!

—Vd. es una señora de distincion, tan cierto como yo soy un hombre del pueblo.

—¿De modo, caballero, que persiste Vd. en creerse mano á mano con una duquesa.... prendada de su persona probablemente?

—¡Oh! No por cierto, señora, respondió el desconocido con un acento de sincera y casi desdeñosa indiferencia: me ha hecho vd. el honor de tomar mi brazo à pretesto de saber si yo era necio ú hombre de talento, y me parece qué, merced á su sagacidad, puede vd. ya poco mas ó menos saber á qué atenerse: si la prueba parece á vd. suficiente, estoy á sus órdenes para ofrecerla la mano y salir de este palco.

Esta repuesta, sumamente cortés pero algo altanera, aumentó el despecho de Mad. de Berupertuis, contrariada ya por su grande

equivocacion y por haber sido reconocida como muger de alta clase: á mas de eso, su orgullo se exaltaba de hallarse mano á mano con el hijo de un tendero, secretario á sueldo de Mr. de Monval, á quien habia visto cien veces en casa de su madre. Asi fué que la jóven repuso con aire insolente:

—¿Sabe Vd., caballero, que hay vanidades de todas clases?

—De muchísimas, señora.

—¿Y sabe Vd. que una de las mas insostenibles es la vanidad de baja esfera? Se ha apresurado vd. á revelarme que era un hombre del pueblo, revelacion por cierto muy interesante; pero ¿á qué venia principiar desde luego por esa confesion? Es una lástima, estimado caballero, que nuestra posicion haya perdido toda su poesia, pues sabiendo mutuamente quienes somos, yo duquesa, una vez que persiste vd. en creerlo asi, y vd. hijo de un mercader, ¿qué quiere vd. que nos digamos ya?

—A fé mia, señora, á falta de cosa mejor, burlémosno de los plebeyos ridiculos, que yo ayudaré á usted.

—Eso es mucha abnegacion.

—No enteramente, señora; mas bien es una

venganza.

—¿Y contra quien?

—Contra vd., señora. ¿No me ha tomado vd. por uno de los suyos? Pues cuanto más en ridiculo logremos ponerme, mas divertida habrá sido su equivocacion de vd. y mejor tambien mi venganza. Vamos, señora: esforcémonos en confundirme, y para ello puedo poner una porcion de medios á disposicion de V.: ¿quiere vd. hechos? ¿Quiere vd. ideas?

—¡Ideas ridiculas que sean de vd!

—Ridiculas, y tan mías, señora, que dudo pueda tenerlas otro hombre. Vamos á ver. ¿Quiere vd. reirse? ¿Desea vd. burlarse de mi?

—A la verdad, caballero, se maltrata vd. con tal gracia, que temo abusar de su condescendencia de usted.

—¡Ay, señora! ¡Yo, que me tendria por dichoso en poder distraer á Vd. por algunos momentos! ¿Quiere vd. que le diga, por ejemplo, lo que pienso de la desigualdad de clases y de fortunas, ó lo que pienso del amor?

—Enhorabuena; ¿qué piensa vd. de la desigualdad de clases y de fortunas, estimado caballero? El nacimiento: una preo-

cupacion; la riqueza, casualidad ó injusticia, si no otra cosa peor: ¿no es cierto?

—Hay, señora, cinco dones soberanos, quen o pueden comprar niagun tesoro ni ningun poder humano: dones inestimables para el que los reúne todos y sabe usar de ellos.

—Y esos dones, ¿cuales son?

—En primer lugar la salud.

—¿Y despues?

—La belleza.

—¿Y luego?

—La juventud.

—¿Y despues?

—El talento.

—¿Y qué mas?

—El nacimiento.

—¿Y de veras tiene vd. en algo el nacimiento, caballero.

—¡El nacimiento! ¡Ay! ¡señora! es un maravilloso talisman, digase lo que se quiera; pero nacimiento, talento, belleza, juventud y salud, todas estas prendas, sin la riqueza, se arrastran, como decirse suele por los suelos. Solo el oro y las coronas las hacen brillar con todo su esplendor, Asi, pues, señora, el hombre ó la mujer que reúne nacimiento y riqueza, talento y belleza, juventud

y salud son criaturas dignas del mayor desprecio si no encuentran, ya sea en la práctica de la virtud ó en la práctica misma del vicio una dicha capaz de hacer morir de envidia á todo el que es feo, pobre, necio... ó plebeyo como yo.

— ¡Dicha en la practica del vicio!

— Concretándome, señora, á lo que en la alta clase se suele llamar amor, soy tolerante con los amores fáciles, pues creo que tambien tiene su atractivo; pero nadie mas que yo admira y venera el amor y la fidelidad en el matrimonio.

— ¿Vd., caballero.

— Yo.

— ¿Y lo dice vd. formalmente?

— Con toda formalidad: admiro y venero tanto mas esa fidelidad cuanto que me parece altamente difícil y meritoria. Un hombre y una muger casados que permanecen fieles uno á otro, son tan completos y logicos como los que se esfuerzan en variar y multiplicar sus goces en simples relaciones de placer; la inconstancia es la base de estos, asi como la constancia el deber de los otros; pero estos tienen la fuerza de cumplir un deber austero y resistir á mil seducciones, y el cumplan

to de un deber es siempre una cosa meritoria y digna de alabanza.

El desconocido hablaba con un acento tal de gravedad y convicción, que madama de Beaupertuis no pudo menos de esclamar:

—¡Y es vd. el que habla así!

—Y si hablo así, señora, repuso el desconocido, arrastrado por sus pensamientos, es porque tengo el corazón lleno todavía de una dulce emoción. Esta noche, en casa de uno de mis amigos de la infancia, he sido testigo de uno de esos raros y encantadores ejemplos de amor y fidelidad en el matrimonio,

—¿Y en dónde ha hallado vd. esas perlas conyugales, caballero?

—No ha sido, señora, en ninguna de esas familias opulentas que tienen mil medios para prolongar y poetizar un cariño semejante; no, señora el amigo de que hablo y su mujer viven en una extrema medianía, y su ejercicio (pues son mercaderes,) los retiene siempre uno al lado del otro: la mujer tiene que dedicarse á los quehaceres de la casa y á la educación de su hija, y sin embargo, saba siempre hacerse amar con nuevo ardor. Educados ambos con demasiada escasez para

buscar alguna distraccion en las letras ó en las artes. viven solos uno para el otro, como dos enamorados ardientes. Asi es, señora, que no he podido menos de conmoverme deliciosamente al contemplar aquel amor tan firme. tan sencillo, tan, fiel y tan contento de si propio, que puede desafiar á todas las dichas del mundo.

La voz del desconocido se habia vuelto tierna simpática, Mad. de Beaupertuis participaba casi de la emocion que aquel parecia experimentar, y se preguntaba como podia ser unas veces descaradamente escéptico y burlon, y otras accesible á sentimientos delicados y sublimes.

Un incidente que ocurrió á la parte de afuera del palco interrumpió las reflexiones de la jóven.

XII.

Ya hemos dicho que el desconocido habia dejado por delicadeza, abierta la puerta del palco en que se hallaba con Mad. de Beaupertuis.

De repente el ruido de un vivo altercado

en el corredor hizo volver maquinalmente la cabeza á ambos jóvenes hácia el sitio de la escena.

En medio de un grupo considerable dos máscara bastante vulgares cambiaban palabras sumamente animadas. Mad. de Beaupertuis divisó entonces entre los espectadores de aquella disputa á su padre y á madama de Robersac, á quienes reconoció por las cintas encarnadas y blancas de las esclavinas de sus dominós. De repente la joven vió al príncipe de Morsenne dejar apresuradamente el brazo de la baronesa, como para tomar parte en la discusion, aunque madama. de Robersac se esforzaba en vano por retenerle, diciendo en voz baja:

—Por favor, no semezcle Vd. en eso.

Mad. de Beaupertuis que como la estre-mada reserva de su padre, se preguntaba qué causa podria haberle movido á apartarse de su edad y su posicion, cuando le vió volver casi al punto y tomar de nuevo el brazo de madama de Robersac, que no le habia perdido de vista por espacio de algunos segundos desapareciendo ambos entre los grupos que se disipaban por haber cesado el altercado.

Fuese ilusion ó efecto de su vista, algo

corta, Mad. de Beaupertuis creyó notar en el principe, cuando volvió á dar el brazo á Mad. de Robersac, parecia de estatura algo mas baja; pero, no deteniéndose mucho en esta idea, se volvió hácia el desconocido. Este le dijo sonriéndose.

—Alguna escena de celos sin duda, porque no parece sino que la careta sobreescita todas las pasiones que encubre.

—Al menos, caballero, repuso Mad. de Beaupertuis con ironia, es esa una sobreescitacion que debe ignorar siempre ese modelo de matrimonios de que me hablaba Vd. hace poco: ahí tiene Vd. unas gentes que no arriesgarán jamás su felicidad en el baile de la Opera.

—Sin embargo, señora, muy poco ha saltado para ello.

—¿Pues cómo ha sido eso?

—Al separarme de ellos, les dije como por chanza: voy al baile de la Opera: venios conmigo. Mi amigo, creyendo causar un grave placer á su esposa, queria absolutamente que viniese, pero ella rehusó formalmente la propuesta.

—Es heroismo digna de una matrona romana. ¿Y es bonita esa comercianta? Porque

me ha dicho Vd. que tiene tienda.

—Si señora, lo cual no le impide ser encantadora. Es de lo mas liado y gracioso que se puede figurar.

—Y es discreta.

—Como una muger enamorada de su amante: tiene ademas un talento natural, y aunque sin educacion, posee la charla mas amena y graciosa que he oido en mi vida.

¿Y es muger de corazon?

—Ha estado velando á su hija por espacio de dos meses con un celo admirable.

—¿Sabe Vd., caballero, que es un fénix esa comercianta? ¿Es amigo de Vd. su marido? Lastima, porque seria para Vd. una amante cual podia Vd. apetecer.

Asomóse á los lábios del desconocido una espresion de dureza insolente; pero se contuvo, y replicó sonriéndose:

—Esa muger es mucho todavia para mi.

—¿Pues cómo es eso?

—Tengo gustos muy vulgares y bajos, inferiores todavia á mi condicion. Si tuviera careta, haria á Vd. por algunas confidencias que se lo podrian probar; pero, sin careta no me atrevo.

—No estrañaria caballero, el cinismo de

algunos de sus juicios de Vd. toda vez que prefriere Vd. por gusto lo que es bajo y grosero.

--Por gusto y por cálculo.

--¿Por cálculo?

--No sé, señora, si su esposo de Vd. es fumador.

--¿Qué tiene que ver eso con lo que está Vd. diciendo?

--Es que si su esposo de Vd. fuese aficionado á fumar, tendria Vd. quizá algunas nociones sobre la pasion del tabaco, y comprenderia Vd. mejor mi comparacion:

--No importa.

--Pues bien, señora: conocí en Lóndres á un tal lor Salsburi, el hombre mas aficionado á tabaco que creo haya en Europa y que gastaba por esa mania sumas cuantiosas. Un dia le hallé fumando tabaco de cuartel (perdone Vd. la espresion, señora) en una pipa de á dos sueldos, y no puede menos de quedar estupefacto al verle. Hé aquí la respuesta llena de exactitud que me dió: «Yo he fumado lo mas esquisito que hay en la Habana y en Turquía, cigarros de color de ambar, de finísima capa, de sabor á avellanas de ceniza blanca como el alabastro: he fumado en pipa

magnificas tabaco turco, amarillo como el oro, y con un aroma mas delicioso que el de los perfumes mas embriagadores. ¡Pero ay! ¡cuántas penas, gastos y sinsabores, y sobre todo, que de amargas decepciones! ¡Cuántas veces, despues de saborear un cajon de cigarros de la Habana ó una caja de lateria digna de los dioses, tenia quedarme por contento con fumar tabacos mohosos, secos, insípidos, agrios ó amargos! Y sin embargo, tenia la misma apariencia que los otros y me habian costado el mismo cuidado y trabajo! A fe mia! Cansado de ser victima de esas exterioridades engañosas de esa alternativa de cosas esquisitas y cosas detestable que tenia que comprar á un mismo precio me decidí á no fumar mas que tabaco comun, pues el menos este es sano, natural de igual calidad y lo encuentro siempre sin trabajo, acercándome al primer estanco que se me presenta. Desde que me he acostumbrado á eso, lo encuentro tan esquisito que cualquiera otro tabaco me pareceria ahora insípido y sin frescura.»

—¿Y qué prueba, caballero, esa depravacion del gusto, sino que ese lord estaba hastiado?

—¿Hastiado, señora? Pues no cesaba de

fumar en todo el día.

—La comparacion, aunque impertinente, es bastante clara, ¿Sostiene Vd. que deben buscarse los goces fáciles y torpe en la degradacion de otro y de uno propio?

—Sostengo, señora, que hay medio entre el vicio y la virtud: sostengo que los que tienen el valor de la constancia y de las buenas costumbres son dignos de admiracion y respeto; pero digo al mismo tiempo que á los que buscan los goces en el vicio, les está permitido todo lo que la ley autoriza. Su única moralidad el misterio.

—Y hace Vd. esa bella concesion á las preocupaciones?

—No, que la hago al placer mismo: el principal aliciente del placer lo encuentro en el ministerio.

—Cada cual tiene su ideal, y veo que el de Vd. no es el mio: sus ideas de vd. me repugna y me indigna.

—¿Pues cual es su ideal de vd., señora?

—Dos amantes de cierta posicion social, siempre tiernos, fieles y apasionados, viviesen solitarios algun retiro encantador.

—He entendido á vd., señora: su amante la roba en una silla de posta de cuatro ca-

ballos, con un correo por delante para mayor misterio, y se sepultan Vds. en Italia ó en Suiza, con un buen cocinero, criados y caballos, porque al fin debe suponerse una existencia pasada con comida. Pero esos goces ¿cuánto duran? Si esos amantes no han tenido la idea de tomar cada cual la posta por su lado, luego que han pasado quince días ó un mes á lo mas en esta vida estática, muy luego se aburren y fastidian, á pesar de la luna, del sol, de la montaña, del lago y de los bosques. Cada uno de ellos, por un necio amor propio, no se atreve á hacer al otro esa triste confesion; los caractères se atreven á hacer al otro esa triste confesion; los caracteres se agrian, sobrevienen las contiendas, y aun así el tiempo que duran las riñas es el que parece menos largo. El amante exasperado corteja á la doncella ó á alguna linda aldeana, y por último, llega un día en que Vd. y él se separan con el odio en el corazon. Dígame Vd. si no es eso lo que debe suceder naturalmente.

—Es que aqui hablamos de ideal y no debemos buscarlo en la regla comun. Puedo decir á vd. que conozco á dos amantes que hace mas de 20 años viven felices y solitarios

en su retiro.

—¿De modo! que los {desventurados han envejecido juntos!

—¿Desventurados! ¿Y por qué?

—¿Pues hay mayor desventura que envejecer juntos dos amantes, y mas todavia si viven solitarios? ¡Verse delinear la primera arruga! ¡Ver salir la primer cana! ¡Asistir cada dia á la triste descomposicion de lo que ha sido jóven, lozano, encantador! Es preciso quererse muy mal para esponerse mutuamente á esa cruel y continuá comparacion de lo presente con lo pasado.

—Me admira cómo los hombres de talento (porque al fin no se le puede negar á vd. alguno) incurren en contradicciones notorias por sostener paradojas.

—¿Qué contradiccion ni qué paradoja ha encontrado vd. en lo que he dicho?

—Dice vd. que en su sentir no hay cosa mas triste que el que dos personas que se han amado por mucho tiempo y fielmente, se vean envejecer?

—Asi es.

—Y sin embargo, poco antes no encontraba usted bñstantes elogios para ponderarme la felicidad de su amigo de vd. de la infancia

y de su muger: cuando, segun todas las probabilidades, los dos tortolitos están destinados á ser tórtolos viejos.

==He hablado á vd. de ellos como de personas fieles á sus deberes y á su amor, y nosotros hablamos de los que buscan el placer en relaciones culpables: de consiguiente, no cabe comparacion, porque. ..

El desconocido no pudo acabar porque una voz alegre y sonora que se oyó á la puerta del palco, pronunció estas palabras:

—¡Ola! ¡Anatalio! ¡Ola!

XIII.

El desconocido, ó mas bien Anatalio Ducormier, al oírse llamar de un modo tan vulgar y ruidoso se volvió con prestreza, igualmente que Mad. de Beupertuis, y ambos vieron á la puerta del palco á una especie de postillon de Longjumeau, acompañado de un gracioso descargador de leña.

Aquellos máscaras tenian tan pintarrajado el rostro y estaban tan desfigurados, que Anatalio Ducomier, no reconociendo al pronto á los que le habían interpretado, los miró silen-

cioso y sorprendido, en tanto que madama de Beaupertuis le decia en voz baja levatándose:

—Vendré aqui el sábado. . y estaré á las doce de la noche á la puerta de este palco con una cinta color de naranja en mi dominó.

Y la jóven salió del palco en el momento en que Anatalio Ducormier, reconociendo al fin al marinero y al postillon, exclamó:

—¿Tú aqui, José?

—¡Bah! Al fin he logrado embromarte, ¿que tal?

—¿Y á mí, señor Anatalio? añadió Maria adelantando su graciosa persona, ¿me reconoce vd. tambien?

—Sí, señora pero á la verdad estaba tan lejos de encontrar a vds. aquí esta noche....

—No ha sido mia la culpa. Señor Anatalio, repuso madama Faveau: por mas de un motivo no queria yo venir al baile; pero he tido que ceder a las instancias de Jose «Ven al baile de la Opera, me decia: tú no lo has visto nunca, y nos divertiremos. Iremos á sorprender á Anatalio y á darle broma. Ven querida Maria, si no por tí, al menos por mí.» Ya conocerá vd.,

señor Anatalio, que hablándome así José no podía menos de lograr su deseo, y... aquí estamos.

Nos fuimos á casa de nuestra vecina, madama Sublet, que tiene trajes de alquiler, añadió Favean, cabalmente vimos uno de descargador de leña que estaba encargado, y no habian ido por el, mire á ver si no parece hecho espresamente para Maria. !Qué bien le sienta! ¿No es verdad que está muy encantadora?

—Calla, José: eres un tonto, dijo la jóven dirigiendo á su marido una mirada de reconvenccion.

No habia en efecto cosa mas graciosa que aquella jóven con su traje de terciopelo verde guarnecido de botones de plata, que hacia lucir su cuerpo de ninfa, ceñido en las caderas por una faja de seda, color de naranjo, con las puntas colgando, mientras que el pantalon, ensanchándose solo desde la rodilla, dejaba ver el pie mas lindo del mundo, calzado con medias de seda, color de rosa, y zapatos barnizados, con anchas hebillas de plata. La pintura del rostro daba á los hermosos ojos negros de Maria un brillo estrordinario, y su fisonomia, de suyo despierta

y picaresca, tomaba así una espresion de las mas provocativas.

Anatalio Ducormier habia abarcado con una mirada rápida y furtiva aquel seductor conjunto, por temor de aumentar la cándida turbacion de la joven, y en vez de responder con alguna galanteria á la interpelacion de José, que le preguntaba si no encontraba á Maria encantadora, dijo alegremente á su amigo.

—¿Pero sabes, José, que el traje que traes tú tambien te sienta á las mil maravillas?

—No es verdad, señor Anatalio, replicó Mad. Faveau, encantada de sustraerse con aquel nuevo giro al exámen provocado por su marido, no es verdad que José está muy bien con su chaqueta azul, sus calzones blancos y sus grandes betas?

—Si hubiese muchos postillones como ese en las diligencias, se aumentaria indudablemente el número de viajeras, respondió alegremente Ducormier.

—Es muy cierto lo que dice vd., señor Anatalio, respondió Maria, riendo como una loca: y tan tunante es, que las haria volcar por el gusto de levantarlas despues.

—Si las volcaba, querida Maria, repuso

cariñosamente José, sería porque, no pensando mas que en tí, iria distraído por el camino.

—Señor Anatalio, dijo la jóven halagada con aquella galanteria, impida Vd. á José que me diga tales cosas, ó de lo contrario, voy á darle un abrazo delante de todo el mundo.

—¡Qué quiere Vd., señora! Si José dice esas cosas no es suya la culpa, sino de Vd.

—Bien, señor Anatalio, ¿tambien Vd. me abandona? Si se pone Vd. de su lado contra mí, me declaro vencida.

En seguida la jóven, conteniendo sus ganas de reir, añadió á media voz, dirigiéndose á su marido:

—Mirale ahí examinándonos otra vez.

—¿A quién, Maria?

—Al dominó de antes.

—¿Qué dominó, preguntó Anatalio Ducormier á Mad. Faveau, que respondió riendo y afectando un aire misterioso:

—De seguro es alguna muger que va en busca de ese tuno de José. ¡No aparta los ojos de él un momento! Anda; que ya encontrarás postillones de Longjumeau, y con este te irá mal.

Y Maria prorrumpió en una risotada, añadiendo:

—Eran dos dominios, uno alto y este. Los encontramos en la escalera, que ellos bajaban cuando llegábamos nosotros. Entonces el mas bajo, la muger, hizo un movimiento, admirada sin duda de la gallardia de este tuno de José, y le habra seguido. ¿Será descarada la jóven, señor Anatalio?

—Pues yo sostengo, por el contrario, que es un hombre que halla á Maria linda como un diablo, repuso José no menos alegremente, y el desventurado la sigue.... Mírale, Anatalio, allá abajo, apoyado en el pasamano de la escalera, con la cabeza vuelta hácia nosotros. ¡Y qué ojos hecha ese tuno! ¡Cómo relucen á través de su careta!

Ducormier se volvió hácia el lado que le indicaba su amigo, y vió en efecto un dominó negro, bajo para muger, que, notando sin duda que le observaban, se alejó algunos pasos.

—Y Vd. qué dice, señor Anatalio! dijo alegremente Maria: no es verdad que es muger?

—¿No es verdad que es hombre? dijo á José: y apuesto á que voy á preguntarle

quién es?

— ¡José! exclamó la joven trémula y con voz alarmada; ¿vas á armar una disputa?... Señor Anatalio, haga Vd. que se reporte, pues en tan mala cabeza!

— Traquilícese Vd. señora; José no querrá asustar á vd. Y además, dijo Anatalio ya se retira el dominó.

En efecto, aquel dudoso personage, de que se ocupaban á la sazón los tres amigos, acababa de alejarse bruscamente, al ver acercarse á él dos dominós que llevaban como señal una cinta encarnada y blanca.

El mas bajo de los dos (muger sin duda alguna) parecia hablar con mucha animacion: sus ademanes eran prontos y vivos, al paso que su pareja parecia mudo y enteramente impasible. Sin duda aquella impasibilidad exasperaba al dominó femenino, porque al pasar ambos personages cerca de los tres amigos, oyeron esto decir á la muger:

— ¡Ni una palabra! ¡Ni una respuesta! ¡No se concibe eso!... ¿Y á qué viene ese silencio? ¿Es acaso una apuesta?

En seguida los dos dominós continuaron su paseo, y los tres amigos no pudieron oír mas,

José Faveau dijo riendo:

—¡Ese no se espondrá á decir necesidades!

—Y yo, repuso Maria, quiero impedirte que las hagas.

—¿Qué quieres decir con eso, Maria?

—Mira, José, replicó la jóven con seriedad; á pesar mio me alarma tu amenaza de ir á hablar á ese dominó. Luego debes ya estar satisfecho: hemos visto el aspecto que ofrece el baile de la Opera, y encontrado al señor Anatalio: es tarde y tenemos que estar en la tienda mañana temprano. Vámonos.

—¿Tan pronto, querida Maria? replicó José. ¿No quíeres bailar un rigodon con Anatalio?

—El señor Anatalio me disculpará, y vámonos, mi buen José.

—Estoy seguro, querida Maria, de que quieres marcharte por mi causa: te figuras que el baile no me divierte.

—Y yo estoy segura de que quieres quedarte por causa mia; te figuras que el baile me divierte.

—Y yo creo, dijo Ducormier, que ambos tienen vds. razon.

—El hecho es, repuso Faveau, que enpa-

sando aquí una hora, está visto ya todo lo que hay que ver.

—Pues entonces bajemos pronto, José: vamos á tomar nuestras capas al guarda-ropa y marchemos. ¿Viene Vd. con nosotros hasta abajo, señor Anatalio? ¿Se va Vd. acaso tambien?

—¡Pues ya! repuso alegremente José: ¿te parece que no irá á buscar á aquel lindo dominó que se escapó cuando grité á la puerta del palco: ¡Hola anatalio, hola!... ¡Oh! Y ese dominó es cosa superfiná, María, tenía en la mano un pañuelo guarnecido de encaje que vale por lo menos setecientos ú ochocientos francos. Soy inteligente en la materia, pues he vendido algunos. Y un dominó que lleva pañuelos de ese valor bien merece que se le busque: estoy seguro de que es alguna gran señora, ¡anda, pícaro Anatalio!

—Y es verdad, dijo sencillamente María, pues ahora caigo en que habremos incomodado al señor Anatalio; ¡pero diantre! la culpa es de José: reconocimos á Vd. desde abajo y entonces me dijo él: «mira allí á Anatalio en aquel palco: vamos á darle broma; verás como le grito: ¡Hola Anatalio, hola! y no nos reconoce.» Entonces subimos arriba, y aquel

bello dominó se marchó.

—No me han incomodado Vds., repuso sonriendo Anatalio: ya habia dicho yo á ese dominó todo cuanto tenia que decirle, y la prueba es que voy á imitar á Vds. marchándome yo tambien.

—En ese caso, da el brazo á Maria, dijo Faveau á su amigo: y en marcha.

—¿Estás en tu juicio, José, respondió la jóven asiéndose del brazo de su postillon Longjumeau: el señor Anatalio está en traje de calle y yo disfrazada, y se reirian de vernos juntos. Si el señor Anatalio llevase al menos una nariz postiza!

—Y luego, señora, repuso alegremente Ducormier, haria demasiados envidiosos.

—Entonces yo soy la que voy á hacer envidiosas entre las jóvenes de todas clases, replicó Maria enlazando aun mas estrechamente su brazo al de su marido.

En seguida los tres amigos abandonaron la galeria de dos palcos segundos, tomando la escalera que conduce al peristilo de la Opera.

XIV.

Era tal la multitud de gente que habia en la galeria de los palcos principales contigua al salon de descanso, que Anatolie Ducormier, Maria y su marido tuvieron que marchar enteramente, haciendo de vez en cuando algunas paradas.

En aquel momento dos dominós medio ocultos en el hueco de una de las entradas de la galeria cambiaban entre sí en voz baja estas palabras.

—Loiseau... mirala... ya se va.

—¿Y qué hemos de hacer señor? Su imbécil marido no la deja un momento, y no es posible abordarla.

—Desde que la he visto con ese maldito trage estoy, si cabe mas enamorado de ella. ¿Y esa pierna?... ¿y ese pié?... ¿y ese aire tan picaresco y provocativo?... y esos ojos, capaces de resucitar á un muerto?

—¡Señor. tengamos cuidado! Veo allá á la señora baronesa con mi sobrina su Sosia de Vd... El engaño no ha podido ser mas completo. Su elevada estatura, la cinta encarna-

da y blanca en su dominó, el pantalón negro, zapatos de charol, y unas cuantas gotas de esencia de mil flores, de la que usa Vd., han hecho perfecta la ilusión. Pero á cada instante temo que todo se descubra; y que al fin la señora baronesa, impacientada con el silencio.....

—Nada temas: ya habia yo preparado hábilmente ese silencio, porque desde el momento en que pusimos aquí los pies, principiè por no contestar á madama de Robersac mas que con monosílabos, en tono seco y enfadado. Hacia ya diez minutos que no la hablaba palabra, cuando, aprovechando el movimiento causado por aquella disputa puede al fin.... (Aquí monsieur de Morsenne, que mientras hablaba á su digno servidor no habia apartado los ojos de madama de Faveau, se interrumpió exclamando,) «¡Ya no la veo! ¡Ha desaparecido!»

—Entonces, señor, vamos de que sustituya usted á mi sobrina, pues ya hallaremos en otra parte á madama Faveau: no es mala fortuna que la casualidad nos la haya hecho encontrar aquí en el momento en que íbamos á su casa creyéndola sola. En último resultado, concibo mas esperanzas de esa áustera virtud que se

disfrazaba con tal traje y viene á divertirse al baile de la Opera.

— ¡Ay, Loiseau! ¡Voy á perder la cabeza! Esa cara, ese traje y ese aire tan gracioso no se apartan de mi imaginacion. ¿Por qué diablos habré visto á esa criatura?

— Per ahora, señor, trate Vd. de tomar el brazo de la señora baronesa, y de ponerse, cuando sea tiempo, la cinta encarnada y blanca en el dominó.

— ¿Y cómo nos compondremos?

— Esta sustitucion espero que sea mas fácil que la primera, llevada felizmente á cabo, merced á aquella disputa. Mi sobrina está avisada: venga Vd., señor, y aproveche vd. la ocasion.

Mr. de Morsenne, medio oculto por su confidente á quien daba el brazo, se acercó á Mad. de Robersac y á su silencioso compañero, á quienes dejaron pasar delante. En seguida, Mr. Loiseau gritó con acento lastimero y brusco desfigurando la voz:

— ¡Dios mío! ¡Santos cielos!

Sorprendida y asustada Mad. de Robersac por aquel grito repentino que se hizo oír detrás de ella, dió tambien un grito y volvió la cabeza, como otras muchas personas, para

conocer la causa de aquellas exclamaciones. La Sosia de Mad. de Morsenne habia aprovechado diestramente el sobresalto y la distraccion de Mad. de Robersac para dejar su brazo y eclipsarse detrás del príncipe; de suerte, que cuando la baronesa conmovida todavia buscó maquinalmente el brazo de la persona que hasta entonces la habia acompañado, la sustitucion se habia llevado á efecto.

En cuanto á las ruidosas exclamaciones del astuto Frontin que se eclipsó muy pronto, habian sido miradas por los concurrentes como uno de los chistes de mal género bastante frecuentes en esos dias de desenvoltura.

—Tranquilicese vd. Olimpia dijo á media voz monsieur de Morsenne á Mad. de Robersac: está vd. temblando por una cosa que no vale la pena.

—Eso se necesitaba sin duda para volver á vd. el uso de la palabra y hacerle romper el silencio obstinado, inconcebible, que guarda vd. hace media hora por no sé que extraño capricho, replicó Mad. de Robersac con despecho.

—Es que, á decir verdad, Olimpia, me siento cruelmente lastimado por la obstinacion de las celosas sospechas de vd, y pre-

feria callar á dejarme arrastrar, á pesar mio, á decir á vd. cosas desagradables. Por lo demas creo que debe vd. estar plenamente satisfecha y reconocer cuán infundada era su desconfianza. Vamos, querida Olimpia, hagamos las paces, y no me quejaré, puesto que he tenido el gusto de pasar toda esta noche al lado de Vd.

—Quizá no haya dependido de Vd. el que no haya sido otra cosa, replicó madama de Robersac: ademas el silencio que guardaba Vd. por contrariedad sin duda.

—/Por favor calle vd., que viene mi hija! dijo monsieur de Morsenne interrumpiendo á Mad. de Robersac al ver á Mad. de Beaupertuis, á quien reconoció por la cinta encarnada y blanca que se volvió á poner la duquesa despues de su conversacion con Anatalio Ducormier.

—Qué tal querida, dijo el príncipe á su hija: ¿Te parece que es tiempo ya de que nos marchemos? Si lo crees así, tambien es de esa opinion esta señora.

—Pues vámonos, porque tengo un fuerte dolor de cabeza, respondió la duquesa de Beaupertuis tomando el brazo de Mad. de Robersac.

Todos tres bajaron así la escalera grande, y llegaron muy pronto al peristilo, donde aguardaron su carruaje entre muchas personas que hacían como ellos, ó que venían á recoger sus abrigo al guarda-ropa, que estaba inmediato.

Allí, el príncipe de Morsenne, acompañado de su hija y de Mad. de Robersac, volvió á hallar a Mad. de Faveau, á cuyo lado estaba Anatolio Ducormier, mientras que José recogía en el guarda-ropa su capa y el abrigo de su muger.

A pocos pasos de allí, un grupo bastante numeroso, reunido á la puerta de la sala del comisario de policía, hablaba todavía del accidente ocurrido á una mujer con dominó, trasportada casi en los últimos, según decían, á aquel sitio una hora hacia.

Tales eran los dichos que circulaban en aquel grupo.

—Y esa pobre señora?

—Dicen que cuando llegó [el médico] del teatro la encontró muerta.

—No puede ser, pues el médico acaba de salir de la oficina del comisario, diciendo que corría á casa de un farmacéutico para preparar una medicina, y ya iba

á volver.

—Entonees es claro que la muger no ha muerto.

—¡Pardiez! Tan no ha muerte, que hay quien asegura haberla visto salir no hace un instante y subir la escalera.

—No creo que sea eso cierto: uno de los contralores ha dicho hace poco, que cuando salió el medico estaba todavía sin conocimiento.

Anatalio Ducormier y Maria Faveau se hallaban bastante próximos á aquel grupo para oir aquellos dichos, á que prestaban cierta atencion.

—¡Dios miol señor Anatalio, dijo Maria: ¿qué ha sucedido? ¿Quién es esa pobre muger?

—Lo ignoro como vd. señora: pero si desea vd. saber algo mas; podemos preguntar á alguno de los contralores.

Y Anatalio Ducormier, acercándose á la contraloria, igualmente que Maria, dijo á uno de los empleados:

—Tiene vd. la bondad, caballero, de decirme qué accidente ha ocurrido?

—Una pobre señora con domiaó, á quien ha dado hace dos horas un ataque de ner-

vios, segun unos, y de epelepsia, segun otros; pero ya se ha mandado llamar al doctor Bonaquet, médico del teatro.

—¡Calla! dijo María; es el amigo de José y de vd. señor Anatalio.

—¿Vendrá pronto Mr. Bonaquet? preguntó con viveza Ducormier al contralor: hace algunos años que no le he visto, y tendria un placer en estrechar su mano antes de lo que esperaba.

—Creo que el doctor no tarde en volver, porque ha ido, segun dicen, á una botica no lejos de aquí.

Llegó á la sazón José Faveau del guarda-ropa con su capa y el abrigo de su muger, y dijo á esta:

—No sin trabajo he podido sacar nuestra ropa: habia tanta gente!.... Aquí tienes tu abrigo, querida Maria: deja que te lo ponga antes de salir porque hace un frio de todos los diablos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





LA BUENA VENTURA.

ANALYSIS OF THE

LA BUENA

VENTURA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES,

POR

Eugenio Sue,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO.

por

J. A.

TOMO II.

SEVILLA.—1854.

**Imprenta de Gomez y Oro, editor, calle de
la Muela núm. 7.**

SECRET

EXHIBIT 101

EXHIBIT 101 OF THE EXHIBITS

EXHIBIT 101

EXHIBIT 101

EXHIBIT 101

EXHIBIT 101

I.

Mientras que Mr. Faveau estaba ocupado de aquella manera con su muger envolviéndola en su abrigo cuya capucha ocultaba casi el lindo rostro de Maria á fin de preservarlo del aire, segun decia su esposo, y á lo que ella respondia que se ahogaba, un accidente triste y singular llamó la atencion de los tres amigos.

Una jóven envuelta en una capa y con sombrero de terciopelo negro, cuyo velo medio echado ocultaba casi sus facciones pálidas y alteradas, entró precipitadamente desde la calle en el peristilo de la Opera, y des-

pues de preguntar á uno de los del grupo; se fué derecha á la contraloria y dijo aempleado con voz profundamente conmovida:

—Caballero, vengo de casa de Mr. Bonaquet, y me han asegurado que estaba aqui. Dígame vd. donde le podré hallar, añadió juntando sus manos trémulas. Mi madre se ha puesto mala, y su vida me inspira sérios temores.

Las palabras y la emocion de la jóven formaban un contraste tan doloroso con el ruido alegre y el aspecto animado de la multitud de máscaras, que Maria, su marido y Anatalio Ducormier, que se hallaban aun junto á la contraloria, no pudieron menos de conmoverse. El empleado mismo, participando tambien de aquella penosa emocion, respondió con sentimiento á la jóven:

—¡Válgame Dios, señora! no está aqui el doctor Bonaquet.

—¡Qué desgracia la mia! esclamó la jóven llevándose el pañuelo á los lábios para ahogar sus sollozos.

—Pero tranquilícese vd., señora, que el doctor estará aqui dentro de poco, y si quiere vd. esperarle.....

—¡Esperarle! ¿Y mi madre? esclamó

involuntariamente la jóven con acento desgarrador: ¡qué haré, Dios mio, que haré!

—¡Pobre jóven! dijo por lo bajo madama Faveau á su marido: así es el mundo; mientras que unos se divierten, otros lloran amargamente.

—Así es, querida María: mal acaba esta noche: ¡cómo ha de ser!

Anatalio Ducormier, afectado por el dolor de aquella jóven, le dijo con cierta vacilacion:

—No tengo el honor de conocer á vd., señorita; pero soy uno de los mejores amigos del doctor Bonaquet, y si vd. lo desea, le aguardaré aquí; le diré la ansiedad en que está vd., y creo poderla prometer en su nombre que irá inmediatamente á donde tenga vd. á bien indicarme.

—Gracias, caballero, gracias, dijo la jóven con reconocimiento; acepto su oferta de vd., porque he dejado á mi madre en un estado bastante alarmante y sola con nuestra criada. Pero he preferido venir yo misma á buscar á nuestro salvador, á fin de asegurarme al menos de que vendria; tenga vd., pues, la bondad de decirle que vaya antes á casa de madama Duval.

—¿A casa de madama Duval? dijo sorprendido Anatalio Ducormier: ¿en el Marais?

—Sí, señor, respondió la jóven con no menos sorpresa; pero como sahes....

—Esta misma mañana señorita, he llevado á casa de su madre de vd. un paquete de libros que me fueron entregados en Inglaterra por la señorita Emma Lavasseur.

—En efecto, caballero, hemos recibido los libros y la tarjeta de vd., y bendigo al cielo que me ha hecho encontrar á vd. aquí: ahora puedo volver al lado de mi madre, llevando al menos la certeza de que pronto veremos á monsieur Bonaquet, nuestro salvador. Suplíquele vd., caballero, por mí, que vaya sin tardanza, pues mi pobre madre se ha puesto mala de repente y me da el mayor cuidado.

En el momento en que Clementa Duval espresaba de aquel modo su reconocimiento á Anatalio Ducormier, madama de Beaupertuis, que no habia apartado sus ojos del jóven, se acercó á él leutamente, y le dijo en voz baja:

—Hasta el sábado: no lo olvide vd.

Anatalio Ducormier se hallaba á la sa-

zon rodeado de las tres mugeres: detrás tenia á Diana de Beaupertuis, que acaba de hablarle al oido: delante á Clementa Duval, que le daba las gracias por su amable oferta, y á su izquierda á María Favéau, apoyada en el brazo de José.

En el momento en que aquellas tres jóvenes se hallaban así agrupadas alrededor de Anatalio Ducormier, una voz bronca y hueca, que parecia salir de una columna inmediata, pronunció estas palabras, que llegaron solo á los oidos de las tres mugeres y de Anatalio:

— ¡Hoy es 21 de febrero!.... ¡Os veo aqui reunidas otra vez las tres!..... ¡Acordaos de la adivina de la calle de Saint-Avoiel

El asombro embargó los sentidos de aquellas tres mugeres, y sin duda, pasada aquella primera impresion hubieran tratado de examinar mutuamente sus facciones; pero, acercándose en aquel mismo momento el lacayo del principe de Morsenne, dijo á este:

— Principe, ahí está el carruage.

— Vamos, querida, dijo entonces monsieur de Morsenne tomando el brazo de su hija, la cual le siguió.

José Faveau habia visto á madama de Beaupertuis hablar al oido á Ducormier, y así fué que, cuando aquella se alejó dijo riendo á María:

—¡El diablo es ese Anatalio! Nada menos que una princesa es su dominó del pañuelo con encajes: ¿has oido al lacayo decir: «Príncipe ahí está el carruage?»

Pero la jóven, entregada á sus pensamientos, nada respondió.

De repente se oyeron varias voces en el grupo de curiosos que seguia á la puerta del cuarto del comisario, á donde habian trasportado á la muger desmayada.

—¡Ya está aquí el doctor Bonaquet!

Clementa Duval salió al encuentro del médico, y le dijo:

—Señor, mi madre está muy mala: ¡venga vd! ¡venga vd!

—¿Ha tenido alguna recaída, mi pobre niña? replicó el doctor.

—Si, señor; esta noche ha tenido una indisposicién repentina.... ¡Venga vd! Venga vd!

—Dentro de algunos momentos iré allá, repuso el médico, pues tengo aquí tambien otro enfermo.

—Ya no está aquí, señor doctor, dijo un empleado del teatro saliendo del cuarto del comisario: esa señora volvió en sí mientras ha estado vd. ausente, y sin duda ha debido salir por la otra puerta.

—Entonces, nada tengo que hacer por ella. Vamos á su madre de vd., dijo el doctor, ofreciendo su brazo á Clementa Duval; pero, divisando á Ducormier, que se adelantaba hácia él, acompañado de José Faveau y de su muger, exclamó con voz conmovida:

—¡Tú aquí, Anatalio, cuando te suponía aun en Londres!

—He llegado antes de ayer, mi buen Gerónimo, respondió Anatalio estrechando con efusion las manos del doctor entre las suyas.

Y luego añadió, designando á Faveau con una mirada.

—Y á José.... ¿no le dices nada?

—Calla, eres tú! exclamó el médico, examinando con la mayor atencion al postillon de Longjumeau: ¡Tú en ese traje! ¿Y á quién oculta ese abrigo? ¿Supongo que será tu querida y encantadora esposa?

—Si señor, dijo María; y ya que le he

encontrado á vd., debo decirle que nos tiene vd. completamente olvidados, lo cual es un mal proceder.

El médico, en vez de contestar á aquella graciosa reconvencion, y pensando en la ansiedad en que debia hallarse Clementa Duval, la dijo velviendo á darle su brazo:

— Perdone vd., señorita; son unos antiguos amigos míos.

Luego añadió, alejándose con la jóven:

—Anatalio, venme á ver mañana temprano.... Señora Faveau, pronto iré á dar á vd. mis disculpas y á hacer las paces con vd. A Dios, José, no tardaremos en vernos.

Y el doctor desapareció precipitadamente con Clementa Duval.

—Buenas noches, Anatalio; hasta la vista, dijo Faveau alargando la mano á su amigo, que la estrechó cordialmente.

Y sobre todo, señor Anatalio, no nos olvidéis como el señor Bonaquet, añadió María.

No, no, señora, respondió Ducormier, iré mas de una vez á disfrutar otra noche de conversacion con mi querido José.

Y Anatalio se alejó mientras que uno de los dependientes del teatro mandaba acer-

car un coche de alquiler para José y su muger.

—¿Pero qué tienes María? le dijo Faveau con inquietud: desde hace un rato parece que estás triste....

—Ya te diré por qué, José, respondió la jóven.

Luego que se acercó el coche, el postillon y su pareja subieron á él, y volvieron á su modesta tienda, menos alegres que cuando la dejaron.

XV.

El doctor Bonaquet ocupaba un cuarto bastante grande situado en el piso segundo, en el malecon de la Escole, que tenia un balcon corrido. El doctor, que era un gran botánico, amaba á la vez las flores como sábio y como aficionado á ellas, y su gran balcon, guarnecido de cajones y coronado por una bóveda de mimbres, le permitia desde la primavera entregarse á su gusto favorito. Llegada esta estacion, y merced á las plantas de que se cubria la bóveda de mimbres, no divisaba Bonaquet desde su gabinete mas que un horizonte

de flores y verdes hojas.

Pero en la época de esta historia, esto es, hácia los últimos dias de febrero, los enrejados del alazon de mimbres estaban desprovistos completamente de hojas, aunque se veian, no obstante, en los cajones muchas de esas flores que arrostran el frio, tales como el cactus, la campanilla blanca y el heliótropo de invierno.

No se habrá olvidado que el dia antes, el doctor Bonaquet, sorprendido agradablemente de encontrar á Anatalio Ducormier á la salida del baile de la Opera, le habia encargado que fuese á verle á la mañana siguiente.

El estudioso y sábio médico se habia levantado, segun su costumbre, antes de ser de dia, de suerte que los primeros albores de aquella mañana de febrero le encontraron sentado á su mesa escribiendo y haciendo anotaciones á la luz de su quinqué. Una estufa caldeaba aquella gran pieza, amueblada con estremada sencillez, y cuyas paredes desaparecian bajo una estanteria cargada de libros.

El doctor Bonaquet, de treinta años escasos de edad, era feo, pero de ese género de fealdad que indica talento y energia, y del que los bustos de algunos filósofos de la an-

tigüedad nos ofrecen con frecuencia el tipo notable: su ancha y hermosa frente con grandes entradas bajaba perpendicular sobre sus profundas órbitas; su nariz prominente y su barba huesosa, saliente, un poco larga y de forma cuadrada, daban á sus facciones una espresion de firmeza rara, templada no obstante por la dulce suavidad de su mirada y por la firmeza de su sonrisa: en una palabra, las facciones del doctor Bonaquet, reproducidas por el pincel, hubieran presentado un conjunto casi desagradable, al paso que el varonil y severo cincel del escultor debia imprimirle por el contrario el sello de una poderosa originalidad.

Esta comparacion artistica era por lo demas fácil de hacer, porque un hábil estatuario, salvado por el doctor Bonaquet, habia esculpido en marmol el busto del médico; aquella cabeza, modelada por la mano del génio, ofrecia á la vez una semejanza notable y un carácter grandioso digno de la antigüedad. Fácilmente se concebirá que Gerónimo Bonaquet, vestido con frac negro, y envuelto el cuello en una corbata, presentaba á la vista un aspecto poco agradable; pero vestido como estaba aquella mañana, con una larga bata

plegada que dejaba libre su cuello y su cabeza, elebada siempre, y sentado á su mesa con la barba apoyada sobre su mano, sus ojos levantados al cielo, y su fisionomia radiante de serenidad, no podia menos de inspirar un dulce atractivo á todo corazon simpático.

Una criada anciana interrumpió el trabajo matutino del médico para anunciarle á Mr. Ducormier.

¿Anatalio? ¡Que entre, que entre! exclamó Gerónimo Bonaquet levantándose al punto para salir al encuentro de su amigo, á quien estrechó en sus brazos con efusion.

Luego que salió la criada se quedaron solos Anatalio y Gerónimo.

¡Qué dulce es abrazar á un amigo despues de una ausencia tan larga! exclamó el médico.

Anoche en la Opera apenas te ví; pero, ¿sabes, añadió el doctor sonriendo, despues de examinar por un momento á su amigo, que apenas te se puede reconocer?

¿Y por qué, querido Gerónimo?

Cuando marchaste de Paris, tenias todo le aire modesto de un colegial que ha obtenido el premio de honor al salir del colegio, y ayer te ví en la Opera hecho todo un elegante. Tenias el aire de un gran señor, y me gloriaba

de tener un amigo tan gallardo al pensar que era tan bueno como buen mozo.

Si, si, querido Gerónimo, es un placer el volvernos á ver. Pero á propósito de anoche; ¿cómo sigue Mad. Duval, la madre de aquella pobre jóven?

¿La conoces?

Una amiga de esa jóven me encargó en Lóndres que le trajese unos libros, y la he encontrado por la primera vez anoche, cuando fué á buscarte á la Opera.

—Su pobre madre está todavía en un estado muy alarmante, y su recaída de ayer me sorprende tanto como me inquieta: afortunadamente no es el caso para desesperar. Amigo mio, ¡es un angel esa jóven! Haga el cielo que no pierda á su madre pues se moriría de pesar. Pero no entristezcamos nuestra entrevista. Gracias á Dios que estás de vuelta despues de una separacion de mas de cuatro años y de un silencio de ocho ó diez meses. Eres muy olvidadizo.

—¡Olvidadizo, Gerónimo! ¿Es posible que creas semejantes cosas?... En cuanto á la causa de mi silencio...

—La adivino, y la admito por excusa... Eres secretario, y como tu ocupacion será

naturalmente escribir cartas, debes tener aversion á toda correspondencia. De consiguiente, te perdono con tanto mas motivo, cuanto que no me hayo yo mismo á cubierto de toda reconvenccion, porque despues de haberte escrito dos veces sin recibir contestacion tuya, he creido que estuviese de escurzion en algun condado de Inglaterra con tu embajador. Todos los meses aguardaba carta tuya, á fin de saber á dónde dirigirte las mias y reanudar asi nuestra correspondencia. De todos modos iba á escribirte hoy ó mañana para anunciar-te una feliz nueva que pensaba participar tambien inmediatamente á nuestro amigo José y á su encantadora muger.

—¿Una feliz nueva?

—Me he casado...

—¿Tú?

—Antes de ayer.

—Entonces, amigo mio, dijo Anatalio estrechando afectuosamente las manos al doctor, puedo, sin necesidad de saber quién es la persona que has tomado por esposa, cumplimentarle por tu felicidad, porque conozco tus ideas respecto del matrimonio. Eusebio preguntarte si ese enlace ha sido por mútua inclinacion.

—Si, una mútua inclinacion que data de hace tres años.

—¡Qué reservado eres! ¡Y ni siquiera me has hablado en tus cartas una palabra de ese amor!

—No era secreto mio solo, querido Anatolio,

—Tienes razon; pero dime, ¿tu muger era soltera ó viuda? Por que segun tus ideas, preferir una viuda.

—Es una viuda de mi edad. poco mas ó menos, á quien debes conocer de nombre, al menos porque es parienta de tu embajador.

—¿Tu muger parienta de Mr. de Morval?

—Sí.

—¿Tu muger?

—¿Pues qué tiene eso de extraño.

—Francamente, replicó Anatolio, es cosa que me sorprende.

—Pues á la verdad, á mí me parece lo mas sencillo del mundo.

—¿Y cómo se llama tu muger?

—Se llama Mad. de Blainville.

—La viuda del teniente general, marqués de Blainville?

—La misma.

—¿Y se ha casado contigo?

—O yo con ella, que viene à ser lo mismo.

—¡Será posible! ¡Vaya un casamiento que has hecho! ¡Es inaudito, increíble!

—¡Vaya, querido Anatalio! repuso jovialmente el médico; ¿se habrá infiltrado acaso en tu excelente corazón la atmósfera aristocrática de Inglaterra? No comprendo tu asombro.

—Que quieres, querido Gerónimo! ¡Es tan poco conforme ese matrimonio á los hábitos y costumbres de la sociedad á que pertenecía tu mujer!...

—Eso provendrá tal vez de que mi mujer no tenía los hábitos ni las costumbres donde vivía.

—Pero dicen que es muy rica, repuso Anatalio: he oído hablar en efecto de ella mil veces en casa de mi embajador, de quien es pariente lejano.

—Sí su marido era muy rico, y como no ha tenido hijos...

—Ha sido heredera suya, repuso Ducormier: de suerte que por tu matrimonio te encuentras millonario. ¡Es un hermoso sueño!

—Un hermoso sueño y nadamas, á lo menos en cuanto á la fortuna, amigo mio.

—¿Qué quieres decir?

—Es cierto que Mad. de Blainville tenia derecho á los bienes de su marido; pero escuso decirte que lo primero que hizo y debió hacer al casarse, tanto por ella como por mí, fué renunciar á los bienes de monsieur de Blainville.

—¿Entonces tendrá por si una fortuna considerable.

—Creo que un dote de veinte y cuatro mil francos; porque, aunque de elevado nacimiento, su patrimonio era, como ves, bastante módico. Pero la renta de su dote, unida al producto de mi clientela, que me da unos ocho ó diez mil francos, me permite vivir con decencia.

—¿Y tu muger consiente en que continúes ejerciendo la medicina?

El doctor Bonaquet miraba hacia algunos momentos á su amigo con una sorpresa cada vez mayor, y así fué que replicó á la última pregunta de Ducormier:

—A la verdad, mi pobre amigo, me hace unas preguntas que me parecen tan extrañas como tu sorpresa: casi no te reconozco. Antes

de nuestra separación, lo que acabo de confiarte, estoy seguro de que te hubiera parecido tan sencillo como á mí. Vamos á ver: ¿cómo puedes suponer que le haya ocurrido siquiera á mi muger pedirme que abandonase una carrera que me gusta, que me honra y que me da de comer.

—Conozco, Gerónimo, que mis preguntas ó mis sorpresas, como tú dices, deben causarte estrañeza, y es que vivo entre gentes tan escèntrica, y que sin participar de ninguna de sus necias preocupaciones... ¡Oh! ¡te lo aseguro! añadió Ducormier con una amarga sonrisa, muchas veces, á pesar mio, veo las cosas bajo el mismo punto de vista que las personas de que te hablo.

—Sin duda por eso allaba en ti ese aire de gran señor, replicó sonriéndose el doctor Bonquet, tranquilizado por las palabras de su amigo. Concibo perfectamente lo que puede el hábito de vivir con ciertas personas: un parisiense, por ejemplo, trasplantado entre gascones, normados y proveensales, concluye por tomar su acento, y por la misma razon tú tienes en ocasiones el asiento aristocrático, como otros el acento normando ó gascon; pero en el fondo hablas siempre la lengua de tu

noble y buen corazon de otro tiempo, ¿no es cierto?

—¿Puedes dudarlo, querido Gerónimo? Pero, aunque me acuses de sobrada impaciencia, deseo saber...

—¿La historia de mi matrimonio?

—Sí.

—¿Oh! Nada hay mas sencillo ni mas novelesco, querido Anatalio, Héla aqui en dos palabras: Yo era médico de la junta de beneficencia de mi distrito, y entre otros enfermos, visitaba á una familia de artesanos, sumergida en la mayor miseria, y digna del mayor interés. En su casa fué donde encontré por primera vez á Mad. de Blainville, viuda hacia pocos meses.

--¿Y qué iba á hacer á casa de aquellos desgraciados?

--Como hermana de la caridad, cumplia su mision con celo y ardor. La familia de que te hablo se componia de una jóven de diez y seis años y de tres niños amontonados en un chiribil y que dormian en un mismo jergon. La madre y su hija mayor fueron atacadas del tifus: los demas niños se habian escapado hasta entonces del contagio y tiritaban de frio sobre un jergon en un rincon de la bohar-

dilla.

Entristecida Mad. de Blainville con aquel espectáculo, me dijo que aquellos desgraciados no podían permanecer en aquel zaquizami, y que iba á buscarles una morada menos insalubre, hasta tanto que pudiera procurarles un asilo mas cómodo. Mad. de Blainville iba todos los dias á pasar algunas horas en aquella bohárdilla, desafiando al contagio y la vista de escenas repugnantes, y cuidaba á los desgraciados con un celo tan tierno y una abnegacion tan valerosa, que sentí hacia ella tanta simpatia como admiracion. Su caridad le costó cara, pues al cabo de algunos dias la vi ponerse pálida y caer desmayada en aquel miserable resinto. Habia sido atacada del mismo mal que iba á aliviar. Luego que recobró sus sentidos, la conduje á su casa, y aunque hacia poco tiempo que me conocia quiso que fuera yo su médico. Su enfermedad fue terrible y pasó largas noches velándola y sufriendo alternativamente, segun las faces de su enfermedad, las angustias de la esperanza y de la desesperacion. Una madre ó una hermana no me hubiera podido causar mayores alarmas.

A fin logré salvar á Mad. de Blainville. Su

convalecencia durò algunos meses, durante los cuales se le prodigaron los mayores cuidados, y hasta exigió la enfermedad un viaje, en la cual la acompañé. Esto hizo que viese algunos meses en grande intimidad con Mad. de Blainville, y pudiese apreciar su carácter, que era noble y elevado, como su talento profundo y muy bien cultivado.

Por lo demas, poco aficionada á la sociedad á que su nacimiento y su matrimonio la habian llamado á vivir, sus gustos eran sencillos, su existencia retirada en extremo. Estudiosa por inclinacion, pues se dedicaba con gusto á las artes y á las ciencias, buscaba tambien placeres mas elevados, placeres mas elevados en la práctica de una caridad bien ardiente é ilustrada. De ese modo me acostumbró á ver todos los dias á Mad. de Blainville la cual me indicaba las familias que tenian necesidad de mí, como yo le indicaba tambien las que necesitaban de ella. Estas relaciones estrecharon nuestra amistad hasta llegar á profesarnos mutuamente un ardiente cariño: mi profesion considerada bajo el punto moral y filosófico, le pareció á Mad. de Blainville una de las carreras mas nobles que podia abrazar el hombre, y no creyó rebajarse proponiendo-

me unir su suerte á la mia como yo creí elevarme aceptando. En su consecuencia, nos hemos casado. Mi esposa tiene veinte y siete años, y yo treinta; de suerte que próximos ya á la edad madura no hemos cedido á un ciego arrebato sino que hemos tenido fé en un cariño profundo, reflexivo y aprobado por tres años de un trato continuo. Lo pasado nos asegura contra toda decepcion del porvenir; nuestros gustos son semejantes; nuestras almas tienen mil puntos de contactos por la gran conformidad de principios y nuestro comun amar al estudio. Finalmente, nuestra posicion es independiente. Esto es decirte, Anatalio que nuestro matrimonio reúne todas las probabilidades de una felicidad duradera.

Anatalio Ducormier habia escuchado atentamente á su amigo: la llamada enfermedad del matrimonio de un médico con una marquesa, habia sido el resultado de incidentes tan comunes y triviales, que Anatalio se quedó suspenso. Sin embargo, dijo á Gerónimo, alargándole cordialmente la mano:

— Mis presentimientos no me engañaban cuando te felicité por tu matrimonio sin conocer las circunstancias de él. Lo que al pronto me sorprendió tanto en esa alianza, no me

admira ahora que conozco el carácter de tu esposa: carácter raro á la verdad, porque en la sociedad en que ha vivido, de cien, de mil mujeres de su clase...

—No se encuentra una capaz de casarse con un médico, ¿no es cierto?

—Así es, amigo mío, repuso Ducormier; y añadió con una espresion de odio reprimido: ¡Oh! En esa aristocracia no reina mas que altanería, desabrimiento, insolente orgullo.... Tu matrimonio les habrá parecido tan atroz como si estuviésemos aun en los tiempos de nobles plebeyos.

¡Bah! querido Anatolio, replicó el doctor Bonaquet con afable sonrisa, eres muy severo y hasta injusto.

—¿Y no provendrá acaso tu indulgencia de que con tu matrimonio has entrado casi en aristocracia?

¡Yo, con los principios que sabes que profesol exclamó riendo el médico. Sin duda te chanceas; pero mira... hablando seriamente, esa orgullosa nobleza que dices ha conservado su tradicion intacta, á pesar de los siglos y de los sucesos, me parece á mí una curiosidad histórica y feudal por el estilo de Chambord ó Chenomeaux

—¿Y no te exalta la sangre, su orgullo de raza, su desprecio hácia nosotros los que no somos de su clase?

—No. ¿Qué me importa que las torrecillas de la casa solariega dominen de lejos el valle, con tal que su sombra no quite luz ni sol á mi casita ni á mi jardinillo? Convéncete, amigo mio; ha pasado ya el tiempo de los señores feudales, y no hay mas que dos clases de hombres, los honrados y los pillos, los de talento y los necios. Dejemos, pues, á la aristocracia que se atrinchere en el inofensivo castillo fuerte de sus tradiciones. ¿En qué nos dañan? Si son ridículas esas gentes ú orgullosas, compadezcámos su orgullo ó su ridiculez.

—Pero eso no quita que nos desprecien. Hace cuatro años que vivo entre ellas, ¿y sabes lo que somos á sus ojos? Unos seres inferiores, *especies*, como ellas dicen.

—¡Bah! Yo las desafío á que desprecien á un hombre de bien, respondió Bonaquet con su natural agrado. Enhorabuena que se burlen de los villanos metidos á nobles, pues, hablando entre nosotros, hacen bien; pero en último resultado, ¿que pueden lastimar? ¿Nuestra vanidad? Pues no la espongamos á su des-

den. Ellos viven en su círculo; vivamos nosotros en el nuestro; no vayámos nunca á ellos; pero, si por casualidad se acercan á nosotros, acojámoslos cordialmente, si son personas honradas y de talento.

—A la verdad, me confundes, Gerónimo.

—¿Por qué?

—¿Y eres tú el que así habla?

—Sí por cierto.

—¿Y tu matrimonio?

—¿Qué te choca en mi matrimonio?

—¿No has dicho que no vayamos á ellos, pero que si se acercan á nosotros?...

—Y lo merecen, los acojamos cordialmente. Eso he dicho.

—¿Y no has ido tú á ellos casándote con una muger de su clase?

—Podría responderte, amigo mio, que esa ha venido á mí, porque la proposicion de matrimonio me la hizo la misma Mad. de Blainville; pero en eso se anticipaba á mi pensamiento.

—Y si tú hubieras sido el primero en ofrecer tu mano, ¿no habrias llamado á eso ir á ellos.

—Entendámonos. ¿Qué es lo que yo he amado en Mad. de Blainville? ¿Su titulo? No,

pues lo perdía al casarse conmigo. ¿Su nacimiento? ¿Sus relaciones aristocráticas? No, porque ni ella ni yo pondremos los pies en la sociedad en que ella ha vivido hasta aquí, ¿He buscado sus riquezas? Tampoco, porque ella ha hecho cesión de los cuantiosos bienes de su marido. Lo que he amado en ella ha sido la mujer de corazón excelente, de espíritu elevado, de carácter generoso. La casualidad ha hecho que pertenezca á la aristocracia, de lo cual ni me alegro ni me quejo: su nacimiento no ha sido lo que ha motivado mi preferencia... ¿Por qué había de ser su nacimiento un obstáculo á mi elección? Mad. de Blainville era libre, yo también y nos hemos casado.

Aun cuando hubiera pertenecido á lo que algunos llaman pueblo; hubiera sido lo mismo, porque no reconozco mas que dos clases de mugeres, honra las y las que no lo son, las que agradan y las que no agradan.

—¿Pero crees que la familia, que la sociedad á que pertenece tu mujer no se muestren resentidas é indignadas de su matrimonio contigo?

—Es sensible siempre indignar á las gentes, respondió Gerónimo sonriéndose; pero cuando

se indignan de un comportamiento recto y desinteresado, ¿qué se ha de hacer? Compadecer á esos niños caducos, y continuar viviendo felices y honrados.

La criada que entró á la sazón en la habitación del médico, despues de haber llamado, dijo:

— Señor, la señora desearia hablar á Vd.

— Escelente ocasion para presentarte á mi mujer, Antalio. dijo el doctor.

En seguida, dirigiéndose á la criada:

Diga Vd. á la señora, continuó, que tenga la bondad de venir.

Pocos momentos despues entró madama Bonaquet en el despacho de su marido.

XVI.

La exmarquesa de Blainville, llamada Eloisa de Morsenne, tenia cerca de veinte y siete años: sus facciones sin ser de una regularidad perfecta, estaban dotadas de un grande encanto, armonioso conjunto de benevolencia, finura y firmeza. Un traje sencillo hacia resaltar su esbelta cintura, y aunque era muy de mañana, ya estaba ma-

dama Bonaquet peinada con esmero y calzada con elegancia: su actitud y sus menores ademanes anunciaban esa dignidad reservada, dulce y tranquila que resulta de la confianza que uno tiene en sí propio.

Mad. Bonaquet tenia en la mano una carta abierta cuando entró en el cuarto de su marido.

—Querida amiga, la dijo el médico, mientras que Anatolio Ducormier la hacia un profundo saludo, te presento á uno de mis mas antiguos y mejores amigos, de quien te he hablado con frecuencia, al señor Anatolio Ducormier.

—En efecto, caballero, dijo la muger respondiendo con afabilidad al saludo de Anatolio: hemos hablado mucho de vd., y sé cuán sincero y vivo es el afecto que profesa vd. á mi marido: eso hace su elogio y el de vd., por lo cual escuso decirle que tendremos un verdadero placer en ver á vd. con frecuencia por nuestra causa.

Anatolio se inclinó y madama Bonaquet añadió sonriéndose:

—Ahora mismo, caballero, voy á pedir á V. permiso para obrar como amiga antigua; acabo de recibir una carta que, por

razones bastante importantes, deseo comunicar á mi esposo.

— ¡Tanta bondad, señora! dijo Anatolio Ducormier, mientras que Eloisa, dando á su marido la carta en cuestion, le dijo con voz dulce y tranquila:

— Lee eso, amigo mio.

Aquella carta, escrita en la noche anterior, estaba concebida en estos terminos:

«Deseo hacer saber á vd., señora, que, á propuesta mia, se ha remitido á todos los individuos de la casa á que tenia vd. el honor de pertenecer la adjunta circular.

— Diana de Morsenne, duquesa de Beaupertuis.»

«Señor....

«Tenemos el honor y el sentimiento de anunciar á vd. la pérdida dolorosa y degradante que nuestra casa acaba de sufrir, á consecuencia del matrimonio de la marquesa de Blainville (de apellido Morsenne) con una persona indigna de pertenecer á nuestra familia. (Siguen las firmas.)»

El doctor Bonaquet, despues de leer la anterior carta, mientras que su muger le seguia con la vista, se sonrió y dijo á Eloisa:

¿Quién es esa señora de Beaupertuis,

La Buena Ventura. Tomo II. 3

querida amiga?

—Una de mis primas, jóven tan linda como honrada. Pero ya ves que tambien se halla dominada per ideas bastante falsas, hijas, no de un mal corazon, sino de una educacion viciosa: es hija del principe de Morsenne

—Del principe de Morsenne! dijo involuntariamente Anatalio.

—¿Conoceis acaso á monsieur de Morsenne? le preguntó madama Bonaquet.

—No, señora, respondió Ducormier; pero monsieur de Morval, de quien soy secretario, me ha encargado entregar varias cartas al principe de Morsenne. Ayer me presenté en su casa; pero no pude verle, y hoy por la mañana debe recibirme.

—Querida Eloisa, repuso el médico, despues de un momento de reflexion, ya sabes mi amistad con Anatalio, en quien tengo la mayor confianza, y acabo de referir las diversas y felices circunstancias de mi matrimonio. Permíteme que le dé á leer esta carta singular, primero porque viene muy de molde para una discusion que Anatalio y yo teniamos hace un momento, y luego porque no le disgustará, teniendo que ver

esta mañana al padre de esa orgullosa duquesa.

—Sí que se la puedes dar á leer, amigo mio, respondió sonriéndose madama Bonaquet. Me has dicho que monsieur Ducormier es hombre observador, y podrá ver en eso un rasgo curioso de costumbres.

Gerónimo entregó la carta á Anatolio, quien apenas la leyó, exclamó:

== ¡Vaya una muger insolente! Esto es á la vez estúpido é infame.

—No tal, repuso Bonaquet con su habitual serenidad; hay en esa resolución una especie de valor unido á un instinto de dignidad mal comprendida, pero que, bajo cierto aspecto, no carece de grandeza. ¿Qué opinas tú, Eloisa?

—Creo, amigo mio, repuso madama Bonaquet con amabilidad, que esta contra circular seria una idea muy feliz y oportuna, si.....

— ¡Pues qué, señora! exclamó Ducormier interrumpiendo á su pesar á la muger de su amigo. ¿no se indigna vd. contra esa audaz insolencia? ¿Será vd. quizá tan indulgente como Gerónimo?

== Permítame vd., caballero repuso Eloisa

sonriéndose. Como la eleccion que he hecho es la que mas honor podia darme, el único defecto de esa circular es haber sido escrita á propósito de mi proceder.... Si se exceptúa esa absoluta falta de motivo plausible, la idea nos parece excelente, y podria servir perfectamente en ocasion mas oportuna.

—Perdone vd. mi sorpresa, señora, repuso Anatasio, admirado de aquella dignidad serena é imparcial: semejante estoicismo me confunde: ¿aprobar la idea de una carta tan insultante!...

—¿Y qué tiene eso de particular, querido Anatasio? replicó el doctor Bonaquet. Mi muger tiene razon: si un gran pintor, como Vandyck ó Velazquez, por ejemplo, no acertara con el parecido en un retrato, ¿dejaría por eso de ser bueno el lienzo como pintura?

—Bien; pero, ¿qué quereis decir con eso?

—Supon que una muger, cualquiera que sea su condicion, hiciese una eleccion indigna de ella y de los suyos una protesta como la contenida en esa circular, y hecha en nombre de toda una familia, seria llena de dignidad.

—Hablas Gerónimo, de un ultraje como si no se tratara de tu esposa ni de ti.

—Es que en efecto, caballero, repuso Eloisa sonriéndose, somos enteramente desinteresados en la cuestion. En rigor no se trata ahí de nosotros.

—Seria preciso, no obstante, en mi opinion, querida Eloisa, puesto que asi es, ir juntos una de estas noches á casa de esas gentes, repuso Gerónimo Bonaquet con su inalterable afabilidad. Ireinos, por supuesto; no mas que una vez; pero es ya cosa indispensable. ¿Qué opinas, Eloisa?

—Iba á hacerte la misma proposicion, amigo mio, respondió Mad. Bonaquet con acento dulce y firme.

—Elegiremos para esa visita de boda el dia primero en que haya gran recepcion en casa de Mr. de Morsenne, toda vez que este es el jefe de mi familia.

—Y qué, señora, replicó Anatalio cada vez mas asombrado, tendrá Vd. valor para arrostrar tanta insolencia y desden?

Madama Banaquet no pudo menos de mirar á su marido con aire significativo, como si le pidiera cuenta del asoubro de su amigo, de quien habia tenido hasta entonces una escelen-

te opinion. En seguida, dirigiéndose á Ducormier, añadió con alguna frialdad:

—Hebe vd. suponer, caballero, que no entra en el pensamiento de Mr Bonaquet ni en el mio aventurar en estas circunstancias lo que se llama una bravata. Lo que queremos únicamente es cumplir un deber que dicta imperiosamente el respeto á uno propio. Pero no quiero, añadió con aire afable y levantándose para salir, estorbar por mas tiempo las efusiones de dos amigos que no se han visio en tantos años. Hasta la vista, señor Ducormier.

Y la jóven salió del despacho de su marido, respondiendo al saludo de Anatolio.

Despues que se marchó madama Bonaquet, Ducormier, cruzándose de brazos con aire triunfante, dijo al médico meneando la cabeza:

—Vamos, Gerónimo: ¿qué dices ahora?

—¿De que?

—Ahí tienes esa aristocracia por la que te mostrabas hace un cuarto de hora tan indulgente y benévolo. «Qué me importa, decias, que las torrecillas de la casa solariega dominen el valle con tal que su sombra no me quite luz ni sol?»

—¿A dónde diablos quieres venir á parar?

—¿A dónde? ¿Pues esa desdeñosa duquesa con su insolente carta no te obliga á permanecer bajo los tiros de un ultrage abrumador, ó á esponerte á ti y á tu muger á las injurias mas humillantes? Pero, á Dios gracias, no irás á esponerte á esos desdeñes, y desecharás una resolucion que, ahora que no está aquí tu muger, puedo calificar de absurda é insensata.....

—En primer lugar, amigo mio, repuso el doctor interrumpiendo á Anatalio, nunca me vuelvo atrás de una determinacion justa y prudente: mi muger es como yo, sin lo cual no la amaria tanto. Llevaremos pues, á cabo lo que hemos resuelto, pues en este punto las susceptibilidades de tu amistad extravian tu buen sentido: tranquilizate, que ese gran mundo no es tan agreste: al fin se compone de criaturas humanas y habiendo corazon en el pecho y un poco de seso en la cabeza, no puede menos de rendirse tributo á una accion digna y firme.

—Gerónimo, te pido en nombre de tu felicidad y de la de tu muger, que renuncies á esos proyectos insensatos. Tu no sabes lo que es esa gente, á la que juzgan equivocadamente por tu muger; tu no sabes con

que despiadada destreza manejan la ironia: no, no lo sabes pero yo si lo sé, añadió Anatalio como si estallara un doloroso resentimiento contenido hacia tiempo en su corazon. Y en seguida añadió con un acento de ódio imposible de describir: ¡Oh! ¡Raza infernal! ¡Cuántas humillaciones amargas, cuántos desprecios insolentes me has hecho devorar en el espacio de cuatro años! ¡Cuánta hiel he amontonado en mi corazon!

—¿Qué estás diciendo, Anatalio? exclamó Gerónimo tan sorprendido como asustado de la espresion siniestra que contrajo súbitamente las hermosas facciones de Anatalio. ¡Tú humillado! ¡Tu despreciado! ¿Y ha sufrido esos desdenes?

—¡Pardiez! exclamó Ducormier con una risotada sardónica; repito que no conoces á esa gente: nunca dirá una palabra que te bargo, ofender. ¡Es tan cortés! Y sin empueda su acento, su fisionomía, su actitud, todo, hasta su silencio es ironia ó desden, cuando se conoce el secreto de esas naturalezas insolentes hipócritas y corrompidas.

—Anatalio, tu language me confunde y me alarma, replicó tristemente el médico. Por

tus primeras cartas te creia feliz en casa de tu embajador; ¿cómo has sufrido tantas humillaciones y permanecido á su lado cuatro años?

—Porque cuando se llega á frecuentar esa maldecida sociedad, cualquiera otra se hace insoportable: hay que confesar, y eso aumenta mi odio, que solo en ella se encuentran la elegancia, el lujo, la gracia, el gusto esquisito, la poesia de la vida, en una palabra, todo lo demas parece vulgar y mezquino. ¿Pero cuál es mi posicion entre esa gente? La de un secretario a sueldo, una especie de criado superior á los demás, en cuanto á que como al extremo de la mesa y si salgo en carruaje solo con mi amo, en vez de subir á la trasera como los lacayos, me siento respetuosamente en los almoadones de delante. Pues bien, todas esas humillaciones de todos los dias las devoraba por no abandonar esa esfera deslumbradora, por asistir á esos bailes magníficos en los que vagaba desconocido, silencioso y desdeñado, contemplando con una envidia ardiente y amarga tantas mugeres encantadoras que no tenian para mi sonrisas ni miradas, y á quienes no podia siquiera invitar á bailar como lo hacian tantos necios

aristócratas. Mi invitacion hubiera sido [tenida por una insolencia. No importa, á veces llegaba á olvidarme de la bajeza de mi condicion, y á creermé de esa orgullosa aristocracia, en la que hubiera ocupado mi puesto mejor que otros, si la suerte me hubiera hecho un Crillon, un Montmoreney ó un Lorena... Pero, Jerónimo, ¿por qué me miras con ese aire apesadumbrado y casi severo?

—Anatalio, respondió el médico con voz grave y conmovida: cuatro años hace que nos separamos: tú eras bueno, cándido, leal, y no conocia alma mas accesible que la tuya á toda clase de sentimientos elevados. Partiste para Lóndres feliz, con una posicion honrosa debida á tu mérito: en los primeros tiempos de nuestra correspondencia me dabas partes de tus ingenuas impresiones, y entonces tímido y sencillo, pero lleno de dignidad, cumplias religiosamente tus deberes; entonces, cuando el hombre á quien ahora llamas con tanta amargura tu amo, y antes llamabas tu bienhechor, te invitaba, segun me decias, á permanecer en su salon, tú en vez de aceptar aquel ofrecimiento lleno de seducciones peligrosas, preferias pasar las noches en tu cuarto en el grato reconocimiento del estu-

dio.

— ¡Oh! sí, repuso Anatalio con una sonrisa sardónica; ¡era yo en efecto entonces muy cándido, muy sencillot.....

— Entonces, mi pobre Anatalio, era feliz y no te quejabas de ser despreciado... Timido y digno, te mantenias en los limites de tu posicion; poco á poco tu correspondencia conmigo fué siendo menos frecuente, y noté que en tu ánimo se habia verificado un gran cambio pues me ablabas con entusiasmo de esa sociedad, de que tu feliz instinto te habia alejado en un principio. A esa frace de embriaguez sucedió en ti una reaccion contraria; tus cartas revelaban unas veces un desabiento profundo, otras arranques de una negra y amarga ironia sobre los hombres y las cosas: á veces tambien, y te confieso que eso me tranquilizaba, hacias una tierna invocacion á nuestra antigua amistad, á nuestros recuerdos de colegio y de infancia. Luego cesó nuestra correspondencia por tu parte hace cerca de un año, añadió al doctor suspirando, y á la verdad no esperaba hallar en ti ese cambio que me aflige...

— Buen Gerónimo, repuso Ducormier conmovido sinceramente de la grave emocion

de su amigo; júzgame con severidad, pues tienes derecho para ello pero creo que no pensarás que se haya disminuido mi amistad hacia ti.

—No lo se, replicó el médico meneando la cabeza: espero que no haya sido así... por mi, y principalmente por ti.

—¿Lo dudas, Gerónimo? En eso eres injusto.

—Ojalá que tu corazón sea siempre el mismo! ¡Ojalá que tu bondad natural no se haya alterado por esa miserable vanidad, por ese deseo rencoroso é insensato de pertenecer á una clase de la que no puedes ser ni será jamás, hagas lo que quieras ó suceda lo que quiera.

—¡Vaya! ¡Tú también! exclamó Ducormier con impaciencia y amargura: ¡siempre esas insolentes distinciones de razas! ¿Pues acaso no valgo tanto yo como esas gentes?

—Si que vales: muy pocos de ellos reúnen como tú, todos los dones naturales, talento, saber, belleza; juventud, valor no te falta sino lo que esa gente llama cuna... pero, ¿qué quieres? ningún poder humano hará que haya habido un «señor Ducormier» en las cruzadas pero, mira, Anathio, me aver-

güenzo por ti de descender á semejantes rasciocinios. ¿No puedes contentarte con vivir en un mundo donde cada cual está clasificado segun sus merecimientos? ¿No es acaso una hermosa aristocracia la del talento? Figúrate á un Montmorency, y á un Crequi, á un Luxemburgo, ó á un principe de Lorena, cualquiera que no tenga por si mas que su nombre y su riqueza, y que quiera pertenecer tambien á esa clase ilustre que no es ni será jamás la suya. No te encogerias de hombros si ese hombre con sus titulos y blasones se obstinase en querer marchar al igual de los hombres de genio?

—Si; pero á mi encogimiento de hombros responderá el principe subiendo en su elegante carruage, y volviendo á la espléndida casa de sus padres, donde hallará la mejor sociedad de Francia y una multitud de mugeres encantadoras, á quienes divertirá pintándoles las grotescas figuras de aquellos principes de la ciencia.

—¡Y lo pensará como lo dice! exclamó el médico en tono de dolorosa compasion como si hablara entre si: ¡Que cambio, Dios mio! ¡Qué degradacion! Cuando pienso en nuestro fanatismo de otro tiempo hacia reputaciones

tan ilustres, en nuestro culto religioso al genio, en nuestro reconocimiento por los divinos goces que debíamos á sus obras inmortales!

Y tomando en seguida en sus manos las de Anatalio, dijo á este con el acento de la mas tierna compasion:

—Anatalio, amigo mio, tú, á quien yo llamaba mi hermano, por fuerza tienes oscurecida tu razon para burlarte de esa manera de lo que hay en el mundo mas sublime: el genio pobre é ilustre. Por fuerza has de tener el alma profundamente lacerada para derramar tanta hiel; por fuerza has sufrido mucho para haberte vuelto tan rencoroso

—¡Si, exclamó Ducormier con las facciones desconpuestas por el odio y la rabia; si, mucho he sufrido... pero esos tormentos no habrán sido en vano!.. ¡Paciencia, paciencia! Algun dia el martir se convertirá en verdugo.

Al pronunciar Ducormier estas últimas palabras mostró en su acento y en su fisonomia tal espresion de fria ferocidad, que Gerónimo contempló por un momento á su amigo con un mudo espanto.

XVII.

Ducormier rompió el primero el silencio, y conociendo la impresion llena de angustia y alarma que sus palabras rencorosas causaban á Bonaquet, dijo á este casi con remordimientos:

—Acusa á mis sentimientos; pero al menos perdona á mi sinceridad.

Y en seguida, pasándose la mano por la frente, como si tratara de apartar sombríos pensamientos, añadió:

—Mira, Gerónimo, olvidemos esta conversacion: no se que fatalidad ha puesto en mis labios las palabras que te han lastimado: no pensemos mas en eso: yo te querré, á pesar de la austeridad de tus principios, y tu me querrás, á pesar de mis debilidades, porque mi curacion es imposible: no hablemos pues de mi, sino de ti, de tu querida esposa; y para volver al punto en que dejamos nuestra conversacion, créeme, Gerónimo, no te espongas á ti y á tu digna compañera á los ultrages de esa insolente aristocracia; desprecia sus desdenes y pon en práctica los consejos que me

das.

—Nuestra posicion es diferente, respondió Gerónimo con severidad; tú envidias y aborreces á esa sociedad, y yo no; tu has provocado las humillaciones de que te quejas, al paso que en nosotros ha venido á buscarnos el ultrage á nuestra casa mi esposa y yo haremos nuestro deber sin odio, sin cólera, pero al mismo tiempo con dignidad y firmeza. No hay, pues, motivo para inquietarse por nosotros, sino por ti.

—¡Gerónimo!...

—El estado de tu corazon me asusta.

—Sin duda te chanceas.

—No respira mas que odio y vengauza.

—¿Qué importa si te amo como en otro tiempo, mi buen Gerónimo!

—No, no puedes amarme como antes. Se ama como el corazon, y el tuyo, en otro tiempo cándido y bueno, esta hoy brotando hiel. ¡Qué lugar puede haber en él para los sentimientos tiernos? ¡Anatalio, mira lo que haces! ¡Mira que caminas sobre una pendiente fatal! Crees que uno sufre injustamente es casi mirar el sufrimiento de otro como una justa represalia, y tu has pronunciado estas palabras detestables; Algun dia el martir se converti-

ra en verdugo.

—Si que las he dicho, replicó Anatalio, cuyas hermosas facciones se contrajeron de nuevo, las he dicho y las repito.

—Has perdido toda noción del bien y del mal, exclamó Gerónimo con indignación; la envidia y el orgullo te han perdido.

—A mí.

—Si, porque te indignas contra iniquidades imaginarias; si, porque te has degradado hasta el punto de sufrir humillaciones injuriosas antes que abandonar una sociedad que odias, pero cuyo falso brillo te seduce y te causa vértigo. Todavía te digo que mires lo que haces, Anatalio; mira que al odio sucede la venganza. Tú estás dotado de todas las seducciones de la juventud del talento y de la belleza, y puedes hacer mucho mal... pero todo mal se espia cruelmente.

—Gerónimo eres injusto y te equivocas: tan lejos estoy de haber perdido toda noción del bien y del mal, que hace un momento he experimentado una emoción deliciosa al verlo dignos que sois uno del otro, tú y tu esposa. Ayer comí con José y su mujer, y no puedo explicarte cuán dichoso me sentía en verles tan alegres y enamorados. El espectáculo

de su dicha no me ha causado la menor envidia. Dime ahora si el que siente emociones tan dulces á la vista de felicidades que debe ignorar siempre, ha perdido toda nocion del bien y del mal.

--Ni la dicha de José ni la mia pueden inspirarte envidia alguna: solo se tiene envidia á lo que se codicia. Esas escenas de felicidad doméstica te encantan como podia encantar-te un cuadro de Gerard-Douv que representára alguna risueña escena de familia si todavia creo que te enterneciera la lectura de algunas páginas tiernas y poéticas, porque eso refrigeraria por un momento tu alma corroida por tantas pasiones enérgicas de mala especie, y quizá no esté lejos el dia en que tu desdenosa ironia no nos perdone á José y á mí, como no perdonaba hace un momento á esos hombres de genio que vivian dignamente en su noble pobreza.

—¿Burlarme yo de tí y de José? ¡Desdenaros yo! dijo Anatalio profundamente lastimado por aquella reconvencion: semejante sospecha no indigna, sino que lastima cruelmente el corazón... Déjame...

Y Ducormier, levantándose bruscamente, se fué hácia la ventana para ocultar una lá-

grima que se asomó á sus párpados. Sus facciones espresaban un pesar tan sincero que Gerónimo, sorprendido agradablemente con aquella muestra de sensibilidad, corrió á su amigo, y estrechándole las manos entre las suyas, dijo atrayéndole hácia sí:

—¿Dices que te he lastimado el corazón profundamente? ¡Oh! ¡Fanto mejor!... No lo esperaba en verdad. ¿Conque todavía queda alguna fibra sana en tu alma ulcerada? ¿Todavía es posible que vuelvas al buen camino?... ¡Anatalio!... Amigo mio... hermano mio... ¡valor!... Abandona ese mundo brillante y fútil, en que no has hallado mas que odio y sufrimientos: ven á vivir aquí con nosotros como hermano; ven á bañar tu corazón en un manantial puro; deja que te curemos... ¡y verás con qué esmero y con qué tierna solicitud cerramos las llagas de tu pobre alma!

—Buen Gerónimo, repuso Anatalio conmovido, siempre con el mismo corazón!... Quizá debiera escucharte...

—Acepta, acepta: ¿qué puedes echar de menos? ¡El gran mundo? Pues bien, añadió el doctor sonriéndose; llamarás á mi muger la señora marquesa, y con eso te

harás la ilusión de que estas en él: y si no encuentras entre nosotros ese esplendor que te deslumbra, hallarás en cambio todos los goces del corazón y del alma, empleando para el bien las brillantes cualidades que te distinguen. Vamos, Anatalio. está dicho: ¿no es verdad que aceptas? En esta casa hay dos lindos cuartos amueblados que voy á tomar para tí: deja á tu embajador, y antes de un mes me encargo de proporcionarte un empleo lucrativo y honroso: déjame llevar á cabo mi proyecto pues conozco todo lo que vales.

—Mira, Gerónimo, replicó Ducormier después de un momento de silencio, no puedo expresarte la grata y dulce expresión que me causan tus palabras. . Si, quizá esa vida en familia compartida contigo tuviera para mí un encanto reparador... ¡Ay! ¿Por qué la fatalidad me ha hecho conocer otra existencial

—Precisamente para demostrarte lo fútil de ella, amigo mío: prueba excelente y dura ¡Si quieres aprovecharla!

—Si... pero renunciar...

—Vamos, hermano, veo que titubeas; un último esfuerzo y el reposo, la felicidad, la

dignidad de tu vida se hallan asegurados.

—Si; replicó Anatalio con aire pensativo y cediendo á la generosa influencia del doctor: quizá dices verdad.

—No hay quizá que valga. digo la pura verdad.

—¡Ay, Gerónimo! Si: dices mas verdad de lo que piensas: te deberé mi salvacion: vida, alma, y corazon, todo se degradaba y corrompia en mí. ¡Si supieras en que escuela he vivido! Empleado subalterno de esos hombres de estado, grandes señores ó advenedizos, gente sin fé, sin principios, sin costumbres, hipócritas descarados que predicán las virtudes mas santas y viven diariamente en la crápula y en la orgia ¡esecrables ambiciosos que, por arrancarse ó conservar el poder, se tragan toda clase de oprobios y quebrantan todos sus juramentos! ¡Yo despreciaba á esos miserables, pero mas despreciable y miserable que ellos todavia, porque deseando por vanidad hacerme necesario, no retrocedia ante cosa alguna, sirviendo unas veces á su baja ambicion, y siendo otras instrumento de diplomasia secreta, en la que la venalidad corre parejas con la ignominia.

aceptaba sin avergonzarme esas comisiones corruptoras, infames siempre, porque deshonran tanto al que compra como al que se vende!

—¿Y tú has podido ejercer tan vergonzoso oficio?

—No es eso todo: esa depravacion del corazon trae en pos de si la depravacion del alma. ¡Ay, Gerónimo! ¡No te asusten estas revelaciones! No te descubriría yo así lo pasado si no estuviese decidido á romper con él para siempre.

—¡Oht! Te creo, te creo!

—Pues bien, Gerónimo, decias la pura verdad; me iba volviendo malvado, por cálculo. Escucha, ayer fui, por no saber que hacerme, al baile de la Opera, y la casualidad hizo que se agarrara á mi brazo una jóven duquesa: no sé como reparó en mí, pero viendo en mí las exterioridades de un hombre bien educado, me confesó con su insolente ingenuidad que habia dudado un momento que fuese yo, como dice esa gente, un hombre de tono. Lastimado en lo mas íntimo de mi corazon, no manifesté resentimiento alguno, y hasta hice gala de mi baja esfera, luchando en arrogancia con aque-

lla muger arrogante.

Su talento, su aire elegante, y si es preciso confesar esta última debilidad, su elevada clase causaron en mí una viva impresion, pero fingí indiferencia y hasta desden, y adivinar lo que su orgullo de raza hacía en ella las veces de virtud, procuré, á fuerza de paradojas y de charlatanismo, pintarme la desolucion mas abyecta bajo colores seductores, en la esperanza de infiltrar en su alma gérmenes detestables, que el primer capricho en su alma pudiera hacer brotar.

—¡Eso era horrible, infame! exclamó Gerónimo.

—Sí, porque yo decia entre mí que si mis paradojas hacian su efecto, aquella altiva criatura llegaria, tarde ó temprano, á verse degradada envilecida, perdida, y su perdicion me vengaria del desden de sus semejantes. Sí, eso presentaba y queria, continuó Anatalio con sincero remordimiento; y ahora que se despierta en mí el sentimiento de lo justo y de lo bueno, merced á la influencia de tu buen juicio y amistad, digo como tú, Gerónimo, que eso era indigno é infame. ¡Ojalá que esta confesion pueda merecer mi perdon!

En aquel momento el reloj del despacho del médico, dió las diez.

— ¡Las diez! exclamó Ducormier levantándose con viveza, ya olvidaba mi cita. Tengo que dejarte, amigo mio, y aun no sé si llegaré á tiempo á casa del príncipe de Morsenne.

— ¡Todavía á vueltas con tus principes, dijo el médico con recelo. ¿Qué vas á hacer allí? ¿A qué es esa visita? ¿No estás decidido á volver con nosotros? ¡Abandona á esas gentes!

— No puede ser amigo mio: tengo que entregar á monsieur de Morsene cartas muy importantes y me espera esta mañana.

— ¡Pues que te aguarde! Envíale las cartas por el correo.

— Es que no basta eso, amigo mio: el embajador monsieur de Morval, de quien soy secretario, me ha encargado una comision verbal para el príncipe. Ahora bien, resuelto como estoy á dejar á monsieur de Morval, no quiero escusarme de cumplir hasta lo último los deberes de mi puesto.

— Tienes razon.

— Pero no temas, querido Gerónimo; hoy mismo voy á escribir á monsieur de Mor-

val, que renuncio mi destino.

—De modo, Anatalio, replicó el médico con acento grave y casi solemne, que me juras bajo la fé de hombre de bien seguir tu generosa resolucion á venir á vivir aquí entre nosotros en familia? ¿Me lo juras?

—Amigo mio, repuso á su vez Ducormier con voz solemne, consiento en perder para siempre tu estimacion y amistad, y en ser tenido por el mas cobarde é infame de los hombres, si quebranto la promesa que te hago aquí libremente con un reconocimiento profundo, porque se me figura que á tu voz tierna y severa me despierto de un mal sueño. Gracias pues, á ti, amigo mio, hermano mio, continuó Anatalio echándose con efusion en los brazos de Cerónimo, me habrás salvado de los peligros que temias por mi, y de los que no sospechaba siquiera.

—Pues bien: ahora que ya no dudo de tu resolucion; dijo Gerónimo con los ojos humedecidos despues de corresponder al abrazo de su amigo, escucha una idea que se me ha ocurrido ahora mismo.

—¿Cuál?

—En mi sentir, una muger digna de ti,

deberia ser á la vez el premio y el complemento de tu conversacion..... En una palabra, querria casarte lo mas pronto posible.

==¡Gerónimo!... ¡Por fuerza estás loco!

—Antes creo proceder con mucho juicio, porque haria asi felices á dos. ¿Has visto á la señorita Duval?

==Sí, esta noche, pero apenas he podido distinguir sus facciones.

==Es un angel, amigo mio; diez y ocho años... bella como una virgen de Rafael y un corazon como una perla. Su padre fué coronel de artilleria: tiene un dote regular, y en cuanto á su talento y habilidades...

—Una amiga suya, á quien veia en Londres con frecuencia, me ha hablado muchas veces de la señorita Duval como de una jóven cumplida; pero á la verdad, un proyecto repentino...

==Escucha, Anatalio; ese angel... puede de un dia á otro perder á su madre y quedar sola en el mundo: porque su madre es viuda, aunque la pobre conserva la infundada esperanza de saber algun dia que su marido no ha muerto.

—En efecto, la amiga de la señorita Duval me ha hablado diferentes veces en Lón-

dres de las dudas que la familia del coronel Duval abrigada acerca de su muerte.

—Es una esperanza infundada como te he dicho: así es que en la inquietud que me causaba el porvenir de aquella pobre niña, á quien amo como á mi hija, Eloisa y yo teníamos pensado casar á la señorita Duval.

—¿Con quién?

—Con un sobrino del difunto monsieur de Blainville.

—¡Hola! ¡Con un gran señor! Vaya, amigo Gerónimo: qué aristócrata te has hecho!

—Escucha: ese jóven tiene un corazón excelente y ha heredado los bienes de su tío, gracias al desinterés de mi esposa. Desde hace mucho tiempo profesaba á esta una veneración que el reconocimiento ha venido á aumentar mas todavía. Así es que cuando Eloisa le habló de la señorita Duval elogiándole sus buenas cualidades y su belleza, contestó que si á la señorita Duval le agradaba, tendria un placer en efectuar ese enlace y en poder dar así á mi esposa una prueba de deferencia á sus deseos.

—Confieso que esa conducta es delicada en extremo.

—Uno de estos dias debia haber propues-

to este partido inesperado á Mad. Duval; pero su grave indisposicion de la otra noche me lo impidió. Afortunadamente no hay de por medio compromiso ninguno; y reflexionando en ello me sabia mal que el sobrino de mi muger cediera menos á su inclinacion que el deseo de probar su agradecimiento á Eloisa: por eso preferia mucho mas que tu te casas con la señorita Duval... ¡Qué placer tendria en ver nuestros dos matrimonios reunidos! ¿Qué te parece la idea?

—A fé mia, querido Gerónimo, repuso Anatalio despues de algunos momentos de reflexien, opino como tu. Las medidas á medias son siempre insuficientes, y un matrimonio feliz contraído bajo tus auspicios, y los de tu muger, consolidaria quizá mas mi conversacion, llenando mi corazon y fijando mi porvenir. La señora Duval me ha parecido estremadamente bella: su amiga me ha hecho de ella los mayores elogios. La idea de reunir nuestros dos matrimonios me agrada sobremanera, y si tuviese la suerte de no disgustar á la señorita Duval y á su madre. ...

—¡Calla, hipócrita! dijo alegremente el doctor Bonaquet interrumpiendo á su amigo; mira, creo que harás que me vuelva loco de

júbilo. Ahora corre á casa de tu príncipe, que estuviese de vuelta. Luego continuaremos hablando de nuestros proyectos con Eloisa, puesto que convenimos en que te quedas con nosotros, y vivirá aquí.

—¿No es esta acaso mi casa de curación? replicó Anatalio sonriéndose: ¿no eres tú mi médico, mi salvador?

—Pues voy ahora mismo á alquilar las dos habitaciones, dijo el doctor Bonaquet restregándose las manos; están amuebladas y esta misma noche te instalas en ellas.

—Así que me separé del príncipe de Mor-senne, iré á mi casa y mandaré aquí mi equipaje.

—Y á la tarde comerás con nosotros.

—Cuenta con ello.

—Escucha, Anatalio: otra idea excelente me ocurre.

—Veamos cuál, pues estás para ello.

—Voy á escribir á nuestro Faveau, que será también de los nuestros, y traerá á su linda esposa. Por lo que he dicho de ella á Eloisa, desea ardientemente conocerla, porque no hay cosa mas encantadora que la naturalidad cuando, como sucede en Maria Faveau, van unidos á ella un corazón excelente

una gran virtud.

—Bien, Gerónimo; tu idea es magnífica: así será completa la fiesta... Hablaremos de nuestros antiguos tiempos. En este momento me siento renacer con nueva vida, me creo ya mejor, y lo conozco en la ternura cada vez mayor que experimento... Será una majadería, pero así es.

Y una lágrima humedeció de nuevo los parpados de Anatalio Ducormier. Avergonzado casi de aquella viva emoción, estrechó la mano de su amigo y se apartó de él diciendo:

—Hasta luego, mi buen Gerónimo.

—Sí, sí, por mas que huyas, le gritó el doctor Bonaquet radiante de júbilo y de esperanza, ya he visto esa dulce lágrima que me quieres ocultar. Anda, que ya nada temo. Serás feliz, Anatalio: tu conversacion es segura.

Ducormier salió de casa de su amigo, subió al cabriolé que le habia conducido, y se hizo llevar á casa de Morsenne.

XVIII.

Anatalio Ducormier llegó á casa del príncipe de Morsenne a las diez y media escasas.

El amigo del doctor Bonaquet, al atravesar el inmenso patio de la casa, vió parada al pie de la escalinata una berlina tirada por dos maníficos caballos cenicientos. No se habrá olvidado el lector de que el día antes madama de Beaupertuis y su madre (madama de Morsenne) habían quedado en ir juntas á la mañana siguiente á oír el sermón del abate Jourdan: la primera fiel á su promesa, había ido á eso de las nueve y media á despertar á su hija, y aunque esta había vuelto bastante tarde del baile de la Opera, quiso acompañar á su madre. Su carruaje les estaba al efecto aguardando á la puerta.

Anatalio Ducormier iba á subir los escalones, cuando se abrieron las puertas del peristilo y bajaron dos lacayos, uno con almohadones marcados con las cifras de Mad. de Beaupertuis y de su madre, y otro con los devocionarios de ambas, me-

tidos en sus ricas fundas. Uno de los lacayos abrió la portezuela de la berlina, y colocó sobre los almohadones los objetos que llevaba, mientras que el otro, dirigiéndose al cochero de peluca blanca que envuelto en un caride de veinte esclavinas permanecía grave é inmóvil sobre el pescante, le dijo sonriendo:

— ¡Hola JAMES! Parece que el baile de la Ópera no te impide levantarte temprano para ir á misa.

Ducormier, que se hallaba á la sazón al pie de la escalinata á pocos pasos del carruage, prestaba atento oído á las palabras que acaban de dirigir al cochero cuando el otro criado interrumpió á su camarada diciéndole á media voz estas palabras, que también oyó Anatalio Ducormier:

— Calla, Pedro, que está ahí la señora duquesa.

En efecto, Mad. de Beaupertuis y su madre salían en aquel momento del pórtico, acompañadas del aya de la señorita de Morseune. La princesa, que sin duda tenía quedar al aya algunas instrucciones relativas á su hija, habló con ella en voz baja por

algunos minutos.

Mad de Beaupertuis, en tanto que su madre hablaba á mis Nancy, se hallaba sola en lo alto de la escalinata. A pesar de haber pasado la noche en el baile, la jóven duquesa conservaba en sus facciones una agradable frescura: su tez, ligeramente teñida por el fresco de la mañana, brillaba de una manera encantadora: los ligeros bucles de color castaño claro de su peinado á la Sevigné rodeaban su hermosa frente, medio, oculta por el velo de su sombrero de terciopelo negro: sus grandes ojos pardos, algo lánguidos quizá por la fatiga de la noche, parecían levantar difícilmente sus largos párpados. Aunque la jóven se hallaba envuelta en una capa con gran pelerina de armiño, como el manguito, la gracia de sus movimientos dejaba adivinar la elegancia de su cuerpo esbelto y bien formado.

Tal fué como apareció Diana de Beaupertuis á Ducormier, que permaneció por un momento inmóvil al pie de la escalinata contemplando aquella jóven encantadora.

Anatalio, bastante perspicaz, y observador suyo, habia inferido de las palabras del lacayo al cochero que los dueños de aquel car-

ruage habian estado la noche anterior en el baile de la Opera. Dirigió al punto sus ojos á una de las portezuelas, de la berlina, y vió en ella una M y una B entrelazadas, sobre las que habia una corona ducal, la misma cifra esáctamente que la noche antes habia visto en una de las puntas del pañuelo del elegante dominó que se le habia agarrado al brazo. Luego habia oido Anatalio al otro criado decir: «calla, que está ahí la señora duquesa; y entonces fué cuando Ducormier, levantando los ojos hácia la escalinata, se quedó mudo de admiracion al contemplar aquella jóven. Añádamos, por último, que en aquella misma mañana habia sabido en casa de su amigo Bonaquet que la hija del príncipe de Morsezne, la duquesa de Beaupertuis, era la autora de aquellas circulares insolentes relativas al matrimonio de la marquesa de Blainville y de su médico.

A un talento tan zagaz como el Ducormier, no podia ocultarle en vista de indicios tan marcados, que el dominó de la noche antes no era otro que la elegante y bella madama de Beaupertuis.

Anatalio hacia estas reflexiones rápidas como el pensamiento, mientras subia lenta-

mente las gradas de la escalinata, á fin de ver mas de cerca á aquella muger que de lejos le parecia tan hermosa, y llegaba á los últimos escalones en el momento en que madama de Morsenne acababa de hablar con el haya de su hija más jóven.

Ya hemos dicho que madama de Beaupertuis era bastante corta de vista, así fué que no reconoció á Anatalio sino cuando este se encontró á su lado. La jóven no pudo ocultar una especie de sobresalto en su brusca sorpresa, y se puso encarnada como la grana. Ducormier notó aquella emocion, miró fijamente á la duquesa, se inclinó respetuosamente ante ella y su madre y en seguida pasó adelante.

El sobresalto de madama de Beaupertuis al ver á Anatalio habia sido tan vivo, que madama de Morsenne le dijo:

—¿Qué tienes, Diana?

—Nada, mamá: es que me he pisado el vestido, respondió la duquesa. Y bajando la cabeza á fin de ocultar su rubor, cada vez mas grande, bajó ligeramente las gradas de la escalinata.

—¿Quién es ese caballero que acaba de saludarnos? dijo la princesa siguiendo á su

hija: es de una hermosura ridicula para un hombre. Sin duda va á ver á tu padre.

—No lo sé, mamá; yo tampoco le conozco.

Y subiendo las dos señoras [en el carruaje echó este á andar rápidamente.

Habiendo manifestado Ducormier á uno de los criados de la casa que estaba citado por monsieur de Morsenne, fué introducido y anunciado en el despacho del príncipe. Este, en bata y sentado junto á la chimenea, tenia maquinalmente en la mano el „Monitor,“ que no leía sin embargo. Su semblante pálido y fatigado y sus ojos ligeramente inyectados, revelaban una noche pasada en el insomnio; la espresion de sus facciones parecia abatida y sombría.

A pesar de que habia oido anunciar á Anatolio Ducormier: no parecia hacer alto en la presencia del jóven á quien hasta entonces habia vuelto la espalda, sin pensar en molestarse por el secretario particular de su amigo embajador de Francia en Inglaterra. Sin embargo arrancándose al fin Mr. de Morsenne, no sin exhalar un suspiro, á sus secretos y amorosos pensamientos consagrados á Maria Faveau, arrojó el dia-

rio sobre la mesa, y se volvió lentamente en el sillón á fin de dar su audiencia.

Ducormier, en pié hacia ya algunos minutos y lastimado profundamente de semejante recibimiento, habia aguardado en silencio á que el principe se dignase echar de ver su presencia. Pero ¡cuál fué la sorpresa de Anatalio cuando vió que Mr. de Morsenne, despues de haberle mirado fijamente, se volvió á recostar en su sillón sin pronunciar una palabra!

—¡Qué encuentro tan extraño!—decia entre sí monsieur de Morsenne, es el único hombre que anoche en el baile de la Opera acompañaba á ese diablo de Maria Faveau, cuyo recuerdo no me ha dejado dormir un solo minuto. Reconozco perfectamente á ese mozo que se quedó al lado de ella mientras que su imbécil marido fué á buscar los abrigo: parece muy amigo de ambos esposos: ¿si será algun pretendiente ó algun amante? Y ese bruto de Loiseau que nada sabe, ni vé nada, no ha podido darme noticia sobre el particular, sin embargo de que la presencia de ese galán al lado de la muchacha me hacia cosquillas. De todos modos es un encuentro

extraño.

Mr. de Morsenne, despues de hacer las anteriores reflexiones, recobró su sangre fria, y para dar un pretesto á Anatalio por la sorpresa que involuntariamente acababa de manifestar, le dijo con el aire mas natural del mundo:

—Perdone Vd., caballero: la lectura del periódico me tenía de tal modo absorto, que no he oido anunciar á Vd., así es que me he sorprendido de ver á Vd. aqui perdone Vd. mi distraccion.

Ducormier, conociendo que aquello era mentira, y procurando adivinar por qué motivo sorprendia tanto su presencia á Mr. de Morsenne, se inclinó respetuosamente y le dijo:

—Príncipe, el embajador de Francia en Inglaterra me ha hecho el honor de encargarme que ponga esta carta suya en vuestras manos.

—Mr. de Morsenne tomó la carta sin invitar á Ducormier á que tomara asiento, y leyó por lo bajo lo siguiente:

«Mi querido amigo: Anatalio Ducormier, mi secretario particular, le entregará á Vd. esta carta: dé Vd. entero crédito á lo que

diga, y franquéese Vd. sin temor alguno con él acerca de nuestro asunto: es un mozo muy discreto é inteligente, y poco escrupuloso en cuanto á los medios; en una palabra, un mozo capaz de hacer toda clase de servicios (y servicios excelentes) en un asunto como el de que se trata. Escribe muy bien: su estilo es enérgico é incisivo: su lógica es contundente, vigorosa y en el ataque en cuestion puede ser un arma tanto mas peligrosa, cuanto que herirá en las tinieblas. Este jóven ha adquirido en mi casa, no sé cómo, las apariencias y modales de un hombre de tono, hasta el punto de poder engañar á cualquiera. Si fuese de tal cual cuna, hubiera podido sacarse partido de él en los cargos subalternos de la diplomacia oficial; pero es hijo de un pobre diablo de mercader, cuya hermana fué por mucho tiempo ama de gobierno en mi casa. De consiguiente, Ducormier será siempre una especie de Figaro propio para todo lo que exige astucia, secreto y misterio. Si para dar feliz cima á lo que Vd. sabe, es preciso comprar á algun recalcitrante, fiese Vd. de mi Ducormier es el mismo tentador en persona. En una palabra, no retrocederá ante paso algu-

no, aunque sea de los menos decentes, con tal de lisongear su miserable y ridícula vanidad y dejarle entrever una brillante suerte (verdadero cebo para los necios); porque es la mezcla mas singular de bajeza y altivez, de orgullo y servilismo que he conocido en mi vida.

«Y sin embargo, entró en mi casa tímido y sencillo como una malva. Por lo demás, Ducormier es probo y desinteresado; al menos lo ha sido hasta ahora. De todos modos, ni aun con él mismo, nada escriba Vd. Cuando las personas de semejante instruccion han perdido su primer candor y se meten á echarla de señores, es muy prudente no comprometerse con ellas y reservarse el medio de desmentirlas en caso necesario. Asi es que me enuevntro muy bien en estado de poder dejar á mi Ducormier en la estacada. Tome Vd. iguales precauciones, querido amigo, lo que le recomiendo con el mayor ardor por nuestro interés comun.

«La nota adjunta se completará con lo que dirá á Vd. Ducormier. Enviémelo Vd. á Londres tan luego como deje Vd. de necesitarle en Paris.

«A Dios, querido amigo. Se renite de Vd.

enteramente A. de M.

“P. D. Como hay que preveerlo todo no he puesto á propósito esta carta bajo de un sobre. Como puede Vd. notar, el lacre está sobre puesto á uno de nuestros pequeños sellos de seguridad, merced á los cuales cualquiera violacion del secreto epistolar, por diestramente que se haga, deja una huella indeleble; escuso decir que si, contra lo que espero, pues le creo persona de la mayor fidelidad, hubiese cometido Ducormier la imprudencia de abrir esta carta, le convencerá Vd. inmediatamente de su indignidad, y le echará Vd. de casa como á un lacayo, dándome aviso de la ejecucion.”

Mr. de Morsenne, despues que leyó la carta, permaneciò silencioso por un momento, aparentando darle vueltas maquinalmente entre sus dedos, á fin de examinar sin afectacion si el cello de seguridad estaba intacto: por grande que fuera el disimulo con que practicaba aquella operacion, no se le escapó á Ducormier, el cual se puso encendido de vergüenza é indignacion al ver que sospechaban de él una accion tan infame: dibujóse en sus labios una amarga sonrisa, y en seguida recobró su impassibilidad habitual.

— Luego que Mr. de Morsenne se convenció por el sello de seguridad de que la carta habia sido abierta por la primera vez, dijo entre sí:

— Por lo que sé de este tuno, quiza sea providencial su venida; este nunca será para mí un rival peligroso con la Faveau.

Y despues de reflexionar nuevamente, añadió el príncipe en sus adentros:

— No, no será un rival: antes bien puede que sea... todo lo contrario.

Y pasando Mr. de Morsenne á otro nuevo órden de ideas, leyó atentamente una larga nota que acompañaba á la carta de su amigo el embajador.

De vez en cuando, y por mucha que fuese la gravedad de los asuntos que embargasen la atencion del príncipe, la fisionomia de este revelava distracciones involuntarias: varias veces, mientras perseguia su lectura, dirigió una mirada oblicua á Ducormier. Este que lo notó se volvió como para contemplar con aparente curiosidad un hermoso cuadro que adornaba el despacho.

Mr. de Morsenne terminó entonces, sin distraerse, la lectura de su nota diplomática.

XIX.

Luego que Mr. de Morsenne leyó la nota que acompañaba á la carta que le habia entregado Ducormier, colocó los papeles sobre su mesa, y dirigiendo al jóven una mirada fija y penetrante, le dijo con afable acento:

—Vamos, señor Ducormier, hablemos de negocios.

—Estoy á vuestras órdenes, principe.

—¿Sábe Vd. de lo que se trata?

—Príncipe, respondió Ducormier con finura y como titubeando, es cosa que deba yo saber?

—Sí, sí, puede Vd. hablar con entera seguridad.

—Permitidme, principe, que os ruegue me pongais en plena confianza, dignándoos dirigirme algunas preguntas sobre el particular.

—¿Es Vd. muy prudente?

—Es deber mio, principe, porque tengo el honor de estar encargado en una comision muy delicada cerca de vuestra persona.

—Vamos, señor Ducormier, repuso Mr. de Morsenne en tono insinuante y adulador, veo

que es vd. un diplomático consumado en punto atacto y reserva. Vaya, pues una vez que prefiera Vd. ser interrogado, voy á hacerlo. ¿Le han entregado á Vd. notas reletivas á la cuestion inglesa?

—Si, principe... y con auxilio de esas notas y de los documentos que les acompañan, he hecho un trabajo completo en el sentido que se me ha indicado.

—Veremos ese trabajo. Le será á Vd. fácil hacerlo publicar en el *Nacional*, sin que pueda conocerse la fuente de esos escritos: tambien creo que no sea difícil sostener con calor, y siempre de *Incógnito*, la polémica que deberá entablarse necesariamente sobre el asunto con los diarios oficiales, órganos del gabinete.

Los hechos en cuestion son de tal importancia, y tienen un carácter tal de autenticidad, que bastará enviar mi trabajo por el correo á el *Nacional*, sin necesidad de dar mi nombre, para que la redaccion se apresure á hacer uso de esos documentos tan peligrosos para el ministro. Luego que se halle entablada la polémica sobre el asunto recibirá el *Nacional* de su colaborador incógnito respuestas categóricas á las objeciones de los

diarios ministeriales.

—Sé caballero Ducormier, que es Vd. un escritor de primer orden, y que con su talento, su discrecion y sus maneras, puede Vd ir muy lejos... muy lejos.

—¡Príncipe!

==Digo esto entre paréntesis, señor Ducormier. Volvamos á nuestro asunto. El primer artículo de El Nacional traerá evidentemente de parte de la oposicion interpelaciones en la tribuna.

—De lo cual resultará, que hallándose el ministro de negocios estrangeros gravemente comprometido, opondrá, no obstante, á los hechos alegados la denegacion mas formal esplicita y categórica.

—A la verdad, repuso el príncipe sonriéndose; se me figura estar oyendo ya al buen ministro.

—Luego, prosiguió Anatalio, el señor ministro con arreglo á su costumbre oratoria-empenará solemnemente su palabra de que dice verdad y de que sus adversarios mienten descaradamente.

—Entonces, caballero Ducormier, se envia un nuevo artículo á el *Nacional*, acompañado de documentos de irrecusable autentici-

dad.

—Asombro del ministro de Negocios extranjeros al ver el mentis que se le dá, corroborado con la publicacion de un documento oficial firmado de su mano. Entonces, principe el ministro de Negocios extranjeros, fiel á su sistema, siempre que se halla cogido infraganti delito de mentira, no se desconcierta por eso, se encoge de hombros aparentando lástima, y dice que reconoce en eso muy bien las necias intrigas de una oposicion de mala ley y desesperada: luego, escudándose en su austero y orgulloso desden, declaran con magestad que hay acusaciones tan ridiculas, odiosas é impudentes, que nadie se rebaja á alzarlas, y mucho menos á combatir las cuando tiene la honra de ser ministro del rey.

—Bien, muy bien, señor Ducormier; dijo el príncipe, riendo de nuevo: es un retrato trazado de mano maestra. De todos modos, á pesar de la osadia y de las denegaciones del señor ministro, el golpe ha sido mortal y no pudiendo el orgulloso personaje resistir al clamoreo general que se levanta contra él en la prensa, se ve obligado á dar su dimision.

—Doble fortuna para los intereses diplomáticos del país, príncipe, porque el embajador de Francia en Inglaterra conserva el puesto que el ministro en cuestión trataba de quitarle; y luego, añadió Ducornier con acento significativo, se verá al fin al frente de los negocios extranjeros de la Francia á un hombre de estado, ilustre á la vez por su genio político y por su elevado nacimiento.

—Es Vd. muy indulgente con el hombre de Estado, al que parece quiere Vd. hacer alusión, repuso monsieur de Morsenne con una sonrisa modesta y llena de coquetería: el único mérito de ese hombre de estado sería amar lo bastante la gloria y la dignidad de la Francia para aceptar el ministerio de negocios extranjeros, si quedara vacante: entonces, á falta de genio, pondría al menos á los pies del rey el homenaje de una adhesión inalterable á su persona y á su política.

—Permitidme, príncipe, pues no sea enteramente de vuestra opinión respecto del hombre de Estado á que en efecto he tenido el honor de aludir. Al hablar de su genio político, el juicio que he omitido no es el mío: entre la gente de mi condición no hace uno más que admirar y callar; pero á pesar mío, soy

en eso el eco de la Francia, y aun pudiera decir que de la Europa entera, porque mi permanencia en Lóndres me ha puesto en el caso, aun en mi humilde esfera, de oír apreciar diferentes veces por varios diplomáticos de las cortes estrangeras al célebre hombre de Estado de quien he tenido el honor de hablar.

—¿De veras? Veamos lo que dicen de ese hombre de Estado, caballero Ducormier,

—Príncipe, si no le amaran tanto, le odian mucho.

¡Odiarle! ¿Y por qué?

—Porque es muy temible por el vigor y la habilidad de su diplomacia. Sin embargo, por otra parte añaden los que han tenido el honor de cultivar algunas relaciones con ese hombre de Estado, que oculta su inmensa é incontestable superioridad bajo una cortesania tan esquisita, y triunfa de sus adversarios con tal finura, que seduce hasta á los mismos á quienes vence.

—Es imposible darse un adúlador mas hábil y descarado que este tuno, dijo entre sí Mr. de Morsenne: es lo que se llama todo un pillastre. No me habia engañado en lo útil que me puede ser sin embargo, tanteémosle aun.

Y Mr. de Morsenne dijo en voz alta:

—Hasta tal punto está Vd. ciego acerca del hombre de Estado de que hablamos, caballero Ducormier que no trataré siquiera de hacer á Vd. mudar sus prevenciones sobrado lisongeras, porque al fin y al cabo, examinando el asunto de que se trata...

—¿Qué, principe?

—Planteemos las cosas sin rodeos. ¿No le parece á vd. que nuestro hombre de Estado y su amigo el embajador de Francia en Inglaterra observan en esta pequeña conspiración antiministerial una conducta bastante maquiavélica?

—La razon de Estado todo lo disculpa, principe, y ademas, tanto en los asuntos públicos como en los privados, solo el mal éxito es censurable y censurado.

—Esos principios son elásticos.

—Sí, principe, como la conciencia humana.

—De modo que la de vd. será bastante ancha; ¿eh, caballero Ducormier?

—Algun tanto, puesto que me he encargado del asunto que me trae aquí, y cuya odiosidad recaeria sobre mi, porque seria des-

mentido y acusado de abuso de confianza por sustracción de despojos; pero, como dice el refrán, quien no se aventura no pasa la mar.

—Repito á vd., caballero Ducormier, que irá vd. muy lejos, que adelantará vd. muchísimo. Conozco á algunos que, sin esas cualidades naturales, y de mas baja esfera que la de vd., han subido muy alto, solo con tener reserva y fidelidad: la dificultad está en hallar un protector poderoso, y ese nunca faltará á vd. (lo cual sea dicho también entre paréntesis). En cuanto á nuestros asuntos, necesito reflexionar hoy y mañana acerca de la oportunidad del momento en que debe empeñarse la acción... Todavía me digo muchas veces: ¿á qué viene volver á tomar una parte activa en los negocios? ¡Es una sujeción tan grande! ¡A mi edad necesita ya uno reposo é independencia!

—Príncipe, no pertenecéis á voz mismo, sino que os debéis al país.

—¡Si; para lo agradecido que es el país! ¡Para lo bien que premia los sacrificios que se hacen por él!

—Príncipe, al país hay que tratarlo como á un niño ingrato y rebelde: hacer su bien,

á pesar suyo, y desdeñar sus pueriles clamores.

— ¡Ay, querido! No hay cosa que pueda reemplazar al reposo y á la independencia: así es que, desde unos dias á esta parte, vacilo, en lo que á mí toca por lo menos, en aprovecharme de los beneficios probables de nuestro complot, que seguirá su curso á pesar de todo, porque odio cordialmente al ministro en cuestion, y tengo empeño en que Morval continúe desempeñando la embajada de Lóndres; pero en cuanto á mi, vacilo en volver á los asientos. En una palabra, nada decido; ya volveré á ver á Vd.: pasado mañana venga á Vd. á comer á mi casa... no, ahora que recuerdo, pasado mañana tengo gente, venga vd. al dia siguiente que no tendré á nadie; es el dia que recibe Mad. de Morsenne, no escriba vd. á Londres antes de verme: quizá tendrá que prolongarse su permanencia á vd. en Paris. Mr. de Morval me autoriza á tener á vd. aqui, en tanto que lo crea necesario. Usaré del permiso, y no creo que le pesará á vd., caballero Ducormier, pues nos hallamos justamente en la estacion de los placeres de las fiestas, del baile de la Opera, y apuesto á que esta no faltará vd.: ¿eh, caba-

llero Ducormier?

Aunque el príncipe hizo esta última pregunta con el aire mas natural del mundo, travéndola por una transición bien conocida. Anatalio que sospechó al momento que no era una pregunta trivial hecha al acaso, redobló su atención y respondió:

—En efecto, príncipe, he ido esta noche al baile de la Opera.

—¿Conque no me equivocaba? dijo Mr. de Morsenne aparentando evocar sus recuerdos.

—¿Por qué decir eso, príncipe?

—No me era desconocida su fisonomía de Vd.

—Príncipe, no creia haber tenido todavía el honor de encontraros.

—La cosa no puede ser mas sencilla, caballero Ducormier: esta noche me detuvo una partida de whist mas de lo regular en el club de la calle de Grammont, y viendo al salir la fila de carruages que se dirigian al baile de la Opera, me dió la idea de entrar: un recuerdo de mis años juveniles y nada mas. Permanecí en él algunos minutos, y mientras que aguardaba á mis criados, se me figura que vi á Vd. bajo el peristilo acompañando á una lindísima muger, lo cual me prueba, caballero

Ducormier, que no pierde Vd. el tiempo en el baile de la Opera, y que no se sale Vd. de él, como suele decirse, con las manos vacías.

—¿A donde irá á parar? dijo entre sí Ducormier. Creí en un principio que sería mi encuentro con su hija la duquesa de Beaupertuis. Y añadió en voz alta.

—Me haceis, príncipe, mas honor del que merezco. Acompañaba momentáneamente á la muger de un amigo de la infancia, mientras que este iba al guardarropa á buscar los abrigos.

—¡Hola! Una muger casada, disfrazada no sé bien de qué, pero cuyo traje, aunque algo extraño, me pareció muy bonito.

—Verdad es, príncipe, que su disfraz no era del mejor gusto; pero mi amigo y su muger pertenecen al comercio por menor y se cuidan mas del placer que del qué diran.

—¿Y es Vd. muy amigo del marido?

—Mucho, príncipe; sin que nuestra larga separacion haya alterado nuestra amistad en lo mas mínimo.

—Perdone Vd. mi equivocacion, caballero Ducormier; pero, hablando entre nosotros, le creí á Vd. en favor.

—Pues estábais en un completo error, prin-

cipe, respondió Anatalio; y clavando una mirada penetrante en Mr. de Morsenne que, á pesar de su aplomo, revelaba hacia algunos instantes cierta turbacion, añadió:

—¡Qué quereis, principe! A falta de vinos esquisitos que nunca debe probar un pobre diablo como yo, quiero mas beber agua que vino comun.

—Ya asomó las orejas ese imbécil orgullo de que me habla Morval en su carta, dijo entre sí Mr. de Morsenne; este tonto se cree probablemente demasiado elevado para tratar con una comercianta. Vamos, ya tengo un peso menos en el corazon, y puedo abordar resueltamente la otra cuestion.

Las facciones del principe habian revelado su viva y secreta satisfaccion á la idea de que Ducormier no era pretendiente ni amante de Maria Faveau, y esa emocion no pasó desapercibida para Anatalio.

—Ya caigo, dijo este entre sí; ¿aquel dominó negro que anoche seguia tan ostinadamente los pasos de madama de Faveau, y de quien esta y su marido tanto se burlaban, ¿seria quizá el principe?.... Indudablemente. ¡Oh, qué rayo de luz! ¿A dónde vendrá á parar?

Mr. de Morsenne dijo en voz alta:

— Merece vd. mi aprobacion, caballero, pues el gusto difícil y delicado es siempre sintoma de una gran distincion de maneras; pero dígame vd.: unos antiguos amigos como vd. y ese mercader, habrán vds. tenido sin duda gran placer en volverse á á ver: y luego, caballero Ducormier, para esas buenas gentes, debe vd. ser un gran señor, y su palabra de vd., como suele decirse, será palabra de Evangelio.

— En efecto, príncipe, mi amigo tiene en mí gran confianza, porque es el corazón mas leal é ingénuo que conozco.

— Eso es: *ingénuo* es la espresion culta, no es cierto? ¿Y su muger? Deberá escuchar á vd. como á un oráculo, á vd. que se halla introducido en el gran mundo.

Luego añadió el príncipe clavando una mirada penetrante en Anatalio y acentuando lentamente y en tono significativo las palabras siguientes: Estoy seguro de que si se le pudiese á vd. en la cabeza persuadir á esa linda mucha (porque yo, de gusto menos difícil que el de Vd., la encuentro encantadora... deliciosa), si quisiese vd., digo, persuadirla á que se humanizara, cosa muy diferente en

las damas de tono, apuesto á que llegaría vd. con sus consejos á ponerla como una malva.

A estas palabras, cuyo sentido oculto y vergonzoso comprendió Anatalio, sus labios se pusieron ligeramente descoloridos, señal en él de cólera y rabia reconcentradas. Por lo demás, sus facciones, si se exceptúa un imperceptible estremecimiento de las mandíbulas que apretó convulsivamente por un momento, permanecieron impasibles.

Mr. de Morsenne continuó pues acentuando cada vez mas sus palabras.

—Tengo entendido, caballero Ducormier, y así lo creo, que posee vd. un arte prodigioso para triunfar de las conciencias mas rebeldes, de los escrúpulos mas arraigados, de las preocupaciones mas vulgares, de las virtudes mas agrestes, porque Morval me dice en su carta que, cuando es preciso, es vd. el tentador en persona. Ahora bien, querido Ducormier, si vd. es tentador, la encantadora Maria Faveau es una hija de Eva: ¿me comprende vd?

—Príncipe, respondió Anatalio con voz imperceptiblemente alterada: no sé si.....

—Una palabra no mas, caballero, re-

puso monsieur de Morsenne interrumpiendo à Anatalio: es vd. á la vez hombre formal y hombre positivo. Ahora bien, una de dos: ó nos entendemos perfectamente á media palabra, ó no nos entendemos jamás: en este último caso no dará vd. sentido ninguno á las palabras siguientes: escúchela vd.

—Os escucho, principe.

—¿Quiére vd. asgurarse un protector poderoso que, sostenido por un inmenso crédito, se compromete en un momento dado (y ese momento depende de vd. adelantarlo ó retrasarlo) elevar á vd. mas alto de lo que ha podido vd. nunca figurarse? Vamos á ver. ¿me esplico con claridad?

—Con mucha, principe.

—¿De modo que me comprende vd?

—Perfectamente.

—En una palabra; ¿comprende vd. el medio por el cual puede vd. procurarse esa proteccion poderosísima?

—Si, principe, nos entendemos perfectísimamente; pero hay que poner una condicion indispensable para el buen écsito de la tentacion.

—¿Y cuál?

—La de tener yo á vuestro lado una posicion, por decirlo así, oficial: esa posicion no solo daria mas autoridad á mis palabras, sino que me permitiria hablar contingentemente de vos á madama Faveau, ponderar vuestra generosidad, vuestro poder, y eso sin afectacion, como si fuese la cosa mas natural del mundo; porque no debo disimularos, principe, que hay que proceder con esa jóven con una prudencia y una reserva escesivas, y aun así dudo....

—Muy bien, exclamó monsieur de Mor-senne, interrumpiendo á Alatalio; su idea de vd. es excelente, y demuestra un tacto admirable. Desde mañana queda vd. instalado aquí como secretario, y me desharé del que tengo, colocándole en alguna administracion. Morval me autoriza parar á vd. aquí el tiempo que le necesite, y de consiguiente me quedo con vd. siendo de mi cuenta el dejar á vd. bien con él. Con que vivirá vd. aquí, y comerá á mi mesa, ¿estamos?

—Muy bien, principe.

—Ahora, querido Ducormier, tiene vd. su porvenir en sus manos, puede vd. ser subprefecto dentro de tres meses, de dos,

de uno: eso dependerá de vd.: además doy á vd. mi palabra galante de que á los dos años será vd. príncipe, y despues.... ya veremos, porque no sabe vd. hasta qué punto hago adelantar á las personas que me sirven.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho, y entraron familiarmente sin hacerse anunciar madama de Morsenne y su hija la duquesa de Beaupertuis que volvian del sermon. Al ver Diana de Beaupertuis á Ducormier que despues de saludar profundamente á las dos damas, se dirigia discretamente hacia la puerta, se ruborizó involuntariamente. Pero cuál no fué su estupor al oir á su padre llamar á Anatalio y decirle:

—Aguarde vd. un momento, caballero: deseo presentar á vd. á mi muger y á mi hija.

Anatalio se detuvo, y volvió.

El principe, entonces, mostrándole con una mirada á las dos damas, les dijo á modo de presentacion.

—El señor Ducormier, mi nuevo secretario.

Anatalio saludó de nuevo y mas respe-

tuosamente todavía á las señoras de Morsenne, mientras que el principe le decia:

—Hasta mañana por la mañana, caballero Ducormier; tendrá vd. preparado su cuarto.

El jóven se inclinó, salió y se marchó de casa de Morsenne.

XX.

No se habrá olvidado que Anatalio Ducormier; cediendo á los prudentes consejos de su amigo el doctor Bonaquet, habia prometido á este formalmente ir á vivir con él, y que en la misma tarde, para festejar aquel feliz suceso, debia tener lugar una comida de familia dada por el médico á José Faveau, en que se reunirían los tres amigos de la infancia.

Eran cerca de las seis de la tarde.

Gerónimo Bonaquet, sentado en su modesto sillón, mientras que su muger acababa de vestirse, aguardaba á sus convidados.

Los únicos adornos de aquel salón se componían del harpa y del piano de Eloisa y

de varios grandes retratos de familia entre los que figuraban los del padre y del abuelo de la joven: el primero vestia el traje rico, aunque teatral, de los pares de Francia de la restauracion con el cordon azul en forma de aspa, y la placa de plata de dicha órden; y el segundo el uniforme de oficial general de marina del siglo de Luis XVI, con el gran cordon de San Luis.

En frente se hallan los retratos de la madre y de la abuela de madama Bonaquet, una en traje de la corte imperial con manto de cola bordado (pues el padre de Eloisa, como tantas otras personas de la antigua nobleza, se habia aliado á Napoleon), y la otra vestida al estilo de gran señora de fines del siglo XVIII, con polvos moscas y un enorme tontillo; un negrito con chaqueta encarnada galoneada de oro, llevaba la cola del vestido de aquella imponente dama, mientras que un perrito blanco, con la lana cogida sobre la cabeza por cintas de color de rosa, parecia ladrar al negrito.

En medio de aquellos dos retratos de apariencia y aire aristocrático, formaba contraste un lienzo bastante mal pintado, pero

que debia ser de una semejanza notable. Representaba á la anciana madre de Gerónimo Bonaquet, muger de semblante dulce y venerable, con el gorro redondo y la casaquilla de droguete de las aldeanas del Blaisois; debajo de este cuadro se veia un dibujo al lapiz, rodeado de una pequeña orla negra bordada.

La historia de ese dibujo es como sigue:

Gerónimo Bonaquet, que se ballaba estudiando medicinas en paris, habia sabido casi al mismo tiempo la enfermedad y la muerte de su padre, pobre viñador de las cercanias de Blois. Gerónimo habia suplicado á un amigo suyo, despues escultor célebre, que le acompañase, á fin de conservar al menos la semejanza de las facciones de su padre al morir. Este proyecto fué ejecutado religiosamente despues de la muerte del anciano, y habia sido tal la serenidad de su fin, que en aquel retrato parecia blandamente dormido. Un hilo, negro sujetaba á aquel dibujo un mechon de largos cabellos blancos, y por debajo se leia esta fecha mortuoria: «20 de febrero de 1833.»

A escepcion de esos retratos, que daban

al aspecto de aquel salon un carácter particular, no habia cosa mas sencilla que su mueblaje, entre el que se veian algunos jarrones de porcelana de china colocados sobre los muebles, y que contenian hermosas camelias llenas de frescura y brillo, pues Mad. Bonaquet, igualmente que su marido, amaba con pasion las flores: por último, un buen fuego que chispeaba en la chimenea, una blanda alfombra, cortina perfectamente ajustadas y la viva y alegre claridad de dos lámparas, con bombas de cristal mate hacian tan agradable aquella habitacion en medio de su sencillez, que la ex-marquesa de Blainville no podia echar de menos la magnífica casa ó los cincuenta mil escudos de renta que habia abandonado noblemente cuando se casó con el hombre de su eleccion.

Gerónimo Bonaquet, solo en un principio, no tardó en ser visitado por su muger, que le dijo al entrar.

—Mr. Ducormier se hallará magníficamente instalado en las dos piezas de arriba: he dejado todo arreglado en ellas, añadiendo al mueblaje un escelente sillón en donde Mr. Ducormier podrá meditar y reflexionar á sus anchas sobre su vuelta al buen camino,

porque es preciso facilitar por todos los medios su conversion. Pero hablando seriamente, amigo mio, espero que tu amigo de la infancia no lo pasará mal en ese cuarto: gózase en él de una calma completa, tiene vistas magnificas, y en una palabra, si falta algo á Mr. Ducormier, espero que me lo digas, á fin de que esté mas contento á nuestro lado.

— ¡Qué bondad la tuya, querida Eloisa, en tomarte tantos cuidados por Anatalio!

— ¿No es amigo tuyo? ¿No se trata de arrancarle de una vida mala? ¿De calmar y curar esa alma crúelmente lastimada? Lastimada por su culpa, si se quiere, pero que sufre, y todo dolor merece indulgencia y compasion.

— A Dios gracias, no habrá hecho mas que estar en el borde del abismo sin caer en él; pero te aseguro que ya era tiempo de habrírle los ojos.

— Mi único deseo es que esa repentina conversion nazca de un sentimiento reflexivo, razonado, y no de un arranque momentáneo causado por tu influencia amigo mio.

— No soy bastante optimista, querida Eloisa, para creer que Anatalio no experimente

algun desaliento en su buena resolución; no se rompe bruscamente y sin un violento sacudimiento moral con un pasado como el suyo: por eso he querido, ante todo, tenerle á nuestro lado, hacerle cambiar de atmósfera, por decirlo así, velar por él como por un niño enfermo, porque es un deber conservar pura y bella para la humanidad una naturaleza tan pródigamente dotada como la de Anatalio. Afortunadamente, y esto es una cosa esencial para el que le conoce como yo, me ha dado su palabra de honor de que vendrá á establecerse aquí. Todo estriba en eso; una vez que le tengamos en nuestro poder, añadió Gerónimo sonriéndose, le desafío á que me vuelva á lo que es razón, es decir, á la felicidad: y si el matrimonio en cuestión llega á verificarse, como espero que así sea, no dudo que Anatalio se habrá salvado enteramente.

—Y ahora que recuerdo, amigo mío, dijo Eloisa interrumpiendo á su marido; ¿cómo está hoy madama Duval?

—Un poco mejor, pero su situación me alarma: esto es decir, querida Eloisa, el doble interés que tenemos en ese matrimonio, pues sería asegurar á la vez el porvenir de

Anatalio y el de ese ángel. Por eso pienso, si se mejora el estado de Mad. Duval, hacerle mañana mi proposicion respecto de nuestro amigo.

—¿No te parece oportuno aguardar un poco...?

—¿Por qué?

—Participo de tus esperanzas respecto de Ducormier, y participaré de todos tus esfuerzos para el logro de ellas; pero conoces mejor que nadie las singulares mudanzas del espíritu humano. ¿No seria prudente tener al menos algunas garantías ciertas de parte de Ducormier antes de comprometer, por decirlo así, el porvenir de madama Duval?

—Tal vez, respondió el médico con aire pensativo, y sin embargo, tengo la confianza de que la resolucion de Anatalio es sincera. ¡Si hubieses visto su emocion, sus lágrimas! Y luego, tengo su palabra, y no es hombre que la da ligeramente, cualesquiera que hayan sido sus estravios. Por otra parte, nunca me consolaria de haber obrado imprudentemente en caso de tanta gravedad.

—Ya conocerás, amigo mio, que no te digo esto para sostener á mi pretendien-

te á espensas del tuyo, replicó madama Bonquet sonriéndose, por que creo, como tú, que volviendo Ducormier á hacerse digno de la estimacion de las personas honradas, seria para madama Duval un partido, casi diré mas razonable que mi pariente Saint-Geran, aunque este pudiera aportar á su matrimonio con la señorita Duval los cuantiosos bienes, cuya herencia he tenido un placer en cederle.

—Opino como tú, querida Eloisa, respecto de nuestros dos pretendientes, porque reconociendo á monsieur de Saint-Geran, en vista de su conducta y antecedentes, por un cumplido caballero, temo á veces que el exceso mismo de su delicadeza y de su agradecimiento hacia ti le hayan hecho adelantarse mas de lo que hubiera querido cuando le propusiste su casamiento con la señorita Duval. En la encuentra, en verdad admirablemente linda, y habla de ella como un hombre enamorado; porque, sin que lo notase la señorita Duval, ha ido nuestro pariente dos ó tres veces por indicacion mia al jardin de Plantas á la hora en que la jóven acompañaba á su madre en su paseo cotidiano.

—Seguramente, creo tambien que Mr. de Saint-Geran cumpliria escrupulosamente sus deberes de hombres de bien, si se casara con esa encantadora niña; y sin embargo temeria que mas tarde ó mas temprano llegara á pensarle haber contraido ese enlace, pesar que ocultaria sin duda con la mayor delicadeza; pero que la esquisita sensibilidad de la señorita Duval adivinaria quizá algundia... y entonces juzga cual seria su porvenir.

—Seria una cruel desgracia, amigo mio, y luego Saint-Geran, aunque jóven y dotado de las mejores prendas, quizá no agradara á la señorita Duval, porque está lejos, lo confieso de reunir las ventajas exteriores de Mr. Ducormier, y si pudiésemos obtener garantías formales de su completa enmienda, diria como tú, que no habria que vacilar en proponerlo á la madre de esa amable niña.

—Si, querida Eloisa, y sin la inquietud que me causa la delicada salud de Mad. Duval, no tendria tanta prisa en tomar una decision. Ademas, si se llega á fijar en la imaginacion de Anatalio la idea, el deseo de ese matrimonio, tendrá ocupado su corazon, verá trazado un camino, sabrá á donde vá, y con nuestros esfuerzos comunes hácia un mis-

mo objeto, tenemos cien probabilidades contra una de salvarle radicalmente.

—Es cierto.

—Opino, pues, que si Mad. Duval experimenta alguna mejoría, se la instruya cuanto antes de nuestros proyectos: ella tiene la mayor influencia con su hija, y no hay duda en que la decidirá á admitir nuestras ofertas si le agradasen. El mayor sentimiento de esa desventurada muger seria dejar á su hija sola y sin apoyo en el mundo: así es que no puede renunciar á la esperanza, bien quimérico, por desgracia, de que su marido el Coronel Duval no ha muerto, como se cree, y de que su hija encontrará en él mas adelante un apoyo.

—¡Pobre muger!... Y esa esperanza es, por desgracia, infundada, ¿no es cierto, amigo mio?

—Hasta ahora todas las pesquisas que se han hecho en busca del coronel han sido vanas, y no es posible dudar ya que pereció bajo las ruinas de las fortificaciones que hizo volar; de consiguiente, lo importante seria asegurar el porvenir de Clementa Duval en vida de su madre. ¡Ay! Si nuestros proyectos se cumpliesen, querida Eloisa, ¡qué envidiable

trinidad formaríamos Anatalio, José y yo! ¡Qué alegría para tres amigos de la infancia verse unidos en la felicidad, como se unieron desde el principio de su vida!

—Lo que me ha dicho de Mad. Faveau y de su marido me ha entrado en curiosidad de conocerlos, amigo mio. No olvidaré que me decía que cuando sentias alguna tristeza, ningún desaliento á través de las rudas pruebas y de las amargas dudas que rodearon á tus primeros años, ibas á casa de esos excelentes amigos, y el espectáculo de su cariño tan tierno, de su felicidad tan risueña y verdadera, te hacia mucho bien, y salias de su casa consolado casi.

—Si, querida Eloisa: he debido momentos muy dulces á esos corazones excelentes. No es eso solo, yo era pobre, y al salir del colegio, una vocacion irresistible me arrastraba hácia las ciencias naturales. A duras penas mi padre, á pesar de sus buenos deseos, podia sufragar la cuarta parte de los gastos que exigian mis nuevos estudios, no obstante las duras privaciones que yo me imponia.

José Faveau poseia un pequeño patrimonio y me auxilió por espacio de algunos años,

siendo para mi el hermano mas tierno y cariñoso. Gracias á sus socorros y á lo poco que me enviaba mi pobre padre, llegué á poseer los medios é instrumentos de trabajo que tanta falta hacen á inteligencias energicas, detenidas en su vuelo por la miseria; finalmente, despues de numerosos cuidados y luchas crueles, mi carrera me fué proporcionando recursos, y pude quedar solvente en cuanto á lo material con José Faveau, pues moralmente nunca podré pagarle lo que le debo, por que le debo todo cuanto soy.

—¿Y yo, amigo mio, no le debo todo tambien á ese fiel amigo? Si no te hubiese ayudado á ser hombre célebre, ¿te habria encontrado yo nunca? Que vengan, pues, en buen hora él y su muger: lo que me has dicho de esta me encanta: ¡es cosa tan bella y rara la naturalidad!

—Ya te he prevenido, no obstante, querida Eloisa repuso Gerónimo sonriéndose, que mi amigo y su muger son, como se dice entre la aristocracia, gentes vulgares que ni tienen maneras cultas, ni la fraseologia de lo que se llama buena sociedad: pero poseen en cambio la mas rara de las

educaciones, la que nace de una vida laboriosa y honrada.

— ¡Ay! amigo mio; me has hecho comprender muy bien el hermoso sentido de esas palabras latinas que citas con tanta frecuencia: «*sancta simplicitas*,» santa sencillez. He vivido tanto tiempo en un mundo en donde las mejores naturalezas se aniquilan ó se pierden bajo la perniciosa influencia del ¡qué dirán! ¡A cuántas jóvenes he visto sinceramente apasionadas de sus maridos sufrir primero cruelmente y vengarse despues de la frialdad conyugal con que era acogida su ternura, porque no era bien visto que un marido apareciese enamorado de su muger como hombre del vulgo! ¡Y á cuántas conozco tambien de mi clase, añadió Eloisa alargando con efusion su linda mano á Gerónimo, que no hubiesen alcanzado la felicidad de su vida entera, porque no está bien visto que se honre una muger á sus propios ojos, consagrándose á la existencia del hombre á quien ama y respeta mas en el mundo!

— ¡Querida Eloisa mia! exclamó Gerónimo con los ojos humedecidos por las lágrimas. ¡Tesoro de bondad, de gracia y de virtud! Me faltan las palabras para espresarte lo que

siento en mi pecho... No hables mas... y déjame llorar y contemplarte.

—Imposible seria describir el delicioso éxtasis en que parecia sumergido Gerónimo al contemplar á su muger. La varonil dureza de sus facciones desaparecia ante una espresion tan inefable de arrobamiento que Eloisa no pudo menos de esclamar, estrechando tiernamente las manos de Gerónimo entre las suyas:

—¡Qué hermoso es un hombre feliz!

Habiendo penetrado en aquel momento en el salon el sonido de la campanilla de la puerta, dijo á su marido la jóven, reponiéndose de su emecion:

—Amigo mio, ahí están Mr. Ducormier, ó Mr. Faveau y su muger.

XXI.

Abrióse la puerta del salon del doctor, y un antiguo criado, que habia formado parte de la servidumbre de la ex-marquesa de Blainville, anunció:

—El señor Faveau y su esposa.

José vestia el frac negro y la corbata blan-

ca de rigor, y llevaba al brazo con galanteria el chal de su muger, cuidadosamente doblado. Maria estaba tan encantadora con su sencillo traje de seda color de tortola y su graciosa papalina de encaje, adornada con un lazo de cintas y algunos capullos de rosa, que Mad. Bonaquet no pudo menos de decir por lo bajo á su marido, en el momento en que salia á recibir á sus amigos:

—¡Dios mio, qué linda es esa jóven!

¡Qué bondadosa es Vd., querida señora Faveau, en haber aceptado, igualmente que José, nuestra invitacion! dijo Gerónimo á la linda perfumista, conduciéndola al lado de Eloisa.

Esta, adelantándose con urbanidad hácia Maria, la dijo con la mayor afabilidad:

—Me considero feliz, señora, en tener el honor de recibir á Vd. en mi casa. Sé que vd. y Mr. de Faveau son los mejores amigos de Mr. Bonaquet, y espero me concederá Vd. un poco de esa buena amistad que profesa á mi marido, y que este tanto aprecia, ¿no es cierto?

—Señora... respondió José saludando lo mejor que pudo... señora, sí, por cierto...

—Mire vd. señora, interrumpió con viveza

Maria, no andaré con rodeos, y diré á vd. sin rebozo que parece vd. tan amable y tiene vd. una fisonomía tan simpática, que me será muy fácil y de gran placer ser amiga suya como lo somos de monsieur Bonaquet.

—Y yo, señora, repuso Eloisa encantada del acento agradable y sincero de la jóven diré á vd. con no menos franqueza, que me agrada vd. mucho, y que es preciso que nos veamos con frecuencia.

—Todos los domingos, si Vd. quiere, señora, porque los demás días tenemos que estar en el mostrador. Hoy ha sido una cosa extraordinaria, y para eso he tenido que suplicar á mamá que ocupe mi puesto en la tienda y cuide de mi niña. A propósito de mi niña, señora, añadió Maria mirando á Mr. Bonaquet con una encantadora sonrisa, he de traerla á vd. y verá qué linda es: eso hará á vd. comprender mejor, que las palabras, todo lo que debemos á su marido, y cuantos motivos tenemos para querer al salvador de nuestra querida hija.

—¡Oh, oh! ¡No!... repuso alegremente el doctor; yo y vd. también, amable señora, pues sus asíduos cuidados de vd. hicieron tanto como los míos

—Yo lo creo. Figúrese vd. señora, que por espacio de un mes no se apartó Maria de dia ni de noche del lado de la pobre criatura, dijo José con un hondo suspiro. Sí, señora; por espacio de mas de un mes no se separó un momento de la niña.

—¡Oh, Dios mio! repuso Maria encogiéndose de hombros y haciendo un gracioso mohin: ¡qué empalagoso es estar oyendo á las personas estasiarse continuamente de que hace sol al medio dia! ¿No es verdad, señora?

—Què quiere vd. ¿señora, replicó Eloisa sonriéndose. No hay cosa mas comun que un hermoso dia de primavera claro y delicioso. ¿Y por eso no hemos de decir que no hay cosa mas encantadora!

—¡Eso es! exclamó José restregándose las manos y entusiasmado con el cumplimiento que dirigian á su muger. ¡Ves, Maria cómo tengo derecho para repetirte cuantas veces quiera que eres buena y encantadora?

—Ya lo creo que tienes derecho á eso, mi buen José, repuso alegremente el doctor Bonnaquet: la ley dice: «la muger debe obediencia al marido,» y de consiguiente tu muger está obligada á dejarme adorar desde por la

mañana hasta la noche, y oírse decir que es adorable... ¡Oh! Así es señora Faveau, y con la ley no hay que gastar chanzas.

—¡Bah, bah, bah! Señor Bonaquet, repuso Maria en tono festivo, pero lleno de finura mézclese vd. en lo que le toca, porque de lo contrario diré que si se viese vd. precisado á escuchar las acciones de gracias de todos aquellos á quienes ha salvado la vida, no tendría vd. tiempo para salvarla á los demás.

—¡Tómate esa, Gerónimo! dijo José encantado de la réplica de su muger: ¿qué te parece?

—De todos modos, amigo mio, dijo Eloisa sonriéndose y cada vez mas enamorada de la Gracia de Maria: no tiene vd. mas de lo que se merece.

—¡Mira, José! exclamó de repente madama Faveau contemplando los retratos de familia que adornaban el salon: mira qué hermosos cuadros, añadió acercándose para verlos mejor.

Y volviéndose á Eloisa, continuó con la mayor ingenuidad:

—Estos son reyes y reinas de la antigüedad, ¿no es cierto, señora? Hay que confesar que su aspecto previene en su fa-

vor: sobre todo, esa reina que lleva su hermoso manto azul bordado de oro; mira, José, ¡qué fisonomía tan dulce! ¡Apostaría á que la amaban mucho sus súbditos! ¡Qué desgracia es que no sepa una nada, Dios mio! añadió Maria con un sencillo acento de pesar; pero vd. que todo lo sabe, señor Bonaquet, debe vd. conocer el nombre de esta buena reina. Díganoslo vd., porque mi pobre José no es mas fuerte que yo en historia.

Tratábase, como ya se habrá adivinado, del retrato que representaba á una muger en traje de gala de la corte imperial, la madre de Eloisa. Complacida esta de las simpatías que las facciones de su madre inspiraban á Eloisa, le respondió con una tierna sonrisa:

—No puede vd. figurarse, señora, el placer que me causa con decir que la fisonomía de esa muger le agrada; bien que lo juzga vd. con entera justicia: su dulzura y su bondad la hacian amar de todos, y todos los dias, al contemplar su imagen querida, recuerdo su ternura y sus virtudes.

—¿La conocia vd. acaso, señora? dijo María asombrada.

¡Era mi madre!

—¡Su madre de vd., señora! exclamó Maria cada vez mas atónita y no pudiendo dar crédito á lo que oía.

—¡Dios mio! ¡Esa hermosa reina era su madre de vd!

—Mi esposa no ha tenido tan régios destinos, querida amiga, repuso Bonaquet sonriéndose; ese brillante trage engaña á vd.; los originales de esos retratos no eran reyes ni reinas, sino....

—¡Ah! ya sé: actores, ¿no es cierto? dijo con viveza Maria, encantada de su penetracion, que espresó con un acento de respetuosa deferencia, porque un cómico le parecia un personaje: si, actores son con sus mejores trages de teatro: allá arriba hay otra dama disfrazada de marquesa, con su tonillo y todo.

—Santa simplicitas! murmuró Bonaquet mirando á su esposa.

Esta á pesar de la emocion que le habia causado el recuerdo de su madre, no pudo menos de sonreirse de la ingénua equivocacion de la jóven, mientras que Gerónimo añadía alegremente:

—Otro error, querida amiga; pero er-

ror que se concibe muy bien, porque los personajes que ve vd. ahí se veían á veces obligados á comparecer con todos estos atavíos en un teatro donde se representan comedias bien mezquinas. Ese teatro se llama la corte.

—Y muchas veces hay que aceptar en él un papel contrario á la modestia y sencillez de nuestros gustos, añadió Eloisa, mi madre era poco aficionada á la corte.

—¿La corte? ¿Un papel? repitió Maria esforzándose inútilmente por comprender.

—Y volviéndose en seguida hácia su marido:

—¿Lo entiendes tú, José?

—A fé mia que no, respondió Faveau con ingenuidad. Y dirigiéndose á Eloisa:

—Tiene vd. que disculparnos, señora, nosotros no salimos de la tienda, y de consiguiente ignoramos una porcion de cosas; nuestro amigo Gerónimo, que ve tanta gente, es un gran personaje al lado nuestro.

—En una palabra, mi buen José, replicó el doctor, ve aquí el enigma: mi esposa pertenece á una muy noble y antigua familia que ocupó altos empleos en el estado.

Estos retratos son los de sus parientes mas próximos, así como ves ahí tambien los retratos de mi buen padre y de mi querida madre.

—Esa buena anciana de papalina, ¿no es cierto, señor Bonaquet? repuso María examinando el cuadro con atencion; y en seguida añadió: pues bien, yo que no entiendo de pintura, apostaria á que su querida madre de vd. tenia un corazon de oro. Mira, José, ¡qué aire tan bondadoso!

—¡Oh! es cierto: es de esas personas á quienes basta ver para amarlas.

—¿Es particular! exclamó María con aire pensativo, contemplando sucesivamente los retratos aristocráticos y los retratos plebeyos: allí una gran señora en traje de corte..... aquí una buena muger con papalina.

Y despues de un momento de silencio, añadió la jóvea como si respondiera á un pensamiento secreto.

—Y bien mirado, ¿por qué no?

—Vamos, querida amiga, dijo alegremente el médico: sea vd. franca como siempre... diganos vd. todo su pensamiento.

—¡Oh! no tengais miedo, repuso el buen

José, que aguardaba las palabras de su mujer para saber si debía ó no mostrar asombro de que Bonaquet se hubiese casado con una gran señora: no tengáis miedo, Gerónimo: que cuando Maria no diga lo que piensa, es porque estará muda.

—Lo que piense es muy sencillo, replicó madama Faveau.—Primero, decia entre mí; ¡calla, calla! es chocante que monsieur Bonaquet, amigo de nosotros, pobres mercaderes, se case con una hermosa dama de la nobleza, cuyos padres eran de la corte! Y luego, reflexionando, añadía: ¿Y por qué me ha de extrañar ese casamiento? Ellos se amaban y se convenian mutuamente, y se han casado: bien hecho. ¿Acaso si hubiera sido yo hija de un fuerte banquero, me hubiera impedido eso casarme con José, porque este no fuera mas que un comerciante á la menuda? Y si José hubiese sido banquero fuerte, ¿no se habria casado conmigo, aunque fuera yo hija de modestos mercaderes?

—¡Yo! exclamó José; primero hubiera consentido en dejarme hacer tajadas, que renunciar á ser tu esposo.

—¡Pardiez! Yo lo creo, señor José, respondió la jóven riendo con cierta espresion

de coquetería. Eso es para decir á vd. señor Bonaquet, que, en mi sentir, cuando las personas de corazon se aman, es muy natural que se amen sin reparar en condiciones. Ni riqueza ni nobleza hacen nada para el amor, porque ni con la riqueza se adoran los esposos, ni con la nobleza se acarician. Pero una cosa debo decir, añadió Maria poniéndose seria y casi conmovida dirigiéndose á Eloisa: para ser una gran señora no tiene vd. orgullo ninguno, lo que prueba que tiene vd. buen corazon. Y estoy tan á mi placer á su lado de vd. ahora, como cuando ignoraba su condicion. ¡Oh! A la verdad que no es vd. orgullosa.

—Se equivoca vd., señora, replicó Eloisa alargando la mano á la jóven con una cordialidad mayor todavía: tengo orgullo de haber presentado, por lo que mi marido decia de vd., que no habia cosa mejor que su corazon de vd. nada mas amable que su carácter y talento natural.

—¿De veras lo cree vd. así, señora? respondió Maria estrechando con efusion la mano que le alargaba Ma.^a Bonaquet.... Pues bien: tanto mejor; parecia natural que sus elogios de vd. me dejasen cortada

y por el contrario me causan gran placer por José y por mí. Quizá sea un poco de orgullo de mi parte: pero ¿qué quiere vd.? No puedo menos de decir lo que pienso.

— ¡*Sancta simplicitas!* murmuró de nuevo el doctor Bonaquet mirando á su muger con una dulce emocion de que esta participaba.

— En aquel momento el anciano criado abrió la puerta del salon, y fué á hablar en secreto á Mad. Bonaquet. Esta dijo entonces á su marido:

— Amigo mio, son ya mas de las siete y monsieur Ducormier no viene: creo que podamos mostrarle sin cumplimiento: ¿quieres que comamos?

— Sin duda habrán detenido á Anatalio algunos asuntos imprevistos, respondió Geronimo Bonaquet: lo puede tardar en llegar; pero entre amigos no debe haber cumplimientos, ¡á fe mia! sentémonos á la mesa.

Eloisa hizo una señal al anciano criado, y este se marchó.

— Eso es, á la mesa: es el medio mejor de hacer venir á ese perezoso Anatalio, dijo alegremente Favéau.

—Y como nosotros tenemos la costumbre de comer siempre á las cinco, añadió no menos alegremente Maria, sucede, señor Bonaquet, que tengo una hambre que no veo, y voy muy lindamente á curarme esta enfermedad sin necesidad de sus recetas de Vd., porque...

Al llegar aquí se interrumpió, y dirigiéndose á su marido, que aunque de modales no muy refinados trataba de hacerle comprender por señas que era inútil hablar de su apetito, añadió:

—¿Qué es eso, José? ¿Qué tienes?

—¿Yo?... Nada, nada, Maria, se apresuró á decir Faveau poniéndose colorado; andaba buscando donde poner tu chal.

En efecto, el buen hombre estaba todavía con el chal doblado sobre el brazo.

—¡Bah! ¡Ya comprendo! dijo Maria riendo como una loca; me haces esas muecas porque he dicho que tengo buen apetito, ¿no es cierto?

—No, no, respondió José cada vez mas turbado; no era eso.

—Quizá entre gente bien educada no deba decir una que tiene hambre cuando la tiene. Si es así, continuó jovialmente Maria

mirando á Eloisa, perdoneme usted, señora.

—Al contrario, Vd. es la que debe perdonar que la hagamos comer tan tarde, replicó Eloisa en el mismo tono festivo, y á riesgo de que me reprenda tambien el señor Faveau, confesaré que tengo mucho apetito; pero afortunadamente nos llaman á la mesa añadió madama Bonaquet, viendo al anciano criado abrir las dos hojas de la puerta del salon que conducia al corredor. Señor Faveau, déme Vd. su brazo.

—A fé mia, tanto peor para Anatalio, dijo el médico tomando á su vez el lindo brazo de Maria; nos hallará á la mesa y eso le enseñará á no tener asuntos imprevistos.

Y entrando á la sazón los cuatro en el comedor, se sentaron á una mesa modestamente puesta, pero notable por su esmerada limpieza.

La conversacion continuó del modo siguiente entre los cuatro interlocutores:

—En realidad, dijo el doctor Bonaquet á su muger, no debe estrañarnos demasiado la falta de puntualidad de Anatalio, querida Eloisa: una mudanza no es gran cosa para un soltero; pero acaso nuestro amigo se habrá ocupado en ella, y de ahí provendrá su tar-

danza.

—¡Pues qué! ¿Se muda Anatalio? preguntó Faveau.

—Sí, mi buen José, respondió el doctor; Anatalio viene á vivir á nuestra casa y á establecerse al lado nuestro.

—¡Miren el tuno! Ayer estuvo comiendo con nosotros y ni siquiera nos dijo una palabra, ¿no es verdad, Maria?

—Así es, respondió la jóven; y en eso no se portó bien.

—Debo defender á Mr. Ducormier en ese punto repuso Eloisa, porque ayer no habia tomado la resolucion de que habla á vds. mi esposo.

—Pues entonces, replicó José, ¿cómo se compondrá con su embajador? ¿No vuelve ya á Lóndres?

—No, mi querido José; abandona su cargo de secretario, y yo tengo la seguridad de buscarle aquí ocupacion.

—Me alegro infinito, dijo Faveau mas á sus anchas al ver la afabilidad de Bonaquet y su esposa; y digo que me alegro, por dos razones: primero, porque veremos con mas frecuencia á Anatalio, y luego, porque en mi sentir..

—¿Qué?

—En mis cortos alcances creo que para gentes como nosotros, el trato del gran mundo no es saludable. Y debe ser así cuando Anatalio, un corazón de oro, un mozo de talento, si los hay... (Y Faveau añadió interrumpiéndose.) La verdad, Gerónimo, ¿no has encontrado á Anatalio algo cambiado?

—Sí... no era ya nuestro amigo de otro tiempo; pero á Dios gracias, dentro de poco, mi buen José, le volverás á ver tal como era antes.

—Lo cierto es, replicó jovialmente Maria, que José me dijo ayer: «veras qué buen chico es Anatalio y qué tímido! ¡Es una verdadera niña!» De suerte que creyéndole yo realmente una niña, le hice por mi misma mano crema de chocolate.... mi plato favorito.

—¡Y qué! exclamó Bonaquet, ¿habrá hecho á Vd. Anatalio el agravio de no comer de esa excelente crema de chocolate, señora Faveau?

—¡O..! no, el señor Anatalio es sobrado fino para haberme hecho semejante afrenta, señor Bonaquet,. Comió de ella y repitió.

—Lo que no me estraña, dijo el doctor; porque yo...

— ¡Oh! en cuanto á Vd., señor Bonaquet, dijo Maria riendo como una loca, no habia quien le quitase sus tres platitos.

— Y no tomaba mas por discrecion, añadió riendo el doctor Bonaquet.

— Pues bien, replicó Maria, me ha parecido el señor Anatalio un muchacho alegre, bueno si se quiere; pero en cuanto á tímido y á ser una verdadera doncellita, eso ya es otra cosa. Así fué que al oirle hablar de todos esos grandes señores y de todas esas hermosas señoras, que, segun nos decia, veia todos los dias; de esas fiestas, de esos bailes soberbios que nos pintaban de una manera deslumbradora, me sentí al principio casi avergonzada de la pobre comida con que le obsequiábamos en nuestra trastienda, hasta que despues dije para mí: ¡Diantre! Uno no pasa de ser lo que es, y sobre todo dá lo que tiene: nosotros recibimos al señor Anatalio cordialmente, y cordialmente debe estar él con nosotros, puesto que es uno de los mejores amigos de José. Y se me fué el empacho del mismo modo que vino. Por lo demás, el señor Anatalio estuvo muy amable, y solo me pareció un poco burlon pero habla con tal soltura y sabe tantas historias, que hizo se nos pasase la noche co-

mo un relámpago: eran las once cuando creíamos que no serian todavía las ocho, ¿no es cierto, José?

— Seguramente; y estábamos tan despiertos y despavilados, que nos ocurrió la idea de ir á embromar á Anatalio al baile de la Opera, donde nos encontraste.

— ¿Qué tienes, amigo mio? dijo de repente Eloisa á su marido: parece que estás inquieto.

— Van á dar las ocho y Anatalio no viene, respondió el médico: á pesar mio me pone en cuidado esa tardanza. Pero, ¡bah! Es una locura alarmarme. ¿No tengo acaso su palabra? Vaya, mi buen José, un vaso de vino añejo de Burdeos (regalo de uno de mis enfermos) á la pronta llegada de Anatalio y á su feliz vuelta á nuestra compañía.

— Con todo mi corazon, Gerónimo, porque Anatalio es en el fondo el mozo mejor del mundo. Pero en lo físico es en lo que ha cambiado. Cuando pienso que al separarnos de él llevaba zapatos con lazos, una gorra de piel de nutria y una chaqueta muy corta de mangas, y ahora le veia puesto como un príncipe, osado como un

page y hablando de príncipes y duques como pudiera hablar de un cualquiera, no podía volver de mi admiracion y de escucharle embelesado. ¿Será posible decia entre mi, que este gallardo mozo que debe hacer perder el juicio á todas las mugeres, sea nuestro Anatalio de otro tiempo?

—Y es la pura verdad, señora, repuso Maria. Figúrese vd. que desde ayer no ha cesado José de repetirme: ¡Dios mio, qué hermosa fisonomia tiene Anatalio! ¡Qué aire tan galante! ¡Qué maneras tan distinguidas! ¿Qué debo parecer yo á su lado? ¡Cuanto daria por parecerme á él!

—Verdad es, replicó el buen José. ¿No es cierto, Gerónimo, que nosotros somos unos paletos al lado de ese gallardo mozo? *

—No es cierto, señora, que José dice necedades? exclamó Maria ruborizándose de impaciencia, ¿Qué significa ser unos paletos? ¿Que se parece menos bien que este ó que el otro? ¿Y á los ojos de quién? probablemente á los de su muger de vd. señor José, porque ella es la que mira eso, en atencion á que no mira mas que á vd. Y si su muger de vd. le encuentra bien, como no puede menos de suceder, no deja de ser una ga-

lanteria decir que es vd. un paleta. Entonces piensa vd. que su muger tiene mal gusto, ó que no lo entiende, puesto que prefiere á vd. á todos.

Habia tanta sinceridad en esta salida de Maria, y tanta exactitud en sus palabras, que Eloisa dijo sonriéndose á José:

—Debo confesar, caballero, que merece vd. esas reconvenciones. Mad. de Faveau tiene muchísima razon: nosotras las mugeres somos los únicos, los mejores jueces de las esterioridades que nos agradan.

—Vamos, señora. soy un torpe, dijo José, pero, ¿qué quiere vd.? Amo tanto á ese diablito y me hace tan dichoso, que á veces quisiera ser el hombre mejor, mas gallardo y mas rico del mundo para ser digno de toda la felicidad que le debo.

Pronunció Faveau estas últimas palabras de una manera tan sentida, y miró á su muger con aire tan tierno, que Maria, procurando contener una lágrima que asomó á sus ojos, exclamó:

— ¡Bah! José: lo que he dicho no pasa de ser una chanza: no tengo desconfianza alguna, y vienes á decirme cosas que hacen salir lágrimas á los ojos. ¿No es verdad, señora,

que eso no es generoso?

Eloisa, que cada vez se aficionaba mas á Maria, cuya gracia, rectitud y sinceridad la encantaban, iba á responder, cuando entró el anciano criado y entregó una carta al doctor.

—Es letra de Anatalio, dijo entre sí Bonaquet con una inquietud involuntaria. Y dirigiéndose á su muger:

—Quieres, le dijo, que volvamos al salon?

Terminada la comida, se levantó Eloisa, tomó el brazo de Faveau, mientras que el doctor ofreció el suyo á Maria, y los cuatro salieron del comedor.

XXII.

Luego que entraron las cuatro en el salon, el doctor Bonaquet, deseoso de saber el contenido de la carta de Anatalio Ducormier, dijo á madama Faveau y á Eloisa, mostrándoles el billete que tenia en la mano:

—Con su permiso de vd., señora.

Y leyó lo que sigue:

«Mi querido Gerónimo: He cambiado de

proyecto, y de consiguiente, no cuentes conmigo. Nunca olvidaré la nueva prueba de amistad que me has dado esta mañana; pero el entusiasmo de esa amistad nos ha estraviado á ambos: tu has creído que á mi edad podría yo modificar mi carácter, mis ideas, mis hábitos, y por un momento llegué también á participar de esa idea, fascinado por la influencia de nuestro antiguo cariño.

«Es ya demasiado tarde para volver á lo pasado: el dado está arrojado, y tengo que seguir la corriente que me arrastra.

«En cuanto á la palabra de hombre de bien que te dí, jurándote seguir tus consejos, tienes sobrado juicio y talento para dar una importancia exagerada á un juramento hecho sin reflexion en el calor de la conversacion.

«Te conozco, querido Gerónimo, y sé que mi carta te apesadumbrará, te irritará y te hará sin duda injusto hacia mí; de consiguiente, no estrañarás que por algun tiempo no vaya á verte.. Aguardaré para reanudar nuestras relaciones á que tus reflexiones, tan cuerdas siempre, te hayan demostrado que no me quedaba otro partido que el que he tomado, y de que ningun po-

der humano podría hacerme apartar, en lo sucesivo.

«Adios, amigo mio, y queda tuyo, á pesar de todo,

A. Ducormier.»

El primer movimiento de Gerónimo, al leer aquella carta, fué ocultar su rostro entre las manos y dejarse caer abatido en un sillón murmurando con voz sofocada:

—¡Desventurado! ¡perdido sin remedio!

—Amigo mio, le dijo con viveza Eloisa: ¿qué tienes?

—¿Qué sucede, Gerónimo? preguntó José Faveau.

—Eloisa, repuso el doctor con desaliento: ya te referí mi conversacion con Anatolio esta mañana, mis temores, mis esperanzas casi seguras, y por último su promesa formal de venir á vivir con nosotros y de renunciar á una vida que no puede menos de arrastrarle á un abismo de males.

—¿Y esa carta?... preguntó Eloisa.

—¡Anatolio falta á su palabra y se lanza ciego en el torbellino que ha de perderle!

—¡Ay amigo mio! exclamó tristemente Eloisa: mis presentimientos no me engañaban: esa conversion era demasiado súbita

para que fuese duradera.

—¡Faltar así á la palabra de honor que te habia dado! dijo con severidad, y no se necesita mas para juzgar á un hombre: nuestro Anatalio de otro tiempo no hubiera prometido nada, ó de lo contrario, habria cumplido lealmente su promesa.

—Entonces, José, replicó entristecida Maria, despues de haber escuchado con atencion, no debemos volver á ver al señor Anatalio: poco le importará eso en verdad, pero procederemos como nuestro amigo el señor Bonaquet: su pesar prueba que tiene ahora mala opinion del señor Ducormier.

—Amigo mio, dijo Floisa despues de refleccionar un momento; antes de renunciar á todo, ¿por qué no hemos de intentar un último esfuerzo con el señor Ducormier? La influencia de tu amistad es mucha, y quizá logrará todavia atraerla al buen camino.

—Ya pensaba en eso, respondió Gerónimo Bonaquet, porque no es cólera lo que me inspira, sino compasion, sobresalto. No, no; las lágrimas que derramaba esta mañana, su profunda emocion, su juramento solemne y es-

pontáneo, todo prueba que no se han estinguído en él completamente los sentimientos generosos; indudablemente han sobrevenido circunstancias fatales para que se haya retratado tan cruelmente.

Cuanto mas en peligro se hallan las personas á quienes amamos, tanto menos nos conocen, y tanto mayor es su ingratitud, por lo cual debemos redoblar nuestros cuidados y desvelos hacia ellas. Y luego salvar á Anatolio; no solo salvarle á él mismo, sino impedirle quizá que haga mucho mal. Su alma, ulcerada por los desdenes del mundo en que vivia, se ha impregnado en el ódio, en la venganza ciega y perversa, porque se le escaparon estas odiosas palabras: «¡Paciencia, paciencia! ¡Algún dia el martir se convertirá en verdugo!»

A estas palabras no pudo contener Maria un grito de espanto, y ocultó su rostro entre las manos.

Entonces Eloisa, acercándose solicita á la joven, que parecia estar triste hacia algunos momentos, le dijo:

—¡Dios mio! ¿Qué tiene vd. querida mia?

—Nada, señora, respondió la joven estremeciéndose y procurando ocultar su emo-

cion; no tengo nada.

—Si, Maria, algo tienes, repuso José cada vez mas inquieto... Conozco bien tu fisonomía... y te veo toda trémula como estabas anoche cuando salimos del baile de la Opera... Verdad es que así que llegamos á casa desapareció tu inquietud y recuperaste tu buen humor, de tal manera que no insistí en saber lo que te habia entristecido tan súbitamente al salir del baile... Pero ahora vuelves á estar como anoche... ¿No es verdad, Gerónimo, que está demudada?

—Así es, respondió el médico olvidando por un momento los cuidados que le inspiraba Ducormier, y mirando á Maria con atención: está vd. pálida y tiembla su mano de vd. En nombre del cielo ¿qué tiene vd.?

Desques de un momento de silencio, la jóven pareció hacer un esfuerzo penoso sobre sí misma, y dijo al doctor con voz alterada:

—Señor Bonaquet, ¿qué piensa vd. de la «buenaventura?»

—Esplíquese vd., querida señora, dijo el médico sorprendido de aquella singular pregunta.

—Quiero decir, replicó Maria, que si cree

usted que lo que predice en las adivinas puede suceder.

— ¡Bah! exclamó José; ¿vas á pensar todavía en ese estúpido y atroz vaticinio de que te burlabas ayer con toda tu alma?

— Ayer si, me burlaba, mi buen José, respondió tristemente Maria; pero ahora no me atrevo á hacer lo mismo.

— ¿Y por qué? preguntó José

— No sé, respondió la jóven con abatimiento; es una cosa que no me acierto á esplicar, pero que me asusta.

Eloisa y Gerónimo se habian mirado diferentes veces sin comprender las palabras que José y Maria cambiaban entre si.

— El docior Bonaquet rompió al fin el silencio.

— Si no me engaño, dijo, querida señora, se trata de alguna predicción que han hecho á vd.: esa predicción la alarma, y me pregunta vd. seriamente (porque á la verdad merece vd. que la riña) si creo en las bachillerías de las adivinas.

— ¿No es verdad, Gerónimo, dijo con viveza José, que eso no es mas que un cúmulo de necedades sin plan ni concierto?

— Puedo ilustrar á vd. sobre el particular

con tanto mas motivo, respondió el doctor Bonaquet, cuanto que visito á una enferma que es una de las adivinas mas célebres de Paris, muger por otra parte muy singular, y de la que creo haberte ya hablado, mi querida Eloisa, añadió dirigiéndose á su muger.

—En efecto, amigo mio; en tu opinion esa pobre criatura, en vez de buscar, como tantas otras, personas á quienes engañar, es ella misma la que se engaña, creyéndose dotada de lo que llama «segunda vista.»

—Si me atreviera á hablar á vd. facultativamente, señora Faveau, repuso Gerónimo la explicaria los estudios que he hecho acerca de esa pobre muger jóven, linda y de mucha penetracion, y sobre ese fenómeno de supuesta adivinacion que se presenta en ella casi siempre despues de las crisis de una enfermedad terrible, y por desgracia incurable; sin ir mas lejos, amigos míos anoche mismo cuando me encontrásteis en la Opera, habian ido á buscarme á toda prisa, porque le habia dado á una muger un ataque de catalereia... y esa muger...

—¡Era ella! exclamó Maria estremeciéndose: ¡ya me lo presumia yo!

—¿Quién? preguntó Gerónimo.

—Señor Bonaquet, esa adivina á quien conoce usted, replicó Maria con acento oprimido, ¿dónde vive?

— En la calle de Saint-Avoye, respondió Gerónimo.

—¿Y se llama madama Grosmanche? preguntó Maria.

—Exactamente, dijo Gerónimo: ¿conque es esa mujer á quien ha consultado Vd.?

—Sí, querido amigo, respondió José. ¡Oh! Confunda el infierno á esa maldita bruja, así como á la necia mujer que fué la primera en sugerir á Maria la idea de poner los pies en esa caverna!

—Vamos, José, replicó el médico: hablando así, no harás mas que aumentar los temores de tu muger en vez de disiparlos.

—Y Vd., hija mia, añadió Eloisa estrechando afectuosamente la mano de la jóven entre las suyas, Vd. que tiene tan buen juicio ¿cómo puede Vd. ceder á esas locas aprensiones?.... Y luego, vamos á ver, añadió Eloisa sonriendo con el objeto de tranquilizar á Maria, ¿qué le ha vaticinado á Vd. esa adivina, que para mí, si no es loca, le falta muy poco?

—Me ha vaticinado, respondió Maria es-

tremeciéndose, que moriría en un cadalso.

— ¡Horrible es eso! exclamó Eloisa sin poder dominar su primer movimiento. Luego añadió pero lo absurdo de esa predicción misma debe no solo tranquilizar á Vd. sino hacerla mirar con desprecio.

— Y yo digo á Vd. que esa adivina es una loca rematada, repuso el médico; pues ni ella misma sabe lo que dice sus palabras son parte de un cerebro delirante. En fin... y o....

— Mire Vd., señor Bonaquet, replicó Maria interrumpiendo al doctor; sin presumir yo de ilustrada, habia tomado hasta ahora el partido de reirme de esa predicción; pero va Vd. á ver si me faltan motivos para abrigar temores. Cuando fui á consultar á esa adivina, aguardé mi vez en la oscuridad, con dos mugeres á quienes no conocia, ni ellas á mí tampoco. Luego que estuve sola con la adivina, me dijo esta, á lo que me acuerdo, que tarde ó temprano debia ocurrir algo entre aquellas dos mugeres y yo.

— ¿Y á esas mugeres no las ha vuelto Vd. á ver? dijo el doctor.

— Sí, dijo Maria: anoche.

— ¿Anoche? dijo sorprendido el doctor.

— Sí, respondió Maria. ¿No fué á buscar á

usted una jóven á la Opera?

—Sí, la señorita Duval, respondió Bonaquet, que vino á suplicarme que fuese á ver á su madre.

—El señor Anatalio se habia encargado de dar á Vd. el aviso de esa señorita y le estaba dando esta las gracias por su ofrecimiento, repuso Maria, cuando vi que un dominó negro se acercó á hablar al oido del señor Anatalio, á cuyo lado me hallaba. De consiguiente, estábamos á la sazón tres mugeres cerca de él. De repente, anadió Maria estremeciéndose de nuevo, una voz que salia de detrás de una columna dijo; «Ya estais las tres reunidas; acordaos de la calle de Saint-Anoye...»

—Gerónimo, dijo asustado José; ¿Oyes? ¿Oyes?

—¿Y qué tenemos con eso? dijo el doctor Bonaquet encogiéndose de hombros: ¡Vaya una cosa del otro mundo! Esa adivina encuentra en el baile de la Opera donde hay quizá dos ó tres mil personas, dos mugeres á quienes ha dicho la buenaventura; ¡primer prodigio! Como esas dos mugeres son de notable belleza (perdone Vd. el cumplimento, señora Faveau pero me ha puesto Vd. en el caso

de hacerlo,) la adivina, que tiene buena memoria, las reconoce: ¡segundo prodigio! Por último, viendo reunidas á aquellas mugeres con otro dominó, les dice con la diabólica penetracion de una energúmena: «Ya estais las tres reunidas! ¡Acordaos de la calle de Saint-Anove» ¡Tercer prodigio! ¿No es cierto?

—Gerónimo tiene razon, respondió José: reflexionándolo bien, nada hay en eso de extraordinario, querida Maria, y no vale la pena siquiera de pensar en ello.

—Todo cuanto puedo decir á vd., señor Bonaquet, repuso tristemente la jóven, es que cuando, la adivina nos dijo aquellas palabras á las tres que rodeamos al señor Anatalio, senti oprimírseme el corazon de tal modo, que mi buen José no pudo menos de notar mi tristeza.

—Si, y hasta dijistes que yo era la causa de esa súbita tristeza.

—En verdad, repuso Maria; pero pasado aquel momento, tanto por olvidar, como por no alarmarte, José, opine como el señor Bonaquet, que aquello no pasaba de ser una casualidad; me armé de todo mi valor, y para no pensar mas en ello, dije á José toda clase de locuras: de suerte que esta mañana, ya lo

habia olvidado todo.

—¿Pues qué te ha traído á la memoria esa maldita idea?

—No puedo explicarlo; pero la recordé hace un momento cuando el señor Bonaquet se apesadumbraba por la falta de palabra del señor Anatatio, diciendo que queria salvarle, no solo por él sino por los males que podia hacer por odio y por venganza, puesto que habia dicho que de martir se convertiria en verdugo. Al oir la palabra verdugo recordé la guillotina, se me vinieron á la memoria las palabras de la adivina, y se apoderó de mí un frio mortal. ¡Ay! lo que digo es una ridiculez van vds. á reirse de mí y tendrán vds. razon; sé que es una necedad temer que el señor Anatatio, por malvado que se haga, llegue á ser mi verdugo y me haga morir en el cadalso. Sin embargo, digo francamente lo que experimento: indudablemente esto pasará, pero por el momento tengo una tristeza mortal: no sé por que pienso en abrazar á mi pobre hija como si no debiera volverla á ver mas...

—Y al decir estas palabras experimentó un temblor general, y rompió á llorar.

—¡Marial. . ¿Lloras? exclamó José arro-

jándose á los pies de su muger y sin poder contener él mismo sus lágrimas: ¡mira que esos temores son insensatos!... ¡Gerónimo!... ¡Señora!... ¡Decídselo como yo! ¡Oh! ¡Qué desgraciado soy!

La emocion de Maria y la causa de esa emocion eran tan estrañas, tan inesplicables, que Gerónimo y su muger, á pesar de la cordura y firmeza de su juicio, permanecieron sorprendidos y silenciosos por un momento.

El doctor Bonaquet rompió el silencio el primero, y dirigiéndose á Maria con acento paternal, le dijo:

—Si dijese á Vd., querida niña, que la impresion que siente es injustificable, mentiría: comprendo muy bien que aunque muchas cosas pueden explicarse fácilmente por la casualidad, hay circunstancias que pueden asombrar y hasta asustar á los caracteres mas firmes: comprendo tambien que, comparando lo que ayer sucedió en la Opera con los temores que yo manifestaba hace poco sobre las funestas tendencias de Anatalio, haya vd. tratado vagamente en el primer momento de terror, de explicar por mis palabras el sentido de la insensata y terrible

prediccion que han hecho á vd. ¡Ay! Esos extravíos de la imaginacion no se meditan, sino que existen porque existen.

Pero, querida mia, hecha esa concesion á la debilidad del espiritu humano, tiene Vd. que confesarme y vd. misma lo ha dicho, que un mediano juicio debe bastar para tranquilizarla. Vamos á ver, francamente: por malvado y perverso que se pueda suponer á Anatolio, ¿cómo podrá nunca llegar á ser verdugo de vd., y hacerla morir sobre el cadalso? Reflexione vd, bien las garantías que le dan lo presente y lo pasado. Hija querida de sus ancianos padres de vd., esposa idolatrada del buen José, madre feliz entre todas las madres, satisfecha de su humilde condicion, en la que halla vd. bien estar y felicidad, ¿no está trazada toda su vida de vd. de antemano? Porque en último resultado, el buen sentido, la razon, son tambien adivinos, y hasta cierto punto infalibles. Debe vd., pues, creer en la felicidad, y esta es una prediccion que desafío á la suerte á que no se cumpla.

—Y además, querida Maria, añadió Eloisa tomando la otra mano de la jóven, permita vd. esta franqueza á mi sincero aunque re-

ciente cariño. ¿No tiene vd. amigos buenos y seguros? Y créalo vd.: esos amigos, no diré al primer peligro sério, pues no es posible creer que llegue á amenazar á vd. sino de una mirada con Gerónimo: mi marido y yo aconsejamos á vds. que no vuelvan á ver á Mr. Ducormier. Maténganse vds. firmes en su resolucion, pues no podrán vds. menos de perder en tratarse con él.

—Vamos, querida Maria, ¿no ve vd. con cuántos corazones tiernos y solícitos puede contar? Créame usted, pobre niña, arrostre vd. sin temor en su pensamiento las suposiciones mas siniestras, y pregunte usted despues lo que pueden pesar esas funestas ilusiones al lado de los cariñosos corazones que la protegen.

—Yo habia dicho á vd. señora, que mi tristeza pasaria,—repuso Maria enjugando sus ojos, humedecidos con las lágrimas, y procurando sonreirse.—Con sus tiernas palabras de vd. se tranquiliza mi corazon, y desaparecen mis funestos presentimientos, Me parece que despierto de un sueño fatal. y ahora me avergüenzo de haber sido tan niña. Pero la emocion era mas fuerte que yo, y en el primer momento he sufrido mucho.

Perdóneme vd. pues no ha estado en mi mano el evitarlo. Vamos, José, despedámonos de estos señores, que ya es tarde; me siento fatigada, y he prometido á mamá, que se ha quedado cuidando de la tienda, volver temprano.

—Y mañana —dijo Eloisa alargando la mano á la jóven,—iré á saber como se siente vd., querida Maria. Espero que todas esas tristes ideas habrán pasado como un sueño.

—Tambien yo lo espero, señora, porque olvidados esos necios pensamientos, solo nos quedará á Jose y á mi el recuerdo de su amable recibimiento de vd. de esta noche. ¡Oh nunca lo olvidaremos!

—No, señora, nunca,—dijo José abrigando á Maria con el chal, que al fin desdobló; y por lo que hace á ese maldito Anatalio, que es ya para todos un truan, y ha faltado con Cerónimo á su palabra de honor, le cerraremos la puerta, á menos que mas adelante se enmiende... ¡y entonces, como entonces!

—¡Oh! lleva á cabo esa resolucion, mi buen José,—esclamó Maria;—porque te confieso que no podré volver á ver á Mr. Anatalio sin que se me oprima el corazon, sin sen-

tir una especie de terror que me hará mal.

—Ambos tienen vds. razon,—dijo Eloisa cambiando una mirada con Gerónimo:—mi marido y yo aconsejamos á vds. que no vuelvan á ver á Mr. Ducormier, Manténganse vds. firmes en su resolucion, pues no podrán vds. menos de perder en tratarse con él.

—Si,—repuso Bonaquet;— te encargo que no le recibas: si vuelve al buen camino, ya es otra cosa; pero de todos modos, no vuelvas á verlo hasta que yo te diga que puedes reanudar tus relaciones con él. Esto te lo digo por interes tuyo, mi buen José.

—Lo sé, amigo mio. Maria y yo tenemos en tí una ciega confianza y seguiremos tus consejos.

—¡Oh! con la mayor voluntad del mundo,—dijo Maria:—vamos, José, despidámonos de esta señora.

—José, voy á salir contigo,—dijo el doctor Bonaquet:—es preciso que haga un último esfuerzo con ese desventurado Anatalio, y que descubra donde vive. Me dijo que esta mañana tenia una cita importante con un amigo de su embajador: quizá me dirán allí las señas de su casa.

Y dirijiéndose á su muger:

—Querida Eloisa,—le dijo;—¿dónde está la casa de Morsenne?

—Calle de Varenne, número 7, amigo mio. Pero ahora que recuerdo,—añadió la joven á media voz,—hemos quedado en ir allá una de las primeras noches en que recibía Mad. de Morsenne: infórmate al mismo tiempo de cuando recibe.

—Así lo haré, amigamia.

Después de una tierna despedida llena de cordialidad se separaron Maria y su marido de Eloisa, acompañados del doctor Bonaquet, para volverse á su tienda.

El médico se dirigió á casa de Morsenne y preguntó á los criados del principe para averiguar la habitacion de Anatalio; pero fué en vano, porque ninguno de aquellos sabia aun que Mr. Ducormier debiese quedar de secretario al lado de su amo. En cuanto á los dias de recibo de la princesa, supo el doctor Bonaquet que esta iba á tener al día siguiente una gran reunion.

Luego que Gerónimo volvió á su casa, convino con su muger en que al dia siguiente harian su visita de boda á casa de Morsenne.

XXIII.

La princesa de Morsenne, como ya se ha dicho, daba una gran reunion al dia siguiente al en que Maria Faveau y su marido comieron en casa del doctor Bonaquet.

Dos guardias municipales á caballo encargados del orden de los carruages, estaban apostados á uno y otro lado de la puerta principal de la casa, abierta de par en par, y únicamente los coches de los embajadores y de los ministros del gobierno del Rey, como se decia entonces, tenian derecho á estacionarse en el inmenso patio de aquel vasto palacio, cuyas ventanas todas despedian una brillante claridad.

Acababan de dar las diez: la interminable fila de carruages con escudos se adelantaba con lentitud, y se detenia sucesivamente delante de la escalinata del palacio. Una porcion de lacayos con vistosas libreas guarnecian el vestibulo, de donde arrancaba una magnifica escalera de marmol blanco con pasamanos: una afombra encarnada ocultaba á medias

los escalones guarnecidos de macetas de naranjos y camelias. Aquella escalera brillantemente iluminada conducia al piso principal, donde estaban los salones de recibo. La duquesa de Beaupertuis ocupaba el piso bajo.

Una reunion numerosa poblaba ya aquellos vastos salones dorados, amueblados y decorados con un lujo deslumbrador. Hallábanse allí la flor de la antigua aristocracia francesa, el cuerpo diplomático y casi todos los altos personajes estrangeros, residentes á la sazón en Paris: notábase tambien á algunos de los ministros de entouces. Como Mr. de Morsenne, par de Francia, se habia dignado algunos años antes aceptar una embajada importante, alimentaba la esperanza de volver á la vida pública, se veia obligado á recibir á los ministros.

Estas pobres gentes completamente desorientadas en medio de aquel mundo en que no tenian relacion ninguna, solo iban á casa de Mr. de Morsenne por conveniencias políticas. Asi es que, despues de saludar á los señores de Morsenne, y cambiar algunas palabras con el principe sobre las trivialidades políticas á la órden del dia, y sobre la cuestion del momento, como decian aquellos *Turgot* y

aquellos *Súliy* en su jerga parlamentaria, se paseaban un momento por los salones, se acercaban á contemplar los balcones ó las flores de la galeria por hacer algo, y luego se eclipsaban bonitamente, no sin haber oído antes diálogos por este estilo.

—Dígame vd., querido, ¿quién es ese hombre gordo de negro que hace cinco minutos está contemplando las cortinas de ese balcon? ¿Qué encontrará en ellas tan digno de atención?

—Será quizá algun ayuda de cámara que habrá visto alguna arruga en la cortina.

—¡Bah! querido: pues que, ¿los ayuda de cámara de la princesa tienen tan mala fama? .. Y luego ese caballero lleva el sombrero en la mano, lo cual indica que no es de la casa.

—Es cierto. Pues ¿quién podrá ser?

O bien:

—¿Quién es ese hombrecillo descolorido que parece un procurador, y á quien nadie habla? Mire vd. como acerca su fea nariz á esas hermosas *strehzia*, figurándose sin duda que tienen olor.

—¡Ay! ya caigo; esos dos desconocidos deben ser ministros; ese pobre Morsenne se

ve obligado á recibirlos.

—Vea vd. ahí á lo que conduce la ambición.

—¿Por qué el gobierno de toda esa clase de gentes no les habia de dar alguna placa ó un gran cordon cualquiera para que se notasen? Asi al mero le evitaria que pareciesen aguadores en dia de fiesta.

—En efecto, y eso seria mas decente respecto á las personas de cierta sociedad que tienen precision de admitir á esas especies en sus salones.

En medio de ese acompañamiento de insolentes sarcasmos era como los pobres ministros efectuaban generalmente su retirada con el corazon henchido de hiel y envidia contra esa incorregible y altiva aristocracia, á quien tenian la cobardia de temer y la bajeza de adular, y que por lo mismo aumentaba su influencia.

La reunion que daba Mad. de Morienne brillaba, pues, en todo su esplendor; un observador habria notado en ella tres circulos bien distintos, cada uno de los cuales tenia su Reina.

—En el salon principal se ostentaba magestuosa sobre su canapé, que venian á com-

partir sucesivamente las mugeres con quienes mas contaba; detrás de ella, sentado sobre una silla de muelle y con el brazo apoyado familiarmente en el respaldo del sofá, estaba el fiel caballero de Saint-Merry; era aquel su sitio habitual, del cual no se movia, y se hallaba con Mad. de Morsenne en el centro de un grupo bastante numeroso de mugeres sentadas en sillones, y de hombres que estaban de pie.

Este círculo, compuesto casi exclusivamente de antiguos amigos y amigas de la princesa, que no habian querido ligarse directa ni indirectamente como el príncipe al nuevo gobierno; este círculo, decimos, en cuanto á las ideas, á los principios y á la inmutable tradicion aristocrática, representaba un pequeño Coblenza.

Allí se traian á colacion los recuerdos y los odios de la emigracion, las aventuras amorosas y caballerescas de los *queridos príncipes*, y el galante desenfado de esos encantadores oficiales prusianos ó austriacos que debian comerse á los ejércitos de la República. Comentábanse á su placer los horrores de la revolucion, y se concluia con una próxima restauracion que debia desembarazar á la

Francia de un *justo medio* sumamente plebeyo. Escusado es decir que en aquel cenáculo hablaban las mugeres de *monseñor conde de Chambord* con un heróico entusiasmo, bastante parecido al místico cariño de las monjas hacia su director.

Los jóvenes de ambos sexos huían, como de una peste de aburrimiento, del pequeño Coblenza, y despues de acercarse á saludar á Mad. de Morsenne, se dirigian con preferencia á lo que se llamaban *Salon azul*, en donde reinaba la jóven duquesa de Beauperruis.

Ese segundo círculo reunia las mugeres mas á la moda. Hablábase en él de modas, de la ópera, de novelas nuevas, de música, de caballos, y sobre todo de galanteria; todas las murmuraciones venenosas, todos los descubrimientos escandalosos en cuanto á rompi-mientos, relaciones ó nuevos compromisos contraídos entre ellos y ellas, toda crónica amorosa, en una palabra, era bien recibida.

Tampoco se desdénaba hablar larga mente de las anécdotas libres mas en boga, y en lano-che de que nos ocupamos se decia por lo bajo, á fin de que la noticia circule mucho,

que en uno de los últimos bailes de la Opera dos distinguidísimas damas habian querido por curiosidad, ir á cenar con sus amantes en casa de una tal Moreau, llamada por mote *Cabrita*, y notable, segun se decia, por su agudeza natural y su charla silenciosa. Se hablaba tambien de canciones nada honestas cantada por la *Cabrita* y escuchadas sin el menor reparo por las dos curiosas que habian conservado puesta castamente su careta durante la comida.

Esparcidos ya esos temas escandalosos, cada cual ponía en prensa su ingenio: los mas osados ó agudos aventuraban dichos picantes, que los menos inocentes fingian no comprender: en aquel terreno de murmuraciones, alusiones y malignidades, procuraban los hombres á porfía hacerse notar de la jóven duquesa de Beaupertuis, que imperaba alli como una verdadera Reina de la belleza.

Finalmente, en lo que se llamaba la galeria holandesa, que contenia una preciosa coleccion de cuadros flamencos, aparte de otra de maestros italianos y españoles, estaba el circulo de Mad. de Robersac, querida en titulo del principe de Morsenne, muger de

talento muy despejado, en extremo insinuante amiga dudosa, pero la enemiga mas peligrosa que pudiera tenerse, y como tal muy temida, la cual se hacia estar siempre rodeada de bajos aduladores.

Mad. de Robersac estaba por lo regular sentada junto á la chimenea, delante de la cual permanecia en pie el principe. Este grupo, bastante considerable en cuanto á hombres, pero poco numeroso en cuanto á mugeres, reunia no obstante, á todas las que se ocupaban de política ó de elecciones académicas especialidad nueva y floreciente entonces en los salones de aquella época. Los candidatos, protegidos con empeño por aquellas hermosas patronas académicas, damas de caridad del talento, que recogian tan cristianamente votos para sus pobres, eran invariablemente sábios que nadie conocia, ó elevados señores, muy conocidos por su nulidad, por derecho de nacimiento, un sillón en la academia, como lo habia tenido el duque de Richelieu, ese ilustre y corrector, escritor, quien todos conocemos.

Si algun aldeano del Danubio ó algun *huron* se atrevia á informarse respetuosamente en su cándida ignorancia de lo que habian es-

crío el señor marqués ó el señor duque para ser uno de los cuarenta inmortales, se le respondia con aspereza: «que en primer lugar el señor marqués ó el señor duque tenían una conversacion muy amena, cualidad inapreciable en un tiempo en que el talento de la conversacion iba siendo cada vez mas escaso, sin contar con que el señor marqués ó el señor duque amaban, como personas de gusto, la bella literatura, y eran además de esos que honraban muchísimo las sociedades literarias y plebeyas, sollicitas siempre en acoger con respeto los altos nombres, en razon al lustre que prestaban á gentes tan oscuras.»

El círculo reunido en torno de madama de Robersac se componia, pues, de hombres de alto nacimiento, temporalmente aliados al gobierno de entonces por la dignidad de pares de que gozaban, y de *preciosas* políticas (Moliere es de todas épocas) ó de *preciosas* literatas.

En este círculo, mitad tribuna y mitad academia, se notaban además algunos jóvenes tierneitos de alta cuna, tan bien estirados, ignorantes y presumidos, que despues de haber hecho insertar en oscuras *Revistas* unas cuantas variedades políticas, corregidas por

sus preceptores ó por sus papás, jugaban al hombre de estado y al diplomático, repitiendo á cada paso: «que Fox era ministro á los veinte años.» Estos pequeños Metternich, es - tos Talleyrand que el día antes estaban, como quien dice, en mantillas, debían por derecho de nacimiento, ocupar algún día las grandes embajadas, y miraban muy por encima del hombro á los iguales suyos, que, mas razonables ó mas modestos, preferían las modistillas, los clubs, el lansquenet y las carreras de caballos.

La simple descripción del personal del círculo presidido por madama de Robersac, de una idea de la pesadez de la conversacion que en él reinaba.

Pasábase sucesivamente de la altura de una literatura caduca á las sublimidades de una política chocha; pero en este punto al menos pegaban á mansalva contra los novadores, los revolucionarios de todas clases, menospreciadores de la religion, de la familia y de la propiedad, odiosos, malvados, cuya creciente osadía asustaba, y á quienes era una lástima no poder ahorcar ó quemar, porque la prision no bastaba á refrenar á esa execrable raza.

A las once en punto. Mad. de Robersac, que no asistia mas que una ó dos veces al mes á las reuniones semanales de la princesa, abandonaba la casa de Morseune. La mayor parte de las personas que formaban su círculo la imitaban, y se dirigian á casa de la misma, en donde se hallaba el príncipe, que, fiel á su costumbre de todas las noches, iba á tomar el tè á casa de su querida, mientras que Mad. de Morseune continuaba haciendo los honores de la suya.

Escusamos decir que fuera de esos grupos, habia hombres verdaderamente notables que consideraban su riqueza y su nacimiento como altas obligaciones morales, y que, llenos de valor y de desinterés, caminaban lealmente con el siglo, comprendiendo, con el tacto de las personas de talento y de los nobles caracteres, que habia llegado la época de contar, no con su estirpe ni con sus riquezas, sino con ellos propios.

Aparte además de esos grupos, brillaban tambien mugeres de esquisita elegancia, pero no coquetas: instruidas, pero no pedantes; piadosas y no mogigatas, que se honraban con su distinguido nacimiento, pero al que daban tambien honor con su gracia y su buen

gusto, con su inagotable é inteligente caridad, y por último, con su afable y sincera deferencia, sin distincion de clases ni personas, á toda especialidad que mereciese estimacion y consideracion personales.

Tales eran la fisonomia general y los diversos elementos de aquella reunion. Digámos, en fin, que un pensamiento, tan solo manifestado bajo mil formas, dominaba todos los ánimos y servia de tema á todas las conversaciones.

Queremos hablar del matrimonio de Mad. de Blainville con su médico, monstruosidad reciente á que las *contra-circulares*, enviadas con profusion por Mr. de Morsenne daban cierta calsilla de las mas picantes. Aquel consorcio inaudito, ó mas bien aquel monstruoso maridage, como lo habia llamado la princesa en su franco charlatismo, escitaba una indignacion unánime.

Ninguna de las personas reunidas aquella noche en casa de Morsenn se habia descuidado en dirigir al príncipe, á su muger y á su hija algunas sentidas frases relativas al doloroso é imprevisto golpe que habia sufrido su ilustre casa.

Aquella alianza, objeto in idental de todas

las conversaciones, prestaba todavía una nueva animación á la fisonomía de aquella brillante reunión.

Un hombre vagaba de aquí para allá, no menos desconocido y aislado en medio de aquella multitud elegante, que un ministro del gobierno del Rey: aquel hombre era Anatolio Ducormier, monsieur de Morsenne le había dicho cortesmente después de comer:

—Querido, envíe vd. á buscar un coche y vuelva vd. á *donde sabe*: venga vd. á verme en seguida á la habitación de madama de Morsenne, que recibe esta noche. La entrada en sus salones que me ha concedido para vd. porque es cosa mia, es un favor de que nunca ha gozado ninguno de mis secretarios: ya ve vd. el pie distinguido en que quiero tener á vd. aquí.

Anatolio había ido *a donde sabía*: luego que volvió, viendo al príncipe rodeado de muchas personas, aguardó el momento de hablarle á solas, y se retiró á una piececita poco frecuentada, contigua al *salon azul*, donde brillaba, en medio de su galante corte, la joven duquesa de Beaupertuis.

Sentado Anatolio delante de una mesa, hojeaba maquinalmente algunos ricos álbu-

mes, á fin de aparentar que hacia algo y de observar á su placer á Diana de Beaupertuis, á quien veia perfectamente desde su sitio.

La jóven duquesa estaba deslumbradora por su belleza y por su elegante trage: su tez mas animada y sus ojos mas brillantes que de costumbre; la comunicaban un esplendor extraordinario. Hablaba y reia estrepitosamente; sus movimientos parecian á veces destacados y nerviosos, y de vez en cuando dirigia una mirada á hurtadillas á Anatalio.

Tranquilo este en apariencia, cesaba á menudo de hojear el álbum. Muchas veces sus ojos se encontraron con los de madama de Beaupertuis fijamente clavados en él; pero su rostro impasible no revelaba la menor emocion. Una sonrisa ligeramente sardónica contraia sus lábios, y volvía á hojear de nuevo el álbum.

A los pocos momentos distrajerón la atencion de Ducormier algunas palabras de una conversacion que tenian dos personas sentadas á sus espaldas y á alguna distancia de él.

La conversacion era la siguiente:

—¡No, no, querido Saint-Geran, no hagas esa locura!

—Te repito que si la señorita Duval me quiere, me casaré con ella.

—¿Pero no dices tú mismo que carece de bienes de fortuna y de nacimiento?

—Es hija de un coronel de artillería, y en último resultado nadie tendrá que decir nada de mí.

—Pero, querido Saint-Geran....

—Te he dicho, querido Tóvisy, que estoy ciegamente enamorado de ella.

—¡Bah! Pues si nunca la has hablado.

—La he visto tres veces, y es hermosa como un sol. No pienso mas que en ella, no veo mas que á ella, y en cuanto á su carácter, sé de buena tinta que es un ángel de virtud.

—Verdaderamente que estás loco y harás que se burlen de ti.

—¿Qué quieres, querido Tóvisy? Tengo el inconveniente de mirar algo por mí en el matrimonio. Mi único deseo es ir á vivir á una de mis posesiones en Anjou, porque estoy de París hasta las puntas de los cabellos, y por lo que sé del carácter de la señorita Duval, creo que mis proyectos la

agradarán sobremanera. Su madre está enferma y nos acompañará: pasaremos allí bien la vida y de seguro que no me vuelven á ver en Paris.

Distrajole á Anatolio del vivo interés que le inspiraba aquella conversacion la voz del principe (á quien no habia visto acercarse, y que le dijo en voz baja, llevándosele al hueco de una ventana:

— He visto entrar á vd. y ha becho vd. bien en no venir á interrumpirme.... Vamos: ¿ha *podido* vd. verla esta noche?

— No principe; he encontrado todavia á la madre al cuidado de la tienda, pues no ha bajado madama Faveau, que está indispueta desde ayer. Su marido no se aparta de ella un momento, y su mèdico, uno de mis amigos de la infancia, ha ido á visitar á la enferma dos veces en el dia.

— ¡Vaya al diablo el doctor Bonaquet! dijo entre sí el principe: ¿será cosa de que me persiga por todas partes ese nombre ridiculo é insoportable?

No sabia monsieur de Morsenne hasta qué punto decia verdad, porque de repente un rumor, sordo al principio, luego mas fuerte, y por último, mezclado de voces rui-

dosas, principiò á suscitarse en los salones inmediatos, en donde se oía aquí y acullá en voz alta.

—¿Pero dónde está el príncipe?

—¡Hay que avisar inmediatamente al príncipe de ese escándalo, de esa desfachatez!

Mr. de Morsenne, sorprendido en extremo se separó de Anatalio y salió de la pieza donde habia estado conversando con su secretario.

XXIV.

La causa del rumor que tanto habia alborotado á la reunion de casa de Morsenne, era la siguiente:

Un jóven que habia concurrido á los salones, se acercó en extremo azorado á madama de Morsenne y la dijo [con voz sofocada por el estupor y la indignacion:

—¡Ay, princesa?.. ¡Apenas puede creerse!

—¿Qué tiene vd., caballero Moldaue? dijo con viveza la marquesa levantándose de su canapé: ¡me pone vd. en cuidado!

—¿Qué hay, querido? preguntó el caba-

llero de Saint-Merry, abandonando precipitadamente el sillón que ocupaba detrás de la princesa: ¿qué sucede?

— Hallábase en el peristilo, respondió el joven aguardando á mis criados para marcharme, cuando se abrieron las puertas del vestíbulo y vi entrar, como veo á vd. misma, princesa.

— ¡Acabe vd! exclamó Saint-Merry. ¿A quién vió vd. entrar?

— A madama de Blainville.

— ¡Mad.... de.... Blainville! exclamó madama de Morsenne, haciendo una pausa entre palabra y palabra, porque el asombro me ahogaba.

A esta increíble noticia se levantaron espontáneamente todas las personas que formaban el círculo de la princesa, y se agruparon mirándose unas á otras sin acertar á hablar palabra.

En seguida se oyó como una formidable esplosion de voces confusas que gritaron:

— ¡Qué audacia!

— ¡Qué imprudencia!

— ¡Parece increíble!

— ¡La desventurada ha perdido la cabe-

za!

—Pero, princesa, ¿no habia Vd. dicho á sus criados que cerrasen la puerta á esa muger sin pudor?

—Sostengo que no puede ser; se habrá equivocado el caballero Moldane.

—Tan cierto estoy de no haberme equivocado, repuso el jóven, que he reconocido á un antiguo ayuda de cámara, á quien he visto mil veces en casa del marqués: ese hombre acompañaba á madama de Blainville, y le quitaba sus zapatos de abrigo, mientras que el marido probablemente tomaba la capa.

—El marido! Esclamó aterrada madama de Morsenne. ¡Pues qué! ¿ese médico habrá tenido la osadia de?.....

La princesa no pudo acabar, pues estaba sofocada.

El caballero de Saint-Merry repuso:

—Indudablemente está vd. soñando; caballero Moldane. ¡Qué diantre! Noes esa muger tan loca ó tan desvergonzada que se haya atrevido á traer aquí á su médico.

—Repito que viene con ella, replicó monsieur de Moldane, y que le he oido decir á madama de Blainville: “Querida amiga, da-

me tu capa.“ Asi es que, no pudiendo ya dudar de tan inaudita insolencia, vine á avisar á la señora princesa del enorme escándalo que aqui se prepara.

A esta esplicacion subieron de punto las exclamaciones.

—¡Hay que abandonar en masa la casa de Morsenne!

—¡No; eso seria ya demasiado!

—Volvamos la espalda á esa desvergonzada si se atreve á dirigirnos la palabra.

—Y levantémonos si llega á tomar asiento á nuestro lado.

—En cuanto á su medico, se le dirá que no es este su sitio.

—¡Es cosa de perder la cabeza! exclamó la princesa. De un momento á otro van á entrar.... ¡Caballero de Saint-Merry, ayúdeme vd. con sus consejos! ¿Qué partido podemos tomar? ¡Dios mio, no sé lo que me haga!

—Lo mas sencillo es hacer que los criados pongan á ese caballero á la puerta de la calle, querida princesa, respondió monsieur de Saint-Merry con frescura, y pasándose la mano por sus escasos cabellos de color de ébano, gracias al agua argelina

ú otra por el estilo.

—¡Eso es lo mejor; plantar en la calle á ese bergantel dijeron varias voces.

—A menos que la princesa les notifique á los dos que salgan al punto de su casa, dijo otro.

—El efecto. eso seria quizá mas digno.

—¿Mas digno? ¿Hay acaso que guardar dignidad con semejante impudencia?

—¿Qué opina Vd., señora duquesa, dijo uno de los mas irritados á Diana de Beaupertuis.

¡Cosa estraña! Esa muger que el dia antes se habia mostrado tan implacable con lo que llamaban *indignidad* de madama de Blainville, y habia sugerido la idea de la famosa contra-circular, no parecia participar aquella noche de la eexasperacion general contra la ex-marquesa. Su fisonomia mostraba distraccion y hasta tristeza casi, y respondió con frialdad el que acababa de interpelarle:

—Todo esto, caballero, pasa en casa de mi madre y no en la mia: á mi madre es á quien corresponde tomar una decision.

Mad. de Morsenne oyó estas palabras de su hija, y sorprendida en extremo de su ti-

bieza, la dijo:

—En verdad, querida, que no te comprendo. ¿Qué importa que este escándalo pase en mi casa ó en la tuya? ¿No somos ambas responsables del deshonor de nuestra casa? ¿No fuiste tú la primera en provocar esa circular llena de una indignacion tan legitima?

—Legítima.... dijo Diana de Beaupertuis, con una sonrisa particular: tal vez....

—¿Qué significa ese tal vez? exclamó la princesa cada vez mas sorprendida.

—Pero, princesa, dentro de algunos segundos van á llegar, dijo una voz: seria preciso al menos avisar al principe.

—¡Es verdad! ¿dónde está el principe?

—Hay que darse prisa, pues solo falta el tiempo preciso para que suban la escalera grande y atraviesen la galeria.

En aquel momento fué cuando monsieur de Morsenne, sorprendido de los sordos rumores que oia levantarse en torno suyo, salió de la pieza donde estaba hablando con Du-eormier.

Habiéndose esparcido como un relámpago la increíble noticia de la llegada de la ex-marquesa de Blainville y de su médico, los

diferentes grupos diseminados en varias piezas, las habian abandonado completamente, y se habian reunido todos en el gran salon, alrededor de madama de Morsenne.

Acercábase el principe á su esposa, cruzando con bastante trabajo á travez de aquella muchedumbre compacta, cuando circularon súbitamente estas palabras en voz baja, con una especie de estremecimiento de sorpresa y de indignacion:

— ¡Ahí están; ahí están!

En seguida, á esos rumores sucedió un triste y profundo silencio.

A fin de dar todo su carácter á la entrada de los señores Bonaquet, es necesario indicar la disposicion de las inmensas habitaciones donde tenia lugar aquella escena.

Gerónimo Bonaquet, y su muger despues de subir la escalera principal, llegaron á un vasto recibimiento; luego tuvieron que atravesar una larga galeria de cuadros, brillantemente iluminada, pero á la sazón de todo punto desierta, que terminaba por una puerta en forma de bóveda en el salon en donde permanecia silenciosa toda la sociedad de Mad. de Morsenne, reunida en un grupo.

De esta suerte, á medida que Gerónimo

y su muger se adelantaban en la galería, distinguia cada vez mas clara el aspecto amenazador de aquella muchedumbre muda, inmóvil, y cuyas miradas hostiles estaban fijas en los recién casados. Indudablemente, muchas personas, y de las de mas valor, hubieran retrocedido mas bien ante un recibimiento semejante que ante un peligro material.

Gerónimo Bouquet, vestido como se acostumbra en sociedad, estaba tranquilo como un hombre seguro de si propio que arrostra una circunstancia difícil con reflexion y firmeza.

Eloisa llevaba un traje de terciopelo negro muy sencillo, pero que la sentaba maravillosamente, y dejaba ver sus hermosos brazos desnudos, medio cubierto por unos guantes blancos. Dos camelias encarnadas, colocadas con gusto en su cabellera castaña, componian el adorno de su cabeza, y en la mano llevaba un hermosísimo ramillete. El aire de la joven era tan tranquilo y desembarazado como cuando poco tiempo antes entraba en aquel mismo salon donde se le recibió siempre con tanta deferencia como distincion. Su fisonomia mostraba una serenidad grave, y se leia en

ella no la vana baladronada de venir á arrostrar desdenes inmerecidos, sino la voluntad de cumplir un deber que le imponian su dignidad y la de su marido.

Entre los testigos de la escena que se preparaba se hallaba Ducormier confundido entre aquella brillante muchedumbre. Aun cuando su amigo Bonaquet le habia avisado el dia antes de su resolucion, de ir á una de las próximas reuniones de casa de Morsenne, Anatalio no podia dar crédito á sus ojos: la temeridad de los recién casados le parecia tanto mas peligrosa, cuanto que por las palabras cambiadas en torno suyo, podia juzgar el recibimiento que se preparaba al médico y á su esposa.

La angustia de Anatalio era cada vez mayor; su primer impulso, dictado por un fondo de verdadero cariño hácia su amigo de la infancia, fué colocarse en la primera fila de espectadores, á fin de ofrecer á Bonaquet en medio de aquella muchedumbre altanera, glacial ú hostil, un rostro amigo y en caso necesario un defensor.

Pero un recelo egoista y cobarde retuvo á Ducormier. Confesar que conocia á Bonaquet era esponerse á participar del ridiculo y del

desden que sin duda iba á caer sobre el desventurado doctor: tomar en caso necesario su defensa con calor y energia, era esponerse á ser despedido inmediatamente de casa de Morsenne, y por muchas razones queria Anatolio, conservar á toda costa su posicion al lado del príncipe. Con la conciencia, pues, de su bajeza, se eclipsó Anatolio lo mejor que pudo, y agachó vergonzosamente la cabeza por temor de su elevada estatura le hiciese reconocer de Bonaquet; pero no salió del salon retenido por la curiosidad y por el interés que le inspiraba, á ser suyo, la posicion de su amigo en tan grave circunstancia.

El príncipe y su muger igualmente que madama de Robersac y el caballero de Saint-Merry, se habian consultado apresuradamente entre sí en el tiempo que emplearon los señores Bonaquet en atravesar la larga galeria.

Luego que estos, adelantándose paralelamente se hallaron á corta distancia de la puerta que terminaba la galeria, Mr. de Morsenne destacándose de la muchedumbre, avanzó solo hasta el umbral del salon y se detuvo allí para impedir la entrada á Bona-

quet y á su esposa.

XXV.

Al ver los esposos Bonaquet al principio, que, separándose de la multitud silenciosa, habia ido á colocarse en el umbral del salon, cuya entrada parecia querer defender, cambiaron una ligera sonrisa entre si, y recorrieron apasiblemente la corta distancia que aun separaba de Mr. de Morsenne.

Entonces, este, colocándose de ante de Gerónimo, a fin de que no se adelantara mas le dijo en tono altanero y glacial, en medio de un silencio profundo y casi solemne:

—Caballero, ¿á donde va Vd.? ¿Quién es Vd.?

==Gerónimo Bonaquet, doctor en medicina,
==respondió resueltamente nuestro hombre, mirando cara á cara á Mr. de Morsenne.

—Sin duda ha equivocado Vd. la casa,—repuso el principe con mayor altivez, y encendido en cólera, porque la serenidad de Bonaquet le exasperaba:—aqui no se á mandado á buscar ningun médico... no hay aqui ningun enfermo.

—Sin embargo, caballero, me parece que se halla Vd. en un estado poco normal,—respondió Bonaquet con una sangre fría imperturbable;—tiene Vd. muy encarnado, los pómulos é inyectados los ojos, lo cual prueba que hay plétora: su pulso de Vd. debe dar noventa latidos por minuto, y eso es demasiado; pero ¿á quién tengo la honra de hablar?

Antes de que el principe, sofocado por la firmeza de Bonaquet y por su respuesta irónica, tubiese tiempo de hablar, Eloisa, con tanto desembarazo como si estuviese en su propio salon, dijo á Gerónimo señalando al principe con la vista.

Amigo mio, permíteme que te presente á Mr. de Morsenne, primo mio y el gefe de la familia.

En seguida, aprovechándose de la inmovilidad del principe, cada vez mas confundido por la sangre fria y la presencia de ánimo de los recién venidos, pasó Eloisa por delante de él, entró en el salon, y se fué derecha á la princesa, diciendo en voz alta á Gerónimo:

—Ahora, amigo mio, si lo llevas á bien, voy á presentarte á Mad. de Rosbersac, y tenia tras de si al caballero de Saint-Merry; el resto de la reunion formaba un semicírculo

á espaldas de esos tres personajes principales.

==Prima mia,—dijo entonces Eloisa á la princesa;—te presento á mi esposo Mr. Bonaquet.

Gerónimo se inclinó, y habiendo oído algunos murmullos contenidos con dificultad, se puso erguido, y paseó circularmente una mirada sobre la reunion. Mad, de Mor-senne, no menos asombrada que su marido de la serenidad de Eloisa, dominada un momento por aquella dignidad tan firme, replicó muy luego con irritado desden.

—Debo decir á la señora marquesa de Blainville... que...

—Perdona, prima; ¿querrás decir á Mad. Bonaquet que es el nombre que tengo la honra de llevar,—dijo Eloisa con voz dulce y grave, interrumpiendo á la princesa.

Pero esta repitió alzando la voz.

—Debo decir á la señora marquesa de Blainville que no puedo... no quiero creer, por honor de nuestra casa, que el pretendido casamiento de que se nos ha informado sea real y efectivo: me inclino á pensar que es un juego y nada mas.

==Dice Vd., señora, replicó Eloisa, que

mi matrimonio le parece un juego: ¿me querrá Vd. manifestar por qué?

Es muy sencillo, señora; respondió madama de Robersac con una sonrisa amarga é insolente; es preferible creer que es juego una cosa, mas bien que tenerse que ruborizar de vergüenza.

Madama Bonaquet midió con una mirada de alto á bajo á madama de Roversac y la replicó con imponente altivez:

—No tolero á madama de Robersac que hable de vergüenza. Si supiera lo que es, no se hallaría á estas horas en este salon al lado de Mad. de Morsenne y de su hija.

A esta sangrienta alusion á las relaciones de la baronesa con el principe, relaciones sostenidas con tanto cinismo, perdió aquella el color, se mordió los labios hasta hacerse sangre y se quedó confundida.

El principe, que se habia acercado al grupo, sintió tanto como Mad. de Robersac el justo castigo que acababa de alcanzarle, y dijo con viveza á Eloisa

—Señora, esa osadia.

—Acabemos, caballero, interrumpió en tono resuelto Gerónimo Bonaquet, cuya fisonomia revelaba en aquel momento toda su

varonil espresion. Basta ya de frases cortadas: todos saben aquí que esta señora es mi mujer, la cual ha cumplido un deber de familia dando á vd. parte de nuestro matrimonio. A esa cortesania, propia de personas medianamente educadas, ha contestado vd. con una circular que, en lo que dice relacion á esta señora y á mi, es el colmo de la insolencia... ó de la estupidez: lo que vd. quiera de ambas cosas.

—Caballero, exclamó el principe, ese lenguaje...

—Si la eleccion es dura para vd., caballero, replicó enérgicamente Gerónimo, ruegue vd. á cualquier pariente suyo que elija por vd... Enviemele vd. y hablaremos. Ahora, caballero, diré á vd. en dos palabras por que mi esposa y yo hemos venido aqui esta noche. Ha dicho vd. y escrito públicamente que mi casamiento con madama de Blainville era una deshonra para su casa. Esa asercion necesita pruebas, y esas son las que vengo á decir á vd. en presencia de las personas que nos escuchan. No dudo que estas verán en el paso que doy el de un hombre de honor. Ahora caballero, responda vd., que ya le escucho.

Y Gerónimo Bonaquet miró al principe con aire interrogador.

Mr. de Morsenne replicó desdeñosamente:

—Cuando yo elijo interlocutor, caballero, entonces le contesto; pero no lo hago al primer advenedizo que se permite interrogarme de ese modo.

—Me tomaré la libertad de hacer á vd. observar, caballero, repuso Bonaquet con una afectacion de cumplida cortesania, que un hombre bien educado debe una respuesta aun al primer advenedizo, cuando este se acerca á pedirle cuenta de un ultrage inmerecido. Por lo tanto, caballero, va vd. á tener la bondad de articular clara y terminantemente en qué y por qué mi casamiento con Blainville ha podido deshonorar á su familia: de lo contrario tomo por testigos á los presentes, y consideraré su silencio de vd. como una retractacion formal de un ultrage cuya injusticia reconoce, y del que me da vd. asi satisfaccion humilde y silenciosa. Con eso me daré por contento, y mi muger y yo nos retiraremos satisfechos.

—¡Yo una satisfaccion! exclamó el principe indignado: ¡jamás, caballero, jamás!

—Entonces articule vd. un hecho, un

hecho tan solo contra mí... Vamos .. ya es-
cucho.

El principe, turbado, permaneció mudò y bajó los ojos ante la mirada de Bonaquet.

A los pocos momentos de un profundo silencio, continuó el doctor:

—¿Nada dice vd.? Aguardo ese hecho vergonzoso, que deshónra y que debe hacer avergonzar á su familia de vd. de mi alianza.... No lo encuentra vd., ¿no es cierto? añadió Bonaquet con desdeñosa sonrisa. Su apuro de vd. me causa lástima, y para concluir voy á simplificar la cuestion. ¿La monstruosidad de mi matrimonio consiste solo á sus ojos de vd. en que mi muger era marquesa y yo médico?

—Y qué mas se necesita, caballero, que un enlace tan desigual para...

Bonaquet le interrumpió sonriéndose:

—¿De suerte que reconoce vd. formalmente, en presencia de las personas que nos rodean, que no tiene vd. que echarme en cara otra culpa que la de ser un pobre diablo de plebeyo, honrado, leal, laborioso y que cuenta por nobleza (perdone vd. mi presuncion) cierta reputacion en su profesion?

En una palabra, caballero, ¿estamos acordes en que me tiene vd. por cumplido caballero, á escepcion de mi falta absoluta de nacimiento? ... Aunque á decir verdad, añadió Gerónimo sonriendo, se me figura que he nacido y que existo; pero en esas materias reputo á vd. por mejor juez que yo. Concederé á usted, pues, que carezco absolutamente de nacimiento, si me concede vd. que soy un hombre de honor.

—Caballero, respondió el príncipe, encantado de salir á esa costa de tan feliz apuro: nunca he dudado de su honor de vd. y no hay motivo que me haga suponer que no sea vd. un honrado y cumplido caballero.

—Pues no pido mas, ni mi muger tampoco; dijo Bonaquet.

—Y yo debo añadir, que no solo es Mr. Bonaquet un cumplido caballero, sino que está además dotado de una esquisita delicadeza, exclamó súbitamente una voz conmovida.

Y Mr. de Saint-Geran, el sobrino del difunto marqués de Blainville, salió del círculo, y continuó alzando mas la voz:

—Sí, porque debo repetir lo que se ignora ó se finge ignorar, y es que con un desinte-

rés poco comun, al contraer Mad. de Blainville segundas nupcias, convino con Mr. Bonaquet en renunciar á la fortuna considerable de que estaba en posesion por su primer matrimonio.

Y dirigiéndose en seguida Mr. de Saint-Geran á Eloisa, con un acento de profunda deferencia, añadió:

—Puede vd. creer, señora, que al proclamar aqui en voz alta la nobleza y generosidad de su conducta de vd. y de la de Mr. Bonaquet para conmigo, no tanto obedezco á un impulso de reconocimiento, como á la necesidad de dar al dignísimo hombre que ha elegido vd. por esposo, un público testimonio de mi respetuosa estimacion.

—¡Bien! caballero Saint-Geran, dijo Eloisa alargando la mano al jóven: ¡muy bien! doy á vd. las mas espresivas gracias.

Sucedió entonces un nuevo y profundo silencio de algunos segundos.

A pesar de las preocupaciones implacables y de las prevenciones arraigadas que dominaban en aquella reunion, una gran parte de los testigos de aquella escena no pudo menos de sentir la influencia del carácter valeroso y leal de Bonaquet, y aunque tenaz en su mo-

do de ver una cosa monstruosa en el enlace de una marquesa con un médico, confesó al menos que Bonaquet y su esposa habian dado una prueba de urbanidad, oportunidad y firmeza en aquel delicado caso.

El principe y la princesa, conociendo lo penoso de su situacion, estaban en un suplicio horrible.

Eloisa tuvo compasion de ellos, y dijo á Mad. de Morsenne con fria dignidad:

—Adios, prima: la vida retirada á que Mr. Bonaquet y yo nos consagramos por gusto me hubiera impedido continuar nuestras relaciones de familia y de sociedad, aun cuando el incidente de esta noche no las hubiera hecho ya imposibles para lo sucesivo: al menos llevo la seguridad de que sentis vuestro paso irreflexivo que es lo único que nos ha traído esta noche aqui á monsieur Bonaquet y á mi.

Y haciendo entones Eloisa un saludo lleno de gracia y dignidad, se disponia á salir del salon, cuando de pronto la jóven duquesa de Beaupertuis, que durante aquella escena habia guardado silencio, entregada al parecer á emociones diversas (ninguna de las cuales

se había escapado á la penetracion de Ducormier se separó del círculo, y adelantándose hacia Mad. Bonaquet, le dijo con acento conmovido y turbado:

—Suplico á vd., señora, que no abandone esta casa sin perdonarme un ultrage, cuya cruel injusticia conozco en este momento, y del que yo he sido la....

—Querida Diana, interrumpió Eloisa con su amable sonrisa, Mr. Bonaquet podrá decir á vd. que el único defecto que hemos hallado en la circular es ver figurar en ella su nombre de vd. A escepcion de ese error, no hallariamos mas que elogios para una idea que, realizada con mas oportunidad, seria noble y digna sobremanera.

Mr. de Morsenne, deseando en lo posible reparar la groseria de su acogida á los recién-casados, dijo á Eloisa con aire compungido y grave viéndola á punto de abandonar el salón:

—¿Me permitirá vd., prima, que tenga la honra de ofrecerla el brazo?

—Tomaré el de Mr. de Saint-Geran, si me lo permite vd., respondió la jóven al principe á fin de hacerle conocer con esa negativa que no bastaba un acto trivial de política para re

parar un comportamiento injurioso.

Al disponerse Mad. Bonaquet á salir del salon, buscó con los ojos á su marido, y la vió pálido inmóvil, con la angustia y el dolor pintados en su fisonomía.

—Amigo mio, le dijo á media voz tomando el brazo de Saint-Geran, ¿vienes?

Recobrando algun tanto Gerónimo al oír la voz de su muger, se estremeció, y la siguió casi maquinalmente por la larga galeria que conducia al primer salon.

—¡Dios mio! Amigo, ¿qué te sucede? le dijo Eloisa en voz baja con ansiedad: ¡Te asoman las lágrimas á los ojos!

—¡Ahí estaba! respondió Gerónimo con voz sofocada; te he visto oculto entre esa multitud, en vez de venir á nuestro lado.

—¿Pero de quién hablas?

—De Anatalio, respondió abatido Gerónimo.

—¡El aquí! dijo Eloisa con acento de sorpresa y desden... ¿Y ha permanecido lejos de tí?..... ¡Qué bajeza!

—Ya no hay esperanza de que se enmiende, repuso conternado Gerónimo. Despues de un abandono semejante, me seria odiosa su presencia.

Y Gerónimo, siguió silencioso y abatido al

lado de su muger.

El caballero Saint-Geran, que daba el brazo á Eloisa, habia aparentado, como hombre de educacion, que no prestaba atencion á las pocas frases anteriores, cambiadas en voz baja entre Gerónimo y su muger.

Nuestros tres personajes llegaron entonces al primer salon, en cuyo extremo habia un magnifico biombo de laca de Boromandel, que ocultaba una puerta de salida.

Esa puerta se acababa de abrir en el momento en que Mr. de Saint-Geran, deteniéndose igualmente que Eloisa á poca distancia del biombo, decia á la jóven:

—Señora, dignese vd. oirme dos palabras, pues tengo un favor que pedirla.

—Hable vd., caballero Saint-Geran: la lealtad de su comportamiento de vd. en esta noche redobla la estimacion que le profesaba.

—Mr. Bonaquet me habia hecho concebir esperanzas de que seria mi intérprete con la madre de la señorita Duval. El matrimonio de que hemos hablado colmaria mis deseos, y vd. es á quien debo la idea de ese enlace..... Acabe vd. su obra, y la deberé por ello un eterno reconocimiento.

—La quebrantada salud de Mad. Duval ha

impedido á mi marido hablarle hasta ahora de nuestros proyectos; pero á Dios gracias, sigue mucho mas aliviada, y prometo á Vd., caballero Saint-Geran, que Mr. Bonaquet se ocupará muy pronto de lo que Vd. desea, y hará todo lo posible para lograr el mejor éxito.

—Ah! señora! Si lo consigue le deberé la felicidad de mi vida.

—No dependerá de mí el que no se realicen sus deseos de Vd., tanto para su felicidad como para la de Mad. Duval.

Habiendo preguntado Mr. de Saint-Geran por el anciano criado que habia acompañado á Eloisa, hizo este acercar el coche de alquiler que habia tomado Gerónimo para aquella noche; y los recién casados abandonaron la casa de Morsenne.

Anatalio Ducormier habia cedido á un impulso de remordimiento al ver á Gerónimo y á su esposa dejar con tanta dignidad aquella reunion tan hostil en su principio á aquellos. Conociendo ya las entradas y salidas de la casa, habia salido precipitadamente del salon por un corredor que comunicaba con el recibimiento, en donde esperaba salir al encuentro de Gerónimo y su muger, y pedirles perdon por su indigno abandono: pero

Mad. Bonaquet estaba hablando con Mr. de Saint-Geran; en el momento en que Anatalio, oculto aun por el biombo que encubria la puerta secreta, iba á presentarse. Esto hizo que Ducormier, no atreviéndose á abordar á Gotónimo en presencia de un extraño, permaneciese escondido y oyese la promesa que Eloisa habia hecho á Mr. de Saint-Geran, respecto de la señorita Duval.

XXVI.

Al dia siguiente al en que Bonaquet y su muger se habian presentado tan dignamente en casa de la princesa de Morsenne, Anatalio Ducormier, despues de concluidos sus trabajos de la mañana con el príncipe, se paseaba pensativo en el vasto y soberbio jardin de la casa. El frio habia calmado, y brillaba el sol como en los hermosos dias de primavera.

Anatalio acababa de entrar en una especie de laberinto de árboles verdes, antiguos, espesos y sombríos, cuando oyó rechinar ligeramente á sus espaldas la arena del paseo, volvió la cabeza, y se encontró frente á frente con

Mad de Beaupertuis. Llevaba esta con su gracia acostumbrada un elegante traje de mañana, Anatalio saludó respetuosamente á la jóven, y á fin de no incomodarla en su paseo se disponia á tomar una calle lateral, cuando Diana de Beaupertuis le dijo con altivez y con voz imperiosa:

—Caballero, una palabra.

Ducormier se detuvo, inclinó la cabeza, y aguardó.

—Caballero, continuó la duquesa, encuentro muy extraño ver á Vd. establecido en casa de mi padre.

—Tambien yo, señora duquesa.

—Desde que está vd. aqui, he buscado en vano una ocasion para hablar á vd. sin testigos.

—Estoy á las órdenes de vd., señora.

—Por lo demás, lo que tengo que decir á Vd. es muy brebe y sencillo. No me conviene que viva vd. aqui, y de consiguiente tiene vd. que marcharse.

—En cuanto el principe me signifique su voluntad de que me retire, obedeceré.

—Es inútil mezclar á mi padre en nada de esto, caballero. Parece increíble que en veinte y cuatro horas se haya decidido á to-

mar á vd. por soecretario, é indudablemente ha de haber tenido para ello razones muy graves: asi es que no acudiré á él para obtener que salga vd. de esta casa.

—¿Pues á quién, señora?

—A vd., caballero.

¿Y en qué puede ofenderos mi presencia aquí, señora?

—Caballero, sabe vd. muy bien que soy la persona con quien estuvo Vd. hablando largamente en el baile de la Opera en la noche del jueves.

—¿Y que me hizo la honra de darme una cita para esta noche en el mismo baile?

—Asi es, caballero, y precisamente, porque tuve con vd, esa conversacion, y porque le di esa cita no me conviene que permanezca vd. aqui.

—Soy bastante desgraciado, señora duquesa, para no comprender ni el sentido ni el objeto de vuestras palabras: perdonad mi falta de inteligencia.

—Por interés á su amor propio de Vd. y creo que lo tenga vd...

—Mucho, señora.

—Pues por interés á su amor propio de usted, le ruego no me obligue á explicarme mas

claramente.

—Todo lo puedo escuchar, señora.

—Tal vez no.

—Probad á ver.

—Pues bien, caballero, no me agrada que permanezca Vd. aquí, porque me repugna sobremanera verme espuesta todos los días á encontrarme con un hombre á quien he hablado y que me ha respondido con la libertad que autoriza la careta, cuando sucede que ese hombre está á sueldo de mi padre.

—El motivo que alegais, señora, —respondió con frialdad Anatalio, — es bastante verosímil... pero hay otros.

—¿Se permite el caballero Ducormier dudar de mis palabras?

—Señora, el caballero Ducormier es bastante observador perspicaz; ve lo que ve y sabe lo que sabe.

—¿Y qué es lo que sabe el caballero Ducormier?

—Una cosa muy sencilla, señora. Los diversos incidentes de nuestro encuentro, nuestra conversacion de la otra noche, la libertad de nuestro lenguaje decis que os hacen temer que, viviendo yo en esta casa, me preválga de algunos momentos de-

bidos á la casualidad para no tributaros los humildes respetos que teneis derecho á exigir del secretario de vuestro padre. Ese terror no es fundado, señora. Lo que temeis mas bien es que vuestra radiante hermosura, vuestro talento, y vuestros encantos lleguen á enamorarme apasionadamente de vos. Ahora bien, no hay en efecto cosa mas insoportable para una señora de vuestra clase y especialmente de vuestro carácter, que encontrar todos los dias á un hombre muy enamorado, pero de tan baja posicion que ni siquiera dé lugar á que podais entreteneros por capricho á tan ridícula pasion: pero... tranquilizaos, señora.

—¿Que me tranquilice?—replicó Diana con marcada altivez.—¿Crée Vd., caballero, que le pueda suponer capaz de semejante insolencia?

—Si, señora, lo creo.

—¡Caballero!...

—A no ser por eso, señora no me mandaríais dejar esta casa.

—¿Pues me gusta la osadía!

—No, señora; esto no es osadía, sino lógica. Vos os aburrís mortalmente; ninguno

de los hombres que os rodean y o bsequian os gusta, y sin embargo, estais atormentada vagamente de la necesidad de amar.

Vuestro orgullo es vuestra virtud; todo esto lo supe ó mas bien lo adiviné en vuestra conversacion de la otra noche. Ahora bien, es bastante natural que, suponiéndome menos convencido de lo que estoy de la humildad de mi posicion, me creais capaz de poner en vos mis ojos y de estar bastante ciego para contar con vuestro aislamiento, con vuestro fastidio y hasta con mi posicion en esta casa, que haria las relaciones tan fáciles como ignoradas. La sola idea de semejante insolencia de mi parte os irrita, y para libraros de ese molesto recelo, me mandais salir de esta casa.

Pero os suplico y os repito, señora, que os tranquiliceis: tengo muerto el corazon para toda pasion, para todo amor. No soy de esos pobres locos que se enamoran de las estrellas. En una palabra, aunque falto de mundo, tengo bastante cordura para no comprender que el humilde secretario del príncipe de Morsenne debe olvidar para siempre la conversacion del baile de la Opera. Dignaos creerme, señora: si me es permitido permanecer aquí no

tendré mas que un propósito: el de que jamás echeis de ver mi presencia.

—Caballero, dijo Diana conmovida al oir el acento resignado y melancólico con que Anatalio pronunció las últimas palabras: muy sensible me será que...

—Por favor, señora, una sola palabra.... Si lo exigís, me alejaré y sacrificaré, no sin pesar, lo confieso, la posición inesperada que he hallado al lado de vuestro padre: carezco de fortuna y de protección; la benevolencia del príncipe, justificada por mi celo y laboriosidad, podía asegurarme algún día mi porvenir.... Os digo esto sin avergonzarme, porque no me ruborizo de confesar que soy pobre y necesito de apoyo. Así es, señora, añadió Ducormier con acento triste y conmovido, que os conservaré un reconocimiento eterno si fuéseris bastante generosa para tratar de vencer la repugnancia que os inspiro... comprometiéndome por mi honor, único bien que poseo, á merecer vuestro olvido á fuerza de adhesión y respeto.

—Siento mucho caballero, cortar á Vd. su carrera, respondió Diana de Beaupertuis reprimiendo su emoción cada vez mayor; pero ya lo he dicho. . . su presencia de Vd... en es-

ta casa...

—Ni una palabra mas, señora; sereis obedida: el príncipe está en su cuarto, y voy á hacer dimision de mi cargo.

Y Anatalio, despues de inclinarse respetuosamente ante Mad. de Beaupertuis, tomó lentamente la calle del laberinto.

Fin del tomo segundo.

... ..

[illegible]

(The following information was obtained from the records of the Department of Social Services, New York City.)



